

Redes sociales, estado y colecciones en la fundación del Museo Histórico Nacional (1889-1897)

Autor:
Carman, Carolina Mercedes

Tutor:
Fradkin, Raúl

2010

Tesis presentada con el fin de cumplimentar con los requisitos finales para la obtención del título de Licenciada de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires en Historia.

Grado

Tesis
15.4.3

TESIS 15-4-3

REDES SOCIALES, ESTADO Y COLECCIONES
EN LA FUNDACIÓN DEL
MUSEO HISTÓRICO NACIONAL
(1889-1897)

FACULTAD de FILOSOFIA y LETRAS
Nº 861061
19 MAY 2010
Agr. ENTRADA



La Ilustración Argentina, revista dirigida por Adolfo P. Carranza, mayo de 1910

CAROLINA MERCEDES CARMAN

BUENOS AIRES

MAYO DE 2010

UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES
FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS
Dirección de Bibliotecas



TESIS DE LICENCIATURA

**REDES SOCIALES, ESTADO Y COLECCIONES
EN LA FUNDACIÓN DEL
MUSEO HISTÓRICO NACIONAL
(1889-1897)**

TESISTA: CAROLINA MERCEDES CARMAN

DIRECTOR DE TESIS: RAÚL FRADKIN

**PRESENTADA ANTE EL
DEPARTAMENTO DE HISTORIA
DE LA FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS
DE LA UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES**

BUENOS AIRES

MAYO DE 2010

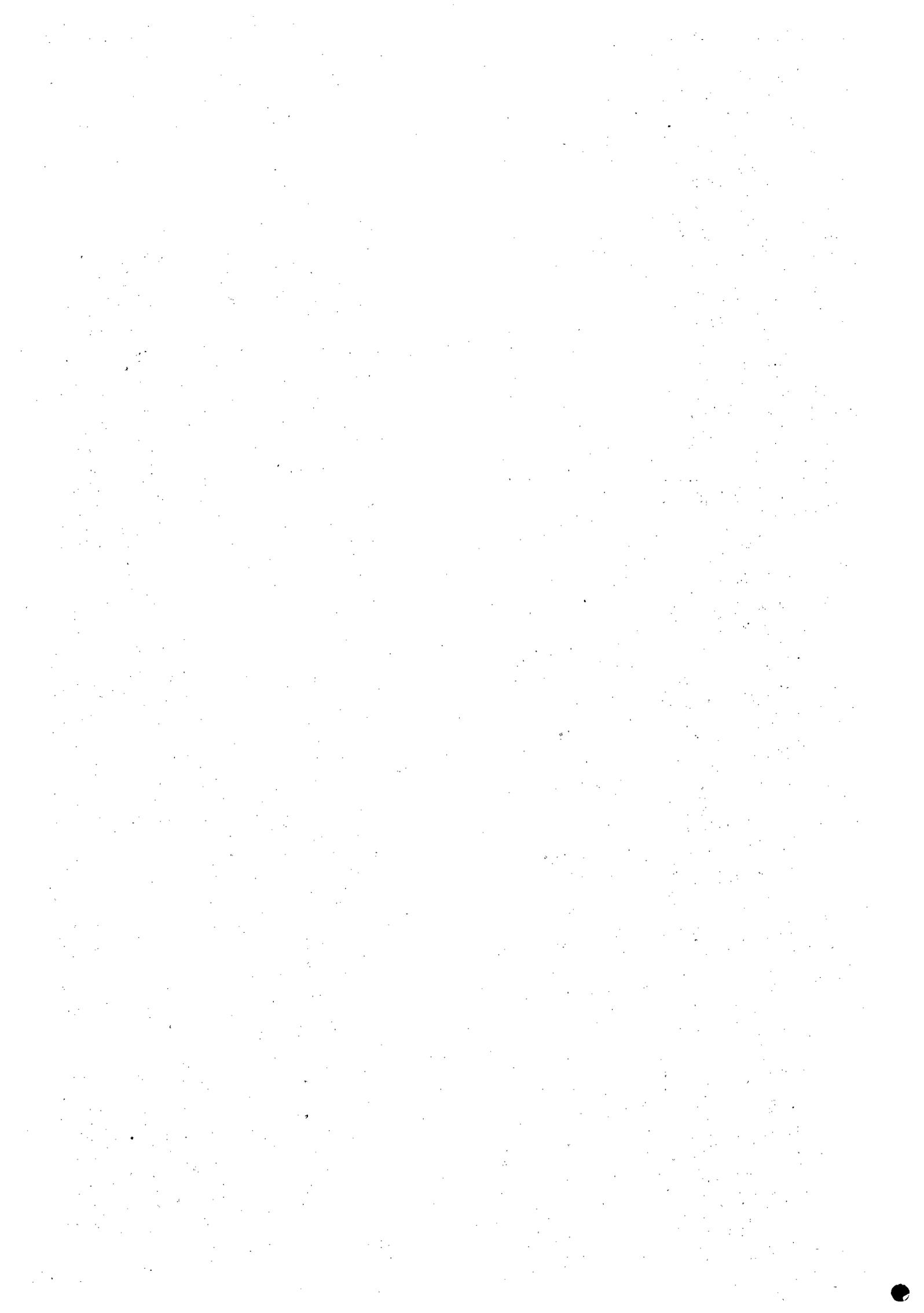
DIRECCIÓN DE BIBLIOTECAS
- UBA

423386

TESS 15-4.3

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	1
CAPÍTULO I: ESTADO DE LA CUESTIÓN: HISTORIOGRAFÍA, MUSEOS Y CUESTIÓN NACIONAL EN LA ARGENTINA DE FINES DEL SIGLO XIX	
a) Memoria y cuestión nacional en las elites de la Argentina finisecular	5
b) Historiografía, Estado y política	15
c) Coleccionismo y formación de museos	22
d) Metodología y fuentes	36
CAPÍTULO II: LA FUNDACIÓN DEL MUSEO HISTÓRICO DE LA CAPITAL	
a) El grupo fundacional	42
b) Adolfo Pedro Carranza, de la <i>Revista Nacional</i> al Museo Histórico de la Capital	51
c) La participación del Estado en el proyecto fundacional	65
CAPÍTULO III: HACIA LA CONSTRUCCIÓN DE UN <i>LUGAR DE MEMORIA</i>	
a) Los comienzos	70
b) La proyección de un lugar de memoria	78
c) Avatares del Museo Histórico	87
CAPÍTULO IV: DEL MUNICIPIO DE BUENOS AIRES AL ESTADO NACIONAL	
a) La nacionalización	95
b) De las provincias a la Capital: Adolfo P. Carranza y el proceso de acopio de <i>reliquias</i>	111
CAPÍTULO V: PROBLEMÁTICAS ECONÓMICAS Y EDILICIAS DEL MUSEO HISTÓRICO NACIONAL	
a) La economía del Museo: más continuidades que cambios	125
b) Un museo y un panteón	130
c) Un balance de la gestión de Carranza según Ernesto Quesada	143
CAPÍTULO VI: LAS COLECCIONES DEL MUSEO HISTÓRICO NACIONAL	
a) Criterios que orientaron su formación	146
b) Las donaciones de dependencias públicas	
b.1) Del Museo Nacional al Museo Histórico	156
b.2) La Guerra del Paraguay y el papel del Ejército Nacional en las vitrinas del Museo	160
c) Las donaciones privadas	
c.1) Estrategias, motivaciones e intereses	168
c.2) Los donantes ocasionales	171
c.3) Breves notas sobre la pintura de tema histórico en los proyectos y salones del Museo Histórico Nacional	179
c.4) Los donantes coleccionistas	183
CONCLUSIONES	205
BIBLIOGRAFÍA	214
IMÁGENES	219



INTRODUCCIÓN

Recorrer los salones y depósitos del Museo Histórico Nacional es una experiencia que plantea muchos interrogantes y brinda algunas claves muy valiosas para explorar el sentido que los actores vinculados a su creación y desarrollo quisieron otorgarle a lo largo de su historia. Hasta hace muy poco tiempo, las salas de exhibiciones del Museo eran espacios poblados por una multitud de objetos de la más diversa índole, que compartían el haber pertenecido a los hombres públicos del pasado, en particular a aquellos que participaron, con mayor o menor protagonismo, en las deliberaciones políticas de la década revolucionaria y las guerras de independencia del Río de la Plata. Las distintas salas del Museo, con sus objetos colgados en las paredes o exhibidos dentro de vetustas vitrinas, se sucedían unas a otras por medio de una secuencia cronológica de tipo escolar, donde a la sala de la conquista de América seguía la de la sociedad colonial, a ésta la de la Revolución de Mayo, luego la de la Confederación rosista (donde predominaba el rojo punzó) y así sucesivamente. A medida que avanzaba el tiempo histórico propuesto iba disminuyendo progresivamente la importancia de las exhibiciones, de modo que el visitante podía percibir fácilmente la particular relevancia de la historia argentina del siglo XIX (tal vez hasta el Centenario de la Revolución de Mayo) en detrimento de la historia del siglo XX, cuya representación se iba limitando, paso a paso, a unos pocos objetos.

La sensación agobiante que planteaba el recorrido de las exhibiciones se reproducía con mayor intensidad en los depósitos, donde objetos y cuadros se abarrotaban unos al lado de otros, esperando silenciosamente su turno para ser expuestos a la vista del público y así poder develar la “estirpe patricia” de la que eran portadores. Retratos, armas, uniformes militares, vajilla, pequeños objetos de uso cotidiano o vinculados con la muerte y los ritos funerarios de los “grandes hombres” de la historia nacional (tales como trozos de lápidas, llaves de urnas cinerarias y prendas con manchas de sangre), encontraron un espacio físico y simbólico en el Museo Histórico Nacional ya desde la gestión de su primer director, Adolfo Pedro Carranza, quien estuvo al frente de la institución entre 1890 y 1914. Incorporados al Museo generalmente a través de donaciones públicas o privadas, adquirían el estatus de “reliquias” y se convertían, de algún modo, en objetos de culto.

Ahora bien ¿cómo surgió la idea de creación de un museo histórico nacional? ¿Quiénes fueron sus promotores? ¿Con qué propósitos y con qué recursos pusieron en marcha la nueva institución? ¿Cuál fue el papel del Estado en este proceso? ¿Cómo se formaron sus colecciones? Estos son algunos de los interrogantes que hemos intentado explorar y responder a lo largo de la presente

investigación, dedicada al estudio del proceso fundacional del Museo y a los primeros años de gestión de Adolfo P. Carranza. Cabe aclarar que el Museo surgió como una dependencia del gobierno municipal pero en septiembre de 1891 –debido a diversas razones que serán analizadas–, fue nacionalizado, pasando desde entonces a depender del Ministerio del Interior de la Nación

El recorte temporal escogido abarca el período 1889-1897, desde la promulgación del decreto del intendente de Buenos Aires Francisco Seeber, quien dispuso la formación de una comisión encargada de formar un museo nacional donde fueran concentrados los objetos vinculados con la Revolución de Mayo y las guerras de la independencia, hasta la instalación del Museo Histórico Nacional en su actual sede de Parque Lezama, ocurrida en julio de 1897, luego de que ocupara diversos edificios provisorios. Estudiar la historia del Museo durante la totalidad de la gestión de Carranza hubiera resultado una tarea excesiva para una tesis de licenciatura, sobre todo en virtud de la cantidad y la calidad de las fuentes disponibles para su investigación. Por tal motivo hemos elegido un recorte vinculado con la historia de los sucesivos edificios que ocupó la institución, un tema significativo por diversas razones que será abordado a lo largo de las páginas de nuestro trabajo.

En cuanto al recorte temático, quisiéramos señalar que cuando esbozamos el proyecto de investigación que precedió a la presente tesis, pensamos en estudiar al Museo Histórico Nacional como un ejemplo entre otros de los muchos proyectos diseñados (y a veces concretados) por las elites dirigentes de la Argentina de fines del siglo XIX para la construcción de una nacionalidad. Sin embargo, a medida que nos acercábamos a las fuentes que nutrieron este trabajo –cuya riqueza es tanto de índole cuantitativa como cualitativa–, advertimos que se abría ante nosotros un amplio abanico de problemas que desde luego comprendía la historia del Museo como parte del *dispositivo nacionalista* lanzado por las elites argentinas, pero que de ninguna manera podía agotarse en tal consideración.

En el transcurso de nuestra investigación –en la cual hemos contado con un conjunto de valiosos aportes acerca de la historia de museos y de prácticas coleccionistas, la cuestión nacional y la problemática de la memoria y los estudios que abordan diversos aspectos del campo historiográfico en formación durante esta etapa– observamos que en la historia del Museo durante sus años fundacionales se imbricaban en forma compleja y cambiante los ámbitos públicos y privados, la voluntad de un puñado de hombres pertenecientes a una elite letrada que gustaba verse como patricia, el apoyo parcial del aparato del Estado (muchas veces juzgado como mezquino o al menos insuficiente por los promotores del Museo), los deseos de trascendencia social de muchos hombres y mujeres que poseían recuerdos familiares de sus antepasados, un conjunto de redes sociales

vinculadas al coleccionismo y al campo historiográfico en formación e incluso un mercado donde el valor simbólico de ciertos objetos del pasado se traducían en valor monetario por medio del intercambio, la circulación y el consumo. Asimismo advertimos que durante su proceso formativo el Museo Histórico develó importantes líneas de continuidad con proyectos previos en esta dirección, con prácticas coleccionistas y con otros museos preexistentes, donde también los objetos históricos habían alcanzado (a veces mucho tiempo antes) el estatus de “reliquias” del pasado.

Con el objetivo de desarrollar estas problemáticas hemos organizado nuestro trabajo de investigación en seis capítulos. En el primero presentamos el estado de la cuestión de nuestra tesis, cuyo eje principal ha sido la articulación entre cuestión nacional, historiografía y museos en la Argentina de fines del siglo XIX.

En el segundo capítulo analizamos el proceso gestacional del Museo. Con tal propósito esbozamos las características sociales, intelectuales y políticas del grupo fundacional del “Museo Histórico de la Capital”, y nos detenemos en el análisis de las motivaciones, los intereses y la participación efectiva de estos actores en tal proyecto. Luego nos concentramos en la figura de Adolfo P. Carranza, debido a la particular gravitación que adquirió durante el proceso fundacional de la institución. Analizamos en particular los vínculos entre sus actividades como director de la *Revista Nacional* y posteriormente del Museo Histórico, en virtud de la relación de ambos emprendimientos con la cuestión de la memoria histórica, así como la articulación entre su propósito de fundar un museo de historia y otros proyectos preexistentes en esta dirección. Finalmente analizamos el papel desempeñado por el Estado en la creación del Museo con el objetivo de explorar la compleja articulación entre los ámbitos público y privado para la concreción del proyecto en cuestión.

En el capítulo tercero nos concentramos en el análisis del museo como un *lugar de memoria* de la Argentina finisecular. Estudiamos los objetivos y los significados otorgados a la institución en tanto espacio de *vigilancia conmemorativa*, la concepción de los objetos como “reliquias” de la nacionalidad así como los propósitos educativos y moralizantes asignados a la institución por sus mentores. Asimismo analizamos las motivaciones e intereses de los actores involucrados en su desarrollo, y en particular nos detenemos en las estrategias discursivas y las acciones desarrolladas por Adolfo P. Carranza para poner el Museo en marcha.

En el capítulo cuarto estudiamos las causas del pasaje de la institución del ámbito municipal al nacional, así como sus implicancias materiales y simbólicas. En la misma dirección exploramos el proceso de concentración en el Museo de objetos históricos dispersos en diversas entidades públicas de las provincias del interior del país, que Carranza intentó activar a partir de su nacionalización.

Asimismo analizamos las prácticas desplegadas por este último durante esta etapa con el propósito de convertir a la institución a su cargo en una suerte de “epicentro de la memoria nacional”. Por último nos detenemos brevemente en el análisis de las diversas líneas de continuidad existentes entre el Museo Histórico Nacional y otros museos, procurando explorar si existieron prácticas comunes entre diversas instituciones.

En el capítulo quinto estudiamos las problemáticas económicas y edilicias atravesadas por el Museo durante sus años fundacionales. Recorremos los sucesivos cambios de sede de la institución y sus recurrentes problemas presupuestarios, con el objetivo de dar cuenta de la distancia existente entre las aspiraciones de Carranza y el escaso apoyo estatal recibido durante el período en cuestión. Asimismo analizamos el proyecto de construcción de un museo-panteón nacional que aquel intentó concretar durante sus primeros años de gestión.

Por último, en el capítulo sexto exploramos el proceso formativo de las colecciones del Museo, analizando algunos casos de donaciones provenientes de instituciones públicas y de ámbitos privados. En este último caso diferenciamos las donaciones realizadas por coleccionistas (deteniéndonos en algunas figuras en particular) y por sujetos que, sin estar vinculados al coleccionismo, realizaron donaciones ocasionales al Museo. Recorremos también los criterios y las estrategias activadas por Carranza para formar las colecciones del Museo, las motivaciones e intereses de los donantes y la articulación entre ámbitos públicos y privados en el proceso de conformación del patrimonio de la institución. Asimismo analizamos la presencia de algunos temas históricos que adquirieron una particular relevancia en el Museo, en particular la Guerra del Paraguay y el papel del ejército argentino en el pasado y en aquel presente del Estado nacional. Por último esbozamos algunas ideas respecto a la relación entre Museo, colecciones y mercado, así como acerca de la cuestión de la autenticidad de los objetos que conformaban las colecciones de la institución.

A partir del desarrollo y la puesta en discusión de estos problemas esperamos poder realizar un pequeño aporte a los estudios sobre museos históricos, que se encuentran en nuestro país en un proceso de avance incipiente. Y sobre todo esperamos que de la presente tesis surjan nuevos interrogantes capaces de estimular futuras investigaciones sobre la relación entre los museos históricos, las prácticas historiográficas y la problemática de la construcción de una nacionalidad, tan significativa en la Argentina de fines del siglo XIX.

CAPÍTULO I

ESTADO DE LA CUESTIÓN: HISTORIOGRAFÍA, MUSEOS Y CUESTIÓN NACIONAL EN LA ARGENTINA DE FINES DEL SIGLO XIX

Si habitásemos aún en nuestra memoria, no tendríamos necesidad de consagrarle lugares. No habría lugares porque no habría memoria arrastrada por la historia. Cada gesto, hasta el más corriente, sería vivido como la repetición religiosa de lo que se ha hecho desde siempre, en una identificación carnal del acto y del sentido. Desde que hay indicio, distancia, mediación, ya no se está en la memoria verdadera, sino en la historia.

Pierre Nora¹

El estudio del proceso de gestación y puesta en funcionamiento del Museo Histórico Nacional entre 1889 y 1897, que constituye el tema de la presente investigación, se vincula a una serie de problemáticas diversas pero articuladas entre sí desde diferentes ámbitos del conocimiento histórico. En este trabajo hemos elegido investigar la historia del Museo en sus años fundacionales –desde la promulgación de su decreto fundacional hasta su instalación en la actual sede de Parque Lezama–, a partir de tres grandes ejes: los vínculos entre la llamada cuestión nacional y la creación del Museo Histórico en tanto espacio de memoria; las relaciones tejidas entre el Estado, el poder político, el campo historiográfico en formación y los proyectos y acciones desarrollados por los mentores de la mencionada institución durante su período formativo, y por último, las prácticas y redes sociales vinculadas al coleccionismo y a la creación de museos en la Argentina finisecular. Dichas problemáticas se presentan separadamente en el presente estado de la cuestión para facilitar su organización y comprensión, pero serán desde luego articuladas y puestas en diálogo a lo largo de nuestra investigación.

¹ Pierre Nora, “Entre mémoire et histoire. La problématique des lieux”, en *Les lieux de mémoire*, Pierre Nora (dir.), vol. 1, Quarto Gallimard, Gallimard, Manchecourt, 2004, p. 5, fragmento extraído de una traducción inédita realizada por Alicia Chiesa.

a) Memoria y cuestión nacional en las elites de la Argentina finisecular

Una de nuestras principales hipótesis acerca del significado que tuvo la creación de un museo de historia nacional en la Argentina finisecular, es que el mismo fue proyectado por sus promotores como un *lugar de memoria*, destinado a construir un relato visual y celebratorio del pasado nacional. Para el tratamiento de esta problemática son diversos los aportes realizados por la historiografía de los últimos treinta años. En efecto, la problemática de la memoria y su relación con la historia adquirió una singular importancia en la historiografía europea, y posteriormente también en la norteamericana y latinoamericana, a partir de la década de 1980. Ello puede relacionarse con un fenómeno caracterizado como de “explosión de la cultura de la memoria”, que tuvo lugar en las sociedades occidentales a partir de mediados del siglo XX².

Esta idea hace referencia a la eclosión de memorias múltiples y fragmentadas por parte de varios grupos sociales, étnicos, políticos y religiosos, inmersos en la tarea de reevaluación, reestructura y reescritura de diversos pasados. Dicho fenómeno invitó a los historiadores a reflexionar sobre las nuevas modalidades de relación entre la historia, la memoria y la historiografía, es decir a intentar estudiar críticamente la cuestión de la memoria y sus modos de funcionamiento en las sociedades contemporáneas. Uno de las producciones historiográficas más relevantes y significativas sobre dicha problemática es la obra colectiva francesa *Les lieux de memoire*, dirigida por Pierre Nora, en la cual diversos historiadores reflexionan acerca de las relaciones entre la historia y la memoria en la historia de Francia por medio del estudio de los museos, las conmemoraciones, la geografía, los textos escolares, los símbolos estatales y otros muchos *lugares de memoria*³.

El artículo de Nora que inicia la mencionada obra reflexiona sobre las complejas relaciones entre la historia y la memoria a través de un recorrido por la historia de Francia que comienza en el siglo XIX y que se detiene especialmente en la sociedad contemporánea⁴. Nora plantea que en el siglo XIX, y especialmente durante la Tercera República (1870-1940), existía una unidad colectiva de la sociedad francesa debido al éxito logrado en la conjunción entre ciertas ideas de la historia, la memoria y la nación, y que fueron la acción del Estado y la historiografía decimonónica (una

² Antonio Fernando de Araújo Sá, “Filigranas de la memoria. La lucha discursiva en las narrativas del Centenario de la Guerra de Canudos (1993-1997)” [artículo extraído del sitio web: [hpopnet.sites.uol.com.br/congresso.pdf](http://popnet.sites.uol.com.br/congresso.pdf)].

³ A.A.V.V., *Les lieux de memoire*, Pierre Nora (dir.), Quarto Gallimard, Gallimard, Manchecourt, 2004. La citada obra surgió a partir de un seminario dictado por Nora entre los años 1978 y 1981 en L’Ecole des Hautes Études en Sciences Sociales de París.

⁴ Pierre Nora, “Entre mémoire et histoire. La problématique des lieux”, en *Les lieux de memoire*, vol. 1, pp. 23-43.

historiografía en la cual el historiador era a su vez “soldado y sacerdote”), las que lograron activar ese movimiento sintetizado por el autor con el concepto de memoria-nación⁵.

Pero luego de los fuertes desequilibrios sociales producidos en Francia por la crisis del mundo rural ya avanzado el siglo XIX, y sobre todo a partir del impulso desacralizador de los años 30 del siglo XX, esa memoria-nación fundada en la representación de una historia nacional compartida entró en una fuerte crisis. A su vez esta crisis inauguró un proceso que el autor denomina “aceleración de la historia”, es decir un distanciamiento cada vez mayor de la brecha entre la memoria y la historia y, como consecuencia de ello, un nuevo tipo de memoria, atomizada y expresiva de identidades múltiples⁶. La memoria salió de la nación como punto de referencia y se instaló en la sociedad, donde se volvió plural y perdió su sentido de unidad, fenómeno éste que se profundiza en la sociedad contemporánea.

A partir de estas reflexiones Nora se pregunta por el sentido, la funcionalidad y la razón de ser de los lugares de memoria, que incluyen espacios tales como archivos, museos, cementerios, monumentos e incluso paisajes y linajes. El autor plantea que la proliferación de los lugares de memoria es resultado –paradójicamente– de que ya no hay un ámbito real de memoria como espacio colectivo y unificado. Se ha producido una crisis en la sociedad que quebró la continuidad entre ciertas ideas sobre el pasado y cierto proyecto de futuro, y desde entonces la memoria y la historia se han dissociado y distanciado. La historia –de acuerdo a Nora– ha arrasado a la memoria, imponiéndose sobre ella, y la memoria, acorralada, ha ido a buscar refugio en lugares concretos. Los lugares de memoria, entonces, se encuentran en la encrucijada de dos movimientos que forman parte de un mismo proceso: uno de tipo historiográfico que construye representaciones del pasado y otro de tipo histórico, que es el fin de una tradición de memoria. Entre ellos surgen esos espacios, que son a la vez el producto de una voluntad de memoria y de una historia reconstruida, donde confluyen lo experiencial y lo emotivo por una parte, y el ejercicio intelectual y las representaciones del pasado por la otra⁷.

En la presente investigación haremos uso de la concepción de Nora acerca de la relación entre la emergencia de los lugares de memoria y determinados contextos críticos de la vida social, en los que las identidades necesitan ser repensadas o reinventadas. De acuerdo al autor los lugares de memoria surgen como consecuencia de la acción de grupos sociales motivados por sentimientos de amenaza sobre la memoria que quieren conservar. Nora denomina *vigilancia conmemorativa* al

⁵ Ibid., p. 27.

⁶ Ibid., pp. 23-24.

⁷ Ibid., p. 28.

conjunto de prácticas desarrolladas por esos actores con el propósito de contrarrestar las acciones representadas como indiferencia u olvido sobre aquellos lugares⁸. Estas ideas nos permiten acercarnos a la comprensión de las motivaciones e intereses de los actores sociales vinculados a la creación del Museo Histórico Nacional y de los significados y objetivos asignados por ellos a dicha institución. De hecho, el Museo se creó para preservar “las tradiciones de la Revolución de Mayo y de la guerra de la Independencia”⁹, mientras que a los objetos exhibidos y conservados en sus salones y depósitos se los caracterizó como “reliquias de la nacionalidad”, en una operación que era a la vez de exhumación y de construcción del pasado nacional argentino.

A propósito de los intereses y las ideas que guiaron los propósitos de los promotores del Museo Histórico, nos parece también de gran interés el análisis propuesto por Eric Hobsbawm en *La invención de la tradición*, una obra publicada en 1983 y que dialoga en diversos sentidos con el trabajo de Nora que ha sido citado¹⁰. El autor reflexiona acerca de un conjunto de prácticas caracterizadas como de invención de tradiciones, desarrolladas en los países europeos durante el período posterior a la Revolución Industrial como consecuencia del contraste entre los cambios permanentes producidos por la modernidad, y el intento de determinados grupos sociales, en particular de las elites dirigentes de cada país, por estructurar al menos algunos aspectos de la vida social como inalterables¹¹.

Las tradiciones inventadas son caracterizadas como un conjunto de prácticas de naturaleza simbólica o ritual destinadas a inculcar determinados valores o normas de comportamiento en la sociedad, y que buscan establecer diversos vínculos de continuidad –basados en gran parte en elementos ficcionales–, con un pasado histórico que les es funcional, donde la historia aparece como legitimadora de la acción y herramienta de cohesión social¹². De modo que la invención de tradiciones se asocia a prácticas diversas tales como la creación de símbolos, la construcción de monumentos, las ceremonias públicas, la recuperación y resignificación del folclore, la celebración de efemérides, etc.

El autor se detiene particularmente en el análisis del período comprendido entre 1870 y 1914, cuando estas prácticas habrían adquirido una particular intensidad, particularmente por parte de los Estados nacionales pero también como consecuencia de acciones desarrolladas desde diferentes ámbitos de la sociedad civil. Para Hobsbawm esta profundización en la invención de tradiciones

⁸ Ibid., p. 29.

⁹ “Resoluciones patrióticas”, en *Revista Nacional*, 1/6/ 1889, año IV, tomo VIII, núm. 38, Buenos Aires, Imprenta Europea, p. 384.

¹⁰ Eric Hobsbawm y Terence Ranger (eds.), *La invención de la tradición*, Barcelona, Crítica, 2002.

¹¹ *Op. cit.*, Hobsbawm, “Introducción: la invención de la tradición”, p. 8.

¹² Ibid., pp. 7-8.

estuvo orientada a afianzar identidades y establecer nuevos mecanismos de legitimidad política, social y cultural, como consecuencia de los cambios que produjeron los procesos de modernización junto con el avance de las democracias electorales y la aparición de la política de masas en las sociedades europeas¹³.

Consideramos que estas ideas son apropiadas para pensar el tema que nos ocupa. En efecto, las acciones y prácticas desarrolladas desde el Museo Histórico estuvieron orientadas (en gran medida) a la construcción de una nacionalidad argentina en un contexto de profundas transformaciones sociales y de consolidación del Estado nacional, tal como será analizado más adelante. En el presente trabajo consideramos que, en diálogo con la tendencia predominante en el campo historiográfico en formación, desde el Museo se desarrolló un discurso sobre “la historia nacional” que fijaba su fecha de nacimiento en mayo de 1810, que exaltaba a los “grandes hombres” de esa historia y que postulaba diversas líneas de continuidad –históricas, éticas y políticas (entre ellas la reivindicación de una tradición republicana)–, con el presente y el futuro de la nación argentina.

Las ideas recientemente expuestas de Nora y de Hobsbawm dialogan con una serie de trabajos dedicados al estudio de la cuestión nacional en la Argentina finisecular y producidos en el marco de la renovación de la historiografía local de los últimos 30 años. Aunque desde campos de estudio diversos –la historia de las ideas, la historia cultural, la crítica literaria y la historia social–, el conjunto de estos textos comparten una aproximación crítica a la problemática de la cuestión nacional, y procuran explicarla en virtud de su relación con las profundas transformaciones sociales, políticas y culturales atravesadas por la Argentina decimonónica y el impacto de esas transformaciones en las elites locales. Para el presente trabajo de investigación hemos tomado algunas ideas y conceptos de un conjunto de trabajos escritos por Beatriz Sarlo y Carlos Altamirano, Oscar Terán, Carlos Real de Azúa y Lilia Ana Bertoni, que expondremos a continuación.

En *La Argentina del Centenario: campo intelectual, vida literaria y temas ideológicos*¹⁴, Sarlo y Altamirano estudian la emergencia de un campo intelectual específico cuyo proceso de formación comienza en la década de 1880 en directa vinculación con la problemática de la nacionalidad, y cristaliza en la llamada Generación del 900 en torno al Centenario de la Revolución de Mayo¹⁵. Los

¹³ *Op. cit.*, Hobsbawm, “La fabricación en serie de tradiciones: Europa, 1870-1914”, pp. 274-279.

¹⁴ Carlos Altamirano y Beatriz Sarlo, “La Argentina del Centenario: campo intelectual, vida literaria y temas ideológicos”, en *Hispanoamérica*, núms. 25-26, 1980.

¹⁵ Tanto Altamirano y Sarlo como varios otros autores analizados en el presente trabajo utilizan el concepto de campo intelectual acuñado por Pierre Bourdieu, es decir, como un espacio de la actividad humana con un tipo específico de legitimidad y de reglas de funcionamiento, y diferenciado del poder económico, político y religioso como instancias carentes de autoridad específicamente intelectual, citado en Altamirano y Sarlo, *op. cit.*, p. 194, nota al pie núm. 1.

autores entienden que esta generación de escritores se formó a partir de una reacción nacionalista de la burguesía local preocupada por la creación y afirmación de una identidad nacional ante los desafíos sociales planteados por el fenómeno inmigratorio. Aunque dicha reacción nacionalista no habría sido capaz de quebrar la hegemonía del pensamiento liberal durante esta etapa, supuso una permanente erosión cuyos resultados comenzaron a vislumbrarse a partir del nuevo clima de ideas del Centenario, en el que pasaron a un primer plano las concepciones filosóficas espiritualistas, en boga en Europa, así como la ideología hispanista.

Los escritores del 900 ubicaron en el centro de sus indagaciones acerca de la identidad nacional la tradición cultural y los valores del espíritu por oposición a la supuesta “ciudad fenicia” en que se había convertido Buenos Aires. En esta dirección algunas figuras emblemáticas, tales como Manuel Gálvez y Ricardo Rojas, iniciaron un proceso de afirmación de una tradición nacional, que los llevó a resignificar las voces *criollo* y *gaucho*. Estas pasaron de ser términos despectivos (casi por oposición al de progreso) a ser reivindicados como símbolos de la tradición nacional, amenazada aún antes de su afirmación como tal¹⁶.

Aunque el núcleo del trabajo está situado en un período que excede los límites de nuestra investigación y que además se caracterizó por la cristalización de cambios culturales e intelectuales aún muy incipientes en la Argentina de las décadas de 1880 y 1890, tomamos como herramienta analítica la caracterización social que realizan los autores acerca de las elites intelectuales en esta etapa para estudiar al grupo fundacional del Museo Histórico Nacional. Aunque utilizan el concepto de clase burguesa sostienen que la comprensión de las representaciones de estos grupos no puede limitarse a un análisis de clase, ya que su identificación con un supuesto linaje patricio implica necesariamente una complejización del mismo. Los autores sostienen que en tanto núcleo social de los “viejos criollos”, estos sectores creían poseer legítimamente el derecho de tutela sobre el país, lo cual revelaría la existencia de una especie de “autoconciencia dirigente de impronta patricia” en las elites argentinas del Centenario.

Por otra parte nos interesa el análisis planteado acerca de la construcción y afirmación de una tradición nacional por parte de las elites intelectuales, ya que precisamente el Museo tuvo por objetivo la recuperación de las “tradiciones” de la revolución emancipadora y con ello, la afirmación de la nacionalidad argentina. Por último, hemos señalado que los autores se refieren a las ideas espiritualistas en boga hacia el Centenario. Y aunque nuestra investigación se centra en un período anterior, consideramos que en los discursos de varios de los actores vinculados a la

¹⁶ Ibid., pp. 182-188.

fundación del Museo aparecen diversos componentes espiritualistas y estetizantes conjuntamente con preocupaciones por la identidad nacional. Asimismo dichos hombres compartieron la idea según la cual, en tanto intelectuales, ellos debían desempeñar una misión moral y educativa en la sociedad argentina de fin de siglo.

En la obra *Vida intelectual en el Buenos Aires fin-de-siglo (1880-1910). Derivas de la "cultura científica"*¹⁷, Terán indaga una serie de discursos producidos por algunos miembros destacados de la elite dirigente de la Argentina entre 1880 y 1910¹⁸. Aunque el trabajo presenta algunas líneas de continuidad con los anteriormente citados, el autor no se refiere a un campo intelectual en general ni a la disciplina histórica en particular, sino más bien a la existencia de dos culturas intelectuales diferentes entre fines del siglo XIX y comienzos del XX: la "cultura estética" y la "cultura científica". La "cultura científica" –categoría que Terán prefiere ante la más problemática de positivismo– define al conjunto de intelectuales que creían que la ciencia otorgaba legitimidad a las ideas. Esta es presentada en competencia frente a una "cultura estética" caracterizada como reacción antipositivista y espiritualista y en cuya interpretación de la realidad ocupaban un lugar importante los valores éticos y la idea de la belleza como valor universal supremo¹⁹. A partir de estas premisas el autor estudia las biografías de Miguel Cané, Ernesto Quesada, José María Ramos Mejía, José Ingenieros y Carlos Octavio Bunge, deteniéndose particularmente en sus ideas y representaciones acerca de la cuestión social y la cuestión nacional en la Argentina findecimonónica.

Terán sostiene que los mencionados intelectuales atravesaron una serie de tensiones comunes producidas por el proceso de modernización del país. Asimismo plantea que sus producciones teóricas tienen en común el haber sido escritas en el marco del proceso de secularización cultural promovido por la generación del 80 y de consolidación de la elite nacional roquista, autorrepresentada como la portadora de la paz social capaz de disolver y superar las discordias que habían dividido a la nación en el pasado.

El autor advierte una interesante paradoja en la posición de la elite intelectual frente al proceso de cambios socioeconómicos que produjo la integración de la Argentina al mercado mundial capitalista. Mientras que por una parte ésta formaba parte de la clase dirigente promotora y beneficiaria de dichas transformaciones, por la otra temía e incluso rechazaba algunos de esos cambios, llegando a desarrollar un discurso de tono nostálgico frente a la sociedad más tradicional

¹⁷ Oscar Terán, *Vida intelectual en el Buenos Aires fin-de-siglo (1880-1910). Derivas de la "cultura científica"*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2000.

¹⁸ Los intelectuales biografiados en esta obra son Miguel Cané, José María Ramos Mejía, Carlos Octavio Bunge, Ernesto Quesada y José Ingenieros.

¹⁹ Terán, *op. cit.*, "Presentación", pp. 9-11.

que la Argentina dejaba atrás²⁰. Estas tensiones habrían sido percibidas por las elites en clave de crisis de la deferencia, debido a sus sentimientos de amenaza y de cercamiento en tanto grupos tradicionales de la sociedad frente a los cambios sociales del período²¹.

En sintonía con el trabajo de Altamirano y Sarlo, Terán sostiene que en función de estas tensiones se habría producido un proceso de ruptura en las representaciones de este grupo en tanto clase y en tanto elite intelectual, problema que se refleja en una autoconciencia más de estamento que de clase en los intelectuales biografiados. En la presente investigación tomamos esta idea del autor para caracterizar al grupo fundacional del Museo Histórico Nacional. Este grupo formaba parte de las clases dirigentes de la Argentina de fin de siglo, pero a su vez con las particularidades que le brindaba su pertenencia a una elite letrada y patricia.

Otro aporte importante del autor es su idea de que los discursos de la elite intelectual acerca de su propia misión política y social en la sociedad argentina no se desarrollaron solamente frente a la amenaza representada por el fenómeno inmigratorio, sino también frente a las propias elites dirigentes. Terán plantea que la idea de crisis moral y de degeneración social que atraviesa el discurso de algunos de estos intelectuales –y que se profundiza en torno a la Revolución de 1890– implicó fuertes críticas a ciertos sectores de la sociedad local a los que se acusó de estar concentrados en el progreso material en detrimento de las viejas virtudes de la sociedad patricia²². Estas ideas nos permiten pensar que el dispositivo nacionalista que lanzó la elite letrada desde diferentes espacios sociales no estuvo orientado sólo a “educar patrióticamente” a los extranjeros sino también a las propias elites, a las que se acusaba de contribuir a la degeneración moral de la sociedad.

Tal como lo hemos señalado, los trabajos de Sarlo y Altamirano y de Terán nos han brindado herramientas analíticas para la caracterización social del grupo fundacional del Museo en tanto fracción letrada y patricia de las clases dirigentes argentinas de fines del siglo XIX. Asimismo, para la comprensión de la categoría patriciado hemos también incorporado algunas ideas desarrolladas por el historiador uruguayo Carlos Real de Azúa en una obra escrita en 1961, titulada *El patriciado uruguayo*²³. El autor plantea que la pertenencia al patriciado implica, en principio, una situación superior en la jerarquía social y de cierto arraigo familiar e histórico en la sociedad, así como una

²⁰ Del conjunto de intelectuales biografiados, estas ideas están más claramente presentes en el pensamiento de Cané, al que Terán caracteriza como un representante de la generación anterior a la elite finisecular, mientras que no se aplicarían al caso de Ingenieros, debido a que su condición de extranjero lo situaba por afuera de las representaciones de aquella elite que encontraba la clave de su prestigio social en su condición “patricia”, *ibid.*, p. 286.

²¹ *Ibid.*, p. 25.

²² *Ibid.*, p. 49.

²³ Carlos Real de Azúa, *El patriciado uruguayo*, Montevideo, Asir, 1961.

participación activa en la vida pública, que no se restringe al plano estrictamente político, sino que contempla también las actividades económicas y culturales, siempre y cuando estas conlleven cierto nivel de presencia dentro de los ámbitos de deliberación y gobierno. En este sentido el patriciado estaría compuesto por la constelación de individuos pertenecientes a la clase dirigente que intervino, en diversos sentidos posibles, en el proceso formativo de la nación uruguaya.

Para Real de Azúa, aunque conforme una clase dirigente el patriciado no constituye una clase social en particular sino más bien una pluralidad de clases (estanciera, militar, comerciante y letrada). Debido a ello sus vínculos de identidad cultural, económica y social son menos fuertes que sus diferencias y conflictos internos. Pero al mismo tiempo sus miembros comparten ciertas solidaridades efectivas que los unen en tanto “clase fundacional”²⁴. Consideramos que estos criterios nos permiten acercarnos a la comprensión de los rasgos de autoconciencia e identidad asumidos por los descendientes del patriciado local que participaron del proceso formativo del Museo Histórico Nacional. Asimismo consideramos que las ideas planteadas por Sarlo y Altamirano y por Terán complementan el análisis propuesto por Real de Azúa.

En cuanto a la problemática de la cuestión nacional, hemos tomado algunas ideas propuestas por Lilia Ana Bertoni en la obra *Patriotas, cosmopolitas y nacionalistas. La construcción de la nacionalidad argentina a fines del siglo XIX*. La autora estudia los diversos proyectos desarrollados, tanto desde el Estado como desde diversos ámbitos de la sociedad civil, para contribuir a la formación de una nacionalidad argentina en el período comprendido entre 1880 y principios del siglo XX²⁵. En sintonía con los trabajos anteriormente analizados, Bertoni sostiene que en esta etapa las elites dirigentes del país pusieron en primer plano la cuestión nacional y que se desarrolló un nuevo tipo de nacionalismo, de corte esencialista, frente al más tradicional de tipo contractualista y republicano. La autora enfatiza el carácter ambiguo y heterogéneo de estas ideologías, las que no se correspondían con alineamientos políticos específicos en el seno de las elites dirigentes²⁶.

La tesis de Bertoni está centrada en el fenómeno inmigratorio y la amenaza que representó para dichas elites como explicación del amplio dispositivo nacionalista lanzado desde el Estado y la sociedad civil. Asimismo la autora analiza el contexto internacional del período en cuestión, y sostiene que la aceleración del ritmo del proceso de construcción de la nacionalidad argentina a fines del siglo XIX se vincula también con el inicio de una nueva etapa en el desarrollo de los Estados nacionales en Europa, en el marco de un fenómeno de expansión colonial imperialista.

²⁴ Ibid., cap. I: “Perfil y caracterización de nuestro patriciado”, pp. 9-21.

²⁵ Lilia Ana Bertoni, *Patriotas, cosmopolitas y nacionalistas. La construcción de la nacionalidad argentina a fines del siglo XIX*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2001.

²⁶ Ibid., pp. 163-173.

Bertoni demuestra exhaustivamente la importancia clave de la cuestión inmigratoria a nivel local como explicación del fenómeno de construcción de una nacionalidad argentina. Sin embargo, acaso por momentos, propone un análisis en cierto modo sesgado del fenómeno estudiado. En rigor, la autora hace referencia a otras posibles vinculaciones del mismo con el proceso de afirmación y consolidación del Estado nacional, así como señala su relación con los anteriores intentos de definición de una nacionalidad (sobre todo por parte de los intelectuales de la Generación del 37), pero dichas problemáticas son parcialmente soslayadas frente a la centralidad de la cuestión inmigratoria.

A diferencia de los trabajos de Sarlo y Altamirano y de Terán, centrados fundamentalmente en producciones intelectuales, el objeto de estudio de Bertoni reside en el conjunto de prácticas desarrolladas por las elites dirigentes del país para poner en marcha un inmenso dispositivo nacionalista activado a través de las fiestas, las escuelas y los proyectos de naturalización de los extranjeros. En el marco del análisis de los proyectos encaminados a la construcción de una nacionalidad, Bertoni se refiere brevemente a la creación del Museo Histórico Nacional. Sin embargo, dado que el Museo es presentado como uno de los múltiples proyectos orientados a la *educación patriótica* de la sociedad y sobre todo porque no constituye su tema de estudio, la autora no se detiene en el análisis de los mecanismos sociales, políticos e intelectuales que se articularon en su formación ni en la función social singular que pudo haber tenido la fundación de un museo de historia frente a otro tipo de iniciativas desarrolladas en el marco del mencionado dispositivo de fijación de una nacionalidad.

Nos interesa en particular de la obra de Bertoni su análisis acerca de los proyectos destinados a la construcción de una nacionalidad argentina desde el plano de las prácticas concretas. Lejos de considerar que estos fueron implementados simplemente como políticas públicas desarrolladas por el Estado, la autora explica las acciones que los pusieron en marcha por medio de la exploración de las complejas modalidades de articulación y diálogo entre los ámbitos público y privado en el período en cuestión. En consonancia con estas ideas, en nuestra investigación partimos de la hipótesis según la cual la fundación del Museo Histórico Nacional es también resultado de estas prácticas, así como de la articulación, no exenta de tensiones, de las redes tejidas entre los ámbitos público y privado, formadas por intelectuales, coleccionistas y funcionarios estatales que circulaban entre diversas esferas de la vida social.

El conjunto de estos trabajos acerca de las ideologías y las prácticas de la elite intelectual, la circulación de las ideas y las modalidades en que se llevaron a cabo las acciones concretas para construir e inculcar una nacionalidad argentina al conjunto de la sociedad, permiten complejizar la

problemática de la cuestión nacional en la Argentina finisecular, así como brindan valiosos aportes para comprender la inserción social y significación política y cultural del Museo Histórico Nacional en ese contexto.

b) Historiografía, Estado y política

En la presente investigación consideramos que el Museo Histórico Nacional es, también, un objeto de estudio de la historiografía en el sentido en que piensa a la actividad historiográfica, entre otros autores, Alejandro Cattaruzza. Es decir, no solamente como el conjunto de producciones textuales escritas en un período o por una escuela determinada, sino también como las diversas representaciones sobre el pasado producidas desde un conjunto de prácticas e instituciones diversas y relacionadas, de diferentes maneras, con el pasado y sus usos²⁷. Esto es más pertinente aún en el período en cuestión por tratarse de una etapa en el cual no existe aún un campo intelectual definido de acuerdo a reglas científicas y académicas, tal como lo señalan los autores cuyos trabajos se reseñan en el presente estado de la cuestión. Estas ideas constituyen un punto de partida fundamental para nuestro tema de estudio, ya que nos permiten indagar el discurso sobre el pasado ofrecido por el Museo Histórico en su etapa fundacional, en diálogo con las producciones intelectuales del campo historiográfico en formación y con los procesos políticos y sociales de la Argentina de fines del siglo XIX.

De todos modos es necesario aclarar que si bien hemos indagado algunos aspectos historiográficos vinculados con el pensamiento de Adolfo P. Carranza, sus ideas sobre el pasado y las acciones desarrolladas desde el Museo en pro de la construcción de una memoria nacional, no nos hemos concentrado en la realización de un análisis historiográfico capaz de explorar en profundidad las características de sus discursos y representaciones sobre el pasado en diálogo con las producciones textuales y los debates de la historiografía del período.

Ello se debe fundamentalmente a que en el transcurso de nuestra investigación nos hemos encontrado con diversos temas de estudio –tales como los vínculos del Museo Histórico con el poder político y con otros museos, las modalidades formativas de sus colecciones y el rol de los coleccionistas en dicho proceso y las problemáticas económicas y edilicias atravesadas por la institución, entre otros–, fundamentales para comprender la gestación y desarrollo del Museo en sus

²⁷ Alejandro Cattaruzza, “Por una historia de la historia”, en *Políticas de la historia*, Alejandro Cattaruzza y Alejandro Eujanian, Buenos Aires, Alianza, 2003, tercera parte, cap. 6. Este capítulo fue publicado originalmente bajo el título de “Por una historia de los modos en que una sociedad intenta dar cuenta de su pasado”, en *Rivista di Storia della Storiografia Moderna*, núms. 2-3, Roma-Pisa, 1995, pp. 203-206.

años fundacionales. Por estas razones un estudio mucho más concentrado en cuestiones historiográficas quedará pendiente para futuras investigaciones. Sin embargo –tal como ha sido señalado– dicha problemática estará presente a lo largo de toda la tesis ya que el Museo se gestó y desarrolló en estrecho diálogo con el campo historiográfico en formación y fue, además, –en tanto *lugar de memoria* de la Argentina finisecular– un producto de la historiografía.

Ahora bien ¿qué era la historiografía en la Argentina finisecular?, ¿qué canales utilizaban sus discursos para circular?, ¿cómo se relacionaba la historiografía con la política y con el Estado?, ¿cómo se legitimaba el saber? En virtud de estos interrogantes haremos uso de diversas ideas y herramientas analíticas desarrolladas por un conjunto de historiadores que, a partir del proceso de renovación de los estudios históricos en la década de 1980, han estudiado desde nuevas perspectivas las problemáticas historiográficas del período.

Un trabajo pionero en esta dirección es el artículo de Tulio Halperín Donghi “La historiografía argentina, del ochenta al Centenario”²⁸. El autor plantea que entre inicios de la década de 1880 y 1910 se asiste en la Argentina a una doble crisis, histórica y política, de la historiografía nacional. Mientras que por una parte comienzan a impugnarse ciertos aspectos casi consagrados de la historiografía tradicional (emblemáticamente caracterizada por las dos grandes obras de Mitre, cuyas ediciones definitivas se dan a conocer a fines de la década del 80²⁹), por otra parte la historiografía de esta etapa se muestra incapaz de producir obras renovadoras.

La crisis política se explicaría por la impugnación que la Argentina de 1880 realiza al proyecto político e historiográfico mitrista sin ser capaz de reemplazarlo por uno nuevo. A diferencia de Mitre, quien había planteado una cierta imagen sobre la Argentina, que no sólo otorgaba un punto de partida preciso a la nacionalidad sino que lograba armonizar los aportes de las diversas fuerzas sociales del país en la construcción de una república democrática, la Argentina del 80 privaba de contenido serio a ese proyecto. Según Halperín Donghi, si en la obra mitrista dicho proyecto era no sólo una interpretación del pasado sino también (y sobre todo) una apuesta al futuro del país, el régimen del 80 desmintió en la práctica esa imagen de la Argentina a la vez que se mostró incapaz de reemplazarla por una nueva.

En cuanto a la crisis de la historia, se explicaría por los fallidos intentos por reemplazar el relato político narrativo de la historia nacional por análisis basados en los métodos de las nuevas

²⁸ Tulio Halperín Donghi, “La historiografía argentina del 80 al Centenario”, en *Ensayos de historiografía*, Buenos Aires, El Cielo por asalto, 1996. Este artículo fue originalmente publicado bajo el título “La historiografía: treinta años en busca de un rumbo”, en *La Argentina: del Ochenta al Centenario*, G. Ferrari y E. Gallo (comps.), Buenos Aires, Sudamericana, 1980.

²⁹ En 1887 se dieron a conocer la versión definitiva de la *Historia de Belgrano y de la Independencia argentina* y la primera edición de la *Historia de San Martín y la emancipación sudamericana*, de Bartolomé Mitre.

ciencias sociales, varios de ellos con una fuerte impronta positivista³⁰. Del conjunto de estos planteos tomamos en particular dos ideas: la que presenta a una historiografía en proceso de transformación, donde los diversos autores y sus interpretaciones heterogéneas sobre el pasado convivían en un espacio caracterizado por la ausencia de un único paradigma, y la que postula que ensayistas e historiadores –por encima de las discusiones sobre el pasado– tuvieron el propósito común de construir una nacionalidad argentina.

Otro aporte importante para nuestra investigación lo constituye un artículo de Gustavo Prado titulado “Las condiciones de existencia de la historiografía decimonónica argentina”³¹. El autor se propone analizar el problema del nacimiento de la historiografía local, intentando integrar los aspectos sociopolíticos de la misma propuestos por Halperín Donghi en el artículo citado, pero evitando a su vez establecer una relación de causalidad inmediata entre el ámbito de las ideas y el ámbito material, que es el problema que encuentra a la interpretación halperiniana³².

Del conjunto de ideas desarrolladas por Prado nos interesa en particular su planteo acerca de la constitución histórica de la historiografía, en detrimento de la versión evolucionista propuesta por la Nueva Escuela Histórica (en adelante NEH) en la construcción de sus propios antecedentes. Frente a esta interpretación el autor sostiene que no puede pensarse una historiografía preexistente en tanto género intelectual específico en el momento de surgimiento de la NEH. Por el contrario, aquella se habría forjado históricamente de acuerdo a una serie de condiciones políticas, sociales y culturales propias del contexto local.

A partir de estas premisas el autor sostiene que la historiografía decimonónica argentina nació en un espacio intelectual precario en el que los textos escritos por los estudiosos del pasado no eran expresión de discursos cualitativamente diferentes a los producidos por los intelectuales vinculados a los géneros literarios, sino que más bien se trataba de discursos experimentales, no suficientemente distinguidos ni compartimentados de acuerdo a reglas científicas.

En virtud de ello Prado prefiere utilizar la noción de espacio historiográfico para referirse a las condiciones de la historiografía entre Caseros y el Centenario, frente al concepto de campo intelectual acuñado por Bourdieu, aún inexistente en la Argentina decimonónica³³. Esta idea de espacio historiográfico nos parece interesante ya que remite a un ámbito de producción de textos

³⁰ Dos de los ejemplos más paradigmáticos de este tipo de trabajos son *Conflicto y armonía de las razas en América* (Domingo F. Sarmiento, 1882) y *Las neurosis de los hombres célebres en la historia argentina* (José María Ramos Mejía, 1878)³⁰.

³¹ Gustavo Prado, “Las condiciones de existencia de la historiografía decimonónica argentina”, en Fernando Devoto, Gustavo Prado, Julio Stortini y Nora pagano (comps.), *Estudios de historiografía argentina II*, Buenos Aires, Biblos, 1999, pp. 37-101.

³² *Ibid.*, p. 44.

³³ *Ibid.*, pp. 56-57.

históricos abierto, no desarrollado alrededor de instituciones especializadas, sino más bien articulado sobre la base de redes personales y círculos políticos y culturales propios de la elite social y política. Dicho espacio estuvo conformado por intelectuales polifacéticos que desempeñaban diversos papeles en la sociedad civil, con diferentes estrategias personales y prácticas adecuadas al contexto político y social en el que estaban inmersos.

De acuerdo al autor, en torno a las ideas, las producciones textuales y las discusiones sobre el pasado se fueron conformando lentamente usos y criterios propios del naciente oficio de historiador, que funcionaron por medio de canales abiertos y cruzados tales como diarios, revistas, libros e instituciones. Desde esta concepción Prado discute con la interpretación halperiniana en el sentido de que pensar la realidad de la historiografía entre Caseros y el Centenario de acuerdo a una idea de crisis paradigmática (tal como lo propone Halperín Donghi), implicaría suponer una situación previa de normalidad, inexistente y contradictoria con la idea de conformación histórica y experiencial del campo historiográfico³⁴.

En el artículo “Entre ciencia, pedagogía patriótica y mito de los orígenes”, Fernando Devoto explora los procesos historiográficos, políticos y culturales previos al surgimiento de la NEH, cuyos orígenes sitúa en torno al Centenario de la Revolución de Mayo³⁵. El autor explora las preocupaciones de la elite intelectual argentina acerca de la necesidad de una identidad nacional y las propuestas y los problemas que surgieron frente a ella, para luego detenerse en lo que señala como significativa paradoja de la NEH, a saber, su intento de conciliación entre el ideal de cientificidad de la disciplina histórica y la idea de la misma en tanto posible (y necesaria) herramienta de pedagogía patriótica.

Concentrado en deshilvanar el proceso formativo de la historia como disciplina pedagógica, Devoto explora los discursos y proyectos concretos de algunos destacados miembros de la elite intelectual argentina entre 1880 y el Centenario, en particular Ernesto Quesada, José María Ramos Mejía, Joaquín V. González y Juan Agustín García. Tomamos del autor la idea de que, si bien por un lado dichos intelectuales (a los que denomina generación positivista) tuvieron conciencia de la problemática de la nación y de la necesidad de una solución pedagógica frente a ella, por otro lado no tuvieron interés ni fueron capaces de producir el conjunto de herramientas que sirvieran como molde intelectual de la identidad argentina. Devoto sostiene que sus obras eran por lo general analíticas, no narrativas, y que estaban guiadas por la preocupación de aplicar leyes al estudio del

³⁴ Ibid., p. 47.

³⁵ Fernando Devoto, “Entre ciencia, pedagogía patriótica y mito de los orígenes”, en Fernando Devoto, Gustavo Prado, Julio Stortini y Nora pagano (comps.), *Estudios de historiografía argentina II*, Buenos Aires, Biblos, 1999, pp. 11-37.

pasado, por hacer ciencia y no pedagogía, lo que las hacía poco aplicables para la construcción de una tradición sobre el pasado nacional. En síntesis, la generación positivista habría tenido conciencia de la necesidad de crear instrumentos historiográficos que contribuyeran a forjar una identidad nacional, pero en la práctica no fue capaz de producirlos³⁶.

Estas ideas son interesantes como punto de partida de uno de los interrogantes de nuestro trabajo de investigación, a saber el nivel de gravitación y trascendencia que pudo haber tenido la creación y desarrollo de un museo histórico en el espacio historiográfico de la Argentina finisecular. En su propósito de reunir las “reliquias” del pasado y de preservar “las tradiciones de la Revolución de Mayo y de la guerra de la Independencia”, el Museo fue una institución claramente orientada a servir como instrumento de una pedagogía patriótica. Ahora bien, independientemente de la evidente atención prestada a su desarrollo por Adolfo P. Carranza, ¿cuál fue el nivel de relevancia de la institución en el ámbito intelectual e historiográfico?, ¿se involucraron en su formación los intelectuales más destacados del período?, ¿de qué maneras colaboraron con la institución? Estos son algunos de los interrogantes que nos formulamos a propósito de los vínculos tejidos entre el Museo, el campo historiográfico en formación y el proceso de construcción de una nacionalidad argentina en el período en cuestión.

Volviendo al trabajo de Devoto, el autor sostiene que debido a la falta de respuestas concretas de los intelectuales decimonónicos frente a la tarea de construcción de una identidad nacional, los instrumentos necesarios para “inventar” una tradición surgieron de otros ámbitos. Por una parte, de los historiadores de la NEH, que a su vez produjeron un retorno a los trabajos fundaciones de Mitre. Por otra –con resultados mucho más contundentes– de una serie de ensayistas vinculados a la reacción antipositivista y a un nacionalismo de tipo cultural, en particular Ricardo Rojas y Leopoldo Lugones, a quienes Devoto caracteriza –en consonancia con el trabajo citado de Sarlo y Altamirano–, como emblemáticos “inventores de la tradición”³⁷.

El estudio de las relaciones entre campo historiográfico en formación e instituciones estatales en este período constituye otro de los núcleos fundamentales para abordar el análisis de las redes sociales que participaron del proyecto de fundación del Museo. En el artículo “Por una historia de la historia”, Alejandro Cattaruzza indaga la relación entre campo historiográfico, intelectuales y poder político en el proceso de profesionalización de la historia, que tuvo lugar entre fines del siglo XIX y comienzos del siglo XX en las sociedades occidentales³⁸. De acuerdo al autor, en dicho proceso dos

³⁶ Ibid., p. 22.

³⁷ Ibid., p. 25.

³⁸ Cattaruzza, *op. cit.*

grandes cuestiones cobraron un especial protagonismo. Por una parte, el énfasis puesto en la necesidad de utilización de una metodología específica para la investigación, y por otra, la relación de la disciplina con la construcción de las identidades nacionales, lo cual llevó a los grupos intelectuales y al Estado de cada país a preocuparse por la producción de estudios sistemáticos acerca de las historias nacionales³⁹.

Algunas ideas desarrolladas en este trabajo resultan de especial interés para el análisis del proyecto de fundación del Museo Histórico y las características de su grupo fundacional. Por una parte, la idea de imbricación entre actividad historiográfica, mundo literario y política, que remite a un espacio carente de líneas divisorias claras entre las actividades académicas y las extraacadémicas⁴⁰. Por otra, la caracterización de los historiadores del período dentro de la categoría más amplia y más compleja de intelectuales, en tanto actores que trascienden el campo de los estudios históricos a través de su participación activa en el mundo político y social. Por último, consideramos particularmente importante la forma en que el autor piensa al Estado en este período, no como una estructura uniforme, estática y acabada, sino más bien como un complejo de reparticiones en construcción con dinámicas más o menos propias. Estas ideas constituyen herramientas clave para analizar la articulación de las redes sociales, los ámbitos público y privado y los sujetos concretos que participaron del proceso fundacional del Museo.

En consonancia con el trabajo de Sarlo y Altamirano que ha sido citado, Alejandro Eujanian sostiene en “El surgimiento de la crítica” que los debates historiográficos de este período deben comprenderse en el marco de la emergencia de la crítica, que se produjo a partir de mediados del siglo XIX conjuntamente con la formación de un campo específicamente literario⁴¹. Esta situación llevó a que los escritores comenzaran a ser reemplazados por los historiadores en las discusiones sobre el pasado nacional. Considerando que la crítica ejercida a través de la prensa y de las revistas culturales se convirtió en el modo de dirimir disputas historiográficas en un período caracterizado por la ausencia de canales académicos específicos, Eujanian analiza los dos grandes debates historiográficos del período. Por una parte, el que enfrentó a Bartolomé Mitre y a Dalmacio Vélez Sarsfield en 1864, y por otra, el que opuso a Mitre y a Vicente Fidel López entre 1881 y 1882. En ambos debates se dirimieron no solamente diferentes discursos sobre el pasado sino también

³⁹ Ibid., p. 203.

⁴⁰ Ibid., p. 205.

⁴¹ Alejandro Eujanian, “El surgimiento de la crítica”, en *Políticas de la Historia, op. cit.*, primera parte, cap. I. Este artículo fue publicado originalmente bajo el título de “Polémicas por la historia. El surgimiento de la crítica en la historiografía argentina 1864-1882”, en *Entrepasados*, núm. 16, Buenos Aires, 1999. A diferencia de los intelectuales del período estudiado, los escritores y ensayistas de la Generación del 37 habían concebido a la literatura como una herramienta de transformación política y social, motivo por el cual se dedicaron mucho más al periodismo y al ensayo histórico que a la literatura ficcional.

diversas elecciones metodológicas. Tal como lo señalan Cattaruzza y Prado en los trabajos citados, Eujanian sostiene que historia y política estaban imbricadas en el período estudiado, lo que implicaba que los intelectuales que debatían sobre el pasado nacional lo hicieran en el doble papel de historiadores y de hombres públicos⁴².

Tomamos del autor esta idea de imbricación entre actividad intelectual y política para el análisis de las ideas y las prácticas destinadas a la construcción de una nacionalidad argentina por parte de los actores vinculados a la fundación del Museo Histórico Nacional. En efecto, al colaborar en la tarea de construcción de una memoria nacional, ya fuese por medio de producciones textuales como de acciones concretas, desarrolladas tanto dentro como fuera del Museo, Adolfo P. Carranza y sus colaboradores estaban actuando como hombres públicos y con fines políticos.

Por último incorporamos algunas ideas desarrolladas por Pablo Buchbinder en el artículo “Vínculos privados, instituciones públicas y reglas profesionales en los orígenes de la historiografía argentina”, acerca de algunas problemáticas institucionales del campo historiográfico argentino entre 1860 y 1910, es decir, durante el período anterior a la emergencia de la Nueva Escuela Histórica⁴³. A lo largo del trabajo el autor plantea dos importantes cuestiones. Por una parte sostiene que el campo historiográfico en esta etapa funcionaba sobre la base de una serie de círculos privados conectados entre sí por medio de diversas redes sociales con un alto nivel de cohesión social, lo cual impedía la formación de un campo científico y público de acceso al conocimiento. Se trata, por lo tanto, de un período caracterizado por la escasa diferenciación entre los espacios público y privado.

Por otra parte, Buchbinder sostiene que la mayoría de los proyectos desarrollados desde el Estado y la sociedad civil durante el período 1860-1910 –destinados a la creación de espacios específicos para la investigación, tales como archivos, bibliotecas y sociedades científicas–, no lograron prosperar o funcionaron de un modo sumamente deficiente. El autor explica que la aparición tardía de instituciones públicas dedicadas a la práctica historiográfica fue producto de la debilidad del Estado por su tardía consolidación como tal, lo cual supuso un lento proceso de expropiación social por medio del cual aquel fue avanzando sobre una serie de ámbitos de actuación, competencias y espacios de la sociedad civil⁴⁴.

⁴² Ibid., pp. 35-36.

⁴³ Pablo Buchbinder, “Vínculos privados, instituciones públicas y reglas profesionales en los orígenes de la historiografía argentina”, en *Boletín del Instituto Ravignani*, tercera serie, núm. 13, 1^{er} semestre de 1996, pp. 59-82.

⁴⁴ El autor explica los casos de la Biblioteca Pública de la Provincia de Buenos Aires, convertida en Biblioteca Nacional, y del Archivo Público de la Provincia de Buenos Aires, transformado en Archivo General de la Nación, ambos nacionalizados en 1884. Ese año el presidente Roca nombró una comisión que debía resolver conjuntamente con el gobierno de la Provincia de Buenos Aires la nacionalización de las instituciones mencionadas así como del Museo

La tesis principal del autor es que la profesionalización de la historia se desarrolló en el marco de un proceso mayor de transformación social que implicó, como condición de realización, la afirmación del aparato del Estado. La debilidad institucional de éste, su falta de recursos suficientes para crear espacios profesionales destinados a la producción historiográfica, así como cierto grado de indiferencia ante los problemas de este tipo, habrían retrasado el proceso de expropiación social ya señalado. Por último, el autor también señala que el avance del Estado en la creación de un campo historiográfico profesional se relaciona con el papel de la historia en la educación y la formación de una conciencia nacional.

Estas ideas nos parecen importantes para abordar el análisis de las redes sociales que actuaron en la gestación y desarrollo del Museo, donde confluyeron actores provenientes de los ámbitos público y privado vinculados con el aparato del Estado y la política, con el campo historiográfico en formación y con el ámbito del coleccionismo y la formación de museos. Un aspecto emblemático de la historia del Museo donde puede observarse el funcionamiento de estas redes sociales y la circulación de los actores entre espacios más o menos laxos y de fronteras abiertas, es en el proceso de formación de sus colecciones, cuyas modalidades de funcionamiento y articulación serán estudiadas en el transcurso de nuestra investigación.

El conjunto de aportes historiográficos realizados por los autores mencionados en el presente apartado, permiten reconsiderar una serie de imágenes y supuestos acerca del proceso de avance del Estado nacional sobre la sociedad civil a fines del siglo XIX. Asimismo brindan valiosas herramientas para comprender la compleja articulación de las instituciones estatales con la historiografía, el mundo político y las élites intelectuales. Estas ideas serán aplicadas a la comprensión del proceso de gestación y funcionamiento del Museo Histórico Nacional durante sus años fundacionales.

c) Coleccionismo y formación de museos

Los problemas presentados en el presente estado de la cuestión se articulan con otro campo de estudios fundamental para nuestra investigación, a saber, aquel que estudia las prácticas de los coleccionistas y la constitución de los museos. A través de una serie de lecturas vinculadas con estas problemáticas intentaremos comprender las características de los procesos de formación de

Público de la Capital, y la entrega a la Nación de todos los documentos y objetos históricos pertenecientes a la misma que estuvieran en reparticiones de la Provincia. Los representantes de la mencionada comisión por la Nación eran Bartolomé Mitre, Andrés Lamas y Amancio Alcorta, y por la Provincia, Lamas, Aristóbulo del Valle, Juan José Romero y Francisco P. Moreno, *ibid.*, p. 72.

museos en la Argentina del siglo XIX, prestando a su vez atención a posibles antecedentes y vínculos de estas instituciones con sus pares de las sociedades europeas y americanas. Asimismo nos detendremos en la problemática del coleccionismo y de las redes sociales y prácticas vinculadas a dicha actividad. En esta dirección, esperamos poder acercarnos a la comprensión de las motivaciones, objetivos e intereses de los mentores del Museo Histórico Nacional, el proceso formativo de sus colecciones, las modalidades de participación y los aportes realizados por coleccionistas y donantes ocasionales de objetos, y las relaciones tejidas entre ámbitos públicos y privados en el desarrollo de la institución.

Hemos tomado algunas ideas sobre coleccionismo y museos de un trabajo ya clásico de Krzysztof Pomian en la historiografía sobre estas temáticas. Se trata del libro *Collectionneurs, amateurs et curieux, Paris, Venise: XVI^e-XVIII^e siècle*, que reúne una serie de artículos surgidos de investigaciones realizadas durante veinte años y que fue publicado en 1987. Según Pomian la historia del coleccionismo no se reduce ni a la del arte, ni a la de las ciencias ni a la de la historia. Se trata, por el contrario, de una historia autónoma concentrada en los objetos portadores de significaciones y de signos, en su producción, su circulación y su consumo⁴⁵.

De acuerdo al enfoque propuesto, la actividad de coleccionar contiene una dimensión geográfica (porque la distribución espacial de las colecciones está vinculada a la localización de centros religiosos, la organización política, las corrientes de intercambios artísticos, intelectuales y económicos), una dimensión social (debido a que su contenido y su carácter dependen del estatus de los coleccionistas y del lugar que estos ocupan en la jerarquía del poder, del prestigio, de la educación y de la riqueza), y una dimensión económica (en virtud de que las piezas que componen las colecciones son intercambiadas a título de donaciones, pero también vendidas y compradas, despojadas y/o robadas)⁴⁶. A partir de estas premisas el autor postula que el coleccionismo constituye una vía de acceso privilegiada al campo de la historia de la cultura.

Pomian define a la colección como un conjunto de objetos naturales o artificiales mantenidos, temporaria o definitivamente, fuera del circuito de actividades económicas, sometidos a una protección especial en un lugar creado con esa finalidad y expuestos a la vista de un público. Asimismo sostiene que los objetos que se transforman en piezas de colección o de museo son singulares porque poseen valor de cambio sin tener valor de uso⁴⁷. Precisamente, uno de los más interesantes aportes del trabajo de Pomian surge del interrogante acerca de las razones que otorgan

⁴⁵ Krzysztof Pomian, *Collectionneurs, amateurs et curieux, Paris, Venise: XVI^e-XVIII^e siècle*, Paris, Gallimard, 1987, pp. 7-13.

⁴⁶ Ibid, p. 12.

⁴⁷ Ibid., pp. 18-19.

valor a los objetos que componen colecciones. Ante esta pregunta el autor postula que comparten una función singular en tanto intermediarios entre el universo de lo visible –donde se encuentra el espectador, el que contempla la colección– y el universo de lo invisible –de donde proviene el significado peculiar de cada una de esas piezas. Debido a que su función es garantizar la comunicación entre ambos universos, esos objetos son mantenidos por fuera del circuito de actividades económicas. Desde esta perspectiva el autor sostiene que –aunque con diferentes modalidades y bajo pautas sociales diversas–, la colección es una institución mundialmente difundida, fenómeno que encuentra su explicación en el carácter universal de la oposición entre lo visible y lo invisible⁴⁸.

En cuanto a nuestro objeto de estudio, consideramos que esta idea nos brinda herramientas para acercarnos a la comprensión de las funciones simbólicas otorgadas al proyecto de fundación de un museo histórico por parte de sus promotores en la Buenos Aires de fines del siglo XIX. En efecto, en el espacio del Museo los objetos representarían la memoria de los hombres públicos y de los episodios más destacados del pasado y junto a ellos, los valores morales asignados a la historia nacional en clave patriótica. De modo que su reunión y exposición para la contemplación del público puede ser leída, en clave de Pomian, como una posible instancia de conexión entre el mundo de lo visible (el Museo y su público) y el mundo de lo invisible (el legado inmaterial de los hombres públicos del pasado).

Por último, tomamos otra idea de Pomian acerca del sentido y la funcionalidad de los museos del siglo XIX, a los que caracteriza como museos modernos. Según su interpretación, el mundo de lo invisible representado por las colecciones de estos museos remite a un nuevo tipo de culto, aquel cuyo sujeto y objeto es la nación. A través del museo la nación se rinde culto a sí misma celebrando su pasado en todos sus aspectos: los grupos sociales, territoriales y profesionales que la conforman y los “grandes hombres” nacidos en su seno que dejaron obras perdurables en los más diversos campos. En palabras del autor: “Al presentar objetos en los museos, se los expone no sólo ante la vista de las generaciones presentes, sino también ante las futuras, como antaño se exponían ante los dioses”⁴⁹.

Este planteo de Pomian es plausible de aplicar al caso que nos ocupa, ya que al tratarse de un museo histórico la vinculación entre su creación y los objetivos de exaltación del pasado nacional es –a nuestro juicio– indudable. Sin embargo, saber que el Museo fue concebido por sus mentores como un lugar de memoria de la historia nacional no explica algunas cuestiones fundamentales

⁴⁸ Ibid., p. 37.

⁴⁹ Ibid., p. 59.

ligadas a su proyección, formación y funcionamiento, procesos estos que develan una realidad compleja y atravesada por diversos matices. Partiendo de esta premisa, en el presente trabajo de investigación nos proponemos analizar las ideas y las prácticas concretas ligadas a su formación, las modalidades de articulación de las redes de sociabilidad participes de su gestación, la participación del Estado nacional en su desarrollo y las características del proceso formativo de sus colecciones.

Acerca de los procesos sociales vinculados al surgimiento de los museos, tomamos algunas claves interpretativas de un trabajo del historiador André Chastel, dedicado a explorar los orígenes de la noción de patrimonio en los años inmediatamente posteriores a la Revolución Francesa⁵⁰. El autor sostiene que la noción de patrimonio en Francia fue expresión de una nueva conciencia asumida por las instituciones estatales acerca de la necesidad de preservar los bienes considerados fundamentales e inalienables del pasado. En esta dirección postula que el surgimiento de la idea de patrimonio debe entenderse como fruto de un proceso de profunda conmoción y cambio sociocultural –no exento de posturas encontradas–, que llevó a que los restos del pasado fueran objeto, tanto de prácticas de conservación como de destrucción. Sin embargo, en los años inmediatamente posteriores a la Revolución la idea de conservación de los vestigios del pasado (en particular de las obras de arte) fue ganando consenso, generando una preocupación moral y pedagógica renovada y con ella un nuevo sentimiento de bien común asociado a la idea de que esos vestigios representaban la riqueza moral de la nación⁵¹. Asimismo, el autor plantea la existencia de una relación directa entre la emergencia de la noción de patrimonio y la creación de una política de museos en la Francia revolucionaria, destinada a reunir y preservar las huellas materiales del pasado.

Aunque esta interpretación no puede ser aplicada de modo inflexible a la problemática del patrimonio en el caso argentino, tomamos del autor su idea acerca del vínculo entre la emergencia de la noción de patrimonio y el desenvolvimiento de procesos de profundas transformaciones socioculturales. En este sentido creemos posible vincular el paulatino surgimiento de la idea de patrimonio en la Buenos Aires finisecular como resultado de las transformaciones sociales vinculadas a los proceso de modernización del país y de avance del capitalismo, que –tal como ya ha sido señalado–, produjeron un nuevo tipo de tensiones sociales y culturales en las elites, dando lugar a una renovada preocupación por la preservación de la memoria nacional y de sus vestigios materiales.

⁵⁰ André Chastel, “La notion de patrimoine”, en *Les lieux de mémoire, op. cit.*, vol. 1: “La république; la nation”, pp. 1438-1441.

⁵¹ *Ibid.*, pp. 1438-1441.

Dentro del marco de los estudios producidos por la historiografía local sobre museos, que se encuentra en un proceso de desarrollo incipiente aunque significativo, destacamos en particular los trabajos de Irina Podgorny acerca de las prácticas científicas, los museos y los vínculos entre formación de colecciones, mercado e instituciones estatales, entre otros temas⁵². En el artículo “La mirada que pasa: museos, educación pública y evidencia científica”, Podgorny explica que a lo largo del siglo XIX se producen importantes cambios cualitativos en las ideas acerca del sentido y las funciones de los museos. En efecto, los museos decimonónicos fueron vinculados a los procesos de consolidación de los Estados-nación y por ende a la definición de una ciencia, una historia y un arte nacionales⁵³. Este fenómeno llevó a la creación de museos públicos y estatales como espacios de exhibición y de estudio de la naturaleza, los territorios y las potenciales riquezas de cada país, con vistas a su desarrollo económico. Debido a estas razones los museos fueron vinculados con el ideal de progreso de los Estados nacionales⁵⁴.

La autora discute con el enfoque historiográfico que considera a los museos del siglo XIX (al menos los orientados a las ciencias) como instituciones puramente simbólicas y como lugares de memoria, dejando de lado los polémicos procesos ligados a su emergencia. De acuerdo a su interpretación, en estas instituciones se desarrollaban prácticas científicas y por lo tanto no eran espacios de memoria, sino de un presente en continua transformación⁵⁵. Asimismo Podgorny

⁵² Aunque no han sido centrales para la elaboración del presente estado de la cuestión, quisiéramos hacer referencia a una serie de trabajos producidos recientemente en la historiografía local, que brindan aportes relevantes acerca de diversas problemáticas vinculadas al coleccionismo y la historia de museos orientados a las disciplinas científicas. Sobre los mecanismos activados en los procesos formativos de colecciones en los museos y su articulación con las prácticas coleccionistas y el mercado de objetos destacamos: Irina Podgorny, “Los gliptodontes en París: la colección de mamíferos pampeanos en los museos europeos del siglo XIX”, en Montserrat, Marcelo (comp.), *La ciencia en la Argentina entre siglos: textos, contextos e instituciones*, Buenos Aires, Manantial, 2000, pp. 309-329, Andrea Pegoraro, “‘Instrucciones’ y colecciones en viaje. Redes de recolección entre el Museo Etnográfico y los Territorios Nacionales”, en *Anuario de Antropología Social*, CAD-IDES, 2005 y el reciente libro de Máximo Farro titulado *La formación del Museo de La Plata. Coleccionistas, comerciantes, estudiosos y naturalistas viajeros a fines del siglo XIX*, Buenos Aires, Prohistoria, 2009. Un interesante estudio de caso sobre estos temas se encuentra en el artículo de José Antonio Pérez Gollán “Mr. Ward en Buenos Aires. Los museos y el proyecto de nación a fines del siglo XIX”, en *Ciencia Hoy*, vol. 5, núm. 28, 1999, pp. 52-58. Por otra parte, un trabajo que aborda esta problemática pero con la particularidad de que analiza el estudio y acopio de ‘árboles históricos’ con destino al Museo Histórico y Colonial de la Provincia de Buenos Aires durante la gestión de Enrique Udaondo (1880-1962) es el de María Élica Blasco, “Un panteón de naturaleza nacional: la transformación de los árboles en ‘reliquias históricas argentinas’, 1910 y 1920” (1880-1962), en *L’Ordinaire Latinoamericain*, Toulouse, Francia, 2010 (en prensa). Acerca de la relación entre museos y políticas educativas destacamos un trabajo de Susana García dedicado al análisis del desarrollo de proyectos educativos para la enseñanza de las ciencias naturales a partir del uso de colecciones de objetos de historia natural y de la formación de museos escolares en la Argentina finidecimonónica, Susana García, “Museos escolares, colecciones y la enseñanza elemental de las ciencias naturales en la Argentina de fines del siglo XIX”, en *História, Ciências, Saúde-Manguinhos*, vol. 14, núm. 1, 2007, pp.174-175.

⁵³ *Ibid.*, p. 236.

⁵⁴ *Ibid.*, pp. 239-240.

⁵⁵ *Ibid.*, p. 233. Los trabajos producidos desde la perspectiva de la historia visual también han limitado la comprensión del fenómeno de emergencia de los museos decimonónicos al desarrollo de programas nacionalistas destinados al forjamiento de las identidades nacionales durante los procesos de formación y consolidación de los Estados nacionales.

sostiene que los museos decimonónicos no fueron meros resultados de decisiones estatales sino más bien de un universo de alianzas políticas y de prácticas científicas más complejo, donde desempeñaron un papel fundamental los intereses particulares de los científicos, sus relaciones e influencias individuales y su capacidad de convencer y/o ejercer presión sobre funcionarios públicos y legisladores acerca de la importancia de estas instituciones. En este sentido plantea que es necesario explorar con cuidado ciertos lugares comunes sobre la alianza entre la ciencia, el poder y el control estatal⁵⁶.

En la misma dirección la autora sostiene otra interesante idea en relación a la emergencia y el funcionamiento de los museos decimonónicos, a saber, la existencia de una permanente tensión entre, por una parte, la propaganda y la retórica pública acerca de la importancia de estas instituciones, desarrolladas por sus promotores y directores, y por otra parte, sus funciones concretas y eficacia real. De acuerdo a Podgorny, que los actores involucrados con la creación y formación de museos hayan enfatizado sus capacidades y virtudes no necesariamente da cuenta de su poder o relevancia pública. Por el contrario, los discursos propagandísticos sobre los museos fueron en muchos casos expresión, no de la fuerza, sino de la debilidad de los museos, cuyas autoridades debían apelar a la retórica pública para atraer la atención y los recursos de las autoridades políticas⁵⁷.

Tomamos estas ideas como herramientas de análisis para indagar el proceso formativo del Museo Histórico. Partimos de la hipótesis de que, aunque fue producto de una disposición estatal, desempeñaron un papel crucial en su creación y desarrollo un conjunto de voluntades privadas que agruparon a intelectuales, coleccionistas y otros miembros de las elites con ciertas influencias sobre el aparato del Estado. En esta dirección nos proponemos estudiar cómo se constituyeron y como actuaron las redes sociales que participaron en su formación, y cómo se articularon los ámbitos públicos y privados en su desarrollo institucional.

Varios de los planteos realizados por Podgorny en el artículo citado han sido retomados y profundizados en una obra reciente titulada *El desierto en la vitrina. Museos e historia natural en la Argentina, 1810-1890*, publicada por la autora conjuntamente con la investigadora brasileña

Este es el caso de la obra compilada por Beatriz González-Stephan y Jean Andermann, *Galerías del progreso: museos, exposiciones y cultura visual en América Latina*, Rosario, Beatriz Viterbo, 2006. En efecto, se trata de un trabajo que reúne diversos artículos dedicados a explorar y analizar la puesta en escena, por parte de los sectores dominantes de los países de América Latina, de aquello que los autores caracterizan como un “complejo exhibicionario”, desarrollado en las principales ciudades latinoamericanas entre mediados del siglo XIX y comienzos del XIX, y que incluía grandes exhibiciones, museos, monumentos, procesiones y revistas ilustradas.

⁵⁶ Ibid., p. 241.

⁵⁷ Ibid., p. 234.

Margaret Lopes⁵⁸. Las autoras estudian los procesos de emergencia y funcionamiento de los más importantes museos públicos orientados a las ciencias y a la historia natural en la Argentina durante el siglo XIX, entre ellos el Museo Público de Buenos Aires (fundado en 1823 por medio de una disposición del Estado provincial), el Museo Nacional de Paraná (creado por el gobierno de la Confederación en 1854) y el Museo General de La Plata (fundado en 1884 bajo protección estatal y con la tutela de Francisco P. Moreno).

Podgorny y Lopes abordan la problemática de los museos desde una mirada centrada en el análisis de los vínculos entre instituciones estatales, campo científico, redes sociales, propuestas educativas, prácticas coleccionistas, mercado e identidad nacional. Las autoras plantean que los museos decimonónicos eran instituciones débiles y espacios de fronteras imprecisas entre los ámbitos públicos y privados, lo cual las lleva a relativizar el consenso social y estatal existente en torno a su importancia social y cultural⁵⁹. Asimismo plantean una serie de ideas interesantes a propósito del vínculo entre coleccionismo y museos. Al referirse a la formación de las colecciones del Museo Público de Buenos Aires durante la década de 1850 –período en que la institución atravesó un proceso de reorganización–, las autoras señalan que el coleccionismo era una actividad ya instalada en la sociabilidad del Río de la Plata a mediados del siglo XIX⁶⁰. En la misma dirección, cuando analizan el papel de las donaciones recibidas por dicho Museo a lo largo de su historia, sostienen que la formación de las colecciones de los museos eran procesos colectivos de los que participaban sus directores y otras autoridades públicas, coleccionistas, donantes ocasionales y corresponsales, entre otros.

Tomamos estas ideas como herramientas para analizar la formación de las colecciones del Museo Histórico Nacional, partiendo de la hipótesis de que también fue un proceso colectivo, en el que intervinieron múltiples voluntades. Nos interesa indagar si existieron líneas de continuidad entre dicho proceso y otras experiencias y prácticas previas en esta dirección. Este interrogante nos permitirá a su vez comprender las características de las redes sociales partícipes de estas prácticas así como sus modalidades de articulación y funcionamiento. Asimismo nos preguntamos cuáles fueron las estrategias desplegadas por Adolfo P. Carranza para conseguir objetos históricos y cuál fue el papel desempeñado por los donantes en la configuración de las colecciones del Museo.

A propósito de los vínculos entre coleccionismo, mercado y museos las autoras explican que a lo largo del siglo XIX (e incluso con anterioridad) se desarrollaron importantes redes sociales y

⁵⁸ Irina Podgorny y María Margaret Lopes, *El desierto en una vitrina. Museos e historia natural en la Argentina, 1810-1890*, México, Limusa, 2008.

⁵⁹ *Ibid.*, pp. 9-15.

⁶⁰ *Ibid.*, p. 82.

económicas de intercambio y compra-venta de objetos de historia natural, rarezas, monetarios y “reliquias históricas”, articuladas al mercado internacional, de las cuales participaban coleccionistas, estudiosos de las ciencias y comerciantes⁶¹. Ahora bien, aunque la actividad de compra y venta de objetos históricos era habitual y estaba absolutamente imbricada con las prácticas científicas desarrolladas en los museos, Podgorny y Lopes sostienen que existía cierta tensión permanente entre el reconocimiento científico y la participación en el comercio de objetos de historia natural. En estrecha relación con este tema plantean que hacia fines del siglo XIX comenzó a discutirse en ámbitos públicos la cuestión de la vinculación entre colecciones privadas, redes de compra y venta de objetos y museos públicos. Diversas voces vinculadas al desarrollo de museos, con el apoyo circunstancial de legisladores y funcionarios estatales, plantearon en diferentes ocasiones la necesidad de que el Estado adquiriese las más importantes colecciones privadas existentes en el país para su preservación y exhibición en museos públicos⁶².

Estas ideas son plausibles de aplicar a una problemática que trataremos parcialmente en nuestra tesis, aunque sólo a modo de esbozo de futuras investigaciones. Nos referimos al vínculo entre la formación de las colecciones del Museo y la posible existencia de un mercado de objetos históricos en la Argentina de fines del siglo XIX. Partimos de la hipótesis de que habrían existido tensiones entre los intereses de las autoridades de la institución y el proceso de formación de sus colecciones por una parte, y la existencia de redes comerciales vinculadas a la compra y venta de objetos históricos por la otra. Pero al mismo tiempo, por diferentes razones que deberán ser analizadas, el proceso formativo de las colecciones del Museo parece haber estado imbricado (al menos colateralmente) con la existencia de un mercado de objetos históricos. Estudiaremos entonces si efectivamente existieron vínculos entre la formación de las colecciones del Museo, las estrategias e intereses de sus autoridades, las redes de compra y venta de objetos históricos y las prácticas desarrolladas por los coleccionistas ligadas a su creación y desarrollo institucional.

Sobre la problemática del coleccionismo en la Argentina destacamos la obra reciente *Los dueños del arte*, de la historiadora del arte María Isabel Baldasarre, quien estudia las prácticas coleccionistas y la formación de un mercado de arte en la Buenos Aires finidecimonónica⁶³. Este proceso se explicaría por la consolidación de una sociedad burguesa y con ella, la aparición de nuevas prácticas de consumo de arte importado, hasta entonces casi inexistentes en la sociedad

⁶¹ Ibid., p. 82.

⁶² Ibid., pp. 189-199.

⁶³ María Isabel Baldasarre, *Los dueños del arte. Coleccionismo y consumo cultural en Buenos Aires*, Buenos Aires, Edhasa, 2006. Acerca de la problemática del coleccionismo de objetos artísticos y la formación de museos se destacan los valiosos aportes realizados por la historiadora del arte Laura Malosetti Costa, en particular su obra *Los primeros modernos. Arte y sociedad en Buenos Aires a fines del siglo XIX*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2001.

porteña. A lo largo de la obra la autora analiza los procesos de formación de una cultura del coleccionismo y la creación de un mercado artístico en Buenos Aires –entendiendo que dichos fenómenos son producto del intento de estos sectores burgueses, tanto de la vieja oligarquía como de la nueva burguesía conformada al calor de la inserción capitalista de la Argentina al mercado mundial–, por fortalecer sus distancias sociales respecto de otros grupos de un modo visible. Para ello estos sectores recurrieron a la compra de mercancías de lujo capaces de otorgarles un estatus claro de distinción social⁶⁴. De modo que estos consumos de arte serían en realidad consumos ideológicos, en el sentido de que representan “un sistema de significados y valores que constituye la expresión o proyección de un particular interés de clase”⁶⁵.

Baldasarre señala que estos objetos de consumo no estaban destinados a cumplir una mera función estética, sino que también se les asignaba un rol educativo, al pensárselos como herramientas de espiritualización de la vida material. En la misma dirección la autora plantea que los coleccionistas pretendían asociar la práctica de formar colecciones con una misión trascendente, destinada a cumplir una función educativa y patriótica en la sociedad⁶⁶. Esta idea permite a la autora conectar el fenómeno del coleccionismo con el destino público de las colecciones privadas a través de su exposición en galerías, salones y museos de arte en la Buenos Aires de fines del siglo XIX. En efecto, varios de los más importantes coleccionistas del período donaron sus colecciones (total o parcialmente) al Museo Nacional de Bellas Artes, contribuyendo decididamente a la formación de su acervo patrimonial. Estas prácticas los proyectaban socialmente y les permitían cumplir con sus deseos de trascendencia⁶⁷.

Si bien el trabajo de Baldasarre está circunscrito al estudio del coleccionismo de arte, tomamos estas ideas como puntos de partida para analizar cuál fue el papel desempeñado por los coleccionistas particulares y también por los donantes ocasionales en la formación de las colecciones del Museo Histórico durante sus años fundacionales. Partiendo de la hipótesis de que, también en el caso que nos ocupa, aquellos actores que efectuaron donaciones al Museo buscaron reconocimiento y prestigio social, nos interesa analizar sus motivaciones e intereses, así como los vínculos tejidos con las autoridades del Museo durante el mencionado proceso de formación de colecciones.

Acerca de la problemática específica de los museos históricos, quisiéramos referirnos

⁶⁴ Ibid., p. 26.

⁶⁵ Ibid, p. 28. Para fundamentar esta idea la autora recurre al concepto de ideología propuesto por Raymond Williams en *Marxismo y Literatura* (1997).

⁶⁶ Ibid., pp. 98-99.

⁶⁷ Ibid., pp. 254-255.

brevemente a algunas ideas planteadas por el historiador brasileño Ulpiano Bezerra de Meneses en un artículo dedicado a analizar algunos problemas vinculados a las exposiciones museológicas y a la producción de conocimiento en los museos históricos⁶⁸ En consonancia con varios de los autores presentados, Bezerra de Meneses sostiene que en los países de América Latina los museos históricos nacionales fueron concebidos por las elites dirigentes como espacios destinados a la construcción de identidades nacionales por medio del relato visual y celebratorio del pasado.

Siguiendo una idea de Pomian ya señalada acerca de las colecciones como intermediarias entre un universo de lo visible y un universo de lo invisible, Bezerra de Meneses plantea que en los museos históricos los objetos son portadores de un sentido previo e inmutable derivado del vínculo del objeto con alguna realidad trascendental. En este marco analiza el significado otorgado a la autenticidad de los mismos. Dado que los objetos son portadores de sentido no pueden ser sustituidos por copias o por otros objetos de atributos equivalentes, motivo por el cual son excluidos de circulación y carecen de valor de uso⁶⁹. Nos interesa particularmente esta idea ya que en nuestro trabajo haremos referencia a la cuestión de la autenticidad de los objetos en el Museo Histórico Nacional. Partimos de la hipótesis de que, si bien las autoridades del Museo implementaron escasos mecanismos selectivos para la recepción de objetos, por otra parte prestaron atención a su autenticidad. En este sentido se intentará evaluar cuál era el significado otorgado a la autenticidad de las piezas ingresadas al Museo, tanto por sus autoridades como por los donantes, y cuáles eran los mecanismos utilizados para comprobarla.

Por último, tomamos del autor su idea acerca de la particular importancia de la pintura de tema histórico entre los objetos que constituyen la “materia prima” de los museos históricos, en virtud de la singular capacidad de las imágenes para cumplir funciones evocativas y celebratorias⁷⁰. Durante el proceso formativo de las colecciones del Museo Histórico Nacional ocupó un lugar destacado la pintura de tema histórico, tanto por medio de adquisiciones como de encargos puntuales (y a veces muy específicos) realizados por el propio Carranza a diversos artistas plásticos. Si bien esta problemática excede los límites de nuestra investigación nos parece muy relevante ya que da cuenta de los procesos de construcción de objetos (en este caso de imágenes) que tienen lugar en los

⁶⁸ Ulpiano Bezerra de Meneses, “Do teatro da memória ao laboratório da História: a exposição museológica e o conhecimento histórico”, en *Anais do Museu Paulista*, São Paulo, N. Ser. v. 2, jan/dez. 1994, pp. 15-20. El autor se detiene particularmente en los casos del Museo Histórico Nacional de Brasil, fundado en 1922, y del Museo Paulista, reorganizado como museo histórico en la década de 1920.

⁶⁹ *Ibid.*, p. 18.

⁷⁰ *Ibid.*, pp. 20-22.

museos, y que están claramente destinados cumplir funciones educativas e ideológicas⁷¹.

La historiografía local dedicada a la problemática de los museos históricos es hasta el momento escasa. Asimismo existen muy pocos trabajos dedicados al estudio del Museo Histórico Nacional durante la gestión de Adolfo P. Carranza. Sin embargo, quisiéramos hacer referencia a algunos trabajos que nos han permitido formularnos preguntas y/o nos han brindado herramientas de análisis para nuestra investigación. Por una parte hemos consultado un artículo de María Élica Blasco titulado “La fundación del Museo Colonial e Histórico de la Provincia de Buenos Aires. Cultura y política en Luján, 1918”⁷².

La autora analiza la formación de esta institución como resultado de una serie de estrategias puestas en funcionamiento por una fracción de la elite política y cultural bonaerense de principios del siglo XX, que intentaba contribuir a la formación de una identidad específica, vinculada con las tradiciones hispano-católicas. A partir de un análisis atento al clima socioeconómico e ideológico, tanto a nivel nacional como en la ciudad de Luján, la autora estudia el proceso de gestación y fundación de la institución así como las causas de su fracaso inicial, atendiendo a los diversos conflictos políticos producidos al interior de la elite dirigente provincial y local vinculada a su creación⁷³.

Si bien el Museo Colonial e Histórico de la Provincia de Buenos Aires fue fundado varios años más tarde que el Museo Histórico Nacional y en el marco de un clima de ideas diferente, el mencionado artículo, tanto en sus aspectos teórico-metodológicos como en su análisis histórico específico, constituye un trabajo novedoso y un referente para la presente investigación. En rigor, el estudio de las complejas alianzas políticas tejidas en torno a la fundación del Museo y de los conflictos producidos entre diversos grupos sociales y políticos de la ciudad de Luján y de la política nacional, así como el análisis acerca de la relación entre el edificio del Museo y su emplazamiento en el espacio urbano lujanense, nos brindan interesantes aportes para el abordaje de los problemas vinculados al proceso gestacional del Museo Histórico Nacional.

⁷¹ Resultan de interés los aportes realizados sobre esta problemática por el historiador del arte Roberto Amigo en trabajos tales como “Imágenes para una nación: Juan Manuel Blanes y la pintura de tema histórico en la Argentina”, en *Arte, Historia e Identidad en América. Visiones comparativas, XVII Coloquio Internacional de Historia del Arte*, México, UNAM, 1994, tomo II, pp. 315-321 y “Un contrato del pintor José Bouchet”, en *Estudios e investigaciones, revista del Instituto de Teoría e Historia del Arte Julio E. Payró*, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, núm. 5, 1994, pp. 113-116. Asimismo destacamos un artículo del historiador Miguel Ruffo titulado “Iconografía de la Revolución de Mayo”, en *Museo Histórico Nacional*, segunda época, año 1, núm. 1, junio de 1998, pp. 23-60. Las ideas desarrolladas por los autores en los trabajos citados serán tratadas en el capítulo VI de la presente tesis, dedicado a la formación de las colecciones del Museo Histórico Nacional.

⁷² María Élica Blasco, “La fundación del Museo Colonial e Histórico de la Provincia de Buenos Aires. Cultura y política en Luján, 1918”, en *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana Dr. Emilio Ravignani*, Buenos Aires, núm. 25, junio-julio de 2002 (extraído de la página web del Instituto Ravignani).

⁷³ *Ibid.*, pp. 3-10.

Acerca del Museo Histórico Nacional durante la gestión de Adolfo P. Carranza, hemos hallado algunos trabajos que destacan sus objetivos y funciones vinculados a la construcción de una nacionalidad argentina, pero que renuncian a un análisis más complejo capaz de dar cuenta de los problemas vinculados a su formación y desarrollo institucional. Es el caso del artículo de Dora López “Historia y Museo ¿Encuentro o desencuentro? Los primeros cincuenta años del Museo Histórico Nacional”, que propone indagar los objetivos y las funciones cumplidas por el Museo en la sociedad argentina desde su fundación hasta comienzos de la década de 1940⁷⁴. La autora sostiene que la fundación del Museo tuvo por objetivo estructurar un sentimiento de nacionalidad en la sociedad y que debe ser comprendido en el marco del proyecto social, político y cultural de la Generación del 80. En esta dirección equipara al Museo Histórico Nacional con la federalización de Buenos Aires, la ley de Educación Común (conocida como ley 1.420) y la creación del ejército nacional, entre otros de los más importantes proyectos llevados a cabo por las elites dirigentes de la Argentina finisecular⁷⁵. De acuerdo a López, el Museo habría sido concebido para neutralizar los nuevos conflictos sociales del período por medio de un conjunto de funciones cívico-moralizantes. Por tal motivo sus exhibiciones habrían expresado el discurso predominante de la historiografía del período, que a su vez daba sustento ideológico al programa político en vigencia y a la necesidad de cohesionar a la sociedad alrededor de ese programa.

Creemos que estas ideas son el resultado de un conjunto de supuestos que requieren ser revisados. En primer lugar, la autora supone la existencia de un proyecto político homogéneo y coherente, tanto en sus ideas como en la aplicación de sus políticas públicas, lo cual está lejos de expresar la complejidad y conflictividad que reviste el período analizado. En segundo lugar, supone (aunque tácitamente) la presencia de un Estado consolidado y dotado de una fuerte cohesión, capaz de implementar una serie de políticas públicas coherentes y sólidas en una misma dirección. Frente a esta idea consideramos –tal como ya ha sido señalado– que el Estado en este período no constituye una entidad sólida y homogénea, sino más bien un conjunto de instituciones en construcción, vinculadas por medio de complejas redes con la sociedad civil. Además, al pensar la creación y la funcionalidad del Museo en estos términos, López le otorga a la mencionada institución una gravitación social y política que creemos necesario reexaminar.

Por otra parte hemos consultado un artículo de Jean Andermann titulado “The History Show at the Continental Exhibition of 1882 and the National History Museum at Buenos Aires”, dedicado al

⁷⁴ Dora López, “Historia y Museo: ¿Encuentro o desencuentro?. Los primeros cincuenta años del Museo Histórico Nacional”, en I Jornadas Nuestros Museos: “Quinientos años de historia a través de su patrimonio”, Presidencia de la Nación y Municipalidad de la Ciudad de Buenos Aires, 15 y 16 de junio de 1992, Buenos Aires, pp. 65-80.

⁷⁵ *Ibid.*, p. 84.

estudio de dos grandes temas: la exhibición de objetos históricos realizada en el marco de la Exposición Continental Sudamericana de 1882, organizada en Buenos Aires por el Club Industrial, y algunas cuestiones vinculadas al Museo Histórico Nacional durante la gestión de Adolfo P. Carranza⁷⁶. Si bien se trata de un trabajo que recorre muy brevemente un conjunto de problemas y que por momentos se torna muy descriptivo, plantea algunos ejes que nos parece necesario señalar. El autor sostiene que las autoridades del Museo Histórico se propusieron convertir a dicha institución en un lugar de memoria por medio de la reunión y exhibición de una serie de objetos históricos, y que para ello apelaron tanto a instituciones públicas como a donantes particulares, por lo general descendientes de los hombres públicos del pasado.

En esta dirección plantea que la política implementada por las autoridades del Museo fue la de privilegiar la historia militar concentrada en la guerra de la Independencia y otras guerras externas del país, desde una mirada que califica como épica y cabaleresca⁷⁷. Esta idea nos parece interesante aunque partimos de la hipótesis de que el espacio otorgado a la historia militar no tenía solamente una función conmemorativa sino una funcionalidad muy clara para el presente, vinculada con el proceso de consolidación del Estado nacional. En esta dirección se estudiará, en particular, cuál fue la importancia asignada a la Guerra del Paraguay y al papel del Ejército Nacional en las vitrinas del Museo.

Tomamos también de este autor la idea de que las actividades desarrolladas por Carranza y sus colaboradores para la construcción de una nacionalidad argentina excedieron las fronteras del Museo. Según Andermann el Museo fue concebido por sus autoridades como un “centro de radiación patriótica”, desde donde se desarrollaron diversas acciones conmemorativas en las escuelas y a través de la participación en proyectos destinados a la realización de monumentos y de colocación de nombres de personajes históricos a calles y plazas⁷⁸. Sin embargo, el autor no se detiene a analizar qué proyectos y actividades concretas se desarrollaron en esta dirección, cuáles fueron las motivaciones e intereses de Carranza y sus colaboradores, qué alcances y límites encontraron en esta dirección y cuáles fueron las respuestas de las autoridades públicas de las que dependía el Museo ante estas prácticas. A lo largo de la tesis intentaremos, entonces, brindar respuestas al conjunto de estos interrogantes.

⁷⁶ Jens Andermann, “The History Show at the Continental Exhibition of 1882 and the National History Museum at Buenos Aires”, artículo sin fechar publicado en formato digital en el sitio web de Relics & Selves, proyecto conjunto del Birkbeck College, School of Languages, Linguistics and Culture y el King's College, Centre for Computing in the Humanities, ambos de la Universidad de Londres, dirigido por Jens Andermann. El sitio recoge diversos artículos de investigación sobre historia de museos en Latinoamérica [<http://www.bbk.ac.uk/ibamuseum>].

⁷⁷ Ibid., p. 10.

⁷⁸ Ibid., p. 12.

Asimismo –fiel a la línea historiográfica de la historia visual a la que nos hemos referido con anterioridad–, Andermann sostiene que con la creación del Museo Histórico Nacional el Estado tomó a cargo el culto de la memoria nacional, que hasta entonces estaba diseminada en espacios familiares y en colecciones privadas⁷⁹. Creemos que esta idea presenta algunos problemas. En primer lugar consideramos que las funciones desarrolladas por el Museo no pueden reducirse a una suerte de “traspaso de la memoria”, desde espacios privados hacia el ámbito público, sino que supuso la creación de un dispositivo visual y de un relato sobre el pasado con sus propias características y peculiaridades. En segundo lugar sostenemos que el Museo no puede ser comprendido simplemente como un ámbito concebido y creado por el Estado. Tal como lo señalamos a propósito del artículo de Dora López, consideramos que la idea de un Estado impulsor y creador de lugares de memoria en la Argentina finisecular debe ser revisada. Este problema será analizado a lo largo de nuestra investigación.

Por último, destacamos un artículo reciente de Blasco dedicado al estudio del proceso de gestación del Museo Histórico Nacional. La autora propone un enfoque centrado en el análisis del funcionamiento de las redes y las prácticas sociales de producción historiográfica y coleccionismo de antigüedades en sus complejas relaciones con el aparato del Estado, como claves para comprender la ideación y posterior fundación del Museo⁸⁰. En esta dirección señala que a comienzos de la década de 1880 cobró un nuevo vigor en grupos de intelectuales y coleccionistas la idea de que algunos testimonios del pasado merecían ser conservados por medio de la protección estatal, vinculando esta nueva relevancia que adquieren los vestigios del pasado con la creación del Museo Histórico Nacional. Blasco realiza un aporte significativo al rastrear los orígenes del Museo en una serie de proyectos anteriores a su fundación, que se remontan hasta inicios de la década de 1870, y que fueron llevados adelante por Andrés Lamas junto a una red de coleccionistas e historiadores con cierto grado de apoyo estatal⁸¹.

Tal como lo señala la autora, los proyectos anteriores promovidos por Lamas para fundar un museo de historia nacional resignifican la historia de la gestación del Museo, porque sitúan muchos años antes de su fundación efectiva la existencia de un proyecto en esa dirección, permitiendo así abrir nuevos interrogantes sobre los motivos que impulsaron la idea de creación de un museo histórico nacional, los debates sobre el relato del pasado que implicó dicho proyecto y las

⁷⁹ Ibid., p. 13.

⁸⁰ Blasco, María Élica “Comerciantes, coleccionistas e historiadores en el proceso de gestación y funcionamiento del Museo Histórico Nacional”, Buenos Aires, 2008 (enviado para publicación).

⁸¹ Ibid., pp. 2-11.

modalidades de funcionamiento y articulación de las redes de coleccionistas, historiadores e instituciones estatales que tomaron parte en esos procesos.

Creemos que el conjunto de los aportes brindados por los autores citados, a propósito de las problemáticas vinculadas a la formación de museos y al coleccionismo, nos brindan importantes herramientas para analizar los procesos sociales, políticos y culturales desplegados en la creación y el desarrollo del Museo Histórico Nacional, así como para reflexionar acerca de los objetivos, significados y prácticas concretas activadas por la institución durante su período fundacional.

d) Metodología y fuentes

A lo largo del presente estado de la cuestión hemos intentado fundamentar historiográficamente el tema que nos ocupa, así como poner en diálogo algunos de los problemas que trataremos en las páginas siguientes con una serie de ideas, conceptos y categorías provenientes de los aportes de diversas disciplinas. En este último apartado intentaremos completar nuestro propósito haciendo referencia a algunas herramientas metodológicas y teóricas que utilizamos en nuestro trabajo, sintetizando las principales hipótesis de nuestra investigación y explicitando cuáles han sido los fondos documentales consultados para su realización.

En principio creemos apropiado trabajar con una escala de observación reducida que nos permita estudiar las redes sociales, estrategias, representaciones y prácticas de los protagonistas de la creación del Museo, en diálogo con los procesos sociales, económicos, culturales y políticos amplios que tuvieron lugar en la Buenos Aires de fines del siglo XIX. En esta misma dirección analizaremos el rol del Estado (municipal primero y luego nacional), de un modo que nos permita complejizar las relaciones entre el poder, sus instituciones (entendidas en su dinámica de superposición, competencia y oposición) y los actores sociales participes de la fundación del Museo⁸².

Para la caracterización social del grupo fundacional del Museo –tal como lo hemos señalado con anterioridad–, partimos de una idea desarrollada por Sarlo y Altamirano y por Terán según la cual la fracción letrada de las clases dirigentes de la Argentina finisecular atravesó un proceso de ruptura de sus representaciones, en tanto clase por una parte y en tanto elite intelectual y portadora de un linaje patricio, por la otra. En tal sentido consideramos al grupo fundacional del Museo Histórico Nacional, ya que éste estuvo integrado por un conjunto de actores que, en virtud de

⁸² Jacques Revel, “Microanálisis y construcción de lo social”, en *Anuario del IEHS*, núm. 10, Tandil, 1995.

diversos tipos de vínculos, formaban parte de las clases dirigentes, pero a su vez con las particularidades que les brindaba su pertenencia a una elite letrada y patricia⁸³.

Para el análisis de las ideas, acciones y prácticas de los actores vinculados con el Museo Histórico en sus años formativos, utilizamos algunos conceptos desarrollados por Pierre Bourdieu tales como prácticas y *habitus*, que consideramos de gran utilidad para nuestro tema de estudio. El autor caracteriza a las prácticas sociales como conductas orientadas hacia la maximización de la utilidad en los universos más diversos. En este sentido todas las prácticas, incluso aquellas que se pretenden desinteresadas o gratuitas, son entendidas como prácticas económicas, es decir, como acciones orientadas a la maximización de los beneficios, tanto materiales como simbólicos.

El concepto de *habitus* hace referencia al conjunto de disposiciones a actuar, percibir, valorar, sentir y pensar de una determinada manera, adquiridas por los agentes a través de la experiencia duradera de la posición ocupada en el mundo social, tanto en relación a la clase como a las trayectorias individuales. Se trata entonces de estructuras sociales internalizadas y subjetivas desarrolladas históricamente por medio de relaciones dialécticas con las estructuras sociales externas objetivas, en tanto dos estados de la misma realidad. Estas herramientas teóricas, junto a los conceptos e ideas desarrolladas por los diversos autores que hemos analizado, son aplicadas al análisis de los objetivos, las motivaciones, las estrategias y las prácticas de los actores sociales vinculados a la gestación y formación del Museo Histórico Nacional durante el período estudiado⁸⁴.

En suma, nuestro trabajo intentará estudiar, en diálogo con diversos aportes historiográficos, un conjunto de problemas vinculados con la historia del Museo Histórico Nacional durante sus primeros años de existencia, desde el decreto municipal de mayo de 1889 que dispuso la formación de una comisión encargada de crear un museo nacional donde fueran conservados los objetos vinculados con la Revolución de Mayo y las guerras de la independencia, hasta la instalación de la institución en su actual sede de Parque Lezama en 1897. A continuación realizaremos una breve síntesis de las principales hipótesis que hemos desarrollado en el estado de la cuestión, y que esperamos poder demostrar a lo largo de las páginas que siguen:

⁸³ Sarlo y Altamirano, *op. cit.*, Terán, *op. cit.*

⁸⁴ Alicia Gutiérrez, *Pierre Bourdieu. Las prácticas sociales*, Córdoba, Universidad Nacional de Córdoba, 1995, capítulo III: "Las estructuras sociales internalizadas o lo social hecho cuerpo", pp. 63-68; para un análisis de la relación entre espacio social, clases y prácticas de distinción véase también Pierre Bourdieu, *Sociología y Cultura*, "Espacio social y génesis de las 'clases'", México, Grijalbo, 1984, pp. 281-311.

- I. El Museo Histórico Nacional fue una institución proyectada como un *lugar de memoria* por un conjunto de actores pertenecientes a la elite letrada y patricia de la Argentina finisecular, con el propósito de construir un relato visual y celebratorio del pasado nacional. En este sentido el Museo se inscribe dentro del conjunto de proyectos desarrollados por dichos grupos como consecuencia de la percepción de amenaza a su posición social y cultural en el marco de un proceso histórico caracterizado por profundas transformaciones.
- II. Los vínculos entre los ámbitos públicos y privados en la creación del Museo Histórico como dependencia estatal fueron laxos, pues en su fundación y desarrollo desempeñaron un papel crucial un conjunto de voluntades de intelectuales, coleccionistas y miembros del campo historiográfico en formación, con ciertas influencias sobre el aparato del Estado. Este fenómeno se verifica en otros museos públicos del período así como en la mayor parte de los proyectos vinculados al “dispositivo nacionalista” lanzado por las elites dirigentes de la Argentina finisecular. Existieron además importantes distancias entre las aspiraciones de los promotores del Museo y los apoyos reales recibidos, tanto provenientes de ámbitos públicos como privados, para su concreción como tal.
- III. La reunión y exposición de colecciones abiertas al público funcionó en el espacio del Museo como una instancia de conexión entre el mundo de lo visible (los objetos-*reliquias* que formaron sus colecciones) y el mundo de lo invisible (la memoria de los hombres públicos del pasado). Ese mundo de lo invisible remite a un tipo de culto cuyo sujeto y objeto es la nación.
- IV. Tal como ocurrió en otros museos emblemáticos del período, la formación de las colecciones del Museo Histórico Nacional fue un proceso colectivo en el que tuvieron un especial protagonismo las donaciones particulares. De modo que las características de las colecciones de la institución fueron mucho más el resultado de la dinámica de las donaciones recibidas y de los recursos disponibles durante su proceso formativo que de los objetivos formales de la misma, a saber, la reunión de objetos vinculados con la Revolución de Mayo y las guerras de la independencia.
- V. Uno de los principales móviles que impulsó las prácticas de donación de objetos históricos al Museo fue la búsqueda de reconocimiento, prestigio y trascendencia social.

por parte de los donantes, tanto en los casos de quienes realizaron donaciones ocasionales como de los coleccionistas.

- VI. Las actividades desarrolladas por Carranza y sus colaboradores excedieron la tarea de formación de un museo histórico, proyectándose allende las fronteras de la institución en pos de la construcción de una nacionalidad argentina. Con este objetivo Carranza desarrolló estrechos vínculos entre las funciones que le otorgaba su cargo como director del Museo y la puesta en marcha de prácticas conmemorativas en las escuelas, la realización de diversos monumentos, la organización de homenajes y la definición de una onomástica patriótica en partidos, calles y plazas.

Por último, antes de concentrarnos en el desarrollo de nuestra tesis, nos referiremos a las fuentes que hemos consultado para su realización. El acervo documental más importante lo constituye el Fondo Adolfo Pedro Carranza perteneciente al Archivo Histórico del Museo Histórico Nacional. El mismo brinda un conjunto de fuentes inéditas muy valiosas, públicas y privadas, para el tema de estudio que hemos abordado. En tanto fuentes de carácter público-institucional trabajamos con un conjunto de documentos administrativos del Museo Histórico Nacional, tales como Libros de Notas (registro de correspondencia pública de Adolfo P. Carranza con las dependencias estatales de las que formaba parte el Museo, así como con otros organismos tales como el Consejo Nacional de Educación y diversos museos, bibliotecas y archivos públicos, entre otros), Memorias anuales del Museo Histórico Nacional (enviadas por Adolfo P. Carranza a las autoridades de las que dependía la institución a su cargo), Libros de Donaciones (registro de ingreso de objetos donados a la institución por dependencias públicas y donantes privados), Catálogos (disposición de los objetos en las diversas salas de exhibición del Museo) y Libros de Registro de Firmas (registro de firmas del público visitante). Estos documentos nos han brindado información muy rica y valiosa para el estudio de diversos problemas vinculados con el proceso de creación y desarrollo de la institución durante los años de la gestión de Adolfo P. Carranza.

También hemos analizado diversas fuentes de carácter privado pertenecientes a este mismo fondo documental que brindan valiosa información biográfica sobre Adolfo P. Carranza. Nos referimos a su diario personal, a diversos manuscritos privados, a la correspondencia intercambiada con intelectuales, artistas, coleccionistas y hombres públicos del período analizado, y a un amplio conjunto de papeles que dan cuenta de su participación en comisiones de inauguración de monumentos, homenajes póstumos y diversos proyectos conmemorativos

de los hombres públicos del pasado. El conjunto de estos documentos nos ha permitido explorar y reconstruir la trayectoria política e intelectual del primer director del Museo (los cargos burocráticos que ocupó, su participación en clubes electorales y sus actividades económicas, entre otros aspectos de su trayectoria vital), así como sus redes sociales de pertenencia, políticas y familiares. Asimismo, estos documentos nos han abierto la posibilidad de explorar las diversas actividades que desarrolló Carranza durante el período estudiado (tanto dentro como fuera del Museo Histórico) y su inserción en el seno de la elite letrada (en particular en el campo historiográfico en formación y en el ámbito de los coleccionistas), así como en el aparato del Estado. Cabe señalar que las fuentes de carácter biográfico tienen un valor particular para nuestra investigación debido a la importancia singular de la figura de Carranza en la creación, la puesta en funcionamiento y el desarrollo del Museo Histórico.

Asimismo, hemos consultado un conjunto de documentos públicos éditos vinculados con los organismos que estuvieron a cargo del Museo Histórico durante el período estudiado (desde su fundación hasta septiembre de 1891 el Museo fue una dependencia de la Municipalidad de Buenos Aires, pero a partir de esta última fecha se convirtió en una institución nacional bajo la órbita del Ministerio del Interior de la Nación). Nos referimos en particular a las Memorias elevadas por el intendente de la Ciudad de Buenos Aires al Concejo Deliberante de la misma durante los años 1890 y 1890, y a las Memorias enviadas por los sucesivos ministros del Interior a la presidencia de la Nación durante el período 1891-1897. Consultamos también un conjunto de leyes y decretos emanados tanto del ámbito municipal como del Poder Ejecutivo Nacional así como los Diarios de Sesiones de la Cámara de Diputados y de la Cámara de Senadores de la Nación durante el período 1891-1897, con el propósito de rastrear las discusiones surgidas en torno al Museo Histórico Nacional en el Poder Legislativo Nacional.

Por otra parte, hemos trabajado también con dos revistas del período, la *Revista Nacional* y *El Museo Histórico*. La primera fue dirigida por Carranza entre 1886 (año de su creación) y 1891, y contiene una serie de artículos periodísticos sobre diversos temas históricos, avances de destacadas obras escritas por estudiosos del pasado del período, notas editoriales e información sobre diversas actividades conmemorativas, que son de gran interés para el estudio de la construcción de la memoria nacional, las ideas que circulaban entre la elite letrada y patricia y la paulatina conformación de un campo historiográfico en la Argentina de fines del siglo XIX. La segunda es particularmente relevante por tratarse de una publicación del Museo Histórico Nacional editada en tres tomos entre los años 1892 y 1894, más un cuarto tomo publicado en 1898. Allí encontramos artículos escritos por diversos historiadores y otros miembros de la elite

letrada del período sobre diferentes objetos que conformaban las colecciones del Museo, así como valiosa información sobre las donaciones, de carácter público y privado, recibidas año tras año por la institución.

Consultamos también dos importantes publicaciones de Ernesto Quesada vinculadas con el Museo, a saber: *Las reliquias de San Martín. Estudio de las colecciones del Museo Histórico Nacional* (1899) y *Las colecciones del Museo Histórico Nacional* (1915), así como algunos trabajos publicados por Adolfo P. Carranza que brindan información valiosa acerca de sus ideas sobre el pasado y sobre las características que pretendía otorgar a la tarea de construcción de una memoria nacional en la que estaba inmerso. Nos referimos en particular a las publicaciones *Un siglo después, 1797 –7 de junio– 1897* (1897), *Manuel Dorrego* (1885), *Hojas históricas* (1893) y *Homenajes patrióticos* (1901).

En síntesis, para la realización de la presente investigación hemos seleccionado un conjunto bastante amplio de fuentes de acuerdo a un recorte temporal y temático de la historia del Museo Histórico Nacional durante sus primeros años de existencia. La cantidad y calidad de la documentación disponible para el estudio de las diversas problemáticas vinculadas con la historia del Museo durante la gestión de Adolfo P. Carranza (1890-1914) es realmente muy amplia y rica e invita a la realización de futuras investigaciones.

CAPÍTULO II

LA FUNDACIÓN DEL MUSEO HISTÓRICO DE LA CAPITAL

... a mi juicio, es uno de los mayores deberes del patriotismo la enseñanza de nuestra historia nacional. Creo que el pueblo argentino nació del movimiento de mayo de 1810 y pienso que, para bien de sus hijos y de los que necesiten imitarles, conviene recordar sin descanso las puras glorias de su revolución por la independencia y de las grandes luchas por la libertad. En ese sentido, se me hallará siempre animado y vigoroso. Sóbrame aliento para sembrar estas ideas y para inculcar a mis conciudadanos los himnos de respeto, de amor, y de entusiasmo con que debe saludarse siempre a los próceres, evocando los hechos luminosos que marcaron su acción en todo el continente.

Adolfo P. Carranza, manuscrito, s/f⁸⁵

¡La patria! ¡Ah!, no basta amarla; es necesario ser su apasionado; delirar con ella y vivir para ella. Honrémosla en el pasado, porque así la engrandeceremos para el porvenir.

Adolfo P. Carranza, manuscrito, s/f⁸⁶

a) El grupo fundacional

En mayo de 1889, en medio de un agitado escenario que apenas un año después desembocaría en una aguda crisis económica, una significativa revuelta política conocida como Revolución del Parque y la renuncia del presidente Miguel Juárez Celman, el intendente de la ciudad de Buenos Aires, Francisco Seeber (1841-1913), firmó dos decretos estrechamente vinculados entre sí en virtud de su relación con la tarea de construcción de la memoria histórica de la nación.

El primero de esos decretos asignaba al historiador Vicente Fidel López (1815-1903) el estudio de “las casas donde hayan nacido, vivido o muerto las personas de mayor figuración en nuestra historia, lo mismo que los sitios donde hayan tenido lugar luchas de notoria importancia facultándole para que redacte la inscripción que a cada uno de ellos debe ponerse [...] e indique una

⁸⁵ Adolfo P. Carranza, manuscrito, s/f, Archivo Histórico (en adelante AH), Museo Histórico Nacional (en adelante MHN), Fondo Adolfo Pedro Carranza (en adelante FAPC), cajón (en adelante C.), 3, carpeta (en adelante C.), 1, doc. 28.

⁸⁶ Ibid..

inscripción breve que haga conocer las personas o los hechos que dan nombre a todas las calles de la ciudad con el objeto de colocar en la primera cuadra de éstas una placa que la contenga”⁸⁷. El segundo decreto nombraba una comisión encargada de crear “un museo nacional”. Guiada por el propósito de mantener “las tradiciones de la Revolución de Mayo y de la guerra de la Independencia”⁸⁸, una tarea a la que se consideraba de “trascendental interés nacional”, la nueva institución se ocuparía de concentrar, colocar y guardar los objetos vinculados a aquellos episodios. La comisión que tendría a cargo la organización del “Museo Histórico de la capital” estaría integrada por Bartolomé Mitre, Julio Argentino Roca, Andrés Lamas, Ramón Cárcano, Estanislao S. Zeballos, Manuel F. Mantilla y José Ignacio Garmendia⁸⁹. Es interesante que en la exposición de los motivos que impulsaban tal proyecto se hiciera referencia a la escasez de estos objetos históricos en instituciones públicas y a la posesión de algunos de ellos en manos privadas, así como a su dispersión en “todo el territorio nacional”. Al parecer se esperaba que la creación de un museo histórico pudiera poner fin a esta situación, otorgando a estos objetos carácter público y concentrándolos en una única institución.

En un artículo reciente dedicado a indagar los orígenes del Museo Histórico Nacional, María Élide Blasco plantea que a comienzos de la década de 1880 cobró un nuevo vigor en grupos de intelectuales y coleccionistas la idea de que algunos testimonios del pasado merecían ser conservados por medio de la protección estatal⁹⁰. La autora plantea como un interesante antecedente de esta problemática las discusiones que tuvieron lugar a propósito de las reformas edilicias propuestas por el primer intendente de Buenos Aires, Torcuato de Alvear (1822-1890). Debido a las modificaciones proyectadas en la Plaza de la Victoria, en 1883 el Concejo Deliberante de la Ciudad pidió opinión a un conjunto de intelectuales reconocidos acerca de la conveniencia o no de la demolición de la Pirámide central y su reemplazo por un monumento de mayor envergadura. Aunque un análisis pormenorizado de este debate excede los límites de la presente investigación, señalaremos algunos aspectos significativos del mismo por su vinculación con la cuestión del pasado nacional y su patrimonio material.

Si bien todos los intelectuales consultados coincidieron en la reivindicaron de Mayo como origen de la nacionalidad argentina, no todos estuvieron de acuerdo acerca de la conveniencia de

⁸⁷ “Resoluciones patrióticas”, en *Revista Nacional*, 1/6/1889, año IV, tomo VIII, núm. 38, Buenos Aires, Imprenta Europea, p. 383.

⁸⁸ *Ibid.*, p. 384.

⁸⁹ *Ibid.*

⁹⁰ Blasco, “Comerciantes...”, p. 11.

conservar, demoler o transformar el monumento en cuestión⁹¹. Mientras que para algunos la reivindicación de la Revolución de Mayo implicaba necesariamente el respeto del monumento tal cual era⁹², para otros la demolición de la vieja pirámide y su reemplazo por un monumento moderno era la mejor de las formas posibles de honrar la revolución emancipadora⁹³. El interés de este debate reside en la aparición (al menos tácitamente), de la noción de patrimonio asociada a la cuestión de la memoria histórica de la nación. Y el patrimonio aparece como objeto de discusión, tanto en relación a su tratamiento material como a su significado simbólico y su relación con el Estado. Esta nueva relevancia que adquiere el tratamiento de los restos materiales del pasado, aunque aún muy incipiente, debe ser a su vez comprendida en relación a la problemática de la llamada cuestión nacional. En la década del 80 los proyectos y las prácticas concretas destinadas a definir, reivindicar e inculcar una nacionalidad argentina florecían por doquier y con múltiples modalidades, tanto en las esferas públicas como en diversos ámbitos de sociabilidad privados.

En su estudio acerca de las prácticas desarrolladas en la Buenos Aires de fines del siglo XIX en pos de la construcción de una nacionalidad, Lilia Bertoni ha caracterizado precisamente a 1889 (año en el que Seeber dicta los decretos mencionados al comienzo de este capítulo), como de “reacción del espíritu público”, haciendo referencia a la especial intensidad que adquiere por entonces la problemática de la cuestión nacional⁹⁴. Bertoni menciona los dos decretos dictados por el intendente de Buenos Aires como ejemplos elocuentes del profundo impulso que estaba adquiriendo la exaltación del pasado nacional entre las elites.

Tal como ha sido señalado, el decreto de Seeber destinado a la creación del Museo Histórico de la Capital nombraba una comisión que debía ocuparse de su fundación. Tal como se verá más adelante, dicha comisión no funcionó como tal y el Museo fue creado al año siguiente a partir de otro decreto de Seeber que nombró a Adolfo Pedro Carranza director de la institución. Sin embargo, es interesante señalar algunos aspectos de las trayectorias públicas de los miembros de dicha

⁹¹ El citado debate fue publicado en la *Revista Nacional* de enero de 1891, año IV, tomo XIII, núm. 57, pp. 3-70, bajo el título de “La pirámide de mayo. La cuestión de si debe o no ser demolida”.

⁹² Esta fue, emblemáticamente, la postura de Andrés Lamas, quien sostuvo que: “... los monumentos históricos erigidos para perpetuar la memoria de los sucesos o de los hombres que han influido en los destinos de una colectividad humana o de la humanidad entera, que representan una época o un momento histórico, sobre todo si son erigidos por los coetáneos y tienen ya la consagración del tiempo, no están sujetos a las leyes del progreso y de la perfectibilidad, porque son el pasado, el hecho consumado, irrevocable, intocable, que no puede modificarse, ni aún en su expresión artística, sin desvirtuarlo y sin adulterarlo”, *ibid.*, p. 49.

⁹³ Esta fue la postura defendida, entre otros, por Ángel Justiniano Carranza, quien escribió: “La especie de veneración que se le tributa por su significado histórico, no se opone a que sea reemplazada por otra que responda con creces al adelanto de la Nación, como el gusto por las artes y el criterio estético que también han hecho camino entre nosotros”, *ibid.*, p. 47.

⁹⁴ Bertoni, *op. cit.*, p. 106.

comisión, lo cual contribuirá a comprender por qué fueron convocados para la organización de un museo de historia argentina.

Los integrantes de la comisión fundacional conformaban un grupo de hombres públicos pertenecientes a dos generaciones diferentes, algunos de ellos porteños y otros nacidos en diversas provincias del interior del país, dedicados a actividades intelectuales, políticas y/o militares. De modo que se trataba de un grupo heterogéneo pero que a su vez tenía un aspecto en común que identificaba a sus miembros como integrantes de un mismo sector social. Nos referimos a su autoconciencia patricia, justificada en virtud de los postulados vínculos familiares entre ellos y diversos actores sociales criollos contemporáneos al proceso revolucionario en el Río de la Plata. Esta autoconciencia patricia es muy significativa debido a que otorga importantes claves para comprender ciertas representaciones e ideas de estos actores sobre el pasado nacional y sobre su propia misión social y política en la Argentina finisecular⁹⁵. Al mismo tiempo, todos los integrantes de la comisión fundacional estaban (aunque de diversas maneras), vinculados con las elites dirigentes de la Argentina, con el espacio historiográfico, con las instituciones estatales y, en algunos casos, con el coleccionismo de objetos históricos.

Bartolomé Mitre (1821-1906), uno de los más destacados miembros de la generación del 37, era a fines de la década del 80 un emblemático hombre público. Ex presidente de la nación, parcialmente alejado de la vida política luego de una serie de fracasados intentos por ocupar espacios políticos en las nuevas constelaciones del poder surgidas a partir de los gobiernos de Nicolás Avellaneda y Julio Argentino Roca, Mitre era por entonces, junto a Vicente Fidel López, uno de los historiadores más reconocidos de la Argentina. Por medio de sus más importantes obras históricas, la *Historia de Belgrano y de la Independencia Argentina* (1876) y la *Historia de San Martín y la emancipación Sud-Americana* (1887), había logrado construir un relato sobre el pasado que encontró la clave de su éxito en la postulación de una nación argentina preexistente en el período colonial y que había salido a la luz a partir de la Revolución de Mayo. Esta tarea emprendida por Mitre no era nueva. Su primer trabajo paradigmático en esta dirección, una biografía sobre Manuel Belgrano publicada en el libro colectivo *Galería de Celebridades Argentinas*, data de 1857⁹⁶. En la introducción a dicha obra Mitre había señalado la importancia de

⁹⁵ Para la caracterización del patriciado tomamos algunos criterios desarrollados por Carlos Real de Azúa a propósito del patriciado uruguayo. El autor sostiene que la pertenencia a este sector social implica, en principio, una situación superior en la jerarquía social y de cierto arraigo familiar e histórico en la sociedad, así como una participación activa en la vida pública, Carlos Real de Azúa, *op. cit.*, pp. 9-21. Para un desarrollo más amplio de los planteos del autor véase cap. I, pp. 12-13.

⁹⁶ Bartolomé Mitre, "Biografía del General Belgrano", en Bartolomé Mitre, Domingo F. Sarmiento, Juan M. Gutiérrez, Félix Frías, Luis Domínguez, Ignacio Álvarez y Thomas, *et. alii*, *Galería de Celebridades Argentinas. Biografías de los*

los próceres de Mayo para la educación moral de la sociedad argentina⁹⁷, anticipándose de algún modo a una tarea que cobraría especial fuerza en la Argentina del 80, también de la mano de sus obras, modificadas en el transcurso de los complejos años que median entre Pavón y la federalización de Buenos Aires, pero fieles a aquella idea de la nación preexistente y sus héroes conductores. Por otra parte en 1893 Mitre, junto a un grupo de estudiosos del pasado, fundó la Junta de Historia y Numismática Americana, una institución que se constituyó en núcleo del campo historiográfico en formación, reuniendo a historiadores, ensayistas y coleccionistas de objetos históricos⁹⁸.

En cuanto a la participación de Julio Argentino Roca (1843-1914) en la comisión fundacional, es interesante señalar que durante su mandato como presidente de la nación había tomado una serie de medidas destinadas a reunir y otorgar carácter nacional al acervo patrimonial contenido en un conjunto de instituciones públicas. En 1884 designó una comisión integrada por Mitre, Lamas y Amancio Alcorta, encargada de convenir con el gobierno de la Provincia de Buenos Aires la nacionalización del Museo Público y la entrega al gobierno nacional de la Biblioteca Pública, el Archivo General y todos los documentos y objetos históricos pertenecientes a la Nación que estuvieran en poder de reparticiones provinciales. Asimismo, la Provincia de Buenos Aires designó otra comisión compuesta por Aristóbulo del Valle, Juan José Romero, Luis Varela y Andrés Lamas, con el propósito de establecer con claridad la propiedad respectiva de la Nación y de la Provincia de los documentos y objetos existentes en esta última. Cabe agregar que ese mismo año tuvo lugar la ceremonia de traslado de los poderes públicos de la Provincia de Buenos Aires a su nueva capital en la ciudad de La Plata. Finalmente las tres instituciones mencionadas fueron nacionalizadas en el transcurso de 1884⁹⁹.

Andrés Lamas (1817-1891), nacido en Montevideo, había sido (al igual que Mitre) una destacada figura de la generación del 37 y de la lucha antirrosista emprendida por los jóvenes románticos desde el exilio. Posteriormente desempeñó importantes cargos como funcionario público de la República del Uruguay (en particular como diplomático) hasta que a partir de 1862 se trasladó a Buenos Aires, alternando su residencia entre ésta y su natal Montevideo en los siguientes años. Era además un destacado coleccionista de documentos y objetos históricos. Pero la inclusión

Personajes más Notables del Río de la Plata, Buenos Aires, Librería de la Victoria, Imprenta Americana, 1857, pp. 37-116.

⁹⁷ Mitre, *op. cit.*, "Introducción", p. 1.

⁹⁸ Cabe señalar que todos los miembros de la comisión fundacional del Museo, a excepción de Julio Argentino Roca y Andrés Lamas, integraron en algún momento de sus trayectorias biográficas la Junta de Historia y Numismática Americana, convertida en 1938 en Academia Nacional de la Historia.

⁹⁹ Podgorny y Lopes, *op. cit.*, pp. 225-226.

de Lamas en la comisión fundacional no se explica sólo por su prestigio y su vinculación con la historia y el coleccionismo de documentos y antigüedades, sino en particular con un conjunto de actividades desarrolladas a lo largo de las décadas de 1870 y 1880 destinadas a la formación de un museo de historia nacional.

María Élide Blasco ha estudiado los diversos proyectos que Lamas ideó y llevó a cabo en esta dirección, varios años antes de la fundación del Museo Histórico Nacional¹⁰⁰. En 1869 Lamas propuso realizar una exposición de objetos históricos representativos de “las glorias del país” como parte de la Exposición Continental del Río de la Plata, organizada por una Sociedad Anónima pero con cierto grado de apoyo del gobierno de la Provincia de Buenos Aires. Posteriormente, en 1872, fue convocado por el gobierno provincial para la reorganización del Archivo General de la Provincia de Buenos Aires, proyecto este que incluiría el montaje de una exhibición de objetos vinculados con la Revolución de Mayo y las guerras de independencia, y que finalmente no fue concretado.

En 1881 Lamas fue nuevamente invitado por la Comisión Directiva de la Exposición Continental y Administradora del Club Industrial para organizar una exposición de objetos de historia nacional que formaría parte de dicha exposición. A pesar de una serie de conflictos entre Lamas, los organizadores de la Exposición y las autoridades estatales, la exhibición de objetos históricos se inauguró en abril de 1882. Más adelante, siguiendo a la autora, Lamas redactó el borrador de un decreto del Poder Ejecutivo Nacional para la creación de un museo de historia nacional dedicado a la conservación de los objetos vinculados con la Revolución de Mayo, las guerra de independencia y la Guerra del Brasil, que debía ser instalado en el edificio del Cabildo de Buenos Aires por ser el sitio donde se había iniciado la revolución de 1810.

La autora sostiene que el mencionado borrador de decreto, que habría sido escrito con posterioridad al año 1884, no fue sancionado debido a la crisis producida durante el gobierno de Juárez Celman y que fue ese mismo proyecto el que retomó el decreto de Seeber del año 1889. Sin embargo, a partir de la formación de la comisión fundacional del Museo Histórico, se habrían producido una serie de tensiones entre Lamas y las autoridades municipales en torno a los criterios con los cuales sería creada la nueva institución, sus contenidos históricos, el edificio que ocuparía y el presupuesto asignado a la misma. Estas cuestiones explicarían a su vez la renuncia de Lamas a la comisión fundacional de la proyectada institución, que tuvo lugar en enero de 1890¹⁰¹.

¹⁰⁰ Blasco, “Comerciantes...”.

¹⁰¹ Ibid., 14-15.

Además de los conflictos producidos por la crisis política y económica de 1890 y de las tensiones estalladas en el seno de la comisión fundacional del Museo, es posible que en el fracaso del proyecto de creación de un museo de historia nacional ideado y dirigido por Lamas pueda haber desempeñado algún papel su nacionalidad uruguaya. En efecto, se trata de un período donde la cuestión nacional se ubica en el centro de la vida pública, al mismo tiempo que comienzan a afianzarse las diversas nacionalidades. En el contexto de los años de exilio de los intelectuales románticos, las identidades argentina y uruguaya estaban en un incipiente proceso de construcción e inclusive en convivencia con otras identidades, como las locales o provinciales, la rioplatense y la americana¹⁰². Sin embargo, en la Argentina de 1880, conjuntamente con el proceso de consolidación del Estado y de construcción de una nacionalidad, esta situación había sufrido importantes transformaciones. En efecto, Lamas –aunque muy respetado entre sus pares en virtud de su trayectoria histórica, intelectual y política–, era un extranjero, y en el proyecto de creación de un museo de historia argentina que lo tenía como protagonista, ello puede haber desempeñado algún papel escasamente favorable, aunque seguramente no decisivo. Finalmente, la suma de dificultades y tensiones surgidas en torno al proyecto de creación de un museo histórico lo llevaron a renunciar a su dirección.

En cualquier caso, y siguiendo nuevamente a Blasco, la participación protagónica de Lamas en el proyecto de creación de un museo de historia nacional resignifica la historia de la gestación del Museo Histórico Nacional, porque sitúa varios años antes de su fundación efectiva la existencia de un proyecto en esa dirección, permitiendo así abrir nuevos interrogantes sobre los motivos que impulsaron la idea de creación del Museo, los debates sobre el relato del pasado que implicó dicho proyecto y las modalidades de funcionamiento y articulación de las redes de coleccionistas, historiadores e instituciones estatales que tomaron parte en este proceso.

Ramón Cárcano (1860-1946), nacido en la provincia de Córdoba, era el más joven de los miembros de la comisión fundacional. Era hijo de un emigrado político lombardo que llegó a ser cónsul de Italia en la Argentina y de una mujer perteneciente a la elite cordobesa. Graduado en Derecho en la Universidad Nacional de Córdoba en 1879, Cárcano desempeñó diversos cargos públicos tales como diputado nacional y ministro provincial, entre otros. Entre 1887 y 1890 se desempeñó como Director General de Correos y Telégrafos de la Nación. A sus actividades como funcionario público se suman las que desempeñó como escritor de diversos textos históricos y

¹⁰² A propósito de la convivencia de diversas identidades en el seno de la generación de 1837 véase Fabio Wasserman, “La generación de 1837 y el proceso de construcción de la identidad nacional argentina”, en *Boletín Ravignani*, núm. 15, 1997, pp. 7-34.

jurídicos a lo largo de su vida¹⁰³. Su inclusión en la comisión fundacional del Museo se debió, muy posiblemente, a su cercanía con Juárez Celman. Luego de la caída de éste último en 1890, Cárcano se retiró de la vida pública por unos cuantos años dedicándose a sus actividades como estanciero en la provincia de Córdoba. De entre todos los miembros de la comisión Cárcano fue el que menos vínculos tuvo con el Museo luego de su fundación.

Otro importante actor de la vida pública argentina que formó parte de la comisión fundacional del Museo fue Estanislao S. Zeballos (1854-1923), nacido en la ciudad de Rosario, provincia de Santa Fe. Graduado en Jurisprudencia en la Facultad de Derecho de la Universidad de Buenos Aires, Zeballos ocupó importantes cargos públicos a lo largo de su vida, desempeñándose como diputado y ministro en sucesivas oportunidades. Fue, además, el impulsor de la creación de la Sociedad Científica Argentina (1872) y del Instituto Geográfico Argentino (1879). Como escritor produjo diversas obras científicas y literarias, vinculadas con sus actividades de exploración en la región pampa-patagonia. Asimismo fue uno de los impulsores e ideólogos de la violenta campaña militar llamada Conquista del Desierto, realizada en 1879 para lograr la expansión de la frontera al Río Negro.

Zeballos, a su vez, formaba parte de las redes de científicos y coleccionistas vinculados a los museos de ciencias naturales y fue él mismo un destacado coleccionista de objetos de historia natural, antropología e historia del Río de la Plata¹⁰⁴. Inclusive fue uno de los colaboradores de Lamas durante la organización de la exhibición de objetos históricos que formó parte de la Exposición Continental de 1882¹⁰⁵. Era, además, estanciero, por lo cual no es extraño que haya ocupado el cargo de presidente de la Sociedad Rural Argentina entre 1888 y 1894. Por último, un aspecto particularmente importante de su biografía a los fines de nuestra investigación es el referente a su desempeño como presidente del Consejo Escolar de Educación del XI Distrito de la Ciudad de Buenos Aires, dependiente del Consejo Nacional de Educación, cargo que ocupó a fines de la década de 1880.

Preocupado por lo que consideraba falta de espíritu patriótico en los maestros y en los estudiantes, y por la amenaza a la formación de una conciencia nacional que creía advertir en los hijos de los inmigrantes que asistían a las escuelas públicas, desarrolló una serie de proyectos destinados a lograr transformar a las escuelas en herramientas formativas de la nacionalidad

¹⁰³ La información biográfica citada ha sido extraída de la página web de la Academia Nacional de Agronomía y Veterinaria, de la cual Cárcano fue miembro de número entre 1910 y 1946 [www.anav.org.ar/bios3.php?id_miembro=30].

¹⁰⁴ Podgorny y Lopes, *op. cit.*, p. 130.

¹⁰⁵ Blasco, "Comerciantes...", p. 6.

argentina. En este sentido, sus acciones en el ámbito educativo eran del todo compatibles con las que le asignaba el decreto de Seeber al nombrarlo miembro de la comisión de un museo de historia destinado, precisamente, a conmemorar los episodios considerados fundacionales de la nación Argentina.

Manuel F. Mantilla (1853-1909) había nacido en la provincia de Corrientes. Graduado en Jurisprudencia en la Facultad de Derecho de la Universidad de Buenos Aires, Mantilla se destacó en el ejercicio del periodismo y como historiador de su provincia natal. Su vida política estuvo atravesada por diversos conflictos con la dirigencia de su provincia, alternados con períodos más propicios en los que llegó a ocupar cargos públicos importantes, tales como el de ministro de gobierno de Corrientes entre 1875 y 1878. Instalado en Buenos Aires desde 1882, fue nombrado jefe de sección del Archivo General de la Nación en 1884, ocupando dicho cargo hasta 1893¹⁰⁶. Consideramos que en la decisión de Seeber de convocar a Mantilla a formar parte de la comisión fundacional del Museo puede haber sido importante, no solamente su inserción como historiador en el espacio historiográfico del período, sino también su labor en el Archivo y por ende sus conocimientos de los documentos históricos allí resguardados.

Por último, José Ignacio Garmendia (1841-1925) era un militar que había nacido en Buenos Aires. Su carrera ascendente comenzó a partir de su participación en la Batalla de Pavón como parte de la facción mitrista. Más adelante tuvo una activa intervención en la Guerra de la Triple Alianza (1865-1870) llegando años más tarde, en 1879, a ocupar el cargo de jefe mayor del Ejército, al que debió renunciar en 1880 por su participación en la rebelión de Carlos Tejedor contra las autoridades nacionales, aunque finalmente fue reincorporado. En 1890 fue nombrado director del Colegio Militar y luego de su participación en la represión de la Revolución del Parque fue promovido al cargo de general de brigada. Posteriormente se desempeñó como ministro de Guerra y jefe del Estado Mayor General¹⁰⁷.

Sus actividades como escritor y como pintor se vinculan con su participación como cronista y corresponsal en la Guerra del Paraguay. De conjunto de textos e imágenes producidos a partir de esa experiencia surgieron el *Álbum de la Guerra del Paraguay* y los *Recuerdos de la Guerra del Paraguay*, que fueron publicados en sucesivas entregas entre los años 1891 y 1904¹⁰⁸. Por otra parte

¹⁰⁶ Vicente Cutolo, *Nuevo Diccionario Biográfico Argentino (1750-1930)*, Buenos Aires, Elche, 1975, tomo cuarto, pp. 385-386.

¹⁰⁷ Cutolo, *Nuevo Diccionario...*, Buenos Aires, Elche, 1971, tomo tercero, pp. 265-266.

¹⁰⁸ De acuerdo al historiador del arte Roberto Amigo, a partir de estos trabajos Garmendia logró consolidar a la Guerra del Paraguay como instancia fundacional del Ejército Nacional, Roberto Amigo, "Imágenes en guerra: la Guerra del Paraguay y las tradiciones visuales en el Río de la Plata", *Nuevo Mundo Mundos Nuevos*, Coloquios, 2009 [URL: <http://nuevomundo.revues.org/index49702.html>]. Esta idea es interesante ya que, independientemente de que

Garmendia fue un importante coleccionista de armas y de documentos histórico-militares, seguramente uno de los motivos por los cuales fue convocado por el intendente Seeber a formar parte de la comisión fundacional del Museo.

Como vemos, el decreto de Seeber destinado a la creación de un museo histórico reunió a un conjunto de hombres que compartían su pertenencia a diversas fracciones de las elites, su inserción en el aparato del Estado (ya fuese a nivel nacional o en gobiernos provinciales) y, aunque con diversos matices, su pertenencia patricia. Estos rasgos, en principio, les otorgaban la idoneidad necesaria para ocuparse de un proyecto de tal naturaleza. Sin embargo, tal como veremos más adelante, sus intereses concretos y su participación efectiva en el desarrollo del mismo fueron muy dispares y, por lo general, escasamente relevantes.

b) Adolfo Pedro Carranza, de la *Revista Nacional* al Museo Histórico de la Capital

Tal como ya ha sido señalado, de todos los miembros de la comisión fundacional del museo Andrés Lamas es una de las figuras más importantes a los fines de nuestra investigación, debido a su participación protagónica en una serie de proyectos destinados a la realización de exposiciones históricas y concretamente, a la creación de un museo de historia nacional con anterioridad al decreto de Seeber de mayo de 1889. Pero lo cierto es que el 2 de enero de 1890 Lamas renunció a la comisión nombrada por Seeber y al día siguiente este último expidió otro decreto que nombraba a Adolfo Pedro Carranza director de la nueva institución. Ahora bien, ¿por qué Seeber eligió a Adolfo Pedro Carranza como director del Museo? ¿Cuáles fueron los intereses y motivaciones de Carranza para aceptar dicho cargo?, a cuyo frente permaneció hasta 1914, nada menos que el año de su muerte. A propósito de estas preguntas nos detendremos brevemente en su trayectoria biográfica previa a la fundación del Museo, para luego analizar sus motivaciones y propósitos como fundador y director de la *Revista Nacional*, los vínculos intelectuales e ideológicos entre dicha revista y el proyecto de fundación de un museo de historia nacional, y por último su relación con el proyecto de creación del museo y con los miembros de su comisión fundacional.

Adolfo Pedro Carranza pertenecía a una familia de elite. Nacido el 7 de agosto de 1857 en Buenos Aires, era hijo de Adolfo Esteban Carranza, un empresario que se había dedicado durante muchos años a la colocación de productos ultramarinos en el interior del país por medio de una casa

Garmendia en particular no desempeñó ningún papel importante en el Museo, la Guerra del Paraguay fue uno de los temas más destacados en las exhibiciones del Museo Histórico Nacional durante la gestión de Carranza, tal como será analizado en un capítulo posterior de la presente investigación.

de consignaciones establecida en Buenos Aires en 1848. Además era propietario de importantes extensiones de tierra en Santa Fe, Santiago del Estero y Buenos Aires. Pero el núcleo de sus actividades económicas era una empresa minera ubicada en la provincia de Catamarca, lo que lo había convertido en uno de los mayores productores de cobre del país. Adolfo Esteban tenía además estrechos vínculos con las clases dirigentes de la Argentina. Fue uno de los fundadores del Banco Nacional y en 1874 fundó, junto a su hermano Ángel Justiniano y al poeta entrerriano Olegario V. Andrade, el periódico *El Tribuno* para sostener la candidatura de Nicolás Avellaneda en el interior del país. Participó también en la realización de diversas obras de infraestructura para el desarrollo del Estado nacional, entre ellas la extensión del telégrafo en varias provincias del noroeste argentino y el trazado del ferrocarril que vincularía a la Argentina con Chile. Asimismo, debido a sus vínculos comerciales y políticos con Bolivia, a partir de 1857 y durante más de treinta años, se desempeñó como vicecónsul, cónsul y encargado de negocios del mencionado país en la Argentina¹⁰⁹.

Por otra parte la madre de Adolfo Pedro Carranza, Petrona del Mármol, vinculaba a sus hijos, aunque por ramas genealógicas un tanto intrincadas, con los Escalada, una de las más destacadas familias del patriciado de Buenos Aires, en particular por sus vínculos de parentesco político con José de San Martín. Hija de Luisa Demaría, sobrina de Remedios de Escalada de San Martín, y de Máximo del Mármol, Petrona daba a los Carranza Del Mármol la impronta patricia que Adolfo Pedro Carranza no se cansaría de repetir y de exaltar a lo largo de su gestión al frente del Museo Histórico Nacional¹¹⁰ (véase Imagen 1, p. 220). Además Adolfo Pedro era sobrino de Ángel Justiniano Carranza, un coleccionista e historiador reconocido entre sus pares y miembro de la Junta de Historia y Numismática desde su fundación en 1893. Aunque Ángel Justiniano no tuvo una participación muy destacada en el Museo Histórico Nacional, daba a su joven sobrino una aureola de prestigio y una red de vínculos sociales nada desestimables.

La pertenencia familiar había permitido a Adolfo ocupar diversos cargos en el aparato del Estado, algunos muy importantes. En 1875 se había desempeñado como oficial de sala de la Cámara de Diputados de la Nación y en 1879 como juez de distrito en Andalgalá (provincia de Catamarca)¹¹¹. A partir de 1881, cuando tenía apenas 24 años, Adolfo ocupó –debido a su cercanía con Bernardo de Irigoyen, cuya candidatura presidencial apoyó con fervor militante en 1886–, los

¹⁰⁹ Cutolo, *Nuevo Diccionario...*, Buenos Aires, Elche, 1969, tomo segundo, pp. 139-140.

¹¹⁰ Adolfo P. Carranza, *Un siglo después, 1797 –7 de junio– 1897*, Buenos Aires, Compañía Sud-Americana de Billetes de Banco, 1897, véase árbol genealógico adjunto: “José De María-María Eugenia de Escalada”.

¹¹¹ Diario de Adolfo P. Carranza, AH, MHN, FAPC, C. 1, pp. 31-35.

cargos de secretario de la Legación Argentina y de encargado de negocios de la República Argentina en el Paraguay¹¹².

Al parecer el trabajo en la Cancillería deparó a Adolfo varios sinsabores. Aunque durante los años que vivió en Asunción fundó “El Ateneo”, una asociación de carácter científico-literario, y la *Revista Paraguaya*¹¹³, acercándose así a los temas culturales e intelectuales que más le atraían, al parecer sus gestiones como funcionario no fueron las esperadas. Los problemas comenzaron cuando Irigoyen fue reemplazado por Victorino de la Plaza. Una serie de cartas del nuevo canciller Carranza permiten inferir que aquel no estaba conforme con los servicios del joven funcionario¹¹⁴. A fines de 1883 Carranza renunció a la Cancillería y muy poco tiempo después se ocupó como jefe de sección del Ministerio del Interior¹¹⁵. Pero renunció en 1886, luego del ascenso de Juárez Celman a la presidencia de la nación, cuya candidatura Adolfo había combatido. Es precisamente en 1886, luego de haberse quedado fuera del aparato del Estado, cuando Carranza funda la *Revista Nacional*, encontrando allí una ocupación afín a sus intereses intelectuales. Durante algunos años permaneció al frente de la mencionada revista, a la que renunció en 1892 para –de acuerdo a sus palabras– dar prioridad a sus ocupaciones como director del Museo Histórico Nacional¹¹⁶ (véase Imágenes 2 y 3, pp. 221-222).

Por otra parte, antes y durante su desempeño en la *Revista Nacional*, Adolfo había participado en diversas sociedades científicas y literarias y había colaborado en varios diarios y publicaciones tales como *La Junta*, *La Verdad*, *La República*, *La Unión Argentina*, *El Siglo* y *La Revista Científico- Literaria*, entre otras¹¹⁷. También había publicado algunos trabajos históricos, fundamentalmente orientados a la recopilación de anécdotas y al trazado de la fisonomía de los

¹¹² Francisco Sosa, “Adolfo P. Carranza”, en *Revista Nacional*, segunda serie, tomo XV, Buenos Aires, 1892, p. 6. Entre 1880 y 1882, durante los dos primeros años de la presidencia de Roca, Bernardo de Irigoyen se desempeñó como canciller de la Argentina, hasta que en febrero de 1882 fue reemplazado por Victorino de La Plaza. El apoyo a la candidatura de Irigoyen por parte de Adolfo Carranza en 1886 se debió en gran medida a los intereses de su padre, quien en diversas cartas escritas a su hijo le solicitó que apoyara su carrera electoral mientras que él, desde Catamarca, obraba en la misma dirección, carta de Adolfo Esteban Carranza a su hijo Adolfo Pedro, Catamarca, 1/5/1885, AH, MHN, FAPC, C. 13, C. 2, doc. 1206; carta de Adolfo Esteban Carranza a su hijo Adolfo Pedro, Catamarca, 29/12/1885, AH, MHN, FAPC, C. 13, C. 2, doc. 1.210.

¹¹³ Sosa, *op. cit.*, p. 6.

¹¹⁴ En una carta de Victorino de la Plaza a Adolfo P. Carranza fechada el 22 de marzo de 1883 el primero se queja porque hace tiempo no recibe noticias del joven Adolfo y le pide prontas soluciones para algunos problemas diplomáticos, en particular un impuesto aplicado por el Paraguay a los vinos argentinos. Le pide asimismo que se ocupe de averiguar que modificaciones pretendía hacer Bolivia al tratado de límites con el Paraguay, AH, MHN, FAPC, C. 51, C. 2. En otra carta fechada el 19 de julio de 1883 De la Plaza solicita a Carranza la realización de un estudio de los tratados definitivos de límites entre Paraguay y Bolivia y Paraguay y Brasil, AH, MHN, FAPC, C. 51, C. 2. Aparentemente Carranza no cumplió con esta tarea ya que poco tiempo después renunció a su cargo en la Cancillería.

¹¹⁵ Sosa, *op. cit.*, p. 6.

¹¹⁶ Adolfo P. Carranza, nota editorial, en *Revista Nacional*, segunda serie, tomo XV, Buenos Aires, 1892.

¹¹⁷ Adolfo P. Carranza, manuscrito, AH, MHN, FAPC, C. 2, C. 1.

hombres públicos del pasado nacional, tarea esta que le entusiasmaba particularmente¹¹⁸. Por otra parte –imbuido del clima de ideas de la Argentina del 80 y del interés renovado de las elites por la construcción de una conciencia patriótica y la exaltación de la memoria nacional–, Adolfo formó parte de diversas comisiones para la repatriación de los restos mortales de los “próceres” que se encontraban fuera del país y para la realización de monumentos, entre otras actividades orientadas en esta dirección¹¹⁹. En este sentido, la fisonomía y los objetivos que intentará dar a la *Revista Nacional* y posteriormente al Museo Histórico Nacional, son del todo coherente con este clima de ideas y con sus aspiraciones personales como “propagandista de la nación”, tal como lo llamaban algunos de sus contemporáneos¹²⁰.

Ahora bien, aún teniendo presente la extracción social de Carranza, sus vínculos familiares y su cercanía con el espacio historiográfico, lo cierto es que había muchos otros intelectuales más reconocidos y prestigiosos que podrían haber sido convocados para ocupar el cargo de director del Museo. Además Carranza ni siquiera había formado parte de la comisión fundacional. En virtud de este interrogante analizaremos la relación entre su labor como director de la *Revista Nacional* y su posterior nombramiento como director del Museo, debido a que encontramos entre ambas tareas una notable continuidad en objetivos, prácticas, intereses y aspiraciones.

El primer número de la *Revista Nacional* se publicó en mayo de 1886 con el título de *Revista Nacional. Historia americana, literatura, jurisprudencia*¹²¹. El subtítulo de la *Revista* constituye un indicio de la falta de conformación de un campo historiográfico de fronteras delimitadas. Por el contrario, es expresión de la relativa indiferenciación de una serie de disciplinas que en la Argentina del 80 se encontraban en un incipiente proceso de autonomización. Sin embargo, aunque la revista publicaba ensayos literarios, poesías y textos jurídicos, estaba fuertemente orientada hacia los textos históricos, a saber, documentos, avances de capítulos de obras de diversos historiadores, debates historiográficos, crónicas y anécdotas sobre hechos del pasado y biografías sobre los hombres públicos de la historia nacional (no solamente de los considerados grandes hombres sino de una pléyade de nombres poco conocidos, casi todos ellos militares vinculados a la guerra de independencia). Incluía a su vez artículos escritos a propósito de conmemoraciones por aniversarios

¹¹⁸ Algunos de los trabajos escritos por Carranza antes de su designación como director del Museo Histórico de la Capital son: *Coronel Bogado*, *El General Páez*, *Manuel Dorrego* y *El General Manuel de Escalada*, todos ellos publicados en 1885.

¹¹⁹ Entre otras actividades orientadas en esta dirección, Carranza formó parte de la Comisión para el Centenario y el traslado de los restos de José de San Martín y de las comisiones formadas para erigir estatuas a Adolfo Alsina, Manuel Belgrano y Manuel Dorrego, Adolfo P. Carranza, manuscrito autobiográfico, s/f, AH, MHN, FAPC, C. 2, C. 1.

¹²⁰ Adolfo Decoud, “Aniversario de la *Revista Nacional*”, en *Revista Nacional*, 1/6/1889, año IV, tomo VIII, núm. 38, p. 371.

¹²¹ *Revista Nacional*, 1/5/1886, año I, tomo I, núm. I.

y fallecimientos, y seguía muy de cerca las discusiones o proyectos orientados hacia la erección de monumentos, colocación de placas recordatorias, repatriación de restos fúnebres, etc.

En la misma dirección, la *Revista* trazaba permanentes vínculos entre la memoria del pasado nacional y el presente, encontrando la clave de esa relación en la autoconciencia patricia de sus editores y colaboradores, lo que permitía a estos últimos postular una identidad común con los hombres públicos del pasado que eran objeto de gran parte de sus producciones. Ello se refleja en frases tales como: “Mientras enterramos a los últimos veteranos de la Independencia se acercan los cien años del nacimiento de otros varones ilustres, de otros guerreros que formaron en las filas de los ejércitos de la revolución. Es decir que despedimos con amargura a los que se van y saludamos con alborozo las fechas clásicas de los que se fueron”, escrita en una nota editorial a propósito del centenario de la muerte del Gral. Mansilla¹²².

Por otra parte, la *Revista* se presentaba a sus lectores como “un campo neutral en medio de los ardores de la lucha y las pasiones encontradas”¹²³. Ello podría remitir a la idea de una posible (y necesaria) armonización del pasado –aún a pesar de sus innegables conflictos– frente a las fuertes tensiones políticas del presente, así como a una concepción de la tarea específicamente intelectual como capaz de situarse por afuera (y por encima) de las disputas políticas. A pesar de ello, la *Revista* se hizo eco en diversas oportunidades de los cuestionamientos realizados por varios de sus colaboradores a la sociedad de su presente. En un fragmento inédito del tomo III de la *Historia de Rozas*, Adolfo Saldías se preguntaba si un gobierno hereditario en manos de Manuela Rosas “¿no nos habría ahorrado las desgracias [...] de las que estamos amenazados en medio de la desnaturalización más fragante de un régimen republicano que viene a ser peor que cualquier otro cuando no asegura los beneficios de la libertad y del orden duradero?”¹²⁴. De este modo Saldías parecía expresar, no solamente un juicio sobre el orden rosista bastante disonante con la mayor parte de los trabajos que se publicaron sobre el tema a lo largo de las diversas ediciones de la *Revista*, sino también una explícita crítica a la elite política de su presente.

Por otra parte es interesante la caracterización que plantea la *Revista* acerca de los intelectuales en tanto grupo diferenciado –e inclusive marginado– del resto de la sociedad, al presentarse como: “...un espacio para los intelectuales y hombres de letras olvidados, que no encuentran espacios donde escribir, donde expresar sus ideas, porque la política absorbe todo y no da cabida a trabajos intelectuales, históricos, literarios o jurídicos producidos por muchas personas que se mantienen

¹²² “Centenario de Mansilla, 1789-1889”, en *Revista Nacional*, 11/1888, año III, tomo VIII, núm. 31, p. 69.

¹²³ “Prospecto”, en *Revista Nacional*, 1/5/1886, año I, tomo I, núm. I, p. 3.

¹²⁴ Adolfo Saldías, “La máquina infernal y la tentativa del gobierno hereditario”, fragmento inédito del tomo III de la *Historia de Rozas*, en *Revista Nacional*, 1/6/886, año I, tomo I, núm. 2, p.74.

olvidadas”¹²⁵. Sin embargo, esta idea no se corresponde del todo con las modalidades de inserción de los intelectuales en la sociedad, ya que –como ha sido estudiado por diversos autores– los letrados de este período no constituían un grupo específico y diferenciado, sino que participaban activamente de la vida política y social desempeñándose como legisladores, funcionarios del Estado y/o actores políticos¹²⁶.

A lo largo de las diversas ediciones de la *Revista* aparecen frecuentes ideas y representaciones de sus autores acerca del sentido trascendente de la tarea intelectual y de su relativa marginalidad en relación a los valores e intereses predominantes en la sociedad. Estos temas están particularmente bien expresados en la crónica que el periodista Adolfo Decoud escribió a propósito de la celebración realizada el 1° de mayo de 1889 con motivo del tercer aniversario de la *Revista Nacional*¹²⁷, la cual, además, ha sido vinculada varias veces a la historia del Museo Histórico Nacional.

En diversos textos que hacen referencia a los orígenes del Museo se plantea que la idea fundacional de la institución surgió en el contexto de la mencionada celebración¹²⁸. Aunque no hemos encontrado documentos que nos permitan aseverar dicha vinculación, lo cierto es que varios de los invitados a la fiesta de la *Revista* formaron parte de la comisión fundacional del Museo. Además, la misma tuvo lugar algunas semanas antes de que Seeber expidiera el decreto que nombró a la comisión fundacional. Por otra parte, en el mismo número de la *Revista* en que se publicó la crónica periodística sobre la fiesta, se dio a conocer el mencionado decreto de Seeber, de modo que existen diversas vinculaciones entre los dos episodios. En virtud de ello y del interés que reviste la crónica de Decoud para comprender el clima de ideas del que formaron parte tanto la *Revista* como posteriormente el Museo Histórico Nacional, es que nos detendremos en su análisis¹²⁹.

¹²⁵ “Prospecto”, en *Revista Nacional*, 1/5/1886, año I, tomo I, núm. I, p. 3.

¹²⁶ Acerca de las modalidades de inserción política y social de los intelectuales del período véase Alejandro Eujanian, “El surgimiento de la crítica”, *op. cit.*, y Alejandro Cattaruzza, “Por una historia de la historia”, *op. cit.*

¹²⁷ Adolfo Decoud, “Aniversario de la *Revista Nacional*”, en *Revista Nacional*, 1/6/1889, año IV, tomo VIII, núm. 38, pp. 367-379.

¹²⁸ Véase Humberto F. Burzio, “Museo Histórico Nacional”, disertación pronunciada en el Instituto Popular de Conferencias del diario *La Prensa* el 7 de octubre de 1960, Ministerio de Educación y Justicia de la Nación, Dirección General de Cultura, Comisión Nacional de Museos, Monumentos y Lugares Históricos, 1962, p. 21, y Antonio Apraiz, Ricardo Levene, Ramón Cárcano y Adolfo Orma, “Discursos pronunciados en ocasión del homenaje a Adolfo Carranza organizado por la Comisión Nacional de Museos, Monumentos y Lugares Históricos a propósito del Cincuentenario de la fundación del Museo Histórico Nacional”, Academia Nacional de la Historia, mayo de 1939.

¹²⁹ Adolfo Decoud (1852-1929) era un joven abogado perteneciente a la elite paraguaya. Dedicado durante varios años al periodismo, había sido fundador y redactor de los periódicos asunceños *La regeneración* y *Los debates*. A principios de la década de 1880 se trasladó a Buenos Aires, donde formó un estudio de abogacía conjuntamente con Bernardo de Irigoyen y Onésimo Leguizamón. Continuando con el ejercicio del periodismo, fue colaborador del periódico *El Nacional*, fundado por Domingo F. Sarmiento, y fundador, junto a Evaristo Carriego, de *Los castigos*. Fue, además, autor de diversas obras, entre ellas *Solano López* (Buenos Aires, 1900) y *La Guerra del Paraguay y los tratados* (Montevideo, 1902), información extraída de Cutolo, *Nuevo Diccionario...*, Buenos Aires, Elche, 1969, tomo segundo,

Dicha celebración se realizó en el Café de París (sito en la calle Cangallo 425) y estuvo destinada a los colaboradores de la *Revista*, a saber, Bartolomé Mitre, Bernardo de Irigoyen, Andrés Lamas, Federico Tobal, Ángel Justiniano Carranza, José S. de Bustamante, Pedro Bourel, Ángel G. Carranza Mármol, Calixto Oyuela, Juan Coustau, Jacob Larrain, Alejandro Sorondo, Manuel F. Mantilla, Ernesto Quesada, Carlos Guido y Spano, Guillermo Matta, Adolfo E. Carranza, Martín García Mérou, Eduardo Acevedo Díaz, Joaquín Castellanos, Antonio Argerich, Alejandro Calvo, Leopoldo Díaz, Mariano de Vedia, Juan A. Piaggio, Rodolfo G. Godoy y Adolfo Decoud. También estuvo presente el Gral. Clemente Zárraga, un militar octogenario que había participado en la guerra de independencia de Colombia¹³⁰. De modo que se trataba de un conjunto de intelectuales y hombres públicos pertenecientes a dos generaciones diferentes, algunos muy destacados por sus trayectorias políticas e intelectuales, todos pertenecientes a la elite autodefinida como patricia, y varios de ellos miembros de la posterior comisión fundacional del Museo.

Decoud comienza su crónica periodística refiriéndose al encuentro en el Café de París como "... aquella hermosa selección de inteligencias, reunidas en nombre de las letras y como homenaje al pensamiento nacional"¹³¹. Luego agrega, en un intento explícito por cuestionar la falta de valores éticos de la sociedad y por señalar la distinción de los intelectuales (u "hombres de letras" como los llama a menudo) del resto de los hombres de su tiempo: "Para los que no comprenden la pasión dominante y hasta las ternuras sugeridas por las cosas bellas y delicadas del espíritu, nada puede parecer más extraño que este género de reuniones, en honor a un ideal que los afanes por la conquista definitiva del mundo material parecen proscribir, o al menos alejar de las preocupaciones absorbentes de nuestra época"¹³². Más adelante profundiza los objetivos de su discurso acerca de la singularidad de los intelectuales y de la amenaza que la sociedad cernía sobre ellos en tanto grupo selecto de la sociedad: "El arte y la ciencia, las delicadas funciones del pensamiento, sus goces y sus recompensas, pertenecen a las minorías: son los elegidos, los selectos, los que van formando y tienen a constituir su aristocracia, que como todas las que pueden existir, y sin duda más que ninguna, tiene su razón de ser y la necesidad de hacerse exclusiva, a título de su propia conservación"¹³³.

p. 489. Adolfo Carranza había estrechado vínculos políticos con la familia Decoud durante su estancia en Asunción como funcionario de la Cancillería argentina, a comienzos de la década de 1880. Por entonces José Segundo Decoud (padre de Adolfo) ocupaba el cargo de ministro de Relaciones Exteriores del Paraguay, Adolfo P. Carranza, "Recuerdos del Paraguay", manuscrito, s/f, AH, MHN, FAPC, C. 51, C. 2.

¹³⁰ "Corolario. Una fiesta excepcional", en *La Nación*, 2/5/1889, reproducido en *Revista Nacional*, 1/6/1889, año IV, tomo VIII, núm. 38, p. 380.

¹³¹ Decoud, "Aniversario...", p. 367.

¹³² *Ibid.*, pp. 367-368.

¹³³ *Ibid.*, p. 368.

Posteriormente, luego de reproducir algunos fragmentos de los discursos pronunciados por los invitados a la fiesta a propósito de la labor de la *Revista*, Decoud dedica sus más esmeradas palabras al Gral. Clemente Zárrega: “La presencia del General Zárrega, guerrero de la independencia de Colombia, soldado y amigo del libertador Bolívar, aparecía ante el auditorio que le contemplaba como una de las más venerables *reliquias* del pasado, y podría decirse que el héroe casi ignorado hasta ayer, surgía allí como una evocación de los recuerdos de la emancipación americana”¹³⁴. La presencia de Zárrega y las palabras de Decoud no podían ser más elocuentes. Pronunciadas a modo de cierre en el artículo dedicado a describir y halagar la fiesta de la *Revista*, ellas reflejan muy bien que el principal objetivo de la publicación era la recuperación y exaltación de los hombres públicos del pasado, más aún en el caso de los que estaban vivos, porque ello permitía vincular más estrechamente el recuerdo de sus acciones con los intereses y las motivaciones de la elite patricia del presente. Sin embargo, la figura de Zárrega presenta la peculiaridad de que no se trataba de un hombre vinculado a la historia nacional en particular sino a las guerras de independencia sudamericanas y a la figura de Simón Bolívar, lo cual llevará al cronista a referirse, con cierto tono nostálgico, a: “... aquella América española que el Libertador deseaba ver unida en sus proyecciones de genio...”, para luego agregar que la presencia de Zárrega “... despertaba las ideas de aquella comunidad de una familia política hermanada por el origen y la identidad de ideas y aspiraciones”¹³⁵.

El discurso de Decoud encierra un conjunto de tópicos que expresan algunas de las ideas y representaciones de muchos miembros de la elite intelectual, acerca de la tarea de construcción de una nacionalidad, de la sociedad y la política argentinas de la década de 1880 y de su propia inserción social en tanto grupo diferenciado y selecto. Estas ideas nos remiten al análisis realizado por Oscar Terán a propósito de los discursos producidos por un conjunto de miembros de la elite intelectual argentina entre 1880 y 1910¹³⁶. Tal como lo hemos señalado, el autor presenta a los intelectuales biografiados como integrantes de la llamada “cultura científica”, categoría que hace referencia a una noción compartida por estos actores acerca de la ciencia como instancia legitimante de las ideas¹³⁷. Al mismo tiempo sostiene que la “cultura científica” competía con la llamada “cultura estética”, caracterizada como una reacción antipositivista y espiritualista, y en cuya interpretación de la realidad ocupaban un lugar preferencial la ética y la idea de belleza en tanto

¹³⁴ Ibid., p. 377.

¹³⁵ Ibid., p. 378.

¹³⁶ Terán, *op. cit.*

¹³⁷ Ibid., “Presentación”, p. 9.

valores universales supremos¹³⁸. A pesar de que el discurso de Decoud presenta muchos más elementos vinculables a la “cultura estética” que a la “cultura científica”; y aunque un solo texto es del todo insuficiente para analizar las ideas de un escritor y menos aún las del conjunto de intelectuales que escribían en la *Revista*, tomamos algunas de las ideas de Terán debido a que nos brindan herramientas analíticas para analizar este discurso y a través de él, el clima de ideas en que se enmarcaban la *Revista Nacional* y la figura de Adolfo P. Carranza.

En primer lugar, las palabras de Decoud reflejan con claridad la incomodidad de la elite intelectual ante las nuevas tensiones introducidas por la modernidad en la Argentina decimonónica. En el trabajo citado Terán plantea que, si bien por un lado la fracción intelectual de la elite era, en tanto que parte de la clase dirigente, promotora y beneficiaria de las transformaciones socioeconómicas que atravesaba el país, por otro lado temía e incluso rechazaba algunas de las consecuencias de dichos cambios, percibidas desde un sentimiento de cercamiento y de amenaza frente a una sociedad tradicional en acelerada transformación de la que se sentía heredera; una situación que dio lugar al desarrollo un discurso nostálgico sobre ese pasado¹³⁹. Estas tensiones llevaron a un proceso de ruptura en las representaciones de estos actores en tanto clase y en tanto elite intelectual, lo cual se reflejó en el desarrollo de una autoconciencia más de estamento que de clase entre los letrados¹⁴⁰. Estas ideas contribuyen a explicar el énfasis puesto por los colaboradores de la *Revista Nacional* –tanto a nivel de las prácticas como de los *habitus*–, en sus orígenes patricios, lo cual es particularmente visible en el caso de Adolfo P. Carranza¹⁴¹.

Otra interesante idea del trabajo de Terán que puede ser aplicada al análisis del discurso de Decoud es su planteo acerca de cómo las preocupaciones de la elite no se desarrollaron solamente en contraposición a la amenaza representada por la inmigración, sino también ante ciertos sectores de las elites locales, a los que se acusó de estar concentrados en el progreso material en detrimento de las viejas virtudes de la sociedad patricia. Esta idea se refleja con claridad en el siguiente pasaje de la crónica de Decoud: “Estas inmensas mayorías de hombres, estremecidas por el aliento de los negocios, por las atracciones irresistibles del lucro, no pueden explicarse tales desviaciones, y por cierto que en este momento, desde mi gabinete de estudio, diviso una sonrisa de desdén para los

¹³⁸ Ibid., p. 10.

¹³⁹ El autor presenta esta idea vinculada en particular con la figura de Miguel Cané, quien es caracterizado como “un representante arquetípico de la generación anterior”, *ibid.*, cap. I: “El lamento de Cané”, p. 21.

¹⁴⁰ Ibid., p. 33.

¹⁴¹ Utilizamos aquí las nociones de prácticas y de *habitus* en el sentido propuesto por Pierre Bourdieu, tal como ha sido explicado en el estado de la cuestión de la presente investigación, véase cap. I, p. 37.

amigos de las letras, ‘estos náufragos de la civilización, que tan despiadadamente nos invade’, según la expresión más real que paradójica del amado poeta Guido”¹⁴².

Por otra parte es necesario señalar que las rupturas políticas existentes al interior de las elites— las que se sobrepusieron al discurso roquista que presentaba a la Argentina del 80 como una nueva era, basada en el progreso y capaz de superar las disputas del pasado—, se profundizaron en torno a la Revolución del 90 dando lugar a la formación de nuevas constelaciones políticas. Las ideas de crisis moral y de degeneración social que fueron endilgadas al gobierno de Juárez Celman por las fracciones de elite que participaron de la Revolución del Parque aparecen, no sólo en la crónica de Decoud sino también en varios de los discursos expresados por los invitados a la celebración del tercer aniversario de la *Revista Nacional*, que tuvo lugar, precisamente, un año antes del estallido de la crisis política.

Ante este conjunto de nuevas tensiones y rupturas, la elite intelectual se postuló a sí misma como capaz de desempeñar el papel de guía moral de la sociedad, lo cual a su vez le permitió reivindicar sus intereses concretos en términos de los espacios, no solamente culturales sino también socioeconómicos, que pretendía ocupar a cambio de brindarle a la sociedad sus servicios intelectuales y morales. También en este sentido deben comprenderse los objetivos orientados a la educación patriótica y a la construcción y exaltación de una memoria nacional, que se llevaron a cabo desde diversos ámbitos, entre ellos el Museo Histórico Nacional.

Creemos que los discursos, objetivos y motivaciones que animaron a los editores de la *Revista Nacional*, y en particular a su director Adolfo P. Carranza, ponen de manifiesto la continuidad existente entre dicha publicación y la fundación de un museo de historia nacional, lo cual contribuye a la comprensión de la elección de Carranza como director de la nueva institución. Por otra parte, además de ser un ámbito propicio para dar rienda suelta a sus aspiraciones patrióticas, el cargo de director del Museo habría de permitirle a Carranza, al menos en principio, reforzar y acrecentar sus vínculos con la elite intelectual y en particular con el campo historiográfico en formación, así como obtener un ingreso económico proveniente de las arcas del Estado, que sin duda le otorgaría mayores seguridades materiales que su labor al frente de la *Revista Nacional*. Si bien en el Museo Carranza percibiría un sueldo modesto, los beneficios económicos obtenidos como director de la *Revista Nacional* eran seguramente más inciertos, ya que la misma funcionaba

¹⁴² Decoud, “Aniversario...”, p. 368.

por medio de suscripciones de los lectores y, eventualmente, de la ayuda estatal¹⁴³. El apoyo económico recibido por *la Revista* debió ser escaso a juzgar por las quejas expresadas por algunos de sus colaboradores sobre el particular¹⁴⁴.

Por otra parte, aunque Carranza pertenecía a una familia de elite y poseía algunas propiedades rurales en la provincia de Entre Ríos, de las que posiblemente extrajera alguna renta¹⁴⁵, algunos documentos denotan que, en algún momento del período estudiado, su padre tuvo una serie de dificultades económicas que lo llevaron a perder buena parte de su fortuna. Posiblemente haya sido durante el gobierno de Juárez Celman, no solamente como consecuencia de la crisis económica que sacudió al país, sino también porque Adolfo Esteban –cuyas actividades estaban muy vinculadas con los emprendimientos económicos estatales– se encontraba por entonces en la oposición política. Un indicio de ello surge de un texto escrito por Adolfo Pedro en 1895, donde se refiere con acentuada nostalgia a la venta de su casa familiar de la calle Florida, en la que había transcurrido su infancia. Refiriéndose a las actividades económicas de su padre en Catamarca escribe: “¡Oh, por qué el destino ha sido tan injusto con sus esfuerzos siempre patrióticos, siempre honrados? (*sic*) Qué: toda una vida de labor, de utilidad, acaso, no merece ser compensada? Y sin embargo, anciano y pobre, no le quedará ni el consuelo de morir allí, dentro de los muros en que agitó tantas ideas benefactoras y que su mano incansable predicó la paz, la perseverancia, la viabilidad; de lo que sólo queda en pie: sus minas, envueltas por la duda, el Camino del Totoral entre Tucumán y Catamarca, que entusiasma al viajero, los telégrafos, las mensajerías, que en diversas provincias y en Bolivia le han traído como consecuencia la pérdida de su salud y de su fortuna”¹⁴⁶.

Ahora bien, independientemente de sus actividades como director de la *Revista Nacional* y de los vínculos entre los objetivos de la publicación y la idea de formar un museo de historia nacional, una serie de documentos consultados en el Archivo Histórico del Museo Histórico Nacional indican que Carranza efectivamente participó del proyecto de creación de un museo histórico al menos desde el año 1888, es decir, con anterioridad al decreto de Seeber. La primer referencia a su vinculación con dicho proyecto la encontramos en un escrito personal fechado el 20 de octubre de

¹⁴³ En julio de 1886, pocos meses después de la aparición de la *Revista Nacional*, la Cámara de Diputados del Congreso de la Nación autorizó la suscripción de 100 ejemplares de la misma. Probablemente la *Revista* recibiera algunos otros pequeños subsidios estatales a lo largo de sus diversas ediciones, AH, MHN, FAPC, C. 71.

¹⁴⁴ Decoud, “Aniversario...”, p. 370.

¹⁴⁵ Véase plano con detalle de propiedades pertenecientes a Adolfo P. Carranza en Victoria, Entre Ríos, s/f, AH, MHN, FAPC, C. 1. En otro plano sin fechar de las propiedades de Carranza en la localidad de Victoria, Entre Ríos, un texto manuscrito indica: “Doy semilla de alfalfa. Condiciones: hacer casa, poner molino y alfalfar 30 hectáreas”, AH, MHN, FAPC, C. 69.

¹⁴⁶ Adolfo P. Carranza, Buenos Aires, 6/10/1895, manuscrito, “Íntima. La casa de la calle Florida”, AH, MHN, FAPC, C. 13, C. 2, doc. 1189, p. 3.

1888, donde relata que ese mismo día fue a visitarlo Mitre a su casa, con quien habló de varios temas, ente ellos de la creación de un museo: “Hablamos de su Historia de San Martín, de Bolívar, de libros americanos, de mi proyecto de un museo histórico que aplaudió, del tomo VII de López que considera plagado de errores y digno de ser fuertemente atacado por los chilenos”¹⁴⁷. Más adelante agrega: “Creo que es el primer joven a quien este hombre visita, pues es parco de ellas para con todo el mundo”¹⁴⁸.

Además de esta escueta pero interesante referencia a su conversación con Mitre, algunos otros documentos dan cuenta de una serie de reuniones que Carranza tuvo con Lamas por esta misma cuestión. En un manuscrito personal escrito luego de una reunión mantenida con este último el 5 de diciembre de 1888, Carranza escribe: “Me devolvió el borrador que le había llevado de proyecto para la creación del museo histórico, dándome uno de su puño y letra que es más o menos igual. Me dijo que el se encargaba de avisarle a Mitre la empresa en que andábamos. De su casa fui derecho al correo y entregué a Cárcano el borrador de Lamas. Ha quedado en hablar con el ministro Posse. Me temo que harán algo poco correcto. El entusiasmo que tenía ayer se me ha enfriado. No le tengo fe al ministro Posse. Lo considero un personaje de provincia, guarango y sin nociones fijas sobre la materia. Veremos”¹⁴⁹.

Dos cosas se desprenden de la lectura de este documento. En primer lugar, Carranza se refiere al borrador de un proyecto de museo escrito por él, reconoce que Lamas tenía a su vez su propio proyecto y presenta a ambos como muy parecidos. Debido a que no hemos encontrado el borrador del proyecto al que se refiere Carranza y a que, al menos en líneas generales, el Museo tuvo objetivos similares a los planteados por Lamas antes de su fundación, es posible conjeturar que Carranza, efectivamente interesado en participar de la creación de un museo histórico por las razones ya expuestas, haya utilizado sus vínculos con los historiadores y coleccionistas del período así como el prestigio adquirido como director de la *Revista Nacional*, para acercarse a Lamas, aprovechando de este modo las experiencias previas de aquel en esta dirección, sus vínculos con las redes de coleccionistas de objetos históricos de Buenos Aires y, sobre todo, las complicaciones en que este último se veía envuelto para concretar su propio proyecto de museo. Tomando como modelo las experiencias y las ideas previas de Lamas le habría presentado el borrador de un proyecto propio con la intención de tomar la delantera en la concreción de la idea de fundar un museo.

¹⁴⁷ Adolfo P. Carranza, Buenos Aires, 25/10/1888, manuscrito, “Matta y Mitre”, AH, MHN, FAPC, C. 4, C. 3.

¹⁴⁸ Ibid.

¹⁴⁹ Adolfo P. Carranza, Buenos Aires, 5/12/1888, manuscrito, “Lamas”, AH, MHN, FAPC, C. 3, C. 1, doc. 30.

En segundo lugar, el documento da cuenta de que a fines de 1888 Carranza estaba llevando adelante una serie de prácticas concretas con el objetivo de activar los vínculos políticos necesarios para su fundación, y que en ese proceso se vio atravesado por diversas tensiones y dudas acerca de dónde era más conveniente buscar los apoyos necesarios para que el proyecto se concretara. Así lo refleja su acercamiento a Cárcano. Pero si bien por un lado este último podía representar un contacto sólido por su cercanía con Juárez Celman, por otro lado existía el problema de que Carranza había combatido abiertamente la candidatura de Juárez. Finalmente, aunque Cárcano formó parte de la comisión fundacional, Carranza debió buscar apoyo político en la Municipalidad de la Ciudad de Buenos Aires.

De acuerdo a otro manuscrito personal de Adolfo Pedro, el 20 de diciembre del mismo año volvió a reunirse con Lamas. “Hoy estuve con el Dr. Lamas, una hora y mateamos. Le di cuenta de los pasos dados para llevar a cabo el ‘Museo Histórico’; mis dudas sobre que los hombres del gobierno lo hagan; mis temores de que salgan componiendo la comisión de gente ajena al asunto. Me dio aliento para que no desesperase”¹⁵⁰. Por otra parte, la antipatía de Carranza ante el gobierno de Juárez Celman vuelve a aparecer en este escrito: “Hablamos del viaje de Juárez a Montevideo, que era inconstitucional y ridículo, con una escuadra y con cortejo”¹⁵¹.

A la luz del conjunto de estos documentos puede conjeturarse que Carranza tenía la intención de llevar adelante la creación de un museo histórico, que para ello utilizó estratégicamente sus vínculos con algunas de las figuras más destacadas del espacio historiográfico y que, durante el año 1888, realizó diversas gestiones políticas en esa dirección, contando para ello con el apoyo, o al menos la tolerancia, de Lamas. En cuanto a la actitud de este último, es posible que su relación previa con Carranza y sus propios conflictos con el gobierno a propósito del proyecto de fundación de un museo histórico, lo hayan decidido a aceptar que aquel tomara la delantera en las gestiones para su concreción, aunque no se apartaría del todo del proyecto hasta el mes de enero de 1890, cuando presentó su renuncia a la comisión fundacional. Por otra parte cabe señalar que mientras que Lamas era un hombre septuagenario y ya consagrado en el seno de la elite intelectual, Adolfo Pedro era un joven de 32 años, tal vez más dispuesto a aceptar la realización de múltiples gestiones y los sinsabores de la puesta en marcha del proceso de fundación de una nueva institución, para llegar a ocupar un espacio destacado en ella.

De parte de Lamas a Carranza hemos hallado solamente una breve nota del 2 de enero de 1890 en la cual le explica que le ha sido imposible sobreponerse a los motivos que lo alejan de la

¹⁵⁰ Adolfo P. Carranza, Buenos Aires, 20/12/1888, manuscrito, “Lamas”, AH, MHN, FAPC, C. 2, C. 1, doc. 24.

¹⁵¹ Ibid.

comisión del Museo. “Pídeme cualquier otra cosa que no tenga relación con ese museo que, para mi, no existirá nunca fuera de Cabildo, y verás como tengo sinceramente la voluntad de complacerlo. Muy su amigo. Andrés Lamas”¹⁵². Estas breves palabras de Lamas son expresión de las tensiones producidas durante el proceso de gestación del Museo y de su malestar personal por el incumplimiento de su propósito de que aquel fuese instalado en el edificio del Cabildo. Por otra parte, a juzgar por el “pídeme cualquier otra cosa” del comienzo, la nota de Lamas parece ser más la respuesta a alguna solicitud de Carranza que el resultado de una iniciativa personal. Con estas palabras Lamas le dejaba en claro su total alejamiento del Museo Histórico, del que Carranza había sido nombrado director un mes antes.

En otro texto sin fechar pero escrito con posterioridad a la fundación del Museo, Carranza se refiere a una serie de reuniones mantenidas durante 1888 con un grupo de historiadores y coleccionistas, vinculadas con el proyecto de creación de un museo. “Durante el año 1888 nos reuníamos los domingos en casa del doctor Ángel Justiniano Carranza, el general Mitre, doctor Lamas, Zinny, Mantilla, el coronel Tomás Guido y otros y de aquellas conversaciones, nació la idea de la conveniencia que había en formar un establecimiento en que se reunieran, los retratos, trofeos, [...] de nuestro pasado”¹⁵³. Luego agrega que intentó acercarse al presidente Juárez Celman para realizarle esta propuesta: “Al principiar el año 1889 [...] le hice manifestar que deseaba exponerle una idea que quizá la encontraba buena y podía hacerse algo útil para el país”¹⁵⁴. Pero la respuesta recibida no fue la esperada por Carranza, lo que lo obligó a cambiar de estrategia: “Me hizo contestar que me viera con el Ministro, y desistí de continuar por ese lado mi gestión. El 23 de mayo de 1889 me fui a la Intendencia Municipal y presenté mi proyecto a Seeber, quien lo aceptó y salvo algunas modificaciones, lo decretó al día siguiente”¹⁵⁵.

Aunque este documento debe ser tratado con mucha cautela, ya que seguramente contiene algunas reelaboraciones de Carranza acerca del proceso de gestación del Museo y de su propio papel en el marco de ese proceso, nos interesa detenernos brevemente en la referencia que realiza acerca de las reuniones del año 1888 en la casa de Ángel J. Carranza. Carranza menciona como asistentes a la reunión a un grupo de historiadores y coleccionistas muy reconocidos en el seno de la elite intelectual, muchos de ellos colaboradores de la *Revista Nacional* y dos en particular, Lamas y Mantilla, futuros integrantes de la comisión fundacional del Museo. Por otra parte, aunque deja entrever que la idea de creación de un museo de historia surgió de esas reuniones y no de una

¹⁵² Nota de Andrés Lamas a Adolfo P. Carranza, 2/2/1890, AH, MHN, FAPC, C. 35, C. 3.

¹⁵³ Adolfo P. Carranza, manuscrito s/f, AH, MHN, FAPC, C. 3, C. 1, doc. 25.

¹⁵⁴ Ibid.

¹⁵⁵ Ibid.

persona en particular, se presenta a sí mismo como el promotor de las gestiones para su realización. Creemos que el mayor interés de este documento reside en que da cuenta de que la idea de creación (aunque no la concreción) de un museo de historia nacional fue un proyecto en cierto modo colectivo del cual –aunque con mayor o menor protagonismo, motivaciones e intereses–, participaron un conjunto de historiadores y coleccionistas pertenecientes a la fracción intelectual de la elite, y en particular al campo historiográfico en formación de la Argentina finisecular. Pero a su vez, de acuerdo a la información brindada por los documentos consultados, consideramos que Adolfo P. Carranza desempeñó un papel clave en la concreción del proyecto de fundación de un museo histórico en la Buenos Aires de fines del siglo XIX (véase Imagen 4, p. 223).

c) La participación del Estado en el proyecto fundacional

Hemos visto que Carranza activó una serie de vínculos políticos con funcionarios estatales para lograr concretar el proyecto de fundación de un museo histórico. En un principio se acercó a funcionarios del gobierno nacional, en particular a Ramón Cárcano, e inclusive al propio Juárez Celman, pero sus gestiones no tuvieron éxito. El apoyo que había brindado a la candidatura de Irigoyen en 1886 y la escasa simpatía que tenía a Juárez Celman, no colaboraron para con su propósito de obtener apoyo económico y financiero por parte del gobierno nacional. A ello deben sumarse los esfuerzos infructuosos realizados por Lamas en la misma dirección. Finalmente fue el intendente Francisco Seeber quien sancionó el decreto fundacional el 24 de mayo de 1889, cuando apenas llevaba algunas semanas de gestión frente a la Municipalidad porteña.

En la Memoria presentada al Concejo Deliberante de la Ciudad de Buenos Aires, a propósito de su gestión durante el año 1889, Seeber se refiere a la creación del Museo en los siguientes términos: “Venciendo grandes obstáculos y luchando con la apatía general, con que se trata todo lo que a recuerdos históricos se refiere, pude por fin organizar el Museo municipal, con la importante ayuda del teniente General Bartolomé Mitre, del Dr. Manuel Mantilla, del Dr. P. Marín y bajo la dirección perseverante del Sr. Adolfo P. Carranza”¹⁵⁶. Nótese que Seeber no menciona a Lamas entre quienes colaboraron en la gestación del Museo. Ello podría ser expresión de las tensiones producidas entre éste último y el gobierno municipal a propósito de las modificaciones que sufrió el proyecto de museo elaborado por el historiador y coleccionista uruguayo. Un eco de esas tensiones puede

¹⁵⁶ Memoria de la Intendencia Municipal de la Ciudad de Buenos Aires correspondiente al año 1889 presentada al Honorable Concejo Deliberante por el intendente Francisco Seeber, tomo I, Buenos Aires, Imprenta Sudamericana, 1891, p. 179, Legislatura de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Dirección General de Cultura, núm. inventario 15.358, p. 179.

advertirse en otro de los párrafos de la Memoria citada, cuando Seeber refiere que: “Empezamos a preparar un local provisorio en el antiguo Cabildo, lugar que algunas personas como el Dr. Andrés Lamas consideraban *sine-qua-non* para su instalación y apenas terminado aquel, tuvimos que abandonarlo, porque el gobierno decidió instalar allí el Banco Hipotecario”¹⁵⁷.

Seeber continúa su relato señalando algunos de los problemas que debió afrontar para lograr la instalación del Museo, en particular referidos al edificio que ocuparía el nuevo establecimiento, y sin olvidarse de mencionar su aporte personal para su fundación: “Acabo de traer de Londres para el Museo, una bandera argentina que se encontraba en poder del almirante Sullivan y que fue tomada por él, siendo teniente, en la Batalla de Obligado¹⁵⁸”. Posteriormente concluye: “No dudo que este primer paso que damos en el camino de honrar la memoria de nuestros grandes héroes y de los acontecimientos gloriosos que cimentaron nuestra independencia, ha de llevarnos a dar a este modesto establecimiento toda la importancia que reclama el carácter noble, desprendido y viril de los argentinos”¹⁵⁹.

Ahora bien ¿por qué si el decreto de Seeber es del mes de mayo de 1889, el museo fue oficialmente inaugurado en agosto de 1890? Las fuentes disponibles no permiten una reconstrucción sólida de lo ocurrido entre ambas fechas. De acuerdo al trabajo de Blasco citado en este capítulo, en los meses que siguieron a la conformación de la comisión fundacional, estallaron los conflictos entre Lamas y las autoridades estatales, lo cual seguramente retrasó su fundación¹⁶⁰. Por otra parte, algunos textos de Carranza escritos con posterioridad a su nombramiento como director, sugieren que la comisión nunca tuvo una actuación efectiva como tal, ni antes ni después de la fundación del Museo. En un manuscrito personal sin datación Carranza señala que la comisión fundacional se reunió una sola vez para elegirlo director y que poco después el intendente Seeber sancionó su nombramiento¹⁶¹. Más adelante, en un texto dirigido a las autoridades estatales en 1896, donde refiere el proceso de gestación del Museo, Carranza sostiene que fueron los conflictos políticos producidos en el país durante el año 1890 los que retrasaron su instalación e impidieron el funcionamiento efectivo de la comisión fundacional: “Fermentaba ya la revolución de julio de aquel año y no me fue posible obtener mayoría, con la excepción especial del teniente general Bartolomé

¹⁵⁷ Ibid.

¹⁵⁸ Ibid., pp. 179-180.

¹⁵⁹ Ibid., p. 180.

¹⁶⁰ Blasco, “Comerciantes...”, pp. 14-15.

¹⁶¹ Adolfo P. Carranza, manuscrito, s/f, AH, MHN, FAPC, C. 3, C. 1, doc. 25.

Mitre, quien a pesar de las atenciones que pesaban sobre él, concurrió siempre que fue reclamada su presencia. Nada se dictaminó pues, y la comisión caducó de hecho”¹⁶².

Efectivamente, muchos de los miembros de la citada comisión participaron, de diversas maneras, en los acontecimientos políticos que desembocarían en la Revolución del Parque en julio de 1890, por lo cual es muy posible que no tuvieran ni tiempo ni interés de ocuparse, en tal conflictivo contexto, de la fundación de un museo ni de su instalación, más aún teniendo presente que la institución fue inaugurada el 30 de agosto de 1890, es decir apenas un mes después del estallido revolucionario que convulsionó a la sociedad y que forzó la renuncia del presidente Juárez Celman el día 6 de ese mismo mes.

Por otra parte, varios de los miembros de la comisión fundacional ocupaban importantes espacios en la escena política e intelectual, por lo cual, aunque les pareciera atendible e incluso importante la creación de un museo dedicado a recordar y honrar la memoria de la revolución emancipadora y de las guerras de independencia, seguramente no tenían demasiado interés en involucrarse personalmente en la incierta aventura de fundación de un museo, más aún en un marco atravesado por diversas tensiones, donde el apoyo económico estatal no era claro y ni siquiera se había decidido en que edificio funcionaría la nueva institución. En medio de este agitado escenario Carranza siguió adelante con sus gestiones, manteniéndose –tal vez para no dispersar sus energías– relativamente alejado de los sucesos políticos. De esta manera llegó a inaugurar el establecimiento en calidad de director en una casa alquilada por el Municipio en forma provisoria sita en la calle Esmeralda 848.

Ahora bien, si volvemos por un momento a la Memoria presentada por el intendente Seeber al Concejo Deliberante de la Ciudad, observaremos que una lectura desprevenida de dicha fuente y aislada del resto de la documentación vinculada a la creación del Museo, podría llevar a pensar que la fundación de un museo histórico fue un proyecto ideado y llevado a cabo por el Estado municipal, conjuntamente con la colaboración de algunos hombres públicos destacados. Sin embargo, es claro que el proceso fundacional del Museo estuvo lejos de ser un proyecto estatal. La complejidad de las redes políticas y sociales que se activaron en la creación de la institución, las prácticas desplegadas por sus promotores y las experiencias previas realizadas en esta misma

¹⁶² Adolfo P. Carranza, Buenos Aires, 1/1/1896, “Memoria enviada a la Comisión del Censo como respuesta a su nota del 9 de noviembre de 1895”, en AH, MHN, FAPC, *Libro de Notas del Museo Histórico Nacional* (en adelante LN), vol. II, (1896-1904), C. 58, C. 1, p. 335.

dirección, sugieren que su fundación fue mucho más el resultado de un conjunto de voluntades con cierta capacidad de presión sobre el aparato del Estado, que de una deliberada acción estatal¹⁶³.

Por otra parte, en la Argentina del 80, que acababa de iniciar el conflictivo y paulatino proceso de consolidación estatal, no existía un Estado unificado y homogéneo. Tal como lo señala Cattaruzza, el Estado en la Argentina finisecular no debe ser pensado como una estructura uniforme, estática y acabada, sino más bien como un complejo de reparticiones en construcción con dinámicas más o menos propias¹⁶⁴. Por lo general, las leyes y los decretos emanados de las diversas instituciones estatales no surgieron de decisiones programáticas, sino más bien de complejos e intrincados vínculos tejidos entre determinadas instituciones (o incluso entre sujetos concretos actuantes en la esfera estatal), y grupos de la sociedad civil con cierta capacidad de presentar demandas y de ejercer presión sobre esos espacios.

A partir del conjunto de estas ideas, consideramos que la fundación del Museo Histórico Nacional fue fruto de un proceso complejo en el que intervinieron una serie de factores diferentes pero profundamente vinculados entre sí. Por una parte, la preocupación de muchos hombres públicos del período por la cuestión nacional –percibida muchas veces como urgente– y con ella la necesidad de exhumar la memoria histórica y de contribuir a la construcción de una nacionalidad argentina. Por otra parte, la existencia de un activo aunque incipiente campo historiográfico dedicado en gran medida al estudio de la historia del país en la primera mitad del siglo XIX, que seguramente contribuyó a aumentar el interés de los estudiosos por los documentos (y también los objetos) del pasado.

Pero a pesar de su dinamismo, el campo historiográfico no estaba afianzado como tal y por lo tanto, no solamente no contaba con instituciones y recursos académicos organizados, sino que no había muchos espacios constituidos donde dedicarse a investigar y escribir, lograr reconocimiento y obtener beneficios materiales para quienes se dedicaban a las actividades intelectuales, en particular en el caso de los más jóvenes o los menos prestigiosos. De este modo actividades tales como la

¹⁶³ Esta idea acerca de los museos, no como meros resultados de proyectos estatales, sino más bien de un conjunto de alianzas tejidas en ámbitos públicos y privados, y en particular de los intereses particulares de sus promotores y su capacidad de convencer a legisladores y gobernantes acerca de la necesidad de estas instituciones, ha sido planteada por Podgorny y por Podgorny y Lopes en diversos trabajos, véase cap. I, pp. 26-29.

¹⁶⁴ Cattaruzza, *op. cit.*, p. 205.

creación de una revista o la fundación de un museo podían ofrecer alternativas para aquellos miembros de la elite letrada que estaban buscando espacios de inserción intelectual.

En esta dirección, consideramos que en el proceso de fundación del Museo fueron particularmente importantes las prácticas concretas de algunas voluntades individuales que por diversos motivos estaban interesadas en la fundación de un museo dedicado a la historia nacional. Paradójicamente, gracias a la laxitud del incipiente campo historiográfico y de las instituciones estatales, estos actores tenían mayores oportunidades de intentar desarrollar (aunque con resultados dispares), prácticas autónomas destinadas a lograr espacios de inserción en el ámbito cultural y en el aparato del Estado.

Por último, debe señalarse la existencia de redes y de prácticas vinculadas al coleccionismo de objetos y de documentos históricos, la participación de algunas de esas colecciones en sucesivas exhibiciones públicas y, junto a este nuevo “estado público” de las colecciones privadas, la incipiente aparición de la noción de patrimonio histórico y con ella, del valor cultural e histórico de los monumentos y objetos del pasado. A ello se suma el renovado impulso que adquieren los museos a partir de la segunda mitad del siglo XIX a nivel internacional, un fenómeno que contribuye a comprender el surgimiento o bien la reorganización de varios museos a nivel local. El conjunto de estos factores contribuye a explicar la efectiva fundación del Museo Histórico en el año 1890, luego de un largo recorrido histórico.

CAPÍTULO III

HACIA LA CONSTRUCCIÓN DE UN LUGAR DE MEMORIA

Pocos días después <de su llegada a Crotona, Pitágoras> visitó la escuela. Una vez congregados a su alrededor los jóvenes, se sabe que les dirigió algunas palabras, por medio de las cuales los exhortó a estimar más a los más ancianos. Mostró que, tanto en el universo como en la vida, en los estados y en la naturaleza, es más venerado lo que precede en el tiempo que lo que le sigue, dando como ejemplos: el levante <es más venerado> que el poniente, la aurora más que el crepúsculo, el principio más que el fin, la generación más que la destrucción; a su vez, en forma semejante, los autóctonos más que los forasteros; del mismo modo, en las colonias, los líderes y fundadores de un Estado <son los más venerados>, y, en general, los dioses más que los demonios, estos más que los semidioses y los héroes más que los hombres, y entre éstos, más los que son causa de nacimientos que los más jóvenes...

Testimonio del filósofo neoplatónico Jámblico
(s. III-IV d.C.) sobre Pitágoras (s. VI a.C.)¹⁶⁵

Cuando yo me muera y mis hijos vendan mis libracos para matar el hambre a que patrióticamente los he condenado a fuerza de mirar con la boca abierta la Pirámide de Mayo, el zonzo al que le toque ese ejemplar que habrá comprado por 5 centavos sabrá con asombro que existió un Adolfo P. Carranza, que se preocupaba de decir y propalar esas cosas en el siglo de la lana, del trigo y del maíz...

Fragmento de una carta de José Juan
Biedma a Adolfo Pedro Carranza, s/f¹⁶⁶.

a) Los comienzos

El 3 de enero de 1890, cuando Adolfo P. Carranza fue nombrado director del Museo Histórico de la Capital, el nuevo establecimiento ya tenía asignado un edificio para su instalación. Se trataba de una casa alquilada por la Municipalidad de Buenos Aires en la calle Esmeralda 848. El Museo

¹⁶⁵ *Vida pitagórica*, VIII, 37-45, citado en *Los filósofos presocráticos*, ed. por Conrado Eggers Lan *et alii*, Madrid, Gredos, 1994, vol. I, p. 256.

¹⁶⁶ Carta de José Juan Biedma (1864-1933) a Adolfo P. Carranza, Buenos Aires, s/f, AH, MHN, FAPC, C. 33, C. 3.

fue inaugurado el 30 de agosto de ese mismo año, en plena crisis política nacional. Inclusive Carranza –evidentemente interesado en poner en marcha la nueva institución, a pesar del conflictivo clima que se vivía en el país–, realizó el 12 de septiembre una fiesta de inauguración para la que cursó nada menos que 600 invitaciones, y que fue presidida por el nuevo intendente de la ciudad, Francisco Bollini¹⁶⁷.

De los 600 invitados solamente concurrieron a la fiesta 209, entre ellos algunos colaboradores de la *Revista Nacional*¹⁶⁸. Resulta llamativo que no estuviera presente ninguno de los miembros de la comisión fundacional del Museo. Este hecho puede ser atribuido en gran medida a la conflictividad política de esos días ya que, como ha sido señalado con anterioridad, la mayor parte de los integrantes de la comisión estuvieron involucrados –de una u otra parte–, en los acontecimientos de la Revolución del Parque. El propio Carranza se refirió, en diversas oportunidades, al escaso compromiso asumido por la mayor parte de aquellos en el proyecto de creación del Museo Histórico, atribuyendo la indiferencia de los comisionados a los hechos políticos que por entonces sacudían al gobierno nacional. Por otra parte, su ausencia puede ser también interpretada como un síntoma de las tensiones producidas en el seno de la comisión durante los meses previos al nombramiento de Carranza, las cuales habían llevado a la renuncia de Lamas precisamente un día antes de que el intendente Seeber promulgara el decreto que nombró a Adolfo Pedro director de la nueva institución.

Independientemente de cuáles fueron las razones de mayor peso en la ausencia de los miembros de la comisión fundacional en esta reunión, lo cierto es que en lo sucesivo la misma no funcionó como tal, quedando en manos de Carranza la organización del Museo. Desde su nombramiento como director, una de sus principales ocupaciones fue la implementación de una serie de estrategias destinadas a acopiar en el nuevo establecimiento cuantos objetos históricos lograra reunir. Esta tarea la llevó a cabo a través de dos grandes operaciones. Por una parte, apeló a diversas personas pertenecientes al ámbito de la elite patricia y a coleccionistas, para que donaran o prestaran al Museo objetos vinculados al pasado nacional. Por otra parte solicitó al intendente municipal en sucesivas oportunidades, la realización de las gestiones necesarias para que fueran enviados al nuevo establecimiento objetos y obras de arte que se encontraban dispersos en diversas entidades públicas, tanto municipales como nacionales. De esta manera se daba inicio a un intento de

¹⁶⁷ Carta de Adolfo P. Carranza al intendente de la Ciudad de Buenos Aires, Francisco Bollini, Buenos Aires, 25/6/1890, AH, MHN, FAPC, LN, vol. I (enero 1890- agosto 1896), C. 57, C. 1, p. 98. Francisco Bollini (fallecido en 1921) se desempeñó como intendente municipal de la ciudad de Buenos Aires entre junio de 1890 y octubre de 1892, en reemplazo de Francisco Seeber, quien renunció a su cargo con motivo del estallido de la Revolución del Parque.

¹⁶⁸ AH, MHN, FAPC, *Libro de firmas del Museo Histórico*, 1890, pp. 2-8.

concentración de objetos desde diferentes espacios estatales hacia el Museo, que habría de continuar durante toda la gestión de Carranza.

Como fruto de estas acciones, el día 10 de mayo ingresaron al Museo los primeros objetos que integraron el patrimonio de la institución, procedentes de otras instituciones públicas. Se trataba de la “Guirnalda de Potosí”¹⁶⁹, la “Lámina de Oruro”¹⁷⁰ y “las dos medallas conmemorativas de las batallas de Salta y Tucumán”¹⁷¹. Carranza había solicitado al intendente en carta del 24 de abril que le enviara “el cuadro al óleo que representa la batalla de Maipú y el reloj que perteneció al regimiento 71 Irlandés”¹⁷². Asimismo le pidió que reforzara sus gestiones a fin de conseguir la “Guirnalda de Potosí” y la “Lámina de Oruro”, alegando que dichos objetos habían pertenecido históricamente al municipio porteño¹⁷³.

En principio el Museo tenía por propósito conmemorar los episodios vinculados con la Revolución de Mayo y las guerras de independencia, propósito que estaba en sintonía con las ideas sobre el pasado expresadas por Carranza, quien sostenía con firmeza que la nacionalidad argentina había comenzado en mayo de 1810. Sin embargo, ya desde los comienzos del proceso formativo de las colecciones de la institución, su director solicitó a las autoridades públicas, no sólo el envío de objetos relacionados con el proceso de emancipación (como lo eran las medallas de las batallas de Salta y Tucumán, el cuadro que representaba la Batalla de Maipú y la Guirnalda de Potosí), sino también de objetos del período colonial. Tal es el caso, puntualmente, del reloj del Regimiento 71 y de la lámina de Oruro, dos objetos directamente vinculados con las Invasiones Inglesas al Río de la Plata, a las que apenas unos años más adelante, en un debate público, Carranza negará rotundamente carácter nacional, precisamente por haber tenido lugar en el período colonial.

¹⁶⁹ La guirnalda (o tarja) de Potosí fue obsequiada por un grupo de mujeres de la Villa del Potosí a Manuel Belgrano con motivo de sus triunfos de 1812 y 1813 en las batallas de Tucumán y Salta. La misma fue donada por la Cámara 1ª de Apelaciones de la Capital al Museo Histórico el 10 de mayo de 1890, Ángel J. Carranza, “La lámina de Oruro”, en *El Museo Histórico*, Buenos Aires, tomo 1, p.26.

¹⁷⁰ La lámina de Oruro fue obsequiada por el Cabildo de la Villa de San Felipe de Austria el Real de Oruro al Cabildo de Buenos Aires a fines de 1807, con motivo de los triunfos de la capital del Virreinato del Río de la Plata sobre las armas británicas en 1806 y 1807. Dicho objeto fue también donado al Museo por la Cámara 1ª de Apelaciones de la Capital el 10 de mayo de 1890, Ángel J. Carranza, *ibid.*, p. 26.

¹⁷¹ En carta a Francisco Seeber del 14/5/1890 Carranza le informa el ingreso de estos cuatro objetos al Museo, AH, MHN, FAPC, LN, vol. I, C. 57, C. 1, p. 17.

¹⁷² Si bien Carranza denomina a esta pieza “reloj del Regimiento 71 Irlandés”, en el catálogo del Museo Histórico Nacional aparece como reloj del Regimiento 71 inglés, donado al Hospital de los Bethlemitas el 2 de abril de 1809 en agradecimiento por los servicios prestados a las tropas británicas durante las invasiones al Río de la Plata. El mismo fue donado al Museo por la Municipalidad de la Ciudad de Buenos Aires el 20 de mayo de 1890, en *Catálogo del Museo Histórico Nacional*, Ministerio de Educación de la Nación, Buenos Aires, 1951, tomo I, p. 140, objeto N° 743.

¹⁷³ Carta de Adolfo P. Carranza a Francisco Seeber, Buenos Aires, 24/4/1890, AH, MHN, FAPC, LN, vol. I, C. 57, C. 1, p. 16.

En efecto, en el año 1899 se formó la Comisión del Monumento a la Reconquista y Defensa de Buenos Aires, presidida por Luis Caminos Ceballos, con el propósito de erigir un monumento conmemorativo de los episodios de defensa de la ciudad ante las Invasiones Inglesas de 1806 y 1807. Carranza fue invitado a sumarse a la iniciativa, mas la rechazó categóricamente expresando su repudio a la misma por medio de la apelación a la opinión pública y de la redacción de una carta dirigida a Ceballos, que luego hizo pública por medio de la circulación de una lista de adhesiones firmada por diversos miembros de la elite letrada. En la mencionada carta Carranza expresaba que no existía para los argentinos ningún deber de glorificación a los actores de los sucesos del periodo colonial, que Liniers y Álzaga habían sido los enemigos de la Revolución y que concurrir a la rehabilitación de la memoria de aquellos personajes equivalía a "... renegar de la obra de los grandes hombres de mi patria". Expresaba asimismo la necesidad de que los argentinos se defendieran "... de las iniciativas que se insinúan contra la soberanía, la gloria y la tradición nacional¹⁷⁴".

Por último sostenía que los impulsores del proyecto no tenían derecho alguno de invocar la gratitud nacional ni de levantar un monumento de tales características en nombre de la nación, ya que ello sobrepasaba los límites de las acciones particulares desarrolladas desde la sociedad civil. De esta forma Carranza estaba planteando –al menos entre líneas– que el ejercicio de construcción de una memoria nacional dedicada a los hombres y episodios destacados del pasado, era una función que debía desarrollar, o al menos supervisar, el Estado nacional¹⁷⁵.

Ahora bien, la firme negativa de Carranza a incluir los episodios de la Defensa y Reconquista de Buenos Aires en la historia nacional, no impidió que él mismo gestionara y celebrara el ingreso al Museo de objetos vinculados al período colonial. La lámina de Oruro recibió el número 1 del registro patrimonial e inclusive un año después, cuando comenzó a editarse la revista *El Museo Histórico*, ameritó la publicación de un artículo sobre su historia escrito por el tío de Adolfo, Ángel

¹⁷⁴ Adolfo P. Carranza, "El monumento de la Reconquista", Buenos Aires, 15/8/1899, AH, MHN, FAPC, C. 71. La reivindicación de los episodios de la Defensa y la Reconquista de Buenos Aires durante las Invasiones Inglesas había encontrado expresión algunos años antes en la institución más emblemática del campo historiográfico. En efecto, en agosto de 1893, con motivo del octogésimo séptimo aniversario de los episodios ocurridos en 1806, la Junta de Historia y Numismática Americana donó al Museo Histórico Nacional una medalla acuñada en conmemoración de la "... gloriosa reconquista de esta capital durante la primera invasión inglesa al Río de la Plata". La carta de donación estaba firmada por Bartolomé Mitre, Enrique Peña, Alejandro Rosa, Ángel J. Carranza, José Marcó del Pont y Alfredo Meabe, carta de la Junta de Historia y Numismática Americana al director del Museo Histórico Nacional, Adolfo P. Carranza, Buenos Aires, 12/8/1893, AH, MHN, FAPC, Documentos de Donaciones (en adelante DD), tomo III (1892-1893), folio 134.

¹⁷⁵ Ibid.

Justiniano Carranza¹⁷⁶. Esta cuestión constituye apenas un ejemplo de las características que asumió el proceso formativo de las colecciones del Museo, tanto por las contradictorias posturas de Carranza acerca de los períodos del pasado que debía evocar la institución a su cargo, como por las respuestas de los donantes de objetos, quienes no se ajustaron plenamente a los objetivos del decreto fundacional. El conjunto de estos problemas será analizados con mayor detenimiento en un capítulo posterior del presente trabajo, dedicado al proceso formativo de las colecciones de la institución.

Paralelamente al inicio de dicho proceso, y en vistas a la inauguración del establecimiento, Carranza realizó algunas compras de mobiliario para armar las cinco salas de exposición que poseía la casa de la calle Esmeralda. El 21 de agosto elevó a la Municipalidad tres cuentas para el pago de “muebles, cuadros y trabajos de carpintería [...] que ha sido necesario adquirir para instalar el ‘Museo Histórico’ a mi cargo y cuyo pago me permito solicitar”¹⁷⁷. Se trataba de mostradores, mesas y marcos para colocar y exhibir trajes, trofeos, espadas, escudos y medallas¹⁷⁸. Asimismo se ocupó de la edición de los primeros catálogos de la institución, “300 catálogos en hoja suelta y 1000 folletos”, posiblemente encargados para repartir entre los invitados a la inauguración del establecimiento, ya que la cuenta para su pago fue elevada al intendente conjuntamente con otra cuenta que consignaba los gastos del servicio de confitería de la reunión inaugural del Museo¹⁷⁹.

Por otra parte, poco tiempo después de la apertura de la institución, Carranza emprendió una tarea de edición de documentos con sello del Museo. En el mes de septiembre se dirigía al intendente Bollini para solicitarle los volúmenes de las “Actas del antiguo Cabildo de Buenos Aires” que se conservaban en la Municipalidad¹⁸⁰. Poco tiempo después el Museo comenzó a editar estos documentos, aunque dicha tarea debió ser interrumpida en 1891 debido a la reducción presupuestaria que afectó a la institución como consecuencia de la crisis económica. Como estrategia para seguir adelante con la edición de las Actas a pesar de la crisis –una tarea a la que consideraba importante por la vinculación de esos documentos “con la historia de la comuna de

¹⁷⁶ Ángel J. Carranza, “La lámina de Oruro”, en *El Museo Histórico*, Buenos Aires, tomo 1, 1892, pp. 25-59. Refiriéndose a ambos objetos el autor del artículo refería: “Simpáticos a la idea de popularizar el conocimiento de nuestras Glorias Nacionales, vamos a trazar el esbozo de aquellos testigos silenciosos pero elocuentes de un pasado magnífico y que a semejanza del tabernáculo de la catedral de Córdoba, han sido respetados, no obstante su material preciosa, por la ardiente lava de la guerra intestina que no se atrevió a profanar el recinto augusto donde los custodiará para siempre el genio desvelado de la victoria”, p. 26.

¹⁷⁷ Carta de Adolfo P. Carranza al intendente de Buenos Aires, Francisco Bollini, Buenos Aires, 21/8/1890, AH, MHN, FAPC, LN, vol. I (enero 1890-agosto 1896), C. 57, C. 1, p. 36.

¹⁷⁸ *Ibid.*, p. 36.

¹⁷⁹ Carta de Adolfo P. Carranza a Francisco Bollini, Buenos Aires, 22/9/1890, cuenta elevada por el “Museo Histórico” a la Imprenta Europea por \$ 78, AH, MHN, FAPC, LN, vol. I (enero 1890- agosto 1896), C. 57, C. 1, p. 50.

¹⁸⁰ Carta de Adolfo P. Carranza a Francisco Bollini, Buenos Aires, 20/9/1890, AH, MHN, FAPC, LN, vol. I, C. 57, C. 1, pp. 46-47.

Buenos Aires”– , Carranza propuso al intendente abrir una lista de suscriptores que estuvieran dispuestos a colaborar con este propósito. Se trataba de una de las tantas estrategias de apelación al ámbito privado que con diversos fines iba a aplicar a lo largo de toda su gestión para contrarrestar la exigüidad presupuestaria de la institución¹⁸¹.

Mientras continuaba sus acciones para reunir objetos, armar exposiciones y editar documentos históricos, Carranza emprendió algunas acciones concretas destinadas a atraer al público escolar al Museo¹⁸². Animado por este propósito escribió a las autoridades educativas de la Capital Federal a fin de que organizaran visitas de alumnos de escuelas públicas al Museo. Es evidente que el interés de Carranza por invitar al público escolar ya desde el comienzo de su gestión, se vincula con la función que pretendió asignarle al Museo como herramienta formativa de una conciencia nacional. A través de este propósito Carranza estaba respondiendo al clima de ideas propio de las elites de su tiempo, ya que los objetivos educativos que otorgaba al Museo eran coherentes con los diversos proyectos implementados desde las escuelas públicas para lograr construir y afirmar en las aulas una nacionalidad argentina, tal como lo ha estudiado detenidamente Lilia Bertoni¹⁸³.

Por otra parte, la idea de los museos como herramientas pedagógicas para la educación del público, y en particular de los escolares, tampoco era nueva. En un artículo dedicado a explorar la enseñanza de las ciencias naturales en la Argentina de fines del siglo XIX, Susana García sostiene que, en consonancia con las nuevas tendencias pedagógicas europeas, funcionarios escolares y profesores normales fomentaron la modernización de la enseñanza de las ciencias en las escuelas por medio del uso de objetos naturales y sus derivados industriales, así como a través de la organización de visitas a museos públicos y exposiciones; un conjunto de iniciativas a las que se denominó “museos escolares”¹⁸⁴.

El conjunto de estas iniciativas para el aprendizaje de las ciencias, fundadas en la llamadas “lecciones de cosas” y pensadas como renovadoras herramientas pedagógicas, habría tenido a su vez la función de brindar a los escolares una imagen pujante y optimista de la nación argentina y de las posibilidades otorgadas por sus recursos materiales e industriales¹⁸⁵. En la misma dirección

¹⁸¹ Carta de Adolfo P. Carranza a Francisco Bollini, Buenos Aires, 8/5/1891, AH, MHN, FAPC, LN, vol. I, C. 57, C. 1, pp. 85-86.

¹⁸² Un estudio detallado sobre la cuestión del público del Museo, capaz de dar cuenta de los objetivos y estrategias de la institución con respecto a sus destinatarios, así como de las respuestas obtenidas por parte de aquel, excede los límites del presente trabajo, de modo que nos limitaremos a señalar algunas cuestiones puntuales que consideramos insoslayables, dejando como una tarea pendiente para futuros trabajos el análisis y la puesta en discusión de la mencionada problemática.

¹⁸³ Bertoni, *op. cit.*, cap. II: “La escuela y la formación de la nacionalidad, 1884-1890”, pp. 41-79.

¹⁸⁴ Susana García, “Museos escolares, colecciones y la enseñanza elemental de las ciencias naturales en la Argentina de fines del siglo XIX”, en *História, Ciências, Saúde-Manguinhos*, vol. 14, núm. 1, 2007, pp.174-175.

¹⁸⁵ *Ibid.*, p. 177.

Podgorny y Lopes han señalado la asociación postulada por los promotores de museos de la Argentina finisecular entre desarrollo científico, conocimiento de los recursos naturales del país para su explotación industrial y educación pública, como las grandes funciones que estaban llamadas a cumplir dichas instituciones¹⁸⁶.

Por su parte, en un trabajo destinado a explorar la formación de las colecciones del Museo de La Plata, Máximo Farro sostiene que uno de los principales objetivos asignados al Museo por el gobierno de la Provincia de Buenos Aires consistió en convertir a la nueva institución en un centro de instrucción general en sintonía con las escuelas, colegios y bibliotecas de la provincia. Por tal motivo, al presentar los objetivos asignados al Museo a las autoridades del gobierno provincial, su director, Francisco P. Moreno (1852-1919), propuso el desarrollo de estudios prácticos para los alumnos de los colegios de enseñanza secundaria y superior, así como la confección de pequeños gabinetes de historia natural para el uso de las escuelas de enseñanza primaria y secundaria de la provincia¹⁸⁷.

De modo que las iniciativas de Carranza destinadas a convocar a las escuelas al Museo encontraban antecedentes en esta postulada asociación entre museos, educación pública y afirmación nacional. Pero a diferencia de los museos de ciencias, donde los objetivos de exploración de la naturaleza y de investigación científica ocuparon gran parte de los esfuerzos de sus promotores, en el Museo Histórico la vinculación entre educación pública y formación de una conciencia nacional fue mucho más contundente (al menos como ideal), ya que la construcción de un sentimiento de nacionalidad era el principal propósito asignado a la institución por su director. En virtud de ello no es extraño que el 1º de septiembre de 1890, apenas dos días después de la inauguración del Museo, Carranza escribiera a Benjamín Zorrilla, presidente del Consejo Nacional de Educación, para proponerle la organización de visitas escolares al Museo. En la justificación de esta idea aquel expresaba: "... y como al fundarlo se ha tenido en vista principalmente que él sirva para inculcar a los niños el amor a nuestros próceres y el conocimiento del pasado por medio de los retratos, objetos, etc. que allí se reúnen, creo de mi deber ofrecer al señor Presidente la facilidad de que los alumnos de las escuelas que están bajo su dirección asistiesen al local ya sea en los días indicados para el público o en los días que solo se abren las oficinas"¹⁸⁸.

¹⁸⁶ Podgorny y Lopes, *op. cit.*, pp. 214-215.

¹⁸⁷ Máximo Farro, *La formación del Museo de La Plata. Coleccionistas, comerciantes, estudiosos y naturalistas viajeros a fines del siglo XIX*, Buenos Aires, Prehistoria, 2009, cap. III: "Las colecciones del Museo de La Plata", pp. 97-100.

¹⁸⁸ Carta de Adolfo P. Carranza a Benjamín Zorrilla, Buenos Aires, 1/9/1890, AH, MHN, FAPC, LN, vol. I, C. 57, C. 1, p. 39.

Posteriormente, el 18 de abril de 1891, Carranza se dirigía al Daniel Escalada, un funcionario del Consejo Escolar, impulsado por las mismas razones: “Conociendo sus patrióticos sentimientos y las ideas que tiene respecto a la necesidad de inculcar en las nuevas generaciones el amor y la admiración a todo lo que representa el pasado glorioso de nuestro país, y a pesar de que oportunamente indiqué al señor Presidente del Consejo Nacional de Educación la conveniencia de que los niños de las escuelas públicas visitasen el establecimiento a mi cargo como lo hicieron, me permito indicar a U. se sirva recabar del Consejo Escolar de que forma parte, la autorización para que destine una vez a la semana para que las escuelas de ese distrito visiten el ‘Museo Histórico’”¹⁸⁹. Muy poco tiempo después, el 28 de junio de ese mismo año, volvía a dirigirse al presidente del Consejo Nacional de Educación para invitar a los alumnos de escuelas públicas a que concurriesen al Museo los días jueves y domingos de 12 a 2 de la tarde¹⁹⁰.

La perseverante insistencia de Carranza parece haber alcanzado resultados nada despreciables. En efecto, solamente durante los meses de septiembre y octubre de 1890 se realizaron 27 visitas escolares al Museo. En la Memoria enviada al intendente Bollini en junio de 1891, Carranza señalaba con optimismo que entre septiembre de 1890 y junio de 1891 habían concurrido al Museo 1.271 escolares, mas luego agregaba que: “La proximidad de los exámenes no permitió que continuaran yendo, pero ya se han dado ordenes necesarias a fin de que lo hagan”¹⁹¹. Sin desestimar las sinceras intenciones patrióticas de Carranza, cabe señalar que al intentar atraer al público escolar el joven director del Museo estaba a su vez intentando posicionar a la institución como un espacio educativo de singular importancia en la sociedad argentina decimonónica. En este sentido, seguramente considerara que un régimen de visitas regulares de escuelas públicas contribuiría a dotar a la institución (y a sí mismo en tanto funcionario a cargo de la misma), de una mayor legitimidad en cuanto a su utilidad pública.

Es por ello que Carranza no se cansará de resaltar el éxito del Museo ante las autoridades estatales, y no solamente en referencia a las visitas escolares. En una carta escrita al intendente de la ciudad fechada el 22 de septiembre de 1890, apenas unos días después de inaugurado el nuevo establecimiento, Adolfo Pedro señalaba con optimismo que el público que concurría al Museo era muy numeroso. En virtud de ello solicitaba un vigilante de servicio todos los domingos de 12 a 4 de la tarde debido a que la asistencia al Museo “... de 300 o 400 personas obliga la atención de mayor

¹⁸⁹ Carta de Adolfo P. Carranza a Daniel Escalada, Buenos Aires, 18/4/1891, AH, MHN, FAPC, LN, vol. I, C. 57, C. 1, pp. 81-82.

¹⁹⁰ Carta de Adolfo P. Carranza a Benjamín Zorrilla, Buenos Aires, 28/6/1891, AH, MHN, FAPC, LN, vol. I, C. 57, C. 1, p. 103.

¹⁹¹ Memoria enviada por Adolfo P. Carranza a Francisco Bollini, Buenos Aires, 25/6/1891, AH, MHN, FAPC, LN, vol. I, C. 57, C. 1, p. 99.

número de empleados del que se dispone”¹⁹². Posteriormente, en una Memoria enviada a la Comisión del Censo en 1896, en la que detallaba la cantidad de visitantes recibidos por el Museo año tras año, Carranza señalaba que entre agosto y diciembre de 1890 habían concurrido 2.569 personas, mientras que en 1891 lo habían hecho 4.610, agregando además que “el número real de concurrentes triplica esas cantidades”, ya que se trataba solamente de los registros consabidos en el Libro de Firmas de la institución¹⁹³. El discurso optimista de Carranza ante el intendente municipal no era solamente una profesión de fe. Era, por sobre todas las cosas, una de las tantas estrategia elaboradas por aquel para lograr que el Museo adquiriese la envergadura social y cultural con que gustaba presentarlo a su entorno social y a las autoridades públicas de las que dependía la institución.

b) La proyección de un lugar de memoria

Recapitulando, la intención de Carranza de hacer del Museo un espacio de concentración y exhibición de los objetos históricos pertenecientes a los hombres públicos del pasado, la idea de que estos debían ser salvados “del olvido o de la indiferencia” y su propósito de inculcarle al público visitante (en particular a los escolares) “amor y admiración” por el pasado del país; todo ello nos invita a pensar al Museo Histórico como un lugar de memoria. En este sentido, independientemente de la rabiosa voluntad personal de Carranza por exhumar y exaltar el pasado nacional, es claro que el proyecto de creación de un museo histórico de estas características se inserta dentro del particular clima de ideas en que estaban inmersas las elites criollas de fines del siglo XIX. Las preocupaciones de estos actores frente a la problemática de la cuestión nacional devinieron en la proyección y/o creación de una serie de lugares de memoria capaces de recuperar y resignificar el pasado nacional, en particular los períodos y episodios considerados como hitos fundacionales de la nacionalidad, tal como ha sido señalado a propósito de la labor de la *Revista Nacional*.

Entendemos a los lugares de memoria tal como lo ha planteado Pierre Nora, es decir como un conjunto de espacios vinculados a la recuperación y construcción de un pasado a partir de los

¹⁹² Carta de Adolfo P. Carranza a Francisco Bollini, Buenos Aires, 22/9/1890, AC, MHN, FAPC, LN, vol. I (enero 1890- agosto 1896), C. 57, C. 1, p. 51. Durante el período estudiado en el presente trabajo (es decir entre 1890 y 1897), el Museo estaba abierto al público todos los días de la semana menos los miércoles y los viernes, Memoria enviada por Adolfo P. Carranza a la Comisión del Censo, Buenos Aires, 4/3/1896, AH, MHN, FAPC, LN, vol. I (enero 1890- agosto 1896), C. 57, C. 1, p. 342.

¹⁹³ Ibid., p. 343. Cabe señalar que los únicos registros de ingreso de público existentes durante la gestión de Carranza eran los proporcionados por los *Libros de firmas* de la institución, y por los registros de los contingentes escolares. Por tal motivo suponemos que la entrada al Museo Histórico era gratuita, ya que de lo contrario seguramente existirían registros de ingresos monetarios provenientes de los boletos de entrada abonados por el público.

sentimientos e intereses activados por determinados grupos sociales, en contextos históricos caracterizados por profundas transformaciones¹⁹⁴. En este sentido, el Museo Histórico puede ser pensado como un ejemplo entre otros de aquello que Nora caracteriza como memoria-nación debido a que fue concebido por sus promotores como un espacio de construcción de una tradición de memoria capaz de brindar una unidad colectiva a la sociedad por medio de la conjunción entre ciertas ideas de la historia, la memoria y la nación¹⁹⁵. Siguiendo al autor, la razón de ser de los lugares de memoria nace de sentimientos colectivos de vulnerabilidad y amenaza sobre aquello que se quiere conservar ya que, si el pasado que estos lugares se proponen convertir en “ilusiones de eternidad” estuviera realmente vigente en el presente, ellos serían, simplemente, inútiles¹⁹⁶. En la misma dirección tomamos también del autor la noción de “vigilancia conmemorativa”, como el conjunto de prácticas desarrolladas por los grupos sociales promotores de estos espacios con el objetivo de preservar, custodiar y exaltar esa memoria¹⁹⁷.

Consideramos que estas ideas pueden ser aplicadas a la comprensión del movimiento emprendido por las elites criollas de la Argentina finisecular, y en particular por sus fracciones letradas y patricias, en torno a la construcción de una nacionalidad. Efectivamente, la ebullición de proyectos en esta dirección produjo una suerte de proliferación de lugares de memoria, tales como monumentos, fiestas patrias, textos escolares, producciones historiográficas, pintura de tema histórico, etc. Aunque se trató de espacios heterogéneos, donde la memoria estaba en gran medida dispersa y atomizada, los lugares de memoria tuvieron en común su apuesta por la construcción de una nacionalidad argentina frente a una sociedad cosmopolita y en permanente transformación; una sociedad caracterizada por un acelerado proceso de modernización, por el rápido avance del capitalismo y por el fenómeno de la inmigración masiva.

Por otra parte, aunque surgió del mismo clima de ideas que otros proyectos conmemorativos de la Argentina de fines del siglo XIX, el Museo Histórico fue un lugar de memoria singular ya que se propuso construir una memoria visualizada y materializada a través de los vestigios concretos del pasado nacional. En este sentido consideramos, siguiendo a Krzysztof Pomian, que los museos funcionan como un lugar de conexión entre lo visible y lo invisible, entre el mundo profano del observador y el mundo sagrado y distante con el cual el público se vincula por medio de los objetos

¹⁹⁴ Nora, *op. cit.*, pp. 23-43.

¹⁹⁵ *Ibid.*, p. 27.

¹⁹⁶ *Ibid.*

¹⁹⁷ *Ibid.*, p. 29.

que lo representan¹⁹⁸. En esta dirección se comprende que en el espacio del Museo Histórico los objetos hayan sido resignificados al ser concebidos con el carácter de “reliquias de la nacionalidad”, lo cual les otorgaba una aureola cuasi sacra, fundamentada en el hecho de haber pertenecido a los hombres públicos del pasado¹⁹⁹.

Según Pomian, la existencia de objetos singulares a los que se atribuía el haber estado en contacto con dioses o héroes o a los que se consideraba como vestigios de grandes acontecimientos de un pasado mítico o lejano, se remonta a Grecia y Roma antiguas. Sin embargo, el que llevó al apogeo el culto a las reliquias fue el cristianismo, al propagar la práctica de veneración de los santos²⁰⁰. La palabra española *reliquia* proviene de los términos latinos *reliquia* (s.) o *reliquiae* (pl.), provenientes del verbo *reliquor* (restar, quedar), que significa “lo que queda” o “las cosas que quedan”. Ambos vocablos eran originariamente aplicados para designar los restos de los muertos en general, aunque en la Edad Media europea la aplicación más corriente del término fue la otorgada a los restos mortuorios de los seres considerados superiores o paradigmáticos, por ejemplo un santo, o la divinidad misma encarnada en el caso de Cristo. Pero también los objetos tocados por estos o vinculados a su existencia eran considerados dignos de veneración ya que se suponía que conservaban la gracia que había investido al santo durante su vida. Por tal motivo, una reliquia santificaba el lugar en que se hallaba tan eficazmente como si se tratara del propio santo. Por lo demás, la práctica de obtención de reliquias y de exposición de las mismas estructuró fuertemente el imaginario cristiano tardo-antiguo y medieval²⁰¹.

Dicha práctica –que incluyó ribetes fetichistas– halló espacio también en la modernidad, especialmente (aunque no sólo) en las ámbitos católicos así como también en los espacios de memoria “ilustrados” (herederos en numerosas prácticas de las tradiciones religiosas), en los que se sacralizaban las acciones de los considerados fundadores y grandes hombres del Estado, por medio de la conservación y veneración de sus objetos y restos mortales.

En la Argentina, la denominación de los objetos históricos como reliquias fue común a todos los museos fundados con anterioridad al Museo Histórico, alcanzando su máxima significación

¹⁹⁸ Para un análisis más amplio de la concepción propuesta por Pomian acerca del coleccionismo y los museos véase el estado de la cuestión del presente trabajo, cap. I, pp. 23-25.

¹⁹⁹ Adolfo P. Carranza, manuscrito sobre la fundación del Museo Histórico, Buenos Aires, s/f, AH, MHN, FAPC, C. 3.

²⁰⁰ Pomian, *op. cit.*, p. 26.

²⁰¹ De acuerdo a Pomian, durante el período medieval para fundar un establecimiento religioso había que dotarlo no solamente de tierras, sino también de reliquias. El autor sostiene que al extenderse la práctica de reunión de este tipo de piezas se hicieron cada vez más numerosas, motivo por el cual los religiosos debieron confeccionar catálogos de las mismas. Las reliquias eran guardadas en relicarios, se exponían a los fieles durante las ceremonias religiosas y se las sacaba de los templos en las procesiones. A tal punto eran consideradas portadoras de un sentido trascendente que los fieles no solamente las contemplaban, sino que tocaban y besaban los relicarios que las contenían, ya que se suponía que el contacto corporal garantizaba más su acción milagrosa, *ibid.*, p. 26.

como tales en la institución dirigida por Carranza. Como expresión de ello basta con echar una mirada al *Catálogo del Museo Histórico Nacional*, donde se encuentran muchos objetos e imágenes vinculados, de diversas maneras, con la muerte de los hombres públicos del pasado, e inclusive en algunos casos, con sus propios cuerpos. A continuación mencionaremos, sólo a modo de ejemplo, algunas de estas peculiares piezas: a) caja en la que fueron traídos desde Bolivia los restos mortales del general Juan Lavalle, donada por Estanislao S. Zeballos el 11 de julio de 1890²⁰²; b) dos fragmentos del espinillo a cuya sombra murió el general Martín Güemes, donados por Adolfo y Luis Güemes el 4 de noviembre de 1910²⁰³; c) mascarilla de yeso (del rostro mortuorio) de Manuel de Sarratea, donada por Martín Biedma el 5 de noviembre de 1890²⁰⁴; d) relicario conteniendo cabellos del general Simón Bolívar, donado por Estanislao S. Zeballos el 5 de junio de 1916²⁰⁵; e) relicario conteniendo cabellos del coronel Manuel Dorrego²⁰⁶; e) huesos extraídos al almirante Mariano Cordero cuando fue herido en Paysandú, donados por Florinda Martínez de Cordero el 4 de julio de 1900²⁰⁷; f) llave de la urna en la que se guardaron los restos del coronel Manuel Dorrego en 1829, donada por Margarita R. de Canaveri en octubre de 1903²⁰⁸; y g) llave de la tumba de Encarnación Ezcurra de Rosas²⁰⁹. Los ejemplos son múltiples y además no se circunscriben a los años en que Carranza se desempeñó como director del Museo. Por el contrario, la práctica de donación de este tipo de objetos para su exhibición fue común a sucesivas gestiones a cargo de la institución con posterioridad a la muerte de su primer director, ocurrida en 1914.

Ahora bien, que el Museo haya sido proyectado por sus promotores como un lugar de memoria donde debían guardarse y exhibirse las “reliquias de la nacionalidad”, no significa que haya logrado los apoyos sociales y políticos necesarios como para convertirse en un espacio conmemorativo particularmente importante de la Buenos Aires de fin de siglo. En virtud de esta idea debemos introducir algunos matices, necesarios a esta altura para comprender la complejidad que reviste la historia del Museo durante su período fundacional.

En primer lugar consideramos que aunque la problemática de la nacionalidad cobrara una particular intensidad en el período estudiado y formara parte de un clima de ideas compartido por las elites, lo cierto es que los proyectos concretos destinados a la construcción de una conciencia nacional en la sociedad no fueron una cuestión primordial para el conjunto de la clases dirigentes, y

²⁰² *Catálogo del Museo Histórico Nacional*, op. cit., tomo I, p. 378.

²⁰³ Ibid., p. 383.

²⁰⁴ Ibid., p. 386.

²⁰⁵ Ibid., p. 389.

²⁰⁶ Ibid., p. 388.

²⁰⁷ Ibid., p. 546.

²⁰⁸ Ibid., p. 547.

²⁰⁹ Ibid., p. 547.

mucho menos para las elites económicas, ocupadas fundamentalmente en aprovechar los beneficios, nada despreciables, del progreso material del país (al menos hasta su interrupción en 1890, que fue temporaria pero profunda). Esta idea nos remite a las palabras escritas por José Juan Biedma a Adolfo P. Carranza en una carta utilizada como epígrafe de este capítulo, ya que con ellas su autor parece contraponer las preocupaciones patrióticas de algunos pocos hombres con las actividades económicas generadoras de riqueza, que ocupaban a las elites económicas del país²¹⁰.

Independientemente de los usos discursivos del patriotismo, asociado por sus promotores a la abnegación y a la ejecución de acciones desinteresadas, lo cierto es que los actores sociales más directamente imbricados con las prácticas concretas destinadas a inculcar en la sociedad argentina una conciencia nacional, fueron los pertenecientes a las fracciones culturales e intelectuales de las elites, quienes además pretendían posicionarse, en tanto letrados y en tanto integrantes del patriciado argentino, como guías sociales y morales ante la sociedad de su presente. En este sentido, estos actores no pensaban que sus acciones debían orientarse solamente a los inmigrantes que año tras año arribaban a las playas del Río de la Plata (a pesar de que encontraban en algunas de las consecuencias de la inmigración masiva una de las mayores amenazas al orden social, político y cultural), sino también a las propias clases dirigentes de las que formaban parte.

Recordemos las críticas lanzadas desde la *Revista Nacional* a una sociedad caracterizada como materialista, desatenta a las preocupaciones morales y arrastrada por la ambición y el afán de lucro. Y como parte del mismo discurso, la idea de los letrados como seres incomprendidos, incluso marginados, por una sociedad indiferente a los valores intelectuales y espirituales que ellos creían encarnar. Estas críticas se hicieron a su vez más profundas a partir de la crisis de 1890, que cristalizó las rupturas existentes al interior de las elites, inclusive dentro del propio partido gobernante²¹¹.

²¹⁰ Véase cap. III, p. 70.

²¹¹ Un interesante análisis acerca de las rupturas producidas al interior de las elites dirigentes de la Argentina finisecular se encuentra en un artículo de Paula Alonso, que explora los discursos elaborados por la prensa roquista y por la prensa juarista desde sus más emblemáticos órganos periodísticos, *La Tribuna Nacional* y *Sud-América* respectivamente. La autora sostiene que a pesar del acuerdo general de ambos sectores del Partido Autonomista Nacional acerca del ideal de progreso económico, entendido como meta capaz de ordenar al conjunto de la sociedad, así como de la necesidad de restringir el ejercicio de la política partidaria para alcanzar el tan aclamado objetivo de “paz y administración”, hubo importantes diferencias en los discursos y las prácticas promovidos por ambos sectores del partido gobernante. Si bien estas tensiones fueron solapadas al principio del gobierno de Juárez Celman, llegaron a un inevitable punto de ruptura poco tiempo antes del estallido de la Revolución del 90, debido a un conflicto producido en la provincia de Mendoza que enfrentó a las dos facciones del partido y que funcionó como disparador de esas tensiones, Paula Alonso, “La Tribuna Nacional, Sud-América y la legitimación del poder (1880-1890)”, en *Entrepasados. Revista de Historia*, año XII, núms. 24/25, dossier: “La crisis de 1890. Política, sociedad y literatura”, Buenos Aires, 2003, pp. 29-67. Con respecto a las críticas que en clave de degeneración moral se produjeron desde determinados sectores de las elites letradas hacia las conductas de las elites económicas, resulta interesante un trabajo de Alejandra Laera, quien estudió esta cuestión a través de las producciones literarias producidas en el contexto de la crisis, Alejandra Laera, “Danza de

En segundo lugar creemos que la existencia de un fenómeno de eclosión de diversos proyectos para la conmemoración del pasado y la afirmación de una nacionalidad argentina, no implica necesariamente que el conjunto de los actores involucrados en su desarrollo hayan considerado al Museo Histórico como una institución particularmente significativa para estos fines. Es innegable que las preocupaciones de Carranza y sus colaboradores por la afirmación de una nacionalidad fueron parte de un clima de ideas compartido, de modo que el discurso y las prácticas concretas que aquel desarrolló pueden ser pensados como expresiones individuales resultantes de ciertos intereses y *habitus* comunes en al menos una parte de las elites criollas de fines del siglo XIX. Pero ello no significa que el Museo Histórico haya cosechado los apoyos necesarios para convertirse en un emblemático lugar de memoria, tal como lo proyectó Carranza. Creemos que, por el contrario, el Museo Histórico fue un lugar de memoria entre otros. Inclusive podríamos pensarlo como un espacio conmemorativo en competencia con otros espacios orientados en la misma dirección. En efecto, las dificultades que surgieron durante el proceso formativo de la institución así como las problemáticas económicas y edilicias que debió atravesar durante sus años fundacionales (a las que nos referiremos más adelante), despiertan dudas acerca del consenso que fue capaz de lograr como lugar de memoria, tanto en el aparato del Estado como en la elite letrada y el campo historiográfico en formación.

Asimismo consideramos que los apoyos más importantes que encontró Adolfo P. Carranza durante el proceso formativo del Museo fueron los provenientes de la elite patricia, y en particular de aquellos de sus integrantes que no lograban una inserción política y/o económica plena en la Argentina de fin de siglo. Aunque fueron muy pocos los actores que se involucraron concretamente en el desarrollo del Museo, este sector considerado en su conjunto constituyó el apoyo social más sólido de las aspiraciones de Carranza. En esta dirección es interesante señalar que la apelación al pasado patricio, un tópico central y recurrente del discurso de la elite letrada, y que ocupó un lugar preeminente en el espacio del Museo, no constituía solamente una marca simbólica ni era tan solo expresión de las preocupaciones de este grupo por la recuperación y conmemoración del pasado. En los sujetos que pertenecían a dicha elite pero que a su vez ocupaban una posición de relativa marginalidad con respecto a las fracciones políticas y económicas más conspicuas de las clases dirigentes, la afirmación de pertenencia al patriciado funcionó también como un instrumento destinado a obtener reconocimiento social, algo que se advierte con claridad tanto en el discurso como en las prácticas llevadas a cabo por Carranza como director del Museo.

millones: inflexiones literarias de la crisis de 1890 en la Argentina”, en *Entre pasados. Revista de Historia*, año XII, núms. 24/25, dossier: “La crisis de 1890. Política, sociedad y literatura”, Buenos Aires, 2003, pp. 135-151.

En una hipotética visita al Museo, los miembros de la elite patricia que recorrieran sus salones podrían haberse regocijado al toparse con los recuerdos y los retratos de sus antepasados, tanto de los más ilustres y heroicos como de los menos reconocidos y recordados. Son muchas las esquelas, cartas y notas enviadas por diversos hombres y mujeres a Carranza para pedirle que no olvidase los aniversarios de tales o cuales personajes ilustres, para que incluyera los nombres de estos últimos en sus proyectos conmemorativos, o simplemente para agradecerle sus acciones en esta dirección.

Pero además, la pertenencia al patriciado funcionó también como una herramienta utilizada para obtener beneficios económicos concretos. Y también en este caso encontramos a Carranza, convertido en una suerte de mediador *ad hoc* ante la esfera pública, de amigos y parientes suyos interesados en solicitar subsidios económicos al Estado en calidad de descendientes de hombres públicos del pasado nacional²¹². En una carta sin fechar enviada a Carranza, y precedida por las palabras “estimado pariente y amigo”, María E. Arana de Reyes Lavalle le recordaba al director del Museo que él se había presentado como testigo ante el juez en ocasión de la solicitud presentada al Congreso de la Nación por su hermana Fina, en calidad de “descendiente del Gral. Necochea”²¹³. Y proseguía: “Ahora le pido si tendría inconveniente en volverlo a hacer conmigo, pues me he presentado pidiendo también pensión; pues me han asegurado los buenos amigos del Congreso que la conseguiré”²¹⁴. Resulta interesante la articulación de redes sociales y apelaciones a lazos de parentesco y de amistad junto al uso de procedimientos legales, para la obtención de la pensión solicitada, que dejan entrever estas breves líneas escritas por la remitente de la carta.

Asimismo, en una carta incompleta que nos impide conocer el nombre de la remitente, fechada el 10 de junio de 1899, una mujer escribía a Carranza las siguientes líneas: “Me complace saber que en los documentos relativos al ejército de los Andes, aparece el nombre de mi padre y designados los grados que tenía en las batallas de Chacabuco y Maipú. Acepto con la misma gratitud la oferta que U. tiene la bondad de hacerme que, obtendrá de los archivos el testimonio oficial; pues de estos testimonios espero hacer valer el derecho que tengo para que el Congreso atienda la solicitud que pienso elevar pidiendo aumento de montepío i que soy acreedora por ser hija de vencedor, esposa

²¹² Debido a la gran cantidad de demandas de pensiones presentadas al Congreso por parte de parientes de funcionarios estatales fallecidos y de descendientes de guerreros de la Independencia, en 1894 se discutió en la Cámara de Diputados de la Nación un proyecto de ley que intentaba reglamentar las condiciones necesarias para la solicitud de pensiones al Estado nacional. En el mencionado proyecto se proponían como condiciones para la solicitud de pensiones, la enunciación de los servicios prestados a la Nación por la persona fallecida por la cual se solicitaba una pensión, los documentos que acreditasen esos servicios y la comprobación de que el solicitante no poseía los medios necesarios para vivir ni familiares que pudieran proporcionárselos, entre otras, en *Diario de Sesiones de la Cámara de Diputados de la Nación*, Buenos Aires, 27/6/1894, 1º sesión ordinaria, p. 267.

²¹³ Carta de María E. Arana de Reyes Lavalle a Adolfo P. Carranza, Buenos Aires, s/f, AH, MHN, FAPC, C. 30, C. 3, p. 1.

²¹⁴ *Ibid.*, pp. 1-2.

de coronel y madre de un capitán, muchas personas de bastante criterio me aseguran que los méritos de mi padre influirán en superioridad a los de mi esposo e hijo²¹⁵.

Agregaba luego que: "... a pesar de haber servido mi marido cerca de cuarenta años, no me dan sino el montepío que la ley acuerda a las viudas de teniente coronel [...] por consiguiente, solo recibo cincuenta y tres pesos. Ya supondrá U. que importante es para mi el envío de los citados documentos que no se pueden hallar en los archivos de allí"²¹⁶. En este caso, la solicitud de ayuda presentada a Carranza para conseguir una pensión se entoncaba de un modo peculiar con la posibilidad de realizar una donación al Museo. Así, la anónima remitente de la carta, luego de referirse a un retrato de su padre al que "veneraba y amaba", le decía al director del Museo: "En la actualidad no me es posible darme el gusto de enviarlo, pero si como espero por su contribuyente por el envío de los documentos, yo logro aumento de recursos, será para mi un placer enviar a U. el que tengo; que es de fotografía iluminada o si consigo buena copia aumentada i al óleo, como U. prefiera"²¹⁷.

Otro ejemplo en la misma dirección se encuentra en una carta enviada a Carranza por un tal Rodolfo, "primo y amigo" de aquel, el 19 de mayo de 1899. En este caso el interesado solicitaba ayuda para conseguir una pensión para su madre: "Hoy presentéle a Múscari la solicitud de mamá. Me dijo que esperaba a Barilari para hablar con él de la posibilidad de incluir los servicios civiles, y obtener así treinta años, apoyado en precedentes que podrían invocarse. Tú que tienes influencia y tan buena voluntad, haz lo que puedas; tu sabes por quien te lo pido"²¹⁸. En este caso, la mencionada solicitud de ayuda se entremezclaba con otro pedido, posiblemente vinculado a las actividades intelectuales del remitente, quien preguntaba a Carranza: "¿Podrías facilitarme un retrato de Ocampo y otro de Pillado, para la Revista?"²¹⁹.

A la luz de estos documentos creemos poder afirmar que, al menos para un sector de la elite patricia, Carranza parecía poder representar el papel de "reparador", no sólo de los hombres públicos del pasado nacional, sino también de ellos mismos, sus descendientes, quienes se apoyaban en sus lazos de sangre con los primeros para obtener reconocimiento social pero también beneficios materiales por parte del Estado. No resulta extraño entonces que estos actores, en particular aquellos que no gozaban del reconocimiento social que creían merecer en virtud de los aportes de sus

²¹⁵ Carta de una remitente no identificada a Adolfo P. Carranza, Santiago, 10/6/1899, AH, MHN, FAPC, C. 30, C. 3, pp. 1-2.

²¹⁶ Ibid., p. 3.

²¹⁷ Ibid., p. 4.

²¹⁸ Carta de un remitente de nombre Rodolfo (cuyo apellido no pudo ser identificado) a Adolfo P. Carranza, Buenos Aires, 19/5/1899, AH, MHN, FAPC, C. 30, C. 3, p. 1.

²¹⁹ Ibid., p. 2.

antepasados a la construcción de la nación, valoraran la perseverante tarea emprendida por Carranza desde diversos ámbitos de la vida social, pero con particular empeño desde el Museo, para lograr exhumar la memoria de los hombres públicos del pasado, porque ella les permitía reforzar su pertenencia patricia.

Por último cabe señalar que –independientemente de las preocupaciones sociales y morales de los grupos letrados–, al desarrollar proyectos políticos y educativos para la construcción de una nacionalidad, ellos estaban a su vez buscando espacios de inserción política y económica en el ámbito público, en un contexto en el que el Estado nacional estaba inmerso en un reciente proceso de consolidación y profesionalización institucional. Tal es el caso de Adolfo Carranza, quien como director del Museo logró ocupar un espacio como funcionario en el aparato del Estado que al mismo tiempo le facilitaría el acceso a nuevos cargos y una mayor vinculación con los ámbitos de sociabilidad de la elite letrada. Como ejemplos de ello valga mencionar que en 1894 Adolfo Pedro fue nombrado profesor de historia argentina en el Colegio Nacional, en 1896 se integró como socio al Club del Progreso y en 1901 fue incorporado a la Junta de Historia y Numismática Americana²²⁰ Por otra parte, paralelamente a su gestión como director del Museo, publicó una serie de trabajos históricos, orientados sobre todo a homenajear a diversos hombres públicos así como al relato anecdótico del pasado²²¹. En la misma dirección continuó participando en diferentes acciones conmemorativas tales como la repatriación de restos fúnebres, la erección de monumentos y la celebración de fechas patrias, haciendo para ello un uso tan selectivo como intensivo de las

²²⁰ Diario de Adolfo P. Carranza, volumen I (1873-1912), C. 1. Los clubes fueron importantes espacios de sociabilidad de las elites criollas durante la segunda mitad del siglo XIX y comienzos del XX. El Club del Progreso fue creado en 1852, poco después de la Batalla de Caseros, por iniciativa de Diego de Alvear. Cuando las tensiones entre el Estado de Buenos Aires y la Confederación se acentuaron, los sectores más cercanos a Urquiza fueron desplazados, quedando desde entonces el Club en manos del grupo más porteñista. El Club del Progreso fue desde entonces y hasta fines de la década de 1870, un importante centro de la vida social y política de las elites porteñas. Sin embargo, hacia fin de siglo, si bien no perdió su prestigio, fue desplazado por nuevos clubes de características más refinadas y cosmopolitas que se convirtieron en los nuevos espacios de sociabilidad y recreación representativos de las clases dirigentes, y en particular de la elite económica. Este fue, emblemáticamente, el caso del Jockey Club, fundado en 1882, y del Círculo de Armas, creado en 1885. El Club del Progreso, parcialmente desplazado por estos nuevos ámbitos, siguió siendo un lugar de reunión de hombres más bien cercanos a la elite política, extraído de Leandro Losada, *La alta sociedad en la Buenos Aires de la Belle Époque: sociabilidad, estilo de vida e identidades*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2008, cap. IV: “La alta sociedad en busca del refinamiento”, pp. 177-184.

²²¹ Entre los trabajos publicados por Carranza de 1890 en adelante, sin contar las publicaciones del Museo Histórico, se encuentran: *Necrología de Zárraga* (1890); *Hojas Históricas* (1893); *Resumen de historia argentina* (1894); *Leyendas nacionales* (1894), *Centenario del Coronel Ramos* (1895); *Centenario de Sucre* (1896); *1897. Un siglo después, 1797* (1897); *Homenajes patrióticos* (1900); *Patricias argentinas* (1901); *San Martín y Los grandes ciudadanos* (1905); *Nuestro federalismo, Origen del nombre de las calles y paseos de la capital y Homenajes patrióticos. Discursos* (1908); *Apuntes sobre Rodríguez Peña* (1909); *Memorias sobre las estatuas del Centenario* (1912) y *Argentinas* (1913), entre otros.

efemérides, las de los hombres y las de las “gestas” del pasado nacional²²². En el caso de Carranza, su cargo como director del Museo se constituyó en una suerte de epicentro del conjunto de sus acciones patrióticas.

c) Avatares del Museo Histórico

A pesar de que las acciones de Carranza representasen las aspiraciones de un grupo social, el análisis de las prácticas concretas que llevó a cabo y de los problemas que atravesó a lo largo de su gestión, revelan que el Museo Histórico en tanto institución estatal ocupó un espacio relativamente marginal en la Buenos Aires de fin de siglo, tal como lo hemos esbozado en las páginas precedentes. Un reflejo de su débil inserción en el aparato del Estado se advierte, entre otras cosas, en las innumerables dificultades económicas y edilicias que atravesó durante sus años fundacionales. Frente a estas problemáticas Carranza debió dedicar gran parte de sus esfuerzos a conseguir recursos materiales. Para ello desarrolló una serie de estrategias discursivas destinadas a lograr que el Museo fuera reconocido como una institución capaz de cumplir una trascendente función en la Argentina finisecular. De esta manera podía intentar conseguir apoyo político, recursos económicos y reconocimiento simbólico, tanto para el funcionamiento del Museo como para sí mismo, en tanto funcionario del Estado y miembro del campo historiográfico en formación. Ahora bien, esta tarea no era exclusiva de Carranza. Por el contrario, se trataba de prácticas habituales de los promotores y directores de museos destinadas a la obtención de recursos económicos.

Tal como lo han planteado Podgorny y Lopes para los museos orientados a las ciencias, sus promotores debieron ocuparse de producir una retórica pública capaz de enfatizar la trascendencia política, educativa, científica y/o económica de estas instituciones, como forma de movilizar redes sociales y de conseguir recursos estatales para su formación y funcionamiento. De acuerdo a las autoras, la cuestión de la retórica pública desarrollada por los directores de museos así como las inestables alianzas políticas y sociales tejidas en diversos ámbitos del aparato del Estado —que permitían a aquellos obtener recursos económicos y apoyo político en determinados contextos, y

²²² Algunos de los hombres públicos vinculados a la Revolución de Mayo y la guerra de la Independencia que recibieron homenajes organizados por Carranza fueron: Frías y Pereyra de Lucena (1891), Pueyrredón, Pringles, Ramos, Necochea y Lamadrid (1893), Rodríguez Peña (1894), Dupuy (1895), Lugones y Escalada (1896), Fray Santa María de Oro, Lavalle y Olazábal (1897), Cordero (1899) y Roca (1900), entre otros.

perderlos en otros menos favorables–, demuestran la falta de consenso público acerca de la necesidad de estas instituciones²²³.

Un interesante ejemplo señalado por Podgorny y Lopes acerca de la retórica pública desarrollada por los directores de museos, y junto con ella, la postulada asociación entre intereses científicos e intereses nacionales como estrategia para obtener recursos, reside en el planteo realizado por Francisco P. Moreno en el año 1877 al ministro de Gobierno de Buenos Aires, Vicente Quesada, con motivo de la aceptación, por parte de la provincia, de la donación de sus colecciones particulares para la creación de un Museo Antropológico. En su carta de donación Moreno señalaba que el estudio de la historia nacional de un país debía iniciarse: “... por el conocimiento del origen de sus habitantes, de sus caracteres anatómicos, morales e intelectuales, sus inmigraciones, cruza, distribución geográfica y Estado de su civilización primitiva”. En este discurso Moreno entroncaba, de un modo peculiar, sus intereses científicos con el ideal de afirmación identitaria del Estado nacional²²⁴.

En el caso del Museo Histórico se sumaron una serie de factores que hicieron más difíciles para sus promotores, que para sus pares de los museos científicos, el logro de recursos económicos y de reconocimiento político. Por una parte, al tratarse de un museo histórico, pensado como espacio de preservación de las “reliquias” del pasado, Carranza no tenía demasiados elementos como para presentar a la institución como una entidad susceptible de otorgar ventajas económicas y políticas concretas al Estado nacional, tal como sí podían hacerlo los directores de los museos de ciencias, en virtud de la vinculación de estas instituciones con la exploración de nuevos territorios, el conocimiento y sometimiento de los pueblos indígenas y la explotación de materias primas. El Museo Histórico era, fundamentalmente, un lugar de memoria, un espacio simbólico cuya utilidad podía residir, a lo sumo, en sus actividades educativas.

Por otra parte, no debe perderse de vista el peculiar contexto crítico en el que fue fundado el Museo, en medio de una aguda crisis económica que impactó negativamente sobre las arcas del Estado y que tuvo por consecuencia que la institución atravesara profundas dificultades materiales durante sus años fundacionales; dificultades que contribuyeron a ampliar la brecha entre las aspiraciones de Carranza y la atención prestada por las autoridades públicas a la institución. Para dar cuenta de estas cuestiones nos detendremos en el análisis de los problemas presupuestarios y edilicios del Museo durante sus primeros años de existencia.

²²³ Podgorny y Lopes, *op. cit.*, pp. 214-215.

²²⁴ *Ibid.*, p. 145.

A partir de su instalación en agosto de 1890, el Concejo Deliberante de la Ciudad asignó al Museo un presupuesto anual de \$ 10.000 moneda nacional, dejando librado al criterio de Carranza su distribución²²⁵. Este último destinó \$ 280 mensuales a los sueldos de los trabajadores, distribuidos de la siguiente manera: un auxiliar (\$ 130), un escribiente (\$ 70), un portero (\$ 50) y un ordenanza (\$ 30). El alquiler de la casa costaba \$ 450 y otros \$ 103 fueron destinados a “gastos eventuales”, de modo que el Museo tenía un presupuesto mensual de \$ 833²²⁶. Tal como puede advertirse se trataba de un presupuesto muy acotado, que entre otras cosas no incluía un monto mensual destinado a un cargo de restaurador²²⁷. Para contrarrestar la exigüidad de los recursos asignados a la institución, Carranza realizó a menudo (y más aún durante la instalación del Museo) diversos gastos extras para compras de mobiliario y montaje de las exhibiciones, cuyos pagos solicitaba posteriormente al gobierno municipal, seguramente porque era más probable que la Municipalidad pagara gastos ya realizados que aprobara gastos extra-presupuestarios²²⁸.

Si se compara el presupuesto de 1890 del Museo Histórico con el del Museo de La Plata, brindado por Máximo Farro, se observará una brecha muy importante entre ambas instituciones. Frente a los \$ 10.000 anuales del Museo Histórico, el Museo de La Plata tenía asignados \$ 38.640 m/n²²⁹. Contaba, por otra parte, con 32 empleados frente a los 4 del Museo Histórico²³⁰. Farro sostiene que la bonanza presupuestaria del Museo de La Plata entre los años 1890 y 1891 se debió a que contaba con el importante respaldo político del gobernador de la provincia de Buenos Aires, Julio A Costa, lo que le permitió acceder a importantes subsidios extraordinarios a pesar del contexto de crisis financiera. Si bien esta situación se revertiría momentáneamente en 1892, conjuntamente con la finalización del mandato de Costa, pasando el presupuesto anual a \$ 29.220 y siendo reducida la planta de personal a 20 empleados, lo cierto es que las diferencias presupuestarias entre ambos museos eran importantes y continuarían esta tendencia durante los años

²²⁵ Carta de J. Matti a Adolfo P. Carranza, Buenos Aires, 4/2/1890, AH, MHN, FAPC, LN, vol. I, p. 7.

²²⁶ *Ibid.*, p. 8.

²²⁷ En una carta dirigida al ministro del Interior, José. V. Zapata, con posterioridad a la nacionalización del Museo, Carranza decía que los fondos votados por el Congreso para el sustento de la institución eran insuficientes y mencionaba, entre otras carencias, la falta de un presupuesto para restauraciones de objetos, carta de Adolfo P. Carranza al ministro del Interior, José V. Zapata, 15/4/1892, AH, MHN, FAPC, LN, vol. I, p. 144. Poco tiempo más adelante, el 28 de abril de 1892, Carranza enviaría a Zapata un proyecto de presupuesto en el que incorporaba un salario mensual destinado a un restaurador de cuadros. Sin embargo, a lo largo de toda su gestión, el Museo no contó con un restaurador entre el personal de la institución, carta de Adolfo P. Carranza a José. V. Zapata, 28/4/1892, AH, MHN, FAPC, LN, vol. I, p. 148.

²²⁸ En una Memoria enviada a la Comisión del Censo de 1896 Carranza señalaba que durante el año 1890 el Museo había gastado “más de \$ 5.000 en muebles, cristales, cuadros, anaqueles y útiles diversos...”, AH, MHN, FAPC, LN, vol. I, p.336.

²²⁹ Máximo Farro, *op. cit.*, cap. III, pp. 174-175.

²³⁰ *Ibid.*, p. 175.

siguientes, es decir, luego de la nacionalización del Museo Histórico²³¹. Pero además, el presupuesto del Museo Histórico era también exiguo comparado con el del Museo Nacional de Buenos Aires, dirigido hasta el mes de abril de 1892 por el científico alemán Germán Burmeister (1807-1892), quien fuera reemplazado desde entonces por otro alemán, el naturalista y zoólogo Carlos Berg (1843-1902). Dicha institución percibió durante 1890 y 1891 \$ 21.000 m/n en concepto de presupuesto anual²³². Sin embargo, una novedad alentadora del presupuesto del Museo Histórico de 1891 es que Carranza comenzó a percibir un salario de \$ 300²³³.

Conjuntamente con los problemas económicos comenzaron las dificultades edilicias de la institución. La Municipalidad suspendió del presupuesto de 1891 la partida destinada al alquiler de la casa que ocupaba el Museo, lo que muy pronto obligó a sus autoridades a buscar una nueva sede. Por otra parte, desde un principio Carranza había manifestado al gobierno municipal que la casa alquilada en la calle Esmeralda no era apropiada para la instalación del Museo. El problema del edificio se remontaba incluso al período anterior a la fundación de la institución. Recordemos que uno de los motivos del alejamiento de Lamas de la comisión fundacional había sido la imposibilidad de fundar el Museo en el edificio del Cabildo. A diferencia de Lamas, Carranza había aceptado que el Museo fuera fundado en la mencionada casa de la calle Esmeralda, posiblemente dispuesto a aceptar los límites impuestos al proyecto de creación de un museo histórico con tal de que se concretara. Sin embargo, apenas comenzó a ejercer funciones insistió recurrentemente ante las autoridades municipales (y posteriormente ante las nacionales) para obtener un edificio apropiado.

En una carta dirigida al intendente Francisco Bollini el 9 de octubre de 1890, poco tiempo después de la inauguración del Museo, Carranza planteaba que la casa de la calle Esmeralda no era apropiada porque "... carece de una distribución conveniente y no garante de un modo completo, tanto la conservación como guarda de lo que hay en ella..."²³⁴. Para dar fuerza política a su demanda de un nuevo edificio, Adolfo Pedro intentaba convencer al intendente acerca de la singular trascendencia de la institución y de la importancia de sus funciones: "... creo que al fundarse el 'Museo Histórico' no se ha tenido en vista solamente la exhibición de los objetos reunidos, para lo que hubiera bastado cualquier local en regulares condiciones, sino algo más elevado, más permanente y más patriótico [...] En todos los pueblos se veneran con amor y gratitud las reliquias

²³¹ Ibid., pp. 120-121.

²³² Ibid., datos tomados de cuadro III-2: Evolución del presupuesto general discriminado por años del Museo de La Plata y del Museo Nacional de Buenos Aires entre 1884 y 1905, en miles de pesos moneda nacional, p. 121.

²³³ Planilla de sueldos y gastos del Museo Histórico durante el mes de enero de 1891, AH, MHN, FAPC, LN, vol. I (enero 1890-agosto 1896), p. 79.

²³⁴ Carta de Adolfo P. Carranza a Francisco Bollini, Buenos Aires, 9/10/1890, AH, MHN, FAPC, LN, vol. I, p. 53.

de sus grandes servidores como se hace por conservar cuanto de simpático o notable puede recogerse y que sirva de ejemplo para los que les suceden o de estudio para los hombres de pensamiento o reflexión”²³⁵.

Seguidamente se refería al éxito del Museo, a sus logros como director y finalmente, al objetivo puntual de la carta, que era el logro de un terreno en la zona del Retiro para construir un edificio propio para la institución: “La instalación del Museo Histórico a mi cargo, creo que ha obtenido el resultado que se buscaba y es conseguir de todos los que poseían objetos dignos de mostrarse al público, que los entreguen generosamente, como de despertar emociones nobles y patrióticas en los que visitan sus salones [...] Hoy que cuenta con una buena base y a sus salones asiste una numerosa concurrencia, que toda se siente animada y satisfecha del éxito, confío en que el señor intendente y el Consejo Deliberante de la Capital, apoyen mi pedido, que considero necesario, fácil y justo. Es en virtud de estas consideraciones que solicito del señor Intendente un terreno de cincuenta metros de frente por cincuenta de fondo en donde existían los antiguos cuarteles del Retiro dando frente a la calle Florida, para levantar un edificio apropiado, como espero poder hacerlo con el concurso de las autoridades y el pueblo, cuyas simpatías por la institución son manifiestas” –y concluía: “Para que él sea lo que se quiere, un templo de gloria, a la virtud, al genio y a los esfuerzos del patriotismo, como un sitio en que se guarden ciertos objetos que rememoran los hechos funestos o desgraciadas tragedias de nuestra historia”²³⁶. A través de estas palabras Carranza intentaba posicionar al Museo casi como un “templo laico”, se refería al supuesto consenso social que despertaba la institución y al mismo tiempo enfatizaba las importantes funciones sociales y educativas que la misma estaba llamada a cumplir, para luego agregar lo que más le inquietaba, la necesidad de una mayor ayuda estatal.

Paralelamente a la citada solicitud de Carranza, el Municipio designó una comisión que debía ocuparse de buscar un nuevo edificio para el Museo, pero no porque atendiera a la demanda de Carranza sino porque no podía seguir pagando el alquiler de la casa sita en la calle Esmeralda 848. En carta del 13 de noviembre de 1890 José María Bustillo, Agustín de Vedia y Adolfo P. Carranza, reunidos en comisión, se dirigieron al intendente Bollini para brindarle los resultados de la tarea que les había sido asignada. Los citados expresaban que la mejor opción para el Museo era la casa ocupada por el Colegio Militar de Palermo, que aparentemente iba a ser desocupada pronto.

Los miembros de la comisión alegaban que dicha casa: “... tiene la suficiente amplitud y capacidad para ese destino, es sólida y segura, de buen acceso al público por estar a la entrada del

²³⁵ Ibid.

²³⁶ Ibid., pp. 54-55.

Parque 3 de Febrero”²³⁷. Sin embargo, la comisión no olvidó dejar en claro que lo ideal era “... obtener el terreno solicitado por el Director del ‘Museo’ en la Plaza ‘General San Martín’. Este predio, ubicado en la zona de Retiro, era para ellos la mejor opción debido a “... las ventajas de la ubicación misma que lo pone al alcance de todas las clases sociales y porque construyéndose un edificio especial, las necesidades serían previstas de antemano evitando erogaciones extraordinarias en el futuro y llevando a esa plaza el ornato de un edificio de tal naturaleza...”²³⁸.

Al presentar a la Plaza San Martín como un lugar ideal por estar “al alcance de todas las clases sociales”, Carranza y sus colaboradores le estaban otorgando un sentido estratégico a la elección de este espacio urbano. Entre 1880 y 1910 las elites porteñas trasladaron paulatinamente sus residencias del sur al norte de la ciudad. Este proceso se vio acelerado tanto por la epidemia de fiebre amarilla de 1871 como por el asentamiento de sectores sociales subalternos que comenzaron a poblar el sur de la ciudad durante el último cuarto del siglo XIX. El desplazamiento se produjo hacia el norte de la actual Plaza de Mayo, una zona conocida como Catedral al Norte, y tuvo como epicentro a la calle Florida, que se convirtió en una arteria, tanto residencial como comercial, de la elite porteña. El área de Catedral al Norte estaba delimitada por las actuales calles Tucumán al sur, Paraguay al norte, Esmeralda al oeste y Reconquista al este. De este modo, la Plaza San Martín y Retiro constituían el límite externo (inclusive la Plaza no estaba aún plenamente integrada a la ciudad) del núcleo urbano de las elites. A partir de los últimos años del siglo XIX y comienzos del XX, tanto la zona de Retiro como Barrio Norte y Recoleta, se irían integrando sucesivamente al espacio urbano ocupado por las elites, mientras que la Plaza San Martín se constituiría en suntuoso epicentro de este nuevo espacio²³⁹.

Por otra parte, la Plaza estaba relativamente cerca del puerto de la ciudad y también de los precarios edificios donde eran alojados los inmigrantes que mes a mes arribaban a las playas de esta margen del Río de la Plata. De hecho, en la zona de Retiro se encontraba el Panorama de Retiro, un edificio conocido también como La Rotonda, hecho de madera y de forma octogonal, que había sido originalmente concebido como un local destinado a la proyección de imágenes transparentes o diapositivas, y que debido al fracaso de ese proyecto había sido desmantelado. A partir de 1878 y hasta la inauguración del definitivo Hotel de Inmigrantes en 1911, este espacio fue utilizado como

²³⁷ Carta de J. M. Bustillo, Agustín de Vedia y Adolfo P. Carranza a Francisco Bollini, Buenos Aires, 13/11/1890, AH, MHN, FAPC, LN, vol. I, p. 59.

²³⁸ Ibid.

²³⁹ Leandro Losada, *op. cit.*, cap. II: “Los lugares de residencia”, pp. 57-71.

alojamiento temporario para inmigrantes, los cuales eran trasladados directamente allí desde su llegada al puerto de la ciudad²⁴⁰.

De modo que si el Museo se hubiese erigido en la Plaza San Martín hubiera estado cerca, de un lado, del núcleo urbano de las elites, y del otro, de los inmigrantes recién llegados a Buenos Aires, un grupo social al que se dirigieron los más caros esfuerzos de los funcionarios estatales e intelectuales preocupados por la cuestión nacional. Además, desde 1862 se encontraba emplazada en Retiro la estación central del Ferrocarril del Norte, que conectaba al centro de la ciudad con las zonas de Palermo y Belgrano, constituyendo a esta zona en un espacio de circulación importante. Por último, la Plaza tenía también un alto contenido simbólico, ya que allí se encontraba el monumento a José de San Martín construido por el escultor francés Louis-Joseph Daumas e inaugurado en el mes de julio de 1862, durante la presidencia provisional de Bartolomé Mitre. No se trataba, por otra parte, de cualquier monumento. La figura de San Martín había iniciado el camino hacia la cima de la galería de grandes hombres del pasado nacional, en particular desde la publicación de la *Historia de San Martín y la emancipación Sud-Americana* de Bartolomé Mitre, cuya primera edición salió a la luz en el año 1887.

Conjeturamos entonces que fueron varios los motivos que pudieron haber hecho pensar a Carranza en la Plaza San Martín como el lugar más adecuado para el emplazamiento del Museo. Pero lo cierto es que, más allá de las razones que hayan impulsado la elección de este espacio, las demandas de la comisión fueron infructuosas y finalmente, a comienzos de 1891, el Museo debió mudarse a la planta baja de un edificio perteneciente a la Ciudad situado en la calle Moreno 330, muy lejos de los sueños de Carranza y muy cerca de la Oficina Química Municipal, que funcionaba en la planta alta de dicho inmueble²⁴¹ (véase Imagen 5, p. 224). Las gestiones infructuosas de Carranza para conseguir la construcción de un edificio propio para la institución continuaron a lo largo de toda su gestión, y mientras tanto el Museo ocupó diversas sedes, siempre pensadas por aquel como provisoria, ya que ninguna conformaba sus objetivos y aspiraciones.

A partir del análisis de estas problemáticas creemos poder concluir que, si bien por un lado el Museo fue fundado con el concurso y el apoyo del Estado, por otra parte su desarrollo (y emblemáticamente la formación de sus colecciones) dependió en gran medida de la activación de

²⁴⁰ Laura Oliva Gerstner, "El alojamiento de inmigrantes en el Río de la Plata, siglos XIX y XX: planificación estatal y redes sociales", en *Revista Bibliográfica de Geografía y Ciencias Sociales*, Barcelona, Universidad de Barcelona, volumen XIII, núm. 779, marzo de 2008 [extraído del sitio web /www.ub.es/geocrit/b3w-779.htm], pp. 8-9.

²⁴¹ Carta de Adolfo P. Carranza al intendente de Buenos Aires, Francisco Bollini, Buenos Aires, 29/12/1890, AH, MHN, FAPC, LN, vol. I, p. 71.

redes sociales capaces de movilizar recursos materiales, reconocimiento simbólico e intelectual y apoyos políticos, por medio de intrincados vínculos entre los ámbitos público y privado, que no siempre demostraron ser exitosos. En septiembre de 1891 el Museo fue nacionalizado, lo que dio inicio a una nueva etapa de su historia que habría de tener, sin embargo, muchos más elementos de continuidad que de ruptura con respecto a su período fundacional.

CAPÍTULO IV

DEL MUNICIPIO DE BUENOS AIRES AL ESTADO NACIONAL

...bandera de los Andes es nacional...

Fragmento de un telegrama
de Manuel F. Mantilla
a Adolfo P. Carranza (26/5/1892)

Opino bandera Andes propiedad de Mendoza

Telegrama de Bartolomé Mitre
a Adolfo P. Carranza (26/3/1894)

a) La nacionalización

“Por iniciativa vuestra fue entregado al gobierno de la Nación el 26 Setiembre, 1891, el Museo Histórico fundado el 24 de Mayo 1889 e inaugurado el 31 agosto 1890 [...] Se buscaba que fuese sostenido por la Nación para reunir en él los objetos esparcidos en el territorio de la República y que recuerdan las glorias y sacrificios comunes a todos sus pueblos”²⁴². Con estas palabras se refería el intendente Francisco Bollini a la medida de nacionalización del Museo Histórico en la Memoria anual correspondiente a los años 1890-1892, elevada al Concejo Deliberante de la Ciudad. Bollini vinculaba las causas del traspaso jurisdiccional con el sentido mismo de la institución, utilizando un argumento que era en principio coherente con los objetivos de los mentores del Museo.

Sin embargo, el pasaje del Museo al ámbito nacional parece haber obedecido, sobre todo, a causas económicas. Algunos meses antes de su nacionalización el concejal Fermín Rodríguez había presentado un proyecto al Concejo Deliberante de la Ciudad, cuyo objetivo era autorizar al Poder Ejecutivo Municipal a gestionar el pasaje del Museo a la Nación. De acuerdo a Rodríguez: “... el estado actual del erario municipal, con la exigüidad de su presupuesto, no podía costear debidamente las necesidades del Museo, ni llenar los objetos de su creación. Que habiéndole informado que el Gobierno Nacional estaba dispuesto a hacerse cargo de este establecimiento, había

²⁴² Memoria de la Intendencia Municipal de la Ciudad de Buenos Aires correspondiente a los años 1890-1892, presentada por el intendente Francisco Bollini al Honorable Concejo Deliberante de la Ciudad de Buenos Aires el 31/10/1892, Buenos Aires, Imprenta de la Lotería Nacional, 1894, p. 75.

presentado el proyecto cuya lectura acababa de darse²⁴³. Finalmente el Concejo autorizaba al intendente a que procediese en esta dirección²⁴⁴. Posteriormente, en la solicitud de traspaso jurisdiccional del Museo, Bollini expresaba al ministro del Interior José V. Zapata: “El H. Concejo Deliberante ha creído que se le daría mayor carácter entregándolo a la administración general del país para que lo que hasta hoy es de la Capital federal pase como es justo a ser de toda la República...”²⁴⁵. De modo que para concretar la nacionalización del Museo las autoridades del gobierno municipal esgrimieron razones de diferente naturaleza, políticas y simbólicas por una parte, y económicas por otra. Sin embargo, parece claro que fueron los motivos económicos los que tuvieron mayor peso, más aún teniendo presente que el cambio se produjo en medio de la crisis económica de 1890, que afectó profundamente al erario municipal.

La nacionalización fue finalmente concretada por medio de un decreto del Poder Ejecutivo Nacional del 26 de septiembre de 1891, por el cual el Museo pasaba a depender del Ministerio del Interior de la Nación. En el texto del decreto se exponían los motivos que impulsaban la medida con las siguientes palabras: “... teniendo en cuenta que el ‘Museo Histórico’ debe ser sostenido por la Nación y estar bajo la dirección del Gobierno General a fin de que se reúnan en él los objetos que están esparcidos en el territorio de la República y recuerdan los sacrificios y glorias comunes a todos sus pueblos, para que de esa manera pueda tener la amplitud e importancia que le corresponde, el presidente de la República decreta: Art. 1º. Acéptase el ofrecimiento que hace la Municipalidad de la Capital de entregar al Gobierno de la Nación el ‘Museo Histórico’, y désele las gracias por su iniciativa y desprendimiento. Art 2º. Inclúyase en el proyecto de Presupuesto para el ejercicio de 1892, las partidas necesarias para su sostenimiento”²⁴⁶. De esta manera el Museo Histórico de la Capital se convertía en Museo Histórico Nacional. Sin embargo, al menos en un plano administrativo, los vínculos entre Ciudad y Nación no se extinguieron por medio del citado decreto. De hecho, la institución siguió ocupando por dos años más el edificio de la calle Moreno 330, perteneciente a la Municipalidad, a pesar de las múltiples demandas de las autoridades municipales y del propio Carranza para poner fin a esa situación.

Ahora bien, independientemente del peso de las diferentes razones esgrimidas en la decisión de nacionalización de la institución por parte de las autoridades estatales, ¿qué implicaba este pasaje

²⁴³ *Actas de sesiones* del Honorable Concejo Deliberante de la Ciudad de Buenos Aires, año 1891, p. 578.

²⁴⁴ *Ibid.*

²⁴⁵ Carta de Francisco Bollini a José V. Zapata, Buenos Aires, 21/9/1891, en *El Museo Histórico*, tomo 1, entrega 1ª, Buenos Aires, G. Kraft, 1892, p. 8. José V. Zapata se desempeñó como ministro del Interior de la Nación entre mayo de 1891 y octubre de 1892, durante la presidencia de Carlos Pellegrini.

²⁴⁶ Decreto de nacionalización del Museo Histórico sancionado por el Poder Ejecutivo Nacional el 26/9/1891, firmado por Carlos Pellegrini y José V. Zapata, en *El Museo Histórico*, tomo I, entrega 1ª, Buenos Aires, G. Kraft, 1892, p. 8.

jurisdiccional para los mentores del Museo y en particular para Carranza? Desde inicios del proceso fundacional el Museo había sido concebido con carácter nacional debido a que sus impulsores pretendían reunir allí los objetos representativos de la Revolución de Mayo y las guerras de independencia, considerados como los hitos fundacionales de la nación argentina. Inclusive en los proyectos elaborados por Lamas anteriores al decreto municipal que dispuso la formación de la comisión fundacional del Museo, aparece con claridad la idea –posteriormente retomada por Carranza– de crear en la capital del país un museo de historia nacional capaz de reunir los objetos históricos dispersos en el conjunto de las provincias²⁴⁷. Por otra parte (tal como ha sido señalado en el capítulo II) las acciones concretas de Lamas y posteriormente de Carranza, para la fundación del Museo, se habían orientado en esta dirección. Recordemos incluso que fue el fracaso de las gestiones realizadas ante el gobierno nacional lo que llevó a Carranza a acercarse a la Municipalidad de Buenos Aires en búsqueda de apoyo político para concretar este proyecto.

Por otra parte, una vez instalado el Museo, Carranza dejó traslucir en algunos escritos que le resultaba problemático el hecho de que la institución no fuera nacional, precisamente porque se proponía concentrar en el nuevo establecimiento los objetos históricos dispersos en el conjunto del país. Al menos así lo expresó en una carta enviada a un tal Enrique Jurado el 22 de septiembre de 1890²⁴⁸. Luego de agradecerle el envío al Museo de una medalla conmemorativa de la “Unión Nacional” le decía: “Mucho me han satisfecho las expresiones patrióticas que manifiesta y sería de desear que en todas las Provincias hubiera solamente un hombre que pensara igual respecto del establecimiento que tengo a mi cargo. Su idea es buena, pero como el ‘Museo’ es de la Capital, no quería hacer trabajos fuera de ella temeroso de encontrar resistencias. No obstante le agradeceré haga diligencias para enriquecer esta Institución que como Ud. dice será un santuario de nuestras glorias y al efecto invoco su buena voluntad y patriotismo para que gestione de los particulares todo aquello que sea un recuerdo de nuestros próceres y de la época legendaria de los argentinos. Creo que a los gobiernos aún no conviene tocar y si acaso, más adelante se lo indicaré. Me ha de ser grato hacer público su empeño y espontáneo concurso y le invito a no desmayar en su tarea”²⁴⁹. El citado documento sugiere que posiblemente Carranza temía la emergencia de tensiones y resistencias por parte de los gobiernos provinciales si pretendía iniciar un proceso de concentración de los objetos

²⁴⁷ Blasco, “Comerciantes...”, pp. 2-3.

²⁴⁸ Aunque no hemos encontrado información sobre Enrique Jurado, entre los papeles personales de Carranza que se encuentran en el archivo del Museo Histórico Nacional hay una esquila enviada a aquel por un tal Enrique V. Jurado, quien se refiere al destacado coleccionista e historiador Manuel Ricardo Trelles como su suegro. Consideramos que podría tratarse de la misma persona aunque no tenemos suficientes elementos como para afirmarlo, carta de Enrique V. Jurado a Adolfo P. Carranza, Buenos Aires, 12/7/1893, AH, MHN, FAPC, C. 9, C. 401-500.

²⁴⁹ Carta de Adolfo P. Carranza a Enrique Jurado, Buenos Aires, 22/9/1890, en AH, MHN, FAPC, LN, vol. I, pp. 47-48. De acuerdo a los datos de la fuente el destinatario de la carta de Carranza se encontraba en la provincia de San Luis.

históricos dispersos en todo el país; y que fueron justamente esos temores ante lo que percibía como un potencial foco de conflicto con las elites provinciales los que lo llevaron a permanecer en una actitud cautelosa mientras el Museo estuvo bajo la órbita de la Ciudad. En virtud de ello, era esperable que recibiera con beneplácito la noticia de nacionalización de la institución.

Ahora bien, al proponerse fundar un museo de historia nacional, sus mentores y Carranza en particular ¿habían pensado en algún modelo previo de museo? La respuesta a ese interrogante amerita una investigación que excede a esta tesis y que supone un estudio comparativo y sistemático. Sin embargo, no quisiéramos dejar de señalar que en las principales capitales europeas existían museos públicos que poseían colecciones de objetos históricos al menos desde comienzos del siglo XIX. En un artículo dedicado a explorar algunos aspectos historiográficos y museológicos del Museo Histórico Nacional de Brasil²⁵⁰, el investigador brasileño José Bittencourt sostiene que los museos históricos europeos surgieron como instrumentos de afirmación de los Estados nacionales y en particular de la clase burguesa de cada país, que precisaba elementos discursivos y simbólicos capaces de reafirmar el poder de los nuevos Estados nacionales. Estos museos habrían servido de instrumentos para proyectar los orígenes de los Estados modernos en un pasado remoto, entendido en clave de pasado nacional, por medio de diversas operaciones teleológicas²⁵¹.

El autor menciona para el caso de Francia el Museo de los Monumentos Franceses, surgido en 1793 al calor del forjamiento de la idea de existencia de un patrimonio nacional, que tuvo lugar a partir de la Revolución Francesa, y el Museo Napoleón, denominación que recibió el Museo del Louvre durante el período del Primer Imperio Francés, entre 1804 y 1815²⁵². Bittencourt refiere asimismo la organización del Palacio de Versalles como museo por parte del gobierno de Luis Felipe de Orleans en 1837. En este emblemático edificio de la historia de Francia se exhibieron diversas obras pictóricas que representaban las glorias militares francesas, desde las Cruzadas hasta las guerras napoleónicas, e incluso iconografía vinculada con los episodios de la Revolución de

²⁵⁰ El Museo Histórico Nacional de Brasil fue fundado en 1922 en Río de Janeiro, en ocasión de una importante exposición internacional conmemorativa del centenario de la independencia del mencionado país. Su creación y organización se debió en gran medida a Gustavo Dodt Barroso, quien de acuerdo a Bittencourt, era un erudito genealogista y miembro de la decadente aristocracia nordestina, que había estudiado en Río de Janeiro y que desde 1911 realizó diversas gestiones e intentó activar apoyos políticos para la creación de un museo militar. Años después amplió sus expectativas al proponerse fundar un museo de historia nacional basado, según el autor, en la noción de “culto da saudade”, José Bittencourt, “Cada coisa em seu lugar. Ensaio de interpretação do discurso de um museu de história”, en *Anais do Museu Paulista*, 2003, vol. 8/9, núm. 9, São Paulo, Brasil, p. 157.

²⁵¹ *Ibid.*, p. 156.

²⁵² El autor sostiene que aunque estos museos eran fundamentalmente galerías de arte también exhibían objetos históricos conquistados por los ejércitos revolucionarios, considerados en estos espacios como trofeos de guerra, *ibid.*, p. 156.

1830²⁵³. De este modo los orígenes de la nación francesa eran proyectados al Sacro Imperio de Carlo Magno y al reino medieval de Felipe Augusto. En el caso de Inglaterra, Bittencourt hace referencia la Nacional Portrait Gallery, una institución creada a mediados del siglo XIX a partir de una colección de retratos de reyes y gobernantes de Gran Bretaña²⁵⁴.

De acuerdo a André Chastel, el Museo de los Monumentos Franceses, fundado por Alexandre Lenoir y dedicado a la reunión de restos de construcciones de piedra del pasado francés, adquirió a lo largo de los años una impronta romántica por medio de la proyección en la Edad Media francesa de un pasado nacional “maravilloso y caballeresco”, cuyos restos materiales merecían ser conservados²⁵⁵. En cuanto al Museo del Louvre (cuya inauguración iba a realizarse en 1788 pero fue interrumpida por el estallido de la Revolución) habría sido proyectado como una institución científica, un “museum central de artes y ciencias”, aunque luego de su apertura en 1794 se le adjudicó la función de ser un Museum Nacional de Arte²⁵⁶. El autor sostiene que a partir del ascenso de Napoleón como emperador de Francia el Museo pasó a reflejar la era expansionista de la república conquistadora, de modo que la Galería del Louvre se convirtió en el gran conservatorio francés del arte universal. Denominado Museo Napoleón durante el período imperial, el Louvre concentró metódicamente en París las obras de arte emblemáticas de todas las escuelas y de todos los países²⁵⁷.

En diversos países de América Latina la creación de museos históricos nacionales fue un fenómeno que tuvo lugar recién entre fines del siglo XVIII y comienzos del siglo XIX, un período que coincide, en líneas generales, con los procesos de organización y consolidación de los Estados nacionales en los países mencionados²⁵⁸. En un artículo dedicado a estudiar la historia del Museo Histórico Nacional de Brasil, Bezerra de Meneses sostiene que en Latinoamérica durante buena parte del siglo XIX –hasta el surgimiento de los museos específicamente históricos–, fueron los museos dedicados a la historia natural los que, además de servir como vitrinas de las riquezas y las posibilidades de desarrollo económico de cada país, funcionaron como espacios de construcción de

²⁵³ Ibid.

²⁵⁴ Ibid.

²⁵⁵ Chastel, *op. cit.*, p. 1442.

²⁵⁶ Ibid., pp. 1444-1445.

²⁵⁷ Ibid., pp. 1445-1446.

²⁵⁸ Además de los casos ya mencionados de la Argentina y Brasil, se crearon museos históricos nacionales en Uruguay (1900) y en Chile (1911).

identidades nacionales, susceptibles de contribuir al engrandecimiento político y simbólico de las nuevas naciones²⁵⁹.

El autor sostiene que los museos de historia natural asumieron funciones identitarias porque se trataba de países que estaban demasiado cerca del pasado colonial, motivo por el cual no habría sido funcional para sus elites la creación de museos históricos como símbolos de las aún inexistentes o débiles identidades nacionales. Por otra parte no existían aún “historias nacionales” susceptibles de ser relatadas y exhibidas en las vitrinas de los museos. Estas razones explicarían que haya sido recién entre fines del siglo XIX y comienzos del siglo XX –al calor de los procesos de conformación de los Estados nacionales modernos–, cuando surgieron los museos históricos nacionales, concebidos por el autor como museos-memoria²⁶⁰. En este marco se inscribiría la fundación del Museo Histórico Nacional de Brasil y la reorganización del Museo Paulista, cuyo “enclave histórico” adquirió mayor importancia a partir de la década de 1920 en detrimento de los espacios dedicados a las ciencias naturales²⁶¹.

Podgorny y Lopes plantean una idea semejante en su análisis sobre los museos del Río de la Plata durante la primera mitad del siglo XIX, que estuvieron orientados fundamentalmente a las ciencias y a la historia natural. De acuerdo a las autoras se esperaba que estas instituciones fueran capaces de transmitir, tanto dentro como fuera del país, una imagen de bonanza, estabilidad y prosperidad, motivo por el cual no era esperable que las elites se interesasen en plasmar la historia política del país en sus vitrinas, tanto por el cercano pasado colonial como por las conflictivas décadas posteriores al proceso revolucionario, atravesadas por recurrentes guerras civiles y por el fracaso de los sucesivos intentos de organización nacional²⁶².

La fundación del Museo Público de Buenos Aires, ideado por Bernardino Rivadavia desde su cargo de secretario del Primer Triunvirato y finalmente fundado en 1823, en el marco de las reformas rivadavianas del Estado de Buenos Aires, estuvo vinculada con el clima de ideas de la Ilustración que se abrió paso en el Río de la Plata durante el siglo XVIII y se profundizó a partir del proceso emancipador. De tal modo, el Museo fue pensado como una institución destinada al estudio y el conocimiento de los recursos naturales del Plata, lo cual a su vez redundaría en oportunidades

²⁵⁹ Ulpiano Bezerra de Menezes, “Visões, visualizações e usos do passado”, en *Anais do Museu Paulista*, São Paulo, vol. 15, núm. 2, jul.-dez. 2007, p. 120.

²⁶⁰ *Ibid.*, pp. 120-121.

²⁶¹ El Museo Paulista fue fundado en el año 1895 como Museo de Historia Natural y a la vez espacio representativo y conmemorativo de la historia, y en particular de la independencia de Brasil. En 1922, en coincidencia con el centenario de la independencia, los espacios del Museo dedicados a la historia fueron ampliados en detrimento de otras disciplinas.

²⁶² Podgorny y Lopes, *op. cit.*, p. 57.

de desarrollo científico y económico²⁶³. En la misma dirección, aunque en un contexto diferente, el Museo Nacional de Paraná, creado en 1854 por el gobierno de la Confederación Argentina, tuvo por objetivos impulsar el desarrollo de la industria y el comercio, así como difundir una imagen de la Argentina como un país dotado de una naturaleza abundante en riquezas y de un régimen legal-institucional capaz de facilitar su explotación²⁶⁴.

De todas maneras, el proceso de construcción de una memoria nacional estaba dando por entonces algunos pasos significativos en el ámbito de la elite letrada porteña. En 1857 en el Estado de Buenos Aires –secesionado de la Confederación durante casi la totalidad de la década que media entre Caseros y Pavón–, un conjunto de intelectuales, muchos de ellos pertenecientes a la Generación del 37, se reunía para la realización de la obra colectiva *Galería de Celebridades Argentinas*, un conjunto de biografías de impronta hagiográfica sobre algunos de los hombres públicos más destacados del período de la Revolución de Mayo y las guerras de independencia. En este caso, la apelación a la historia política y la construcción de un relato sobre el pasado nacional basado en las gestas de los grandes hombres, y sobre todo en la exaltación de los aportes de la provincia porteña en ese proceso, parecen haber funcionado como herramientas capaces de brindar lecciones e imágenes heroicas susceptibles de engrandecer ese pasado en construcción, y a su vez de proyectarlo hacia el futuro sobre la base de la hegemonía porteña.

Así, en la introducción a la mencionada obra Bartolomé Mitre señalaba que el objetivo de esa empresa era intentar salvar del olvido a los hombres más notables de la historia argentina, tales como Mariano Moreno, Manuel Belgrano y José de San Martín, entre otros, y además utilizarlos como modelos para el porvenir: "Salvar del olvido sus vidas y sus facciones es recoger y utilizar esa herencia, en nuestro honor y nuestro provecho. En esas vidas encontrará la generación actual modelos dignos de imitarse. En los sucesos memorables que ellas recuerden encontrará el historiador futuro, temas dignos de sus meditaciones austeras. En sus nobles fisonomías buscará algún día el pincel y el buril del artista, tipos de inmortalizarse en lienzos, en mármoles o en bronce"²⁶⁵.

Estas palabras, pronunciadas por un joven político e historiador que apenas unos años después estaría al frente, tanto de la derrota de Urquiza en Pavón como de la organización del Estado nacional bajo la égida de Buenos Aires, resonarían como ecos profundamente vigentes en el proceso de construcción de lugares de memoria que tuvo lugar con particular intensidad a fines del

²⁶³ Ibid., pp. 34-35.

²⁶⁴ Ibid., pp. 53-54.

²⁶⁵ Bartolomé Mitre, "Introducción" en *Galería de Celebridades Argentinas...*, p. I.

siglo XIX. Ellas, además, evidencian que la construcción de un relato histórico sobre el pasado nacional basado en la apelación a las figuras de los grandes hombres ya había comenzado a recorrer un camino a mediados del siglo XIX, aunque aún tuviera que esperar algunas décadas –atravesadas, dicho sea de paso, por cambios muy profundos–, para encontrar un espacio propio en las vitrinas de un museo.

Por otra parte, los primeros museos públicos de la Argentina tuvieron objetos históricos entre sus colecciones. De hecho, a partir de la creación del Museo Histórico Carranza se ocupó de solicitar a las autoridades del Museo Nacional (ex Museo Público de Buenos Aires, nacionalizado en 1884) y del Museo de La Plata (fundado en 1884), el envío de los objetos históricos existentes en sus colecciones, tema éste que será tratado con mayor detenimiento en un capítulo posterior del presente trabajo²⁶⁶. Estos objetos eran concebidos en los museos con el carácter de reliquias del pasado, pero en algunos casos también como fuentes para el estudio científico de la historia.

Un ejemplo de la concepción de los objetos históricos como fuentes documentales se encuentra en la Memoria elevada en 1856 por Manuel R. Trelles a la Asociación de Amigos de la Historia Natural del Plata, fundada en 1854 con el objetivo de reorganizar el Museo Público de Buenos Aires luego del supuesto abandono en que había quedado la institución durante los gobiernos rosistas²⁶⁷. En dicha oportunidad Trelles propuso un ordenamiento de las colecciones que poseía el establecimiento en diversas categorías, dos de las cuales agrupaban diversos objetos históricos. La primera de ellas, caracterizada como numismática, incluía un importante conjunto de monedas y medallas de diversas partes y épocas del mundo.

De acuerdo a Trelles se trataba de una colección de gran importancia, no solamente por su atractivo estético, sino porque las medallas y monedas constituían, a su juicio, fuentes para el estudio científico del pasado. “La ciencia de las medallas y de las monedas –sostenía– a más de la

²⁶⁶ Podgorny y Lopes, *op. cit.*, p. 263. Según Bezerra de Meneses la reunión de objetos y obras de arte vinculados al pasado nacional brasileño fue un fenómeno anterior a la creación del Museo Histórico Nacional. El Museo Paulista, dedicado en sus comienzos a la historia natural, tenía un espacio dedicado a la historia del Brasil, donde podían encontrarse objetos tales como bustos y retratos que recordaban a diversos hombres públicos del pasado brasileño, Bezerra de Meneses, “Visões, visualizações...”, p. 121.

²⁶⁷ Manuel Ricardo Trelles (1821-1893) fue historiador, estudioso de las lenguas americanas y funcionario del Estado en diversas oportunidades. Fue además un importante coleccionista de objetos naturales e históricos, de libros y de documentos, destacándose en particular su amplia colección numismática. En 1858 fue nombrado director del Archivo General. Desde ese cargo se ocupó del ordenamiento y clasificación del mismo así como de la edición de diversas series documentales a través de la *Revista del Archivo General*, publicada entre 1869 y 1872. Entre 1879 y 1884 se desempeñó como director de la Biblioteca Pública y entre 1888 y 1892 editó la *Revista patriótica del pasado argentino*, donde publicó diversos artículos sobre historia colonial. Luego de su muerte parte de sus colecciones fueron donadas al Museo Histórico Nacional por su viuda, Elisa Stodarty, Cutolo, *Nuevo Diccionario...*, tomo séptimo, Buenos Aires, Elche, 1985, pp- 390-392.

utilidad científica que proporciona, reúne el atractivo del placer que causa su cultivo”²⁶⁸. La principal y más interesante parte de la Arqueología –proseguía citando a un ‘escritor francés contemporáneo’–, es incontestablemente la Numismática. En ella, puede decirse, se encuentra concentrado el conocimiento de la Antigüedad”²⁶⁹. Y agregaba que la ciencia de la numismática prestaba importantes auxilios a la historia, la geografía, la cronología, la mitología, la paleografía y la iconografía²⁷⁰. Por otra parte, en la categoría “varios ramos” agrupaba “todos los objetos que no están comprendidos en los anteriores, y que, por los diversos ramos a que pertenecen no pueden todavía formar secciones separadas”²⁷¹. Las palabras de Trelles reflejan las dificultades encontradas para caracterizar a este grupo, en el cual incluyó objetos tan diversos como una “estatua egipciaca presentada al Museo en 1843”, “muestras de mosaico de los pavimentos de varios templos de Herculano y Pompeya”, “colección de vasos y otros objetos de los antiguos peruanos” y “armas y objetos de uso de los salvajes de América”²⁷². Nos hemos detenido en este trabajo de Trelles con el objetivo de señalar que, a pesar de que el primer museo específicamente histórico y orientado a la construcción y legitimación de la historia del Estado y de la nacionalidad argentina fuera el establecimiento fundado por Carranza, la práctica de reunir objetos históricos en museos y la idea de que estos podían ser útiles para usos diversos fueron bastante anteriores a su creación.

Volviendo a nuestra pregunta inicial acerca de los posibles museos históricos que pudieron haber funcionado como modelos para los mentores del Museo Histórico Nacional, resulta de interés un trabajo escrito por Ernesto Quesada (1858-1934) en 1899 titulado *Las reliquias de San Martín y su iconografía. Estudio de las colecciones del Museo Histórico Nacional*. El trabajo de Quesada tenía por principal propósito presentar y describir la colección de objetos históricos pertenecientes a José de San Martín, y en particular el mobiliario de su habitación en Boulogne-sur-Mer, donado por su nieta, Josefa Balcarce, al Museo Histórico Nacional en 1899 en respuesta a una solicitud de Carranza. En la primera parte del trabajo, que es la que aquí nos interesa particularmente, el autor reflexiona sobre el valor de los museos históricos y presenta diversos ejemplos de museos europeos y americanos.

Cabe señalar que Quesada era un destacado intelectual de la Argentina de fines del siglo XIX, no solamente por la relevancia de sus producciones sociológicas e historiográficas, sino también por

²⁶⁸ Memoria elevada en 1856 por Manuel R. Trelles a la Asociación de Amigos de la Historia Natural del Plata “sobre el estado del Museo y demás relativo a la institución por el Secretario de la misma, D. Manuel R. Trelles”, Buenos Aires, Imprenta de “El Orden”, 1856, p. 21.

²⁶⁹ Ibid., pp. 21-22.

²⁷⁰ Ibid., p. 22.

²⁷¹ Ibid., p. 24.

²⁷² Ibid., pp. 24-25.

la importante gravitación de su figura en los debates acerca de la cuestión social y la cuestión nacional²⁷³. Las reflexiones intelectuales de Quesada tuvieron una activa presencia en los debates producidos en torno a la cuestión del “sujeto nacional” y del idioma nacional, dos temas estrechamente vinculados con la problemática de la nacionalidad²⁷⁴. En cuanto a su relación con el Museo, si bien no formó parte de la comisión fundacional, se interesó en diversas oportunidades por el desarrollo de la institución e inclusive escribió algunos otros trabajos en los que señalaba su importancia para la afirmación de la nacionalidad argentina, brindaba propuestas concretas acerca de su organización, sus objetivos y las modalidades en que debían ser concebidas y exhibidas sus colecciones y advertía acerca de los problemas y necesidades materiales de la institución²⁷⁵. Por otra parte, en sus viajes al exterior del país, realizados entre 1885 y 1904, Quesada había visitado diversas universidades, museos y bibliotecas de Estados Unidos, México, Francia, España y sobre todo Alemania, lo cual le había permitido ampliar sus conocimientos y perspectivas acerca de la vinculación entre estas instituciones y el desarrollo de los Estados y las identidades nacionales²⁷⁶.

En la primera parte de *Las reliquias de San Martín* Quesada se refería al fenómeno de creación de museos en diversas partes del mundo, señalando con entusiasmo que: “... en todas las naciones se nota el mismo movimiento de reconstrucción histórica, reuniendo en un local separado los objetos que representan épocas pasadas...”²⁷⁷. Sin embargo sostenía al mismo tiempo que, a pesar de la existencia en los países europeos de colecciones análogas a las de Museo Histórico Nacional “... destinadas a perpetuar la memoria de los monarcas o las glorias nacionales [...] sólo excepcionalmente han sido organizadas en forma de museo histórico, como instituto nacional e independiente”²⁷⁸. Quesada planteaba un recorrido por los museos históricos franceses y alemanes, señalando que aunque existían diversas instituciones que exhibían reliquias históricas, se hallaban aún dispersos en diversas colecciones y museos “... muchos otros objetos, cuyo estricto carácter

²⁷³ Ernesto Quesada fue uno de los fundadores de la sociología en la Argentina. Durante su juventud estudió en París, donde tuvo como profesores a Renan y Fustel de Coulanges; más tarde se graduó de abogado en la Universidad de Buenos Aires y en 1904 fue designado profesor titular de la cátedra de Sociología en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. Algunas de sus producciones intelectuales más destacadas fueron: *Dos novelas sociológicas* (1891), *La época de Rosas. Su verdadero carácter histórico* (1898), *Las doctrinas presociológicas* (1905), *El problema del idioma nacional* (1900) y *La evolución social argentina* (1911). Tomamos estos datos de Oscar Terán, *Vida intelectual en el Buenos Aires-fin-de-siglo...*, cap. IV: “Ernesto Quesada: sociología y modernidad”, pp. 207-289.

²⁷⁴ *Ibid.*, pp. 225-230.

²⁷⁵ Además del texto citado Quesada escribió otros dos trabajos sobre el Museo, a saber, “El Museo Histórico Nacional y su importancia patriótica”, Buenos Aires, G. Kraft, 1897 y “Las colecciones del Museo Histórico Nacional”, en *Nosotros*, Buenos Aires, 1915.

²⁷⁶ María Élide Blasco, “Ernesto Quesada y el Museo Histórico Nacional”, ponencia presentada en las III Jornadas de Investigación de la División Historia, Luján, 4 y 5 de junio de 2008, p. 2.

²⁷⁷ Ernesto Quesada, *Las reliquias de San Martín y su iconografía. Estudio de las colecciones del Museo Histórico Nacional*, Buenos Aires, Imprenta de la Revista Nacional, 1899, p. 7.

²⁷⁸ *Ibid.*, p. 4.

histórico los haría dignos de estar reunidos en un verdadero y exclusivo museo de este género”²⁷⁹.

Tomando entonces como principal criterio para la definición de los museos históricos nacionales la reunión en un único establecimiento de los objetos históricos pertenecientes a las diversas épocas del pasado de cada país, Quesada señalaba que la única institución que podía ser concebida como un modelo era el Museo de Nürenberg: “... el verdadero museo histórico nacional alemán es el de Nüremburg, fundado en 1852 por una asociación privada, y que hoy día ha asumido la importancia de un verdadero monumento de cultura de la raza germánica”²⁸⁰. Para Quesada la particular virtud y singularidad de este museo residía en que: “Más que a la glorificación de las distintas dinastías, está destinado al pueblo mismo de Alemania”, por medio de la exhibición de “... reliquias históricas de todo linaje, clasificadas con un método admirable y obedeciendo a una rigurosa división cronológica”²⁸¹.

A juzgar por sus impresiones podemos suponer que Quesada hacía referencia a una cierta impronta romántica del Museo de Nürenberg cuando planteaba que no era una institución dedicada al relato de gobiernos y dinastías, sino a la historia del “pueblo mismo de Alemania”²⁸². Por otra parte, un dato que no debemos soslayar es que este museo había sido fundado en 1852, es decir 20 años antes del logro de la unificación alemana, que tuvo lugar en 1871 (fecha de formación del Imperio Alemán luego de la victoria de Prusia en la Guerra franco-prusiana). Sin embargo Quesada lo presentaba como el único museo histórico nacional europeo. A la luz de las virtudes atribuidas por Quesada al Museo de Nürenberg se advierte que el autor de *Rosas y su tiempo* proyectaba un modelo de museo capaz de posibilitar el estudio del pasado y la proyección de las diferentes expresiones culturales de la nación: “... el estudioso al recorrer sus salas, siente renacer la vida de cada época, con sus peculiares características, sus usos y costumbres; los grandes hechos producidos, no solo los políticos y los militares, sino los artísticos, los literarios, industriales y comerciales; todo tiene allí su representación adecuada”²⁸³.

Resulta elocuente que Quesada, en un trabajo dedicado a resaltar la importancia del Museo Histórico Nacional y a realizar propuestas concretas para su desarrollo institucional, se expresara de este modo sobre los museos históricos, ya que sus impresiones positivas sobre el Museo de Nürenberg y sus ideas acerca del deber ser de un museo histórico estaban lejos de las características que Carranza pretendió otorgar a la institución, en tanto espacio evocativo centrado en las gestas

²⁷⁹ Ibid., p. 5.

²⁸⁰ Ibid., p. 6.

²⁸¹ Ibid..

²⁸² Ibid..

²⁸³ Ibid., p. 6.

políticas y militares y en la exaltación de los hombres públicos del pasado nacional.

De todas maneras Quesada destacaba al Museo Histórico Nacional como una institución de “trascendental importancia”²⁸⁴ y justificaba sus limitaciones atribuyéndolas a la escasez de recursos materiales y de apoyo político recibidos por su director: “Obra de la fe de un convencido, se ha realizado en medio de cierta indiferencia y se desenvuelve sin haber logrado encender aún el entusiasmo necesario en la generalidad de las gentes [...] Demasiado es lo hecho, asombroso lo realizado. No es posible, pues, juzgar establecimiento semejante como si hubiera sido fundado con arreglo a un plan concreto, y dotado de los abundantes recursos necesarios para su realización”²⁸⁵. Sus palabras son interesantes porque reflejan el escaso apoyo estatal recibido por la institución, un problema planteado recurrentemente por el propio Carranza a lo largo de toda su gestión.

En cuanto a los países americanos, Quesada destacaba algunos museos de los Estados Unidos de América, en particular el Instituto Smithsonian, aunque no lo concebía como un museo histórico debido a su “marcado carácter general”, que a su juicio lo diferenciaba del “museo argentino, cuya índole es estrictamente nacional”²⁸⁶ (es además digna de atención su referencia a los Estados Unidos como “un país sin historia”, seguramente en comparación con los países europeos²⁸⁷). Luego realizaba una virtuosa descripción de la Exposición de Río de Janeiro de 1881 como un ejemplo a seguir en materia de museos. Esta exposición había sido organizada por el entonces director de la Biblioteca Nacional de Brasil, Benjamín Franklin Ramiz Galvão (1846-1938), quien contando con el apoyo de los grupos letrados de la corte, organizó una vasta exhibición que recorría la historia, la geografía y la iconografía brasileña, con el objetivo de contribuir a la construcción simbólica de la nación brasileña así como a la afirmación del Estado imperial²⁸⁸. Quesada presentaba a la Exposición de 1881 como un virtuoso ejemplo debido a la relevancia de sus colecciones y a los criterios organizativos de sus mentores, aunque lamentaba que hubiera sido desarticulada posteriormente debido a la disgregación de sus colecciones y exhibiciones: “Ningún país de América, sin embargo, ha sobrepasado al Brasil en esta nobilísima tarea de reconstrucción del pasado; lo único que hay de sensible es que fue un esfuerzo pasajero, pues se reunieron todas las colecciones requeridas para constituir una exposición histórica modelo,

²⁸⁴ Ibid., p. 3.

²⁸⁵ Ibid., p. 10.

²⁸⁶ Ibid., p. 8.

²⁸⁷ Ibid..

²⁸⁸ Respecto a la Exposición de Historia de Brasil de 1881 véase María Inez Turazzi, “Imagens da nação a exposição de História do Brasil de 1881 e a construção do patrimônio iconográfico”, en *Galerías del progreso. Museos, exposiciones y cultura visual en América Latina*, Beatriz González-Stephan y Jens Andermann (eds.), Buenos Aires, Beatriz Viterbo, 2006, pp. 117-151.

celebrada en 1881 en Río de Janeiro pero fue necesario dispersar después aquellos tesoros²⁸⁹; y agregaba: “Solo ha quedado, como recuerdo imperecedero del esfuerzo, un soberbio catálogo en cuyos dos gruesos volúmenes se encuentra fuente abundante para practicar cualquier investigación: no solo la colección más completa de libros publicados en y sobre el país vecino, sino una serie acabada de retratos de sus personajes, de vistas de sus lugares, de objetos y trajes de sus poblaciones, de medallas conmemorativas de sus acontecimientos. Y todo ese inmenso material está clasificado con método admirable²⁹⁰”.

Ahora bien ¿cuáles eran los modelos de museos de Adolfo Pedro Carranza? Lamentablemente no podemos brindar una respuesta más o menos precisa a esta pregunta, ya que en ninguna de las fuentes consultadas Carranza se refiere a ejemplos de museos ya existentes. Más aún, éste se postulaba a sí mismo casi como un pionero en la materia, al menos en los países americanos. En una carta dirigida al ministro del Interior, José V. Zapata, el 15 de abril de 1892, poco tiempo después de la nacionalización del Museo, Adolfo Pedro sugería que sería importante recoger los retratos, objetos y trofeos dispersos en toda América, ya que: “...reunidos harán de él el primer establecimiento de su género en este continente²⁹¹”. Un factor importante a tener presente es que (de acuerdo a la información brindada por las fuentes disponibles), salvo algunos viajes a Chile, Bolivia y Paraguay, Carranza no había viajado por América y tampoco había visitado Europa. No es éste un dato menor ya que por lo general los museos formaban parte de una red internacional que funcionaba por medio de viajes al exterior de sus directores y promotores, participación en exposiciones internacionales o bien intercambio de correspondencia y publicaciones²⁹².

De hecho, las ideas de Quesada sobre los museos históricos se vinculaban con el conocimiento de instituciones de esta índole en el exterior del país. Pero en el caso de Carranza, independientemente de las lecturas que pueda haber realizado o de las opiniones que pueda haber recibido de sus pares, lo cierto es que (al menos en principio) no conocía ningún museo histórico

²⁸⁹ Quesada, *op. cit.*, p. 9.

²⁹⁰ Ibid. Turazzi señala que el catálogo de la Exposición brasileña recibió el “gran premio” de la Exposición Continental de Buenos Aires, organizada en 1882 por el Club Industrial con el patrocinio del gobierno argentino, Turazzi, *op. cit.*, p. 147. En el marco de esta exposición Andrés Lamas organizó una importante exhibición de objetos vinculados con la “historia nacional”, véase Blasco, “Comerciantes...”, p. 5.

²⁹¹ Carta de Adolfo P. Carranza al ministro del Interior, José V. Zapata, Buenos Aires, 15/4/1892, AH, MHN, FAPC, LN, vol. I, p. 142. Más adelante, en una Memoria elevada al ministro del Interior, Benjamín Zorrilla, en el año 1896, Carranza expresaba, refiriéndose al Museo, que: “El G. N (en referencia al gobierno nacional) atendiendo a las indicaciones de esta Dirección, ha favorecido su desarrollo con acertadas disposiciones y abrigó la esperanza de que muy pronto llegaremos a formar en fila con las instituciones europeas de esta índole”, Adolfo P. Carranza a Benjamín Zorrilla, Memoria del Museo Histórico Nacional, Buenos Aires, 30/5/1896, AH, MHN, FAPC, LN, vol. I, p. 362. Benjamín Zorrilla (1840-1896) fue nombrado ministro del Interior en enero de 1895, durante la presidencia de José Evaristo Uriburu, y se desempeñó al frente de dicho organismo durante un año y medio.

²⁹² Podgorny y Lopes, *op. cit.*, p. 10.

fuera de la Argentina. Pero aunque no conociera otros países y no explicitara ninguna referencia a museos previos en sus escritos, parece claro que sus ideas y propuestas como director tuvieron diversas líneas de continuidad con muchas de las características de los museos existentes en el país, aunque estos estuvieran volcados fundamentalmente a la historia natural, la arqueología y la antropología.

Nos referimos a las modalidades en que se formaron las colecciones de la institución, los resortes de funcionamiento de las redes sociales públicas y privadas desplegadas en este proceso, la confección y edición de catálogos y publicaciones ilustradas con el sello del Museo, las funciones educativas asignadas al mismo como uno de los aspectos más destacados por Carranza ante las autoridades estatales, la retórica pública desarrollada para conseguir apoyo político y económico de los gobiernos, e inclusive la concepción de los objetos históricos como reliquias del pasado²⁹³. Estos y otros aspectos, aunque son propios de la historia del Museo Histórico Nacional, no son exclusivos de esta institución. Por el contrario, el Museo dirigido por Carranza dialogó con sus pares, de modo tácito o explícito, en todas estas cuestiones, continuando prácticas previas e imitando modelos ya existentes. Asimismo cabe señalar que tampoco en tanto museo histórico el Museo Histórico Nacional era completamente novedoso. Tal como lo hemos señalado en el capítulo II, su creación estuvo precedida por el desarrollo de diversas exposiciones de objetos históricos e incluso por el diseño de un museo histórico nacional, realizados por Andrés Lamas entre las décadas de 1870 y 1880 en Buenos Aires, junto al apoyo de una red de coleccionistas y contando con cierto grado de apoyo por parte de los poderes públicos y de instituciones privadas.

Por otra parte, así como la presencia de objetos históricos en los museos de Buenos Aires es anterior a la fundación del Museo Histórico, también la práctica de donaciones de este tipo de objetos por parte de particulares o bien de instituciones públicas a los museos precede varias décadas a su creación. De hecho, se trata de dos procesos absolutamente imbricados, ya que las donaciones de objetos ocuparon un espacio fundamental en la conformación de las colecciones de los museos. Un interesante ejemplo de esta práctica se encuentra en las sucesivas entregas de objetos realizadas por Juan Manuel de Rosas al Museo Público de Buenos Aires durante su segundo mandato como gobernador de la Provincia de Buenos Aires (1835-1852). De acuerdo a una serie de certificados de donaciones expedidos por el Museo Nacional (anteriormente Museo Público de Buenos Aires) al Museo Histórico en el año 1890, donde se transcriben una serie de registros de

²⁹³ Estas cuestiones han sido desarrollada por Podgorny y Lopes a propósito de los museos orientados a las ciencias y a la historia natural existentes en la Argentina durante la segunda mitad del siglo XIX, deteniéndose en particular en el caso del Museo de La Plata; véase Podgorny y Lopes, *op. cit.*, pp. 127-161/187-199/201-223 y 225-255.

donaciones recibidas por el Museo Público, Rosas hizo entrega de diversos objetos a la mencionada institución durante su segundo gobierno. Así, el 10 de diciembre de 1842 (según consigan los mencionados registros), “por orden del Exmo. Gobernador se ha entregado en este establecimiento una Espada vieja que fue hallada en lugar poco transitado de la Cordillera traída desde Mendoza por el Coronel Lasala y remitida a S. E., por el Exmo. Señor Presidente de la República Oriental del Uruguay, Brigadier General Don Manuel Oribe, Comandante en Jefe del Ejército de vanguardia de la Confederación Argentina...”²⁹⁴,

El 21 de julio de 1843, el edecán de Rosas, Manuel Corvalán, entregó al Museo, por orden de aquel, dos objetos, por cierto muy significativos: “1°. Dos pistolas de seis tiros cada una, que el salvaje unitario Pardejón Rivera arrojó en la gloriosa inmortal victoria del 6 de diciembre último. 2°. La máquina infernal con que el mismo pardejón intentó asesinar a S.E., a quien salvó al abrirla un favor especial de la Divina Providencia el 26 de marzo de 1841...”²⁹⁵. Asimismo, el 27 de mayo de 1844 Rosas hizo entrega al Museo, por intermedio de su edecán Pedro R. Rodríguez, de los siguientes objetos: “1°. Un cuadro de las Armas del Antiguo Cabildo de esta Ciudad”, 2°. Dos bastones con puño de oro pertenecientes al mencionado cabildo²⁹⁶.

Otro interesante ejemplo de este tipo de prácticas, aunque de características muy diferentes y además bastante cercano a la fundación del Museo, se encuentra en la donación por parte de Josefa Balcarce al Estado nacional de una serie de objetos vinculados a su abuelo, José de San Martín, cuya figura, por otra parte, habría de hallar un espacio protagónico en las vitrinas del Museo Histórico Nacional. En carta del 8 de octubre de 1886 dirigida al ministro de Relaciones Exteriores de la Nación, Norberto Quirno Costa, Josefa Balcarce expresaba: “Por conducto de mi digno amigo, D. José Machain, que regresa a Buenos Aires, remito a V. E. diversos objetos que pertenecieron a mi abuelo, el General D. José de San Martín, los cuales como reliquias históricas de ese gran

²⁹⁴ Certificado expedido por el Museo Público de Buenos Aires al Museo Histórico firmado por Agustín Pendola, Buenos Aires, 10/5/1890, AH, MHN, FAPC, *Documentos de donaciones. Suplemento* (en adelante DDS), 1890-1916, folio 18.

²⁹⁵ Certificado expedido por el Museo Público de Buenos Aires al Museo Histórico firmado por Agustín Pendola, Buenos Aires, 10/5/1890, en AH, MHN, FAPC, DDS, 1890-1916, folio 17. Acerca de la historia del objeto conocido como “máquina infernal” (donado al Museo Histórico Nacional por el Museo Público de Buenos Aires el 10 de mayo de 1890, tal como consta en el certificado de donación aquí citado), véase el trabajo de Adolfo Saldías, “La maquina infernal”, publicado en la revista *El Museo Histórico* a propósito de su incorporación al patrimonio del MHN, en *El Museo Histórico*, tomo I, entrega 1ª, Buenos Aires, G. Kraft, pp. 203-211.

²⁹⁶ Certificado expedido por el Museo Público de Buenos Aires al Museo Histórico firmado por Agustín Pendola, Buenos Aires, 10/5/1890, AH, MHN, FAPC, DDS, 1890-1916, folio 16. A la luz de estos documentos consideramos que sería interesante estudiar la historia del Museo Público de Buenos Aires durante los gobiernos de Rosas para analizar, en particular, cuáles fueron los móviles que impulsaron a Rosas a donar objetos al Museo y si dicha institución pudo haber desempeñado alguna función en la propaganda política del régimen. La donación al establecimiento de un objeto que pertenecía a uno de los mayores enemigos del rosismo, Fructuoso Rivera, así como de la máquina infernal, un objeto que podía ser utilizado para afianzar la imagen construida por el discurso rosista acerca de la amenaza representada por sus enemigos, podrían ser indicios interesantes para formular una hipótesis en esta dirección.

capitán, ruego a V. E. se sirva hacer depositar en el Museo Nacional de la República”. Luego de enumerar los objetos que enviaba, Josefa se refería a su propio gesto casi como un sacrificio patriótico, lo cual de alguna manera da cuenta, aunque sea vagamente, de una idea de los museos como los legítimos depositarios de los objetos que habían pertenecido a los hombres públicos del pasado: “... si bien mucho me complace ofrecer estas reliquias al Museo de mi Patria, no por eso ha dejado de costarme desprenderme de recuerdos de familia para mi tan queridos”²⁹⁷.

La evidencia aportada por estos escasos documentos requeriría una investigación más amplia que permitiera medir el alcance y las características de las prácticas de donación de objetos históricos a los museos, tanto por parte de los poderes públicos como de particulares, con anterioridad a la fundación del Museo Histórico. Sin embargo, creemos posible afirmar que la entrega de diversos objetos históricos realizada por Rosas al Museo Público y la donación efectuada por Josefa Balcarce de objetos pertenecientes a José de San Martín con el propósito de que fueran exhibidos en el Museo Nacional, evidencian que, aunque Carranza se presentara como un pionero en la materia, lo cierto es que las ideas y las prácticas que desplegó para la creación y organización del Museo Histórico Nacional recuperaron o continuaron todo un bagaje previo de prácticas de donaciones y de presencia de objetos históricos en museos. De modo que –tal como ya ha sido señalado a propósito de los proyectos desarrollados por Lamas–, el Museo Histórico Nacional no fue una invención sino más bien la cristalización –en un peculiar contexto de la Argentina en el cual la cuestión de la memoria nacional estaba adquiriendo, al menos para una fracción de las elites, una particular intensidad–, de una serie de experiencias preexistentes, que aunque de características muy heterogéneas tuvieron en común la práctica de asociar el legítimo destino de los objetos históricos con las vitrinas de los museos.

²⁹⁷ Carta de Josefa Balcarce y San Martín de Gutiérrez de Estrada al ministro de Relaciones Exteriores de la República Argentina, Norberto Quiro Costa, París, 8/10/1886. Los objetos donados por Josefa eran: “1°. En un estuche de tafílete: el sello de plata del Ejército de los Andes; el sello particular, igualmente de plata del General San Martín y otro sello de oro con las armas de Chile. 2°. En un estuche más grande: las placas y medallas del General San Martín, entre las cuales se halla la medalla de Baylén, que mereció al servicio de España. 3°. En un cajoncito de encina: el sombrero de picos, de Granaderos a Caballo, de San Lorenzo, de Chacabuco y Maipú. El uniforme, las charreteras y el cinturón del General San Martín, las Bandas del Rango o Autoridad que revistió en la República Argentina, de Chile y del Perú. Un pequeño poncho que llevaba en sus campañas. 4°. En una caja de tafílete: un par de chifles guarnecidos de plata, que sirvieron al General en todas sus campañas”, AH, MHN, FAPC, DDS, 1890-1916, folio 10. En carta del 10/11/1886 Norberto Quiro Costa agradecía a Josefa Balcarce la donación realizada y le comunicaba cuál había sido la decisión tomada por el gobierno acerca del destino de esos objetos, una decisión que echa luz sobre la escasa trascendencia de los museos en la Argentina finisecular. Así, incumpliendo el propósito de Josefa de que los objetos fueran exhibidos en el Museo Nacional, Quiro Costa le escribía las siguientes palabras: “... el presidente de la República me ha encargado de transmitirle que, en el interés de dar mayor realce a los objetos recibidos, hará que ellos sean colocados en el salón de recepciones de la Casa de Gobierno por ser este local más aparente que el Museo Público donde no podrían ser expuestos con el brillo correspondiente. Como esta medida necesita la ratificación de la donadora, me será agradable poder transmitir al señor Presidente la aceptación de Ud. a fin de llevarla oportunamente a efecto, Ibid.

b) De las provincias a la Capital: Adolfo P. Carranza y el proceso de acopio de *reliquias*

En el apartado anterior nos hemos referido a las diversas líneas de continuidad existentes entre la fundación del Museo Histórico Nacional y una serie de proyectos y prácticas preexistentes asociadas a la reunión y exhibición pública de objetos históricos en exposiciones y museos. También hemos analizado los móviles que llevaron a la nacionalización de la institución en 1891 y señalado que Carranza recibió con beneplácito la noticia del pasaje jurisdiccional del Museo de la Ciudad a la Nación, porque este cambio parecía dar rienda suelta a sus ambiciosos objetivos como director de la joven institución. Sin embargo, aún nos resta preguntarnos por el carácter y la magnitud de los cambios que efectivamente experimentó el Museo a partir de su nacionalización, o dicho de otro modo, aún debemos indagar en qué aspectos concretos de la gestión de Carranza incidió el cambio jurisdiccional de la institución producido a fines de 1891.

En principio advertimos un cambio significativo en las aspiraciones y prácticas de Adolfo Pedro acerca de la pretendida entidad del Museo, particularmente en lo que atañe a la formación de sus colecciones. Consideramos, en este sentido, que la nacionalización pareció funcionar para Carranza como un dispositivo legitimador de una renovada dimensión política institucional, que lo llevó a desplegar una serie de prácticas tendentes a aumentar las colecciones del Museo con diversos objetos provenientes de las provincias del interior del país, e incluso de otros países.

Así como anteriormente había manifestado sus temores y reservas en esta dirección, ahora parecía querer hacer uso de la nueva legitimidad política que le otorgaba la nacionalización, para dar rienda suelta a su proyecto de reunión de todos los objetos históricos posibles en el espacio del Museo. Para ello contaba, al menos en principio, con el apoyo de las autoridades del Ministerio del Interior. De hecho, en los considerandos del decreto de nacionalización, el presidente de la Nación, Carlos Pellegrini, y el ministro del Interior, José V. Zapata, habían expresado la voluntad de reunir en el Museo los objetos dispersos en todo el país como argumento justificatorio del traspaso jurisdiccional. A partir de entonces Carranza realizó algunas gestiones concretas en esta dirección con el objetivo de obtener apoyo político por parte de las autoridades para llevar a cabo su propósito. Así, en una carta dirigida a Zapata fechada el 15 de febrero de 1892 expresaba: “Nacionalizado el Museo Histórico [...] justo es que en él se encuentren guardados todos aquellos trofeos y reliquias que conmemoran al pueblo argentino la época gloriosa de su emancipación, y teniendo conocimiento el que suscribe de que existen en las diferentes Provincias, algunos, dignos bajo todos conceptos de ser conservados y reunidos en la Capital de la República, vengo a solicitar con tal motivo la autorización para recabar de los diferentes gobiernos y otras autoridades, todos

cuantos objetos convengan a tales propósitos”²⁹⁸. Estas palabras de Carranza evidencian que, de acuerdo a su criterio, la nacionalización del Museo implicaba la tarea de reunión y centralización de los objetos significativos del pasado en un solo lugar. El Estado nacional parecía haber creado –a sus ojos–, un único espacio legítimamente destinado a resguardar la memoria material del pasado, y ese lugar era el Museo Histórico Nacional bajo su dirección.

Las fuentes consultadas no nos han permitido reconstruir detalladamente las gestiones realizadas por Carranza ante las elites provinciales para lograr reunir en el Museo los objetos históricos dispersos en todo el país. De modo que un análisis detallado acerca de las prácticas implementadas para cumplir sus objetivos, las redes sociales activadas para ello, así como los alcances y límites de sus propósitos, quedará como una pregunta abierta para una futura investigación. Sin embargo trataremos de reconstruir, al menos como un esbozo, algunos de los pasos concretos dados por Carranza en esta dirección, la participación de las autoridades estatales en dicha tarea y las respuestas obtenidas por las elites provinciales ante sus demandas.

Un primer factor que debe tenerse presente es que para los poderes públicos de la Argentina la formación de un museo histórico de índole nacional, capaz de acopiar los bienes históricos dispersos en todo el país, no fue un asunto particularmente importante. De modo que no es extraño que el proyecto liderado por Carranza no llevara al diseño de políticas de Estado tendentes a garantizar el funcionamiento de la institución y los propósitos del director del Museo. A continuación analizaremos las respuestas recibidas por Carranza por parte de las autoridades del Ministerio del Interior a propósito de su objetivo de concentrar en el Museo los bienes históricos dispersos en todo el país, con el objetivo de comprender los alcances y límites de los apoyos recibidos durante este proceso. En rigor, durante el período que nos ocupa, el Ministerio sancionó una sola medida concreta que, al menos en principio, brindaba apoyo político al proyecto de Carranza. Se trató de un decreto sancionado el 23 de febrero de 1892, en aparente respuesta a la nota elevada por Carranza con fecha 15 del mismo mes, en la que éste último solicitaba a las autoridades apoyo para llevar a cabo su propósito. De acuerdo al texto del mencionado decreto era en el Museo donde debían “ser depositadas y conservadas las reliquias históricas de la Nación”, motivo por el cual el Ministerio autorizaba a su dirección: “... para que recabe de quien corresponda la entrega de las banderas extranjeras que se encuentran en la Catedral, y de las que se hallen en poder de cualquier otra autoridad o Repartición, a fin de darles digna colocación en el

²⁹⁸ Carta de Adolfo P. Carranza al ministro del Interior, José V. Zapata, Buenos Aires, 15/2/1892, AH, MHN, FAPC, LN, vol. I, p. 130.

Establecimiento que tiene a su cargo”²⁹⁹.

Cabe señalar que, de entre todos los objetos históricos posibles, Carranza otorgaba una importancia singular a las banderas. Así, en la Memoria elevada al ministro Zapata en abril de ese mismo año sostenía que: “... las banderas y trofeos con que se adquieren glorias, como las que se conquistan en guerras nacionales, necesitan ser conservadas en parajes especiales, donde reunidos, vayan los ciudadanos a contemplar esas reliquias y los que no lo son a conocer los antecedentes que manifiesta de lo que ha sido capaz el pueblo en que viven”. Con estas palabras Carranza no solamente resaltaba la particular relevancia de las banderas sino que también realizaba una clara alusión a la cuestión inmigratoria³⁰⁰.

Ahora bien, si el mencionado decreto expresaba un gesto de apoyo político al Museo por parte de las autoridades estatales, lo cierto es que era extremadamente vago en sus disposiciones. La única medida concreta que establecía era el traslado al Museo de las banderas españolas que se hallaban en la Catedral de Buenos Aires. Luego, aunque incluía a las banderas que se encontrasen en “cualquier otra autoridad o Repartición”, no especificaba cuáles serían sus ámbitos de aplicación concreta, y tampoco brindaba a Carranza herramientas legales que pudieran haberle facilitado el cumplimiento de sus propósitos. Más adelante volveremos sobre el particular para comprender cuáles fueron los alcances y los límites de este decreto en el proceso de reunión de banderas históricas en el Museo³⁰¹. Por ahora quisiéramos señalar que, de acuerdo a las fuentes consultadas, existió por lo general una brecha amplia entre el discurso de las autoridades del Ministerio del

²⁹⁹ Decreto del Poder Ejecutivo Nacional firmado por Carlos Pellegrini y José V. Zapata el 23/2/1892, en *Registro Nacional de la República Argentina*, año 1892, tomo cuatrigésimo primero (segundo semestre), Buenos Aires, Taller Tipográfico de la Penitenciaría, 1892. En el documento citado aparece como fecha de sanción del mencionado decreto el día 2 de febrero pero consideramos que se trata de un error y que la fecha correcta es el 23 del mismo mes, ya que parece claro que fue sancionado en respuesta a la carta enviada por Carranza a José V. Zapata el 15 de febrero de 1892 citada en este capítulo. Asimismo, en diversos documentos en los que se hace referencia a este decreto Carranza menciona como fecha de su sanción el 23/2/1892.

³⁰⁰ Memoria enviada por Adolfo P. Carranza al ministro del Interior, José V. Zapata, Buenos Aires, 15/4/1892, AH, MHN, FAPC, LN, vol. I, p. 142.

³⁰¹ Por otra parte, en septiembre de ese mismo año el ministro del Interior dictó una resolución por medio de la cual encomendaba a Carranza que viajase a la ciudad de Helvecia, en la provincia de Santa Fe, para que: “... en virtud de lo comunicado por el Administrador de Rentas nacionales, recoja y conduzca con destino al establecimiento a su cargo, cuantos objetos históricos crea convenientes o necesarios”, carta del ministro del Interior, José V. Zapata, a Adolfo P. Carranza, Buenos Aires, 21/9/1892, en *El Museo Histórico*, tomo 1º, entrega 1ª, Buenos Aires, G. Kraft, 1892, p. 195. La ciudad de Helvecia había sido fundada como colonia en el año 1865 en la costa este de la provincia de Santa Fe, muy cerca de la futura ciudad de Cayastá, fundada en 1867. Durante el período colonial esta zona había sido ocupada por reducciones indígenas, y por otra parte Cayastá había sido el núcleo antiguo de la ciudad de Santa Fe, fundada por Juan de Garay en 1572. A pesar de la aparente relevancia histórica y arqueológica de la zona, la misión desempeñada por Carranza no fue exitosa. El 28/9/1892 éste escribía a Zapata para informarle que había viajado al pueblo de Cayastá a buscar indicios sobre la fundación de la ciudad pero que los objetos que había encontrado (según se lo habían referido los pobladores del lugar) carecían de importancia, motivo por el cual había decidido regresar, carta de Adolfo P. Carranza a José V. Zapata, Buenos Aires, 28/9/1892, AH, MHN, FAPC, LN, vol. I (enero 1890-agosto 1896), pp. 166-167. La importancia de la tarea encomendada a Carranza reside en que fue la única iniciativa orientada a la exploración de supuestas riquezas patrimoniales (en este caso históricas y arqueológicas), surgida de las autoridades públicas.

Interior –quienes tendían a celebrar la tarea emprendida por Carranza para reunir en el Museo los objetos históricos dispersos en el país– y la falta de medidas capaces de garantizar que la misma pudiera concretarse³⁰².

Por otra parte, cabe señalar que el desarrollo de medidas concretas por parte del Ministerio del Interior destinadas a reunir en el Museo los objetos históricos dispersos en diversas entidades públicas de todo el país, hubiese sido, en diversos sentidos, muy difícil de llevar a cabo. Aunque se trata solamente de conjeturas exponemos a continuación algunas de las razones que, a nuestro entender, podrían haber complicado el accionar del Estado en esta dirección. En primer lugar, las posibles resistencias que hubiese desencadenado en las provincias un intento de “apropiación”, por parte del Estado Nacional, de objetos históricos con destino al Museo Histórico Nacional, y junto con ello, las dificultades políticas que podría haber acarreado al gobierno la toma de medidas en esta dirección. En segundo lugar, los posibles problemas jurídicos y la superposición jurisdiccional que seguramente hubiese producido un propósito semejante. Por otra parte, el contexto político, y en particular la relación entre el Estado nacional y los gobiernos provinciales, fue especialmente complicada durante la década de 1890 debido a las sucesivas intervenciones federales a algunas de las provincias del interior que, más allá de las características que asumieron en cada caso, constituían un importante foco de tensión entre el gobierno nacional y diversas fracciones de las elites provinciales³⁰³.

Por último, y más importante aún, un factor decisivo fue la falta de voluntad política concreta

³⁰² En la Memoria relativa al año 1893 enviada al Congreso Nacional por el ministro del Interior, Manuel Quintana, se hacía referencia al decreto del Poder Ejecutivo Nacional a partir del cual Carranza había comenzado a viajar por las provincias con el objetivo de reunir objetos históricos con destino al Museo. De acuerdo a las palabras de Quintana: “Esa iniciativa ha dado los resultados previstos. Las donaciones aumentan constantemente”, Memoria presentada al Congreso Nacional de 1893 por el ministro del Interior de la Nación, Manuel Quintana, Buenos Aires, Imprenta de la “Tribuna”, 1894, pp. 271-272. Manuel Quintana (Buenos Aires 1835-1906) se desempeñó como ministro del Interior de la Nación entre el 12 de agosto y el 8 de diciembre de 1893, durante la presidencia de Luis Sáenz Peña.

³⁰³ Entre los años 1892 y 1897, período que ocupa la presente investigación y durante el cual el Museo Histórico dependió de las autoridades nacionales, se produjeron varios episodios de intervenciones federales a las provincias. Natalio Botana sostiene que entre 1890 y 1894, es decir durante las presidencias de Carlos Pellegrini (agosto de 1890-octubre de 1892) y de Luis Sáenz Peña (octubre de 1892-enero de 1895), las intervenciones a las provincias alcanzaron un pico respecto del período 1880-1916. Ambos mandatos, por otra parte, coincidieron con el ciclo revolucionario que se inició en 1890 y finalizó en torno a los años 1894-1895. Durante la presidencia de Pellegrini fueron intervenidas las provincias de Catamarca y de Mendoza, mientras que durante el mandato de Luis Sáenz Peña sufrieron intervenciones las provincias de Catamarca, Santa Fe, San Luis, Santiago del Estero, Corrientes, Buenos Aires y Tucumán, en algunos casos en más de una oportunidad. Asimismo, durante la presidencia de José V. Uriburu (enero de 1895-octubre 1898) fueron intervenidas las provincias de San Luis, Santiago del Estero y La Rioja. Si bien no todas las intervenciones tuvieron las mismas características, ya que en algunos casos se llevaron a cabo por demandas de fracciones de las elites provinciales y en otras por decisiones del Estado nacional, y mientras que en algunas oportunidades apoyaron a las elites gobernantes y en otras a los grupos de oposición política, lo cierto es que la relación entre el Estado nacional y las provincias estaba atravesando un período altamente conflictivo; véase Natalio Botana, *El orden conservador. La política argentina entre 1880 y 1916*, Buenos Aires, Sudamericana, 1998, segunda parte, cap. V: “El sistema federal”, pp. 128-134.

en esta dirección, explicable en gran medida por el orden menor que ocupaban los problemas vinculados con el Museo para las autoridades del Ministerio del Interior. En este sentido, y no sólo en relación a la cuestión que ahora nos ocupa sino más en general, reafirmamos la idea de que el Museo era una institución escasamente relevante para las autoridades del mencionado ministerio, un organismo que a comienzos de la década de 1890, en el marco del proceso de consolidación del Estado, tenía a su cargo, entre otras cosas, no solamente las intervenciones federales, sino también la Dirección de Ferrocarriles, el Departamento de Obras Públicas, la Administración de Correos y Telégrafos, la Oficina de Tierras y Colonias, el Departamento de Tierras, Agricultura e Inmigración, el Departamento Nacional de Higiene y los Territorios Nacionales, entre otras dependencias. Tal era la magnitud de este organismo y su conflictividad política recurrente que solamente entre 1891 y 1898 (período que abarca las presidencias de Pellegrini, Sáenz Peña y Uriburu) tuvo 11 ministros diferentes.

A pesar de este panorama tan poco alentador, Adolfo P. Carranza, apoyándose en la sanción del decreto de febrero de 1892, llevó a cabo una serie de gestiones y de prácticas concretas para reunir en el Museo una serie de banderas que se encontraban en diferentes provincias³⁰⁴. En el mes de abril, en una Memoria elevada al ministro del Interior, informaba que había viajado al interior del país con el propósito de iniciar la tarea de reunión de objetos históricos con destino al Museo: “Siendo el Establecimiento de la Nación, he comenzado a recoger de las Provincias todo cuanto sea digno de que figure en sus salones y al efecto hice un viaje a las de Cuyo y espero cuanto me sea posible continuarlo por las del Interior y Litoral, para satisfacer de una manera la más completa el pensamiento del Gobierno Nacional al tomarlo bajo su patrocinio³⁰⁵”. Pero sus ambiciones parecían querer exceder las fronteras nacionales, ya que agregaba: “Creo también que para darle más importancia y amplitud deben recogerse los retratos, objetos y trofeos esparcidos en América...”³⁰⁶.

Así, en el transcurso de ese mismo mes Carranza logró incorporar al patrimonio del Museo “quince banderas y dos estandartes españoles -cuatro banderas brasileras y una bandera inglesa-” que se hallaban en la Catedral de Buenos Aires; una tarea relativamente sencilla debido a que el

³⁰⁴ Estas acciones de Carranza permiten afirmar, con respecto al Museo Histórico Nacional, una idea señalada por Podgorny y Lopes a propósito de los museos de ciencias e historia natural, a saber, la decisiva gravitación personal de sus directores en la gestión y desarrollo de estas instituciones, Podgorny y Lopes, *op. cit.*, p. 10. Este fue el caso de Carranza, quien dirigió el Museo hasta el año de su muerte y prácticamente sin otros apoyos sólidos (recordemos que la comisión fundacional no tuvo participación efectiva en su proceso formativo).

³⁰⁵ Memoria elevada por Adolfo P. Carranza al ministro del Interior, José V. Zapata, Buenos Aires, 15/4/1892, en *El Museo Histórico*, tomo I, entrega 1ª, Buenos Aires, G. Kraft, 1892, p. 68.

³⁰⁶ *Ibid.*

traspaso de estos objetos al Museo había sido específicamente sancionado por el citado decreto³⁰⁷. Asimismo, el 23 de junio del mismo año logró incorporar al patrimonio del Museo “dos guiones españoles tomados por el general Manuel Belgrano en la batalla de Tucumán en 24 de septiembre de 1812”, donados al Museo por el canónigo Dr. Antonio Rasore³⁰⁸.

Pero si las gestiones de Carranza frente al Arzobispado de Buenos Aires fueron casi un trámite, no ocurriría lo mismo con respecto a las solicitudes de donaciones de banderas que realizó ante algunas provincias. En octubre de 1892 solicitó al gobernador de Jujuy, Sergio Alvarado: “... la bandera argentina jurada por el ejército nacional en 1813, y que se haya depositada en la capital de la Provincia de la que V. E. es digno mandatario”³⁰⁹. En su carta Carranza intentaba persuadir a Alvarado de la necesidad de que el gobierno de Jujuy entregara dicha bandera al Museo, señalando que: “Como V. E. tendrá conocimiento ya se han recogido algunas de las que estaban depositadas en la Casa de Gobierno y templos de esta Capital y algunas Provincias y no dudo que vuestra V. E. no pondrá obstáculo para que aquella bandera nacional conservada por el pueblo Jujeño venga para ser colocada en el local designado con tan patriótico objeto”³¹⁰.

Alvarado respondió a Carranza que elevaría su solicitud a la consideración de la Legislatura provincial, pero al parecer no volvió a escribirle ya que el 21 de noviembre de 1893 Adolfo Pedro se dirigía al ministro del Interior, Manuel Quintana, para pedirle que solicitara al gobernador de Jujuy: “... aquella enseña gloriosa a fin de conservarla reunida a otras de igual importancia en el ‘Museo Histórico Nacional’ de esta ciudad”³¹¹. Finalmente el 19 de mayo de 1894 la Legislatura provincial dictaba la siguiente resolución (elevada unos días después por el gobierno de Jujuy al ministro del Interior de la Nación): “Contéstese que es imposible acceder al pedido de la bandera de Belgrano para que figure en el ‘Museo Histórico’ de la Capital, por cuanto ella es una donación al pueblo de Jujuy, que este desea y debe conservar como un recuerdo de la distinción y el honor que le dispensó el general Belgrano, por sus señalados servicios y abnegación en la guerra de la

³⁰⁷ “Libro de Entrada del Museo Histórico Nacional”, 8/4/1892, obj. núm. 623, en *El Museo Histórico*, tomo II, entrega 3ª, Buenos Aires, G. Kraft, 1893, p. 202.

³⁰⁸ Libro de Entrada del Museo Histórico Nacional, 23/6/1892, núm. 653, en *El Museo Histórico*, tomo II, entrega 3ª, Buenos Aires, 1893, p. 205. Los guiones eran banderas que guiaban a los ejércitos. El sacerdote Antonio Rasore se desempeñaba en 1892 como cura rector de la parroquia de Nuestra Señora de la Merced.

³⁰⁹ Carta de Adolfo P. Carranza al gobernador de la Provincia de Jujuy, Sergio Alvarado, Buenos Aires, 21/10/1892, AH, MHN, FAPC, LN, vol. I, p. 173.

³¹⁰ *Ibid.*

³¹¹ Carta de Adolfo P. Carranza al ministro del Interior, Manuel Quintana, Buenos Aires, 21/11/1893, AH, MHN, FAPC, LN, vol. I, pp. 223-224.

Independencia”³¹². Carranza había fracasado en sus gestiones ante las autoridades de Jujuy, celosas de un bien patrimonial que –de acuerdo a las palabras de la citada resolución– pertenecía al pueblo de Jujuy, y que por lo tanto no estaban dispuestas a entregar al Museo Histórico Nacional, al que por otra parte llamaban ‘Museo de la Capital’³¹³.

Pero el fracaso de las gestiones de Carranza ante el gobierno de Jujuy no iba a ser el único en su intento de reunir en el Museo las banderas dispersas en el conjunto de las provincias. Utilizando nuevamente la pretendida legitimidad que le otorgaba el decreto de febrero de 1892, Carranza intentó trasladar al Museo la “bandera de los Andes”, que había sido confeccionada para acompañar al Ejército de los Andes en sus campañas militares y que se encontraba en la ciudad de Mendoza. Esta vez Carranza habría solicitado opinión a Manuel Mantilla (quien formó parte de la comisión fundacional del Museo) acerca del legítimo destino de esta bandera. En un telegrama dirigido al director del Museo por Mantilla (muy posiblemente en respuesta a una inquietud de aquel), fechado en Buenos Aires el 26 de mayo de 1892, el historiador correntino le escribía las siguientes palabras: “Bandera de los Andes es nacional por los colores y disposición de ellos iguales a la primera entregada en Jujui el año doce al regimiento sexto la misma que fue jurada por el ejército del Perú en la costa del Río Pasaje es de propiedad de la nación por que fue de un ejército nacional [...]”.

³¹² Resolución dictada por el Departamento de Gobierno de la Provincia de Jujuy, firmada por P. J. Bertres (presidente) y C. Otálvares (secretario), Jujuy, 23/5/1894, en *El Museo Histórico*, tomo II, entrega 4ª, Buenos Aires, G. Kraft, 1893, p. 297.

³¹³ El valor político y simbólico de esta bandera fue posteriormente exaltado por Ricardo Rojas en un libro escrito en 1916 titulado *La Argentinidad. Ensayo histórico sobre nuestra conciencia nacional en la gesta de la emancipación, 1810-1916*. Rojas realizaba una extensa exégesis acerca de la historia de la mencionada bandera, a la que vinculaba con la decisiva participación de Jujuy en las guerras de independencia, e inclusive con su tesis principal, a saber, el carácter federal y democrático de la revolución debido a la fundamental participación de las provincias del interior en ese proceso. Así, exaltaba la ceremonia de enarbolamiento y jura de la bandera que había tenido lugar el 25 de mayo de 1812 en la ciudad de Jujuy y que había sido presidida por Manuel Belgrano, con las siguientes palabras: “Puede decirse que fue en Jujuy donde se fundaron en 1812 las fiestas mayas, sancionadas después, en 1813; y se fundaron allá con el primer juramento de la bandera nacional, conducida ante el pueblo y el ejército por el mismo Belgrano, que había proyectado la emocionante ceremonia con el objeto de definir nuevamente la conciencia pública a favor de la revolución desprestigiada hasta ese momento”, en Ricardo Rojas, *op. cit.*, p. 158. A su vez Rojas sostenía que Belgrano había creado la bandera en Rosario en febrero de 1812 como símbolo militar y que la gloria de Jujuy consistía en “haberla jurado, antes que ciudad alguna, con todas sus clases sociales: clero, milicia, burguesía, pueblo, unidos en denodado consorcio, frente a un ejército enemigo; y en haberla jurado como símbolo de la argentinidad”, *ibid.*, p. 181. La bandera de Jujuy era entonces para Rojas el máspreciado símbolo y ejemplo, tanto del carácter federal y democrático de la revolución como del naciente sentimiento de argentinidad, ya desde los primeros años de la revolución. Independientemente de la tesis expuesta en este libro, creemos que es interesante el uso que realiza el autor de la historia de un bien material, en este caso la “bandera de Jujuy”, para justificar y reafirmar una postura historiográfica. Buenos Aires, Ricardo Rojas, *La Argentinidad. Ensayo histórico sobre nuestra conciencia nacional en la gesta de la emancipación, 1810-1916*, Buenos Aires, La Facultad, 1916, capítulo XIX: “La bandera nacional”, pp. 158-169; y cap. XX: “El primer juramento”, pp. 169-182.

Ningún acto de gobierno nacional ha conferido la propiedad de la bandera de los Andes a Mendoza. Esta provincia ha sido su guardián y nada más”³¹⁴.

Sin embargo esta idea, que era seguramente la que esperaba escuchar Carranza, parecía estar en discusión, incluso dentro del propio campo historiográfico. En otro telegrama sin fechar y en el que no figura el nombre del destinatario, Carranza solicitaba opinión acerca de “si la bandera de los Andes es nacional o de Mendoza”³¹⁵. En un telegrama del 26 de marzo de 1894 firmado por Bartolomé Mitre –que parece ser la respuesta al anteriormente mencionado– se puede leer: “Opino bandera Andes propiedad de Mendoza”³¹⁶. Dado que Mitre envió este telegrama a Mendoza estimamos que Carranza debía estar en dicha ciudad intentando conseguir la “bandera de los Andes” para llevarla al Museo y que al encontrarse con dificultades telegrafió a Mitre para pedirle su opinión sobre el particular, obteniendo de parte de aquel una respuesta que seguramente no era la esperada.

Es interesante la correspondencia de Carranza con Mantilla y Mitre a propósito de la “bandera de los Andes” porque expresa que la cuestión del destino de este tipo de objetos históricos, vinculados con las guerras de independencia y de alto contenido simbólico, estaba en discusión en la Argentina finisecular. Las resistencias de algunos gobiernos provinciales ante los objetivos de Carranza ponen en evidencia que la concepción del Museo Histórico Nacional como principal espacio de la memoria nacional y de sus expresiones materiales, sostenida por el director del Museo, no era compartida por el conjunto de las elites provinciales. Y que tampoco le alcanzaba un decreto del Poder Ejecutivo Nacional, aunque ciertamente vago en sus disposiciones, para lograr cumplir sus objetivos. Incluso dentro del campo historiográfico estas cuestiones no parecían cosechar opiniones unánimes, a juzgar por las disímiles respuestas de Mantilla y de Mitre ante la consulta de Carranza. Finalmente la “bandera de los Andes” permaneció en la ciudad de Mendoza, donde se encuentra en la actualidad.

Pero no siempre las gestiones de Carranza ante los gobiernos provinciales fracasaron. En efecto, Adolfo Pedro logró reunir algunas banderas en el Museo. Sin embargo, las banderas que recibió de los gobiernos provinciales durante la etapa que nos ocupa no eran, como en los casos de Jujuy y de Mendoza, símbolos de identidad locales ni nacionales. Se trataba, por el contrario, de banderas del período de las guerras de independencia pero pertenecientes al bando realista, lo cual

³¹⁴ Telegrama enviado por Manuel F. Mantilla a Adolfo P. Carranza, Buenos Aires, 26/5/1892, en Viviana Ísola, “Presentación del Archivo Carranza”, *Museo Histórico Nacional*, segunda época, año 8, núm. 7, octubre de 2005, pp. 117-118.

³¹⁵ Telegrama enviado por Adolfo P. Carranza, sin fecha y sin destinatario, en Viviana Ísola, *ibid.*, p. 113.

³¹⁶ Telegrama enviado por Bartolomé Mitre a Adolfo P. Carranza, Buenos Aires, 26/3/1894, AH, MHN, FAPC, C. 36, C. 2.

puede contribuir a explicar el éxito de Carranza, aunque de todas maneras no dejó de atravesar algunas dificultades para su consecución. El 1º de abril de 1892 el Museo recibía una bandera española tomada en la Batalla de Chacabuco y donada por el gobierno provincial de San Juan³¹⁷. Unos meses más tarde, en diciembre de 1892, Carranza se dirigía al ministro del Interior, Tomás S. de Anchorena, para informarle que en el mes de mayo había ido a Mendoza a buscar dos banderas españolas que se encontraban en dicha provincia desde 1818 y que debían ser trasladadas al Museo por decreto del Superior Gobierno Nacional del 23 de febrero de 1892³¹⁸. Carranza le explicaba al ministro que: “Con motivo de que ellas se encontraban en poder del juez de Crimen a causa de un sumario que se seguía por mutilaciones que habían sufrido, me fue imposible conducir las para colocarlas en este establecimiento no obstante la voluntad y resolución de gobierno de aquella Provincia”, y le pedía que se dirigiera a las autoridades provinciales para solicitarles nuevamente las mencionadas banderas³¹⁹. Finalmente estas fueron registradas como parte de las colecciones del Museo el 19 de julio de 1893³²⁰.

Pero las gestiones de Carranza para reunir “banderas históricas” en el Museo no se limitaron a las provincias del interior del país sino que, en algunos casos, excedieron las fronteras nacionales. Así, entre los años 1892 y 1896 Adolfo Pedro realizó diversas e insistentes gestiones con el propósito de que el gobierno boliviano remitiera al Museo Histórico Nacional dos banderas que se hallaban en la ciudad de Sucre y que, de acuerdo a sus fuentes, habían pertenecido al ejército auxiliar del Alto Perú. En octubre de 1892 escribía al ministro plenipotenciario y enviado extraordinario de la República Argentina en Bolivia, Benjamín Figueroa, para solicitarle que iniciara las gestiones necesarias para conseguir de parte del gobierno de ese país: “... la entrega de dos banderas argentinas que pertenecieron al ejército auxiliar del Alto Perú en la época de la emancipación y las que se hallan actualmente en la capilla de Guadalupe de la ciudad de Sucre, adonde fueron llevadas de la capilla que hay en la quebrada del Rosario, y en la que según parece

³¹⁷ Libro de Entrada del Museo Histórico Nacional, 1/4/1892, obj. núm. 576, en *El Museo Histórico*, tomo II, entrega 2ª, G. Kraft, 1893, p. 147.

³¹⁸ Carta de Adolfo P. Carranza al ministro del Interior, Tomás S. de Anchorena, Buenos Aires, 12/12/1892, AH, MHN, FAPC, LN, vol. I, p. 179. Tomás Severino de Anchorena ocupó interinamente la cartera del Interior entre diciembre de 1892 y febrero de 1893, durante la presidencia de Luis Sáenz Peña.

³¹⁹ *Ibid.*

³²⁰ Libro de Entrada del Museo Histórico Nacional, 19/7/1893, núm. 716, en *El Museo Histórico*, tomo II, entrega 4ª, G. Kraft, 1893, p. 326. El Museo recibió, por otra parte, una bandera paraguaya que se encontraba en el Arsenal de Guerra y que le fue ofrecida a Carranza por José I. Garmendía, director de la mencionada institución, además de coleccionista y miembro de la comisión fundacional del Museo, carta de Adolfo P. Carranza al director del Arsenal de Guerra, José Ignacio Garmendía, Buenos Aires, 29/10/1892, AH, MHN, FAPC, LN, vol. I, p. 175. En esta carta Carranza le agradece a Garmendía el envío al Museo de la mencionada bandera paraguaya que había sido tomada en una acción militar durante la Guerra de la Triple Alianza.

fueron escondidas cuando la derrota de Vilcapugio consiguiendo por ese medio que se salvaran de caer en poder del enemigo”³²¹.

Ante la falta de respuestas concretas, en abril de 1893 Carranza retomó sus gestiones pero esta vez ante el ministro del Interior, Wenceslao Escalante, aduciendo que dichas banderas: “...según informes recibidos, pertenecieron al ejército auxiliar libertador que fue en 1813 al Alto Perú bajo las órdenes del general Belgrano”. Y luego agregaba, con el propósito de sumar razones para que fueran remitidas al Museo que “... no fueron tomadas en acción de guerra, sino dejadas por circunstancias que no me ha sido posible investigar”³²². Pocos tiempo después, en el mes de septiembre de ese mismo año, Carranza le escribió al enviado extraordinario y ministro plenipotenciario de la Argentina en Bolivia, Dardo Rocha, para volver a solicitar las mencionadas banderas³²³.

Finalmente, en 1896 el gobierno boliviano donó al gobierno argentino, con destino al Museo Histórico Nacional, una de las dos banderas reclamadas por Carranza. Ambas son conocidas como “banderas de Macha” por haber sido halladas en la capilla de Titiri del pueblo de Macha, emplazado en el altiplano boliviano, que fue el lugar donde se refugió Belgrano luego de la derrota de Ayohuma³²⁴. El 28 de junio de 1896 Carranza le informaba al Subsecretario del Ministerio del Interior, Rafael Castillo, que había recibido con satisfacción “la bandera argentina que perteneció al Ejército del Alto Perú y que ha sido devuelta por el gobierno de Bolivia”³²⁵.

Dos cuestiones nos interesan en particular a propósito de estas gestiones de Carranza ante el gobierno de Bolivia. Por una parte, la certeza del director del Museo acerca de la legitimidad del reclamo realizado ante las autoridades bolivianas, ya que consideraba que las banderas en cuestión eran argentinas. Es por eso que no planteó sus gestiones ante el país vecino en términos de solicitud de una donación, sino como devolución. Aunque seguramente sus argumentos en esta dirección tuvieron una clara intencionalidad política destinada a conseguir que se hiciera efectivo su reclamo, por otro lado dejan entrever en su discurso la idea de una nación argentina preexistente al inicio del

³²¹ Carta de Adolfo P. Carranza al ministro plenipotenciario y enviado extraordinario de la República Argentina en Bolivia, Benjamín Figueroa, Buenos Aires, 25/10/1892, en *El Museo Histórico*, tomo II, entrega 4ª, G. Kraft, 1893, p. 199.

³²² Carta de Adolfo P. Carranza a Wenceslao Escalante, Buenos Aires, 21/4/1893, AH, MHN, FAPC, LN, vol. I, p. 199. Wenceslao Escalante se desempeñó como ministro del Interior entre los meses de febrero y junio de 1893, durante la presidencia de Luis Sáenz Peña.

³²³ Carta de Adolfo P. Carranza a Dardo Rocha, s/f, en *El Museo Histórico*, tomo III, entrega 1ª, G. Kraft, 1894, p. 168.

³²⁴ En el mes de octubre de 1883 el cura párroco del pueblo de Macha halló en la capilla de Titiri dos banderas ocultas tras unos cuadros de Santa Teresa que habrían pertenecido al Ejército Auxiliar del Alto Perú. Una de esas dos banderas fue donada al Museo Histórico Nacional mientras que la otra se encuentra actualmente en la ciudad de Sucre, véase Miguel Ángel Scenna, “La bandera celeste y blanca”, en Félix Luna, *500 años de historia argentina. Primeros gobiernos revolucionarios*, Buenos Aires, Abril, 1988, pp. 19-58.

³²⁵ Carta de Adolfo P. Carranza a Rafael Castillo, Buenos Aires, 28/6/1896, AH, MHN, FAPC, LN, vol. I, p. 374.

proceso emancipatorio. Esta idea, largamente desarrollada por Mitre en sus trabajos históricos y generalmente aceptada por el campo historiográfico en formación en la Argentina finisecular, parecía otorgar absoluta legitimidad a su reclamo.

Por otra parte, el éxito logrado por Carranza en sus gestiones (relativo de todos modos, ya que el gobierno boliviano no donó las dos banderas a la Argentina, tal como pretendía el director del Museo Histórico Nacional, sino una sola), pudo haberse debido a la activación de redes políticas muy concretas. Nos referimos a la gravitación alcanzada en el país vecino por el padre de Adolfo Pedro, Adolfo Esteban Carranza, quien –tal como ya ha sido señalado– se había desempeñado desde 1857 y durante más 30 años como vicecónsul, cónsul y encargado de negocios de Bolivia en la Argentina. En este sentido consideramos que las redes políticas y sociales de pertenencia pueden haber desempeñado algún papel para que Adolfo Pedro (varios años de gestiones mediante) lograra la donación de la “bandera de Macha” al Museo, luego de haber fracasado en sus sucesivos intentos por conseguir otras banderas que se hallaban en provincias argentinas³²⁶.

Ahora bien, ¿en qué otros aspectos el traspaso jurisdiccional de la Ciudad a la Nación introdujo cambios en el Museo? A la luz de las fuentes consultadas advertimos que a partir del pasaje del ámbito municipal al nacional, Carranza acentuó el carácter que pretendía darle a la institución en tanto “epicentro de la memoria nacional”. Hemos señalado con anterioridad que ya desde el inicio de su gestión, e inclusive antes de la creación del Museo, Adolfo Pedro había realizado diversas actividades orientadas a la construcción de una nacionalidad por fuera del ámbito del Museo. Sin embargo, a partir de su nacionalización profundizó las acciones desarrolladas en esta dirección ante las provincias del interior, haciendo uso de la nueva legitimidad y del aval institucional que parecía otorgarle su flamante cargo de director de una institución de carácter nacional.

A continuación señalaremos algunos ejemplos de estas nuevas prácticas, desarrolladas por Carranza no sólo ante las provincias del interior, sino también (nuevamente) ante otros países. En el mes de septiembre de 1892 se dirigía al ministro plenipotenciario argentino en Bolivia, Benjamín Figueroa, a fin de solicitarle que realizara las gestiones necesarias para que se erigiera en ese país un monumento a Felipe Pereyra de Lucena, un oficial que había formado parte de la primera expedición del Ejército del Norte al Alto Perú, y a quien se atribuía haber sido, junto a Manuel

³²⁶ En la misma dirección nos preguntamos si las redes de sociabilidad de la familia Carranza en el interior del país pudieron haber desempeñado algún papel relevante en el objetivo de Adolfo Pedro de reunir en el Museo los objetos históricos dispersos en el conjunto del país. Esta cuestión, sin embargo, quedará planteada como un interrogante abierto a futuras investigaciones ya que las fuentes consultadas no nos permiten formular hipótesis sólidas sobre el particular.

Artigas, uno de los dos primeros oficiales muertos en las guerras de independencia³²⁷.

Un mes más tarde, en octubre de 1892, Carranza se dirigía al gobernador de Jujuy, Sergio Alvarado, para solicitarle que recabase de la legislatura provincial autorización para modificar los nombres de los departamentos de Perico de San Antonio, Carmen de San Antonio y Ledesma "... por el de dos Jujeños signatarios del acta de la Independencia Argentina, el General Gorriti y el Doctor Teodoro Sánchez de Bustamante; dándole al tercero, el de Arenales, gobernador que fue cuando aquella provincia pertenecía a la de Salta, y una de las figuras más eminentes en la guerra de la emancipación". Aunque Carranza tomó la precaución de pedirle disculpas a Alvarado por su intromisión, atribuyendo la misma a "un móvil patriótico", lo cierto es que otorgó a esta carta carácter institucional ya que la firmó como director del Museo y la incluyó en el Libro de notas que registraba la correspondencia de la institución³²⁸.

En la misma dirección, en el mes de julio de 1893 Adolfo Pedro se dirigía al ministro de Gobierno de la provincia de Buenos Aires, José Fonrouge, para proponerle que: "...en el deseo de honrar la memoria de nuestros próceres y atendiendo a que se ha establecido desde muchos años atrás, dar sus nombres a los Partidos de Campaña de esta Provincia, se le otorgue el nombre de 'Rodríguez Peña' al partido de 'Tres Arroyos' y el de 'Rondeau' a uno de los que llevaba el nombre de 'General Arenales'. En la justificación de esta idea Carranza señalaba que: "Nicolás Rodríguez Peña fue el alma de la Revolución de Mayo, siendo uno de sus precursores más entusiastas y desinteresados", mientras que calificaba a Rondeau de "patriota distinguido que fue Jefe de los ejércitos de la patria y Director Supremo del Estado"³²⁹. Unos meses más adelante, en marzo de 1894, el director del Museo Histórico gestionó ante las autoridades del Convento de San Lorenzo, sito en el pueblo de San Lorenzo, en la provincia de Santa Fe, la colocación de una placa en el

³²⁷ Carta de Benjamín Figueroa a Adolfo P. Carranza en la que le comunica que en cuanto encuentre una oportunidad adecuada intentará cumplir su propósito, Buenos Aires, 10/9/1892, en *El Museo Histórico*, tomo I, entrega 1ª, 1892, pp. 196-197. Pereyra de Lucena había fallecido en 1811 en el pueblo de Jesús Machaca, sito en el altiplano boliviano, luego de haber sido herido en una batalla, y es por eso que Carranza pretendía que le fuera erigido un monumento en Bolivia. Cabe asimismo señalar que en la Pirámide de Mayo existe una placa, colocada sobre su lado oeste, que lleva inscriptos los nombres de Pereyra de Lucena y de Manuel Artigas (hermano de José Gervasio Artigas). La misma fue colocada en el año 1891 por iniciativa de una comisión popular que pretendía con esta acción dar cumplimiento a una disposición de la Junta Grande del año 1811, finalmente incumplida, para que los nombres de ambos se grabaran en una placa que sería colocada en la Pirámide, en virtud de haber sido los primeros oficiales que perdieron la vida en los campos de batalla del Ejército del Norte contra los realistas, véase Carlos Vigil, *Los monumentos y lugares históricos de la Argentina*, Buenos Aires, Atlántida, 1968.

³²⁸ Carta de Adolfo P. Carranza al gobernador de la provincia de Jujuy, Sergio Alvarado, Buenos Aires, 10/1892, en *El Museo Histórico*, tomo I, entrega 1ª, Buenos Aires, pp. 198-199.

³²⁹ Carta de Adolfo P. Carranza al ministro de Gobierno de la provincia de Buenos Aires, José Fonrouge, Buenos Aires, 11/7/1893, AH, MHN, FAPC, LN, tomo I, pp. 207-208.

campo santo del convento en homenaje al sargento Juan Bautista Cabral³³⁰, un personaje particularmente destacado por Mitre en su *Historia de San Martín*, por haber perdido la vida mientras intentaba impedir que San Martín fuera víctima de una agresión perpetrada por un ataque realista en la Batalla de San Lorenzo³³¹.

Asimismo, en julio de ese mismo año Carranza escribía al gobernador de La Rioja, Guillermo San Román, con la intención de persuadirlo de la necesidad de erigir un monumento conmemorativo de la “Independencia nacional” en la mencionada provincia: “Tengo el honor de dirigirme a V. E. para manifestarle, que creo de necesidad y un deber, que en la provincia de la Rioja se eleve un monumento conmemorativo de nuestra emancipación política...”. Haciendo referencia a las guerras civiles que habían tenido por escenario a dicha provincia agregaba: “... pues por desgracia la mala suerte que le ha cabido en las disensiones civiles ha dejado en su suelo más bien recuerdos de ellas, que de la parte gloriosa que tuvo en la época de los grandes esfuerzos y generosos sacrificios por la más noble de las causas proclamadas en este siglo. Y continuaba: “La noticia de que en este momento se hacen trabajos de arreglo y embellecimiento de la plaza de su capital, me ha sugerido la idea de indicar a V. E. la oportunidad de levantar en su centro una columna en honor de la Independencia nacional, gravando en los costados de su base inscripciones alusivas a la concurrencia de La Rioja, en las campañas y actos trascendentales de la Revolución. Pero Carranza no se limitaba a elevar al gobernador de la provincia una propuesta para la construcción de un monumento, sino que incluso le sugería algunas de las inscripciones que a su juicio debían grabarse en sus paredes, proponiéndole “... por considerarlas justas y de acuerdo con la verdad histórica”, las siguientes: “Cabildo de 1810; Expedición Auxiliar del Alto Perú 1810- F. A. O. de Ocampo; Congreso de Tucumán- Pedro I. de Castro Barros; Expedición libertadora de Chile –Nicolás Dávila– Fco. Zelada”³³².

Las cartas citadas fueron publicadas en la sección de documentos históricos de la revista *El Museo Histórico*, que la institución comenzó a publicar en 1892. Asimismo, el conjunto de estas y otras gestiones de la misma índole eran informadas año tras año por Carranza en las sucesivas Memorias enviadas al Ministerio del Interior, y aunque Adolfo Pedro se ocupaba de aclarar que no se trataba de obligaciones propias de su cargo, lo cierto es que las incluía en documentos oficiales donde tenía que informar sus tareas como director del Museo. Estos documentos, entonces, dan

³³⁰ Acta firmada en San Lorenzo el 22/3/1894 por Adolfo P. Carranza y por Fray Domingo Delfino, guardián del Convento de San Lorenzo, en *El Museo Histórico*, tomo II, entrega 4ª, Buenos Aires, 1893, pp. 321-322.

³³¹ Bartolomé Mitre, *Historia de San Martín y de la emancipación Sud-americana*, Buenos Aires, Félix Lajouane, 1890, tomo primero, cap. IV, “San Lorenzo. 1813-1814”, pp. 178-179.

³³² Carta de Adolfo P. Carranza al gobernador de la Provincia de La Rioja, Guillermo San Román, Buenos Aires, 7/1894, en *El Museo Histórico*, tomo III, entrega 1ª, Buenos Aires, 1894, pp. 5-6.

cuenta de que Carranza hizo uso de la renovada legitimidad que pretendía encontrar en la nacionalización del Museo, dando rienda suelta a sus aspiraciones de convertir a la institución que dirigía en “epicentro de la historia patria”³³³. Pero sus aspiraciones y prácticas no se reducían a la organización de un museo histórico en Buenos Aires, sino que también pretendía influir y orientar las diversas acciones destinadas a la construcción de una memoria histórica en las provincias del interior del país.

³³³ Por otra parte, a partir del mes de febrero de 1892 el Museo tuvo a su cargo una nueva función, a saber, el cuidado y la custodia del sepulcro de José de San Martín, sito en la Iglesia Catedral de Buenos Aires. Esta medida fue sancionada por medio de un decreto del Poder Ejecutivo Nacional que dispuso que esta tarea, hasta entonces a cargo de la Municipalidad de la Ciudad, pasara a ser desempeñada por el Museo. Desde entonces el salario del guardián del sepulcro de San Martín fue imputado al presupuesto anual del Museo, en *El Museo Histórico*, tomo 1º, entrega 1ª, Buenos Aires, G. Kraft, 1892, p. 71.

CAPÍTULO V

PROBLEMÁTICAS ECONÓMICAS Y EDILICIAS DEL MUSEO HISTÓRICO NACIONAL

Es cierto que su mantenimiento no reporta provechos materiales para el país, pero siempre reclamó la atención de los Gobiernos y fue digno de los pueblos recoger los grandes recuerdos de su pasado, y rendir homenaje de gratitud y consideración a los fundadores de su nacionalidad [...] El “Museo Histórico” sirve también de estímulo, porque los que le visiten sabrán que allí hay un sitio de inmortalidad para los que sobresalen por su inteligencia, por sus virtudes, por sus trabajos y su patriotismo.

Fragmento de una carta de Adolfo P. Carranza
al ministro del Interior, José V. Zapata,
Buenos Aires, 15/4/1892³³⁴

a) La economía del Museo: más continuidades que cambios

En el capítulo precedente hemos analizado una serie de proyectos y de prácticas concretas desarrolladas por Adolfo P. Carranza a partir de la nacionalización del Museo, destinadas a concentrar en sus depósitos y salones los objetos históricos dispersos en las diversas provincias del país. Asimismo hemos visto cómo sus aspiraciones como “constructor de memoria” de la nación, excedieron desde entonces las fronteras del Museo y las funciones que le competía desempeñar como director de mismo. En efecto, el pasaje de la institución del ámbito municipal al nacional redobló las ambiciones y los alcances de los proyectos desarrollados por Carranza, independientemente del mayor o menor éxito logrado en sus gestiones. Sin embargo, en aspectos fundamentales para el desarrollo del Museo, tales como los económicos y edilicios, el cambio jurisdiccional implicó muchas más continuidades que cambios. Debido a la importancia que revisten a los fines de nuestra investigación, en el presente capítulo nos concentraremos en el análisis de ambas problemáticas.

En términos económicos, los recursos puestos a disposición del Museo por los poderes públicos no aumentaron significativamente como consecuencia de su nacionalización. La evolución

³³⁴ Carta de Adolfo P. Carranza al ministro del Interior, José V. Zapata, Buenos Aires, 15/4/1892, AH, MHN, FAPC, LN, vol. I, p. 142.

presupuestaria de sus tres primeros años (1890-1891-1892) echa luz sobre las vicisitudes de la institución en años de crisis económica. En 1890 el Museo recibió \$ 10.000³³⁵, en 1891 \$ 5.040³³⁶ y en 1892 \$ 12.720³³⁷. Mientras que entre 1890 y 1891 la financiación del Museo estuvo a cargo del gobierno municipal, a partir de 1892 la Nación comenzó a ser responsable económica de la institución, cuyo presupuesto era discutido y aprobado por el Congreso de la Nación. El presupuesto del Museo durante su primer año de existencia estuvo destinado al pago de 4 salarios (auxiliar, escribiente, portero y ordenanza) y a los gastos generales de la institución, entre ellos el alquiler de la casa que ocupaba que era de \$ 450. Durante el año 1891, debido a la drástica reducción presupuestaria que sufrió la institución, la totalidad de su presupuesto se destinó al pago de tres salarios: el director comenzó a recibir un salario de \$ 300, el auxiliar percibió \$ 80 y el ordenanza \$ 40.

En contraste con estas cifras, cuando Carranza elevó al intendente Bollini el proyecto presupuestario del Museo para el año 1891 propuso una asignación mensual de \$ 1.850, muy superior a los \$ 420 que habría de recibir cada mes³³⁸. El presupuesto de 1892 pasó a ser de \$ 1.060 mensuales, incluyendo sueldos y gastos (lo que equivale a \$ 12.720 anuales), una cifra considerablemente más alta que las de 1890 y 1891 pero inferior a la propuesta elevada por Carranza, quien había solicitado al intendente una asignación mensual de \$ 1.440³³⁹. Además, si se tiene presente que la crisis del 90 implicó una fuerte devaluación de la moneda, el incremento del 27,2 % de 1892 respecto del presupuesto original de 1890 resultó igualmente escaso, teniendo en cuenta además los ambiciosos planes pergeñados por Carranza para el Museo.

Ante la exigüidad presupuestaria de la institución Adolfo Pedro recurrió nuevamente a la retórica

³³⁵ Carta de J. Matti a Adolfo P. Carranza. Le informa que el presupuesto asignado al Museo para el año 1890 es de \$ 10.000 m/n (en todos los casos las asignaciones presupuestarias se realizaron en peso moneda nacional), Buenos Aires, 4/2/1890, AH, MHN, FAPC, LN, vol. I, p. 7. De todas maneras, tal como ha sido señalado en el capítulo anterior, durante 1890 y 1891 el Museo recibió varias sumas extra-presupuestarias destinadas al pago de objetos y servicios diversos para la formación de las salas de exposición del Museo, la impresión de catálogos, trabajos de conservación, etc.; a partir de 1892 estos gastos extra-presupuestarios fueron cada vez menos frecuentes.

³³⁶ Adolfo P. Carranza, Planilla de sueldos y gastos del Museo Histórico de la Capital durante el mes de enero de 1891, Buenos Aires, 31/1/1891, AH, MHN, FAPC, LN, vol. I, p. 79. La asignación presupuestaria del Museo no experimentó variaciones durante el año en curso, véase LN, vol. I, año 1891.

³³⁷ Adolfo P. Carranza, Planilla de sueldos y gastos del Museo Histórico Nacional durante el mes de enero de 1892, Buenos Aires, 18/1/1892, AH, MHN, FAPC, LN, vol. I, p. 120. La asignación presupuestaria del Museo no experimentó variaciones durante el mencionado año, véase LN, vol. I, año 1892, pp. 120-183.

³³⁸ Carranza propone un presupuesto mensual de \$ 1.850 a ser distribuido de la siguiente manera: vicedirector, \$ 200; auxiliar, \$ 100; portero, \$ 50; ordenanza, \$ 50; alquiler de casa \$ 450 y eventuales \$1.000, carta de Adolfo P. Carranza al intendente de Buenos Aires, Francisco Bollini, Buenos Aires, 20/8/1890, AH, MHN, FAPC, LN, vol. I, p. 35.

³³⁹ Adolfo P. Carranza a Francisco Bollini, Buenos Aires, 7/8/1891, AH, MHN, FAPC, LN, vol. I, p. 105. Carranza propone un presupuesto mensual para el año 1892 de \$ 1.440 divididos de la siguiente manera: encargado de registro, \$ 200; auxiliar, \$ 100; portero, \$ 80, ordenanza \$ 60 y eventuales \$ 1.000 (en esta última partida se incluían gastos de mobiliario, impresiones, restauraciones, catálogos y útiles de escritorio). Cabe recordar que un mes después de que Carranza elevara al intendente municipal esta propuesta presupuestaria la institución fue nacionalizada.

pública en su intento por convencer a las autoridades de que el Museo cumplía funciones muy trascendentes para el Estado nacional. En una carta escrita al ministro del Interior, José V. Zapata, en abril de 1892 señalaba, refiriéndose a la institución que dirigía: "...sirve también de estímulo, porque los que le visiten sabrán que allí hay sitios de inmortalidad para los que sobresalen por su inteligencia, por sus virtudes, por sus trabajos y su patriotismo"³⁴⁰. Luego le decía que "... los fondos votados por el Congreso son insuficientes aún para mantener el Establecimiento en un pie digno de lo que es y de lo que representa"³⁴¹. Seguidamente solicitaba un aumento presupuestario, particularmente para solventar los gastos que demandaba la restauración de algunos objetos ya que el Museo no tenía un presupuesto para este rubro.

Pero la estrechez presupuestaria del Museo llegó incluso a ser un tema de debate en el Congreso Nacional, debido a la iniciativa de algunos pocos diputados. Ese mismo año se produjo una discusión en la Cámara de Diputados de la Nación a propósito del salario de Carranza, cuando el diputado Álvarez, representante por la provincia de Mendoza, propuso que le fuera aumentado alegando que las funciones que aquel cumplía como director del Museo constituían un valioso servicio prestado a la nación. Álvarez sostenía su argumentación por medio de la comparación entre el sueldo de Carranza y el sueldo del director del Museo Nacional: "El director del Museo Histórico tiene un sueldo que no guarda ninguna proporción con el de igual funcionamiento del Museo Nacional [...] Además hay que tener presente esta circunstancia: que todos los trofeos que la República guardaba, de la época de la Independencia y también de las guerras civiles, estaban en poder de particulares que no sabían el valor que tenían esos objetos; y gracias a la feliz idea del director del Museo Histórico, que ha recorrido toda la República y se ha ocupado especialmente de recogerlos, se ha podido evitar que se perdiera caudal tan cuantioso [...] creo que debemos compensar mejor estos servicios, y propongo que se aumente el sueldo del director del Museo a 450 pesos"³⁴². Álvarez evaluaba positivamente las acciones desempeñadas por Carranza como director del Museo, sin embargo su medida logró apoyos parciales. De acuerdo al voto del despacho de la comisión se aprobó que el salario de Carranza fuera aumentado a \$ 400, pero finalmente la medida no se hizo efectiva ya que durante el año 1893 Carranza percibió \$ 350 mensuales³⁴³.

De modo que ni las débiles iniciativas surgidas del recinto del Congreso ni las estrategias discursivas de Carranza lograron los resultados esperados. Así, el director del Museo debió recurrir

³⁴⁰ Carta de Adolfo P. Carranza al ministro del Interior, José V. Zapata, Buenos Aires, 15/4/1892, LN, vol. I, p. 142.

³⁴¹ *Ibid.*, p. 144.

³⁴² *Diario de Sesiones*, Congreso Nacional, Cámara de Diputados, 21° sesión extraordinaria, Buenos Aires, 15/12/1892, diputado Sr. Álvarez (por Mendoza), inciso 11: "Museo Histórico", publicación revisada por la Oficina de taquígrafos, tomo 2, Buenos Aires, Imprenta Gral. Belgrano, 1892, p. 572.

³⁴³ *Ibid.*

a una serie de alternativas *ad hoc* para lograr aumentar los recursos de la institución, al menos circunstancialmente. Por ejemplo, en diciembre de 1892 se dirigía al ministro del Interior, Tomás S. de Anchorena, quejándose de que el Congreso de la Nación no había votado el presupuesto esperado por el Museo. Seguidamente le proponía que de la totalidad de los fondos reunidos por la exhibición de la Comisión Argentina en el Torneo de Chicago se destinara el dinero recaudado “en los días 8, 9 y 10 para favorecer al Museo”³⁴⁴. No sabemos cual fue la respuesta del ministro ante la demanda de Carranza, pero es evidente que la singular propuesta de este último respondía a su conciencia acerca de la imposibilidad de reclamar recursos presupuestarios a las arcas del Estado nacional.

Por otra parte, la obtención de recursos por fuera del presupuesto asignado a la institución siguió dependiendo de la capacidad de Carranza para movilizar apoyos provenientes del ámbito privado, tal como ocurría, emblemáticamente, con la formación de las colecciones. Impulsado por la idea de crear una publicación para el Museo, en enero de 1892 Carranza realizó un acuerdo particular –aprobado posteriormente por las autoridades públicas– con el editor Guillermo Kraft por medio del cual este último se comprometía a publicar en forma gratuita los “Anales del Museo Histórico”. De acuerdo a los términos del acuerdo, la revista se publicaría cada tres meses en entregas de 50 páginas y llevaría al menos dos láminas ilustradas por cada número.

El objetivo de Carranza era difundir el patrimonio de la institución por medio de la publicación de investigaciones históricas y de imágenes de los objetos más significativos que formaban parte de sus colecciones. El convenio firmado entre el director del Museo y el editor estipulaba también que la redacción de la revista estaría a cargo del Museo, mientras que los gastos de reproducción e impresión los realizaría Kraft, quien a su vez resultaría beneficiario de los frutos de la venta de la publicación, poniendo a disposición del Museo diez ejemplares por cada entrega³⁴⁵. Tal como ya lo ha señalado Blasco, el mencionado convenio (aprobado por un decreto del Poder Ejecutivo Nacional el 27 de enero de 1892) es un buen ejemplo del funcionamiento y la articulación de ámbitos públicos y privados en el desarrollo de la institución³⁴⁶. El acuerdo permitía a Carranza realzar la importancia del Museo, y eventualmente su propia inserción en el espacio historiográfico, por medio de una publicación institucional. Asimismo daba a Guillermo Kraft, a cambio de una modesta inversión, la posibilidad de asociar a su sello editor con una institución perteneciente al Estado nacional, e inclusive obtener ventajas económicas de la venta de las revistas. Otro ejemplo

³⁴⁴ Carta de Adolfo P. Carranza al ministro del Interior, Tomás S. de Anchorena, Buenos Aires, 31/12/1892, AH, MHN, FAPC, LN, vol. I, p. 183.

³⁴⁵ Guillermo Kraft a Adolfo P. Carranza, Buenos Aires, 9/12/1891, AH, MHN, FAPC, LN, vol. I, pp. 115-116.

³⁴⁶ Blasco, “Comerciantes...”, p. 17.

de la articulación entre espacios públicos y privados en el funcionamiento del Museo reside en el origen de su biblioteca, formada a partir de la donación realizada por Carranza de su propia biblioteca personal: "... que cuenta mas de mil títulos de historia americana, principalmente relativos a la época de la Emancipación"³⁴⁷. De todas maneras, durante algunos años la biblioteca donada por Carranza no pudo ser instalada en el Museo debido a la falta de espacio en los sucesivos edificios ocupados por la institución durante su período fundacional.

En los siguientes años el presupuesto del Museo experimentó algunos aumentos, aunque escasamente significativos. Durante el año 1893 el presupuesto total fue de \$ 1.420 mensuales, de los cuales \$ 830 se destinaban al pago de salarios (director \$ 350; encargado de registro \$ 200; auxiliar \$ 100; guardián \$ 60; ordenanza \$ 50 y encargado del sepulcro de San Martín, \$ 60) y otros \$ 600 a gastos varios (tales como impresiones y adquisiciones)³⁴⁸. En cuanto al salario de Carranza —de acuerdo a datos extraídos del Presupuesto General de la República Argentina de 1893—, se situaba en un rango salarial intermedio-hacia-abajo dentro de la escala salarial de funcionarios del Estado nacional. Por entonces un ministro percibía \$ 1.400, un senador \$ 700, un intendente de la casa de gobierno \$ 300, un subdirector de sección de un ministerio \$ 250 y un oficial habilitado del Archivo General de la Nación \$ 180³⁴⁹. Comparado con sueldos de funcionarios que se desempeñaban en instituciones relativamente cercanas al Museo observamos que el sueldo de Carranza era —tomando como base de referencia su propio sueldo— un 14,2 % inferior al del director de la Biblioteca Nacional, por entonces el joven Paul Groussac (quien percibía \$ 400), y un 42,8 % inferior respecto del salario del director del Museo Nacional, el naturalista Carlos Berg, que era de \$ 500³⁵⁰. Ese mismo año el sueldo de Carranza volvió a ser discutido en el Congreso a raíz de una propuesta del diputado Joaquín V. González. Resulta interesante la argumentación planteada por González, quien solicitó que el salario del director del Museo Histórico fuese nivelado "con el de los demás directores de instituciones científicas de éste mismo género, con 400 pesos que es la misma asignación del director de la Biblioteca Nacional". La propuesta de González fue finalmente aprobada por el despacho de la comisión³⁵¹.

³⁴⁷ Carta de Adolfo P. Carranza al ministro del Interior, Tomás S. de Anchorena, en *El Museo Histórico*, tomo 2, entrega 1ª, Buenos Aires, 1893, p. 3.

³⁴⁸ Adolfo P. Carranza, Planilla de sueldos y gastos del Museo Histórico por el mes de enero de 1893, Buenos Aires, 24/1/1893, AH, MHN, FAPC, LN, vol. I, p. 189.

³⁴⁹ Ley del Presupuesto General de la República Argentina para el ejercicio de 1893, Buenos Aires, Compañía Sudamericana de Billetes de Banco, en *Registro Nacional de la República Argentina*, tomo cuatrigésimo primero (segundo semestre), Buenos Aires, Taller Tipográfico de la Penitenciaría, 1892.

³⁵⁰ *Ibid.*, pp. 235-236.

³⁵¹ *Diario de Sesiones*, Congreso Nacional, Cámara de Diputados, 19ª sesión de prórroga, Buenos Aires, 20/12/1893, inciso 10: "Museo Histórico", diputado J. V. González, publicación revisada por la Oficina de taquígrafos, tomo 2, Buenos Aires, Compañía Sud-Americana de Billetes de Banco, 1893, p. 687.

El presupuesto de 1894 experimentó algunos cambios positivos. Los sueldos no sufrieron aumentos, pero se sumaron \$ 400 al rubro “para impresiones, adquisiciones, etc.”³⁵². Durante el año 1895 el presupuesto del Museo volvió a experimentar un leve aumento, pasando de \$ 1.880 a \$ 2.030 mensuales (\$ 24.360 anuales), divididos en \$ 1.030 destinados a salarios y otros \$ 1.000 a gastos eventuales (con respecto a los salarios sólo aumentó el sueldo del director, pasando de \$ 350 a \$ 500)³⁵³. Durante 1896 el presupuesto no experimentó grandes cambios. Sin embargo, a partir del mes de julio y durante todo el año 1897 –que coincide con el año de instalación del Museo en su actual sede de Parque Lezama– el presupuesto sufrió una leve caída, pasando de \$ 2.030 a \$ 1.970 mensuales, siendo la causa la supresión de los \$ 60 mensuales destinados al pago de la jubilación de un empleado³⁵⁴. Hasta el final de su gestión en el año 1914 Carranza seguiría quejándose ante las autoridades públicas y ante su círculo de amistades, de la escasa atención y de los exiguos recursos asignados al Museo por el Estado nacional, una situación que lo indignaba profundamente porque parecía significar que no había logrado convertir a la institución en el espacio emblemático de la nacionalidad argentina que con tanto tesón había proyectado.

b) Un museo y un panteón

La nacionalización del Museo no logró resolver uno de los problemas que más preocuparon a Carranza a lo largo de su gestión, a saber, la falta de un edificio propio para la institución. Sus reclamos en esta dirección fueron constantes aunque infructuosos. De hecho, entre 1890 y su instalación en el Parque Lezama en 1897, el Museo ocupó diversas sedes que nunca conformaban las aspiraciones de Adolfo Pedro, quien incluso consideró como provisoria la casona de Parque Lezama, aunque ésta habría de convertirse en la sede definitiva del Museo. Creemos que el problema edilicio del Museo es un tema relevante para los fines de nuestra investigación porque devela con claridad la falta de recursos públicos asignados a la institución por el Estado nacional, lo cual a su vez refleja la complejidad que revistió el fenómeno de creación de espacios destinados a la

³⁵¹ Carta de Adolfo P. Carranza al ministro del Interior, Tomás S. de Anchorena, Buenos Aires, 31/12/1892, AH, MHN, FAPC, LN, vol. I, p. 183.

³⁵² En el mes de enero el presupuesto del Museo fue de \$ 1.820, Planilla de sueldos y gastos por el mes de enero de 1894, Buenos Aires, 11/1/1894, AH, MHN, FAPC, LN, vol. I, p. 233; en los meses sucesivos el presupuesto pasó a ser de \$ 1.880 debido a que se sumaron \$ 60 de la jubilación del primer guardián del sepulcro de San Martín, a cargo del Museo desde 1892, Planilla de sueldos y gastos por el mes de febrero de 1894, Buenos Aires, 8/2/1894, AH, MHN, FAPC, LN, vol. I, p. 235.

³⁵³ Planilla de sueldos y gastos por el mes de enero de 1895, Buenos Aires, 26/1/1895, AH, MHN, FAPC, LN, vol. I, p. 284.

³⁵⁴ Planilla de sueldos y gastos por el mes de julio de 1896, Buenos Aires, 7/7/1896, AH, MHN, FAPC, LN, vol. I, p. 376.

construcción de una nacionalidad en la Argentina finisecular.

Se trata a su vez de un tema interesante porque el emplazamiento físico de una institución pública proyectada por sus mentores como un lugar de memoria nacional tiene una gran significación política y simbólica. En la historia del Museo ello se refleja ya desde su período inicial, cuando la imposibilidad de fundarlo en el edificio del Cabildo había contribuido decididamente al alejamiento de Lamas de la comisión fundacional. Por otra parte, Carranza otorgaba una particular importancia a la cuestión del espacio urbano que debía ocupar el Museo, asociándolo a la pretendida trascendencia social y moral de la institución. Si el Museo tenía por objetivo honrar la memoria y resguardar “las reliquias de los fundadores de la nacionalidad”, tal como lo aquel lo expresara en diversas oportunidades, debía ocupar un espacio destacado de la ciudad, tanto en términos simbólicos como estrictamente materiales. De hecho, tal como ya ha sido señalado, apenas inaugurado el Museo Carranza desplegó un conjunto de estrategias discursivas con el propósito de convencer a las autoridades (primero municipales y posteriormente nacionales) acerca de la necesidad de emplazar la nueva institución en la Plaza San Martín, porque allí estaría “al alcance de todas las clases sociales”³⁵⁵.

Sin embargo, tampoco la nacionalización otorgó respuestas a la demanda de Carranza. De hecho el Museo siguió ocupando durante el año 1892 el edificio de la calle Moreno 330, que pertenecía a la Municipalidad porteña. Por un decreto del Poder Ejecutivo Nacional del 28 de septiembre de 1892 se dispuso el traslado del Museo a la casa de Palermo ocupada por el Colegio Militar, debido a que este último iba a mudarse. Pero luego las autoridades públicas decidieron demolerla, por lo cual aquel debió continuar funcionando en Moreno 330³⁵⁶. Finalmente, en octubre de 1893 se mudó al edificio que hasta entonces había ocupado el Departamento de Agricultura de Palermo (el edificio pertenecía a la Nación pero el predio que ocupaba era de la Ciudad), situado en la calle Santa Fe 3951, en el lugar que actualmente ocupa el Jardín Botánico de Buenos Aires³⁵⁷. Cerrado al público durante unos meses debido a la mudanza y a la realización de una serie de reparaciones edilicias, el Museo fue reabierto en su nueva sede en enero de 1894 (véase Imágenes 6 y 7, pp. 225-226).

Ahora bien, aunque Carranza se mostró mucho más conforme con este espacio que con la planta baja de Moreno 330, no dejó de señalar a las autoridades los problemas que presentaba el

³⁵⁵ Carta de J. M. Bustillo, Agustín de Vedia y Adolfo P. Carranza al intendente de Buenos Aires, Francisco P. Bollini, Buenos Aires, 13/11/1890, AH, MHN, FAPC, LN, vol. I, p. 59.

³⁵⁶ Carta de Adolfo P. Carranza al ministro del Interior, Tomás S. de Anchorena, Buenos Aires, 20/12/1892, AH, MHN, FAPC, LN, vol. I, pp. 181-182.

³⁵⁷ Carta de Adolfo P. Carranza al ministro del Interior, Lucio V. López, Buenos Aires, 28/7/1893, AH, MHN, FAPC, LN, vol. I, p. 212. Lucio V. López se desempeñó como ministro del Interior en los últimos meses del año 1893.

nuevo edificio. En carta del 24 de julio de 1894, dirigida al ministro del Interior, Manuel Quintana, Adolfo Pedro insistía con la demanda de un edificio para la instalación definitiva del Museo, aduciendo que el predio que ocupaba pertenecía a la Municipalidad, que no tenía espacio para oficinas, talleres de fotografía y restauración y que se encontraba en una ubicación muy aislada de la ciudad³⁵⁸. Carranza, además, prometía reunir recursos materiales para la realización de la obra: “Creo poder subsanar, con los recursos que allegaré, el costo de su edificación sin ser gravoso al fisco, y creo dar la obra por comenzada en un año de tiempo a contar desde el día en que sea hecha la cesión que dejo solicitada...”³⁵⁹. Agregaba también, con gran optimismo, su confianza en que “el público y el patriotismo argentino” no le negarían la ayuda necesaria para llevar a cabo tal emprendimiento³⁶⁰.

Un año más tarde el ministro del Interior, Benjamín Zorrilla, se hizo eco de las demandas de Carranza³⁶¹. En la Memoria correspondiente al año 1895 elevada al Congreso Nacional, Zorrilla planteaba que el principal problema del Museo era que estaba emplazado en “... un punto demasiado alejado del centro de la ciudad y en un edificio que no tiene la capacidad que exigen sus actuales y crecientes necesidades”, y se refería a su vez a la insistencia de Carranza para la construcción de un edificio nuevo³⁶². Incluso señalaba que aquel le había manifestado que contaba con los planos y la dirección gratuita de un ingeniero para la realización de la obra, que costaría poco dinero al “Tesoro Público”, y que pensaba obtener colaboración económica de particulares para ese fin. Dicho esto Zorrilla solicitaba al Congreso: “... una cantidad que sirva de base para la creación de un edificio en sitio más céntrico de la ciudad y que reúna las comodidades necesarias para su perfecta instalación”³⁶³. Pero la demanda de Zorrilla al Congreso no parece haber obtenido resultados exitosos. De hecho, el Museo siguió funcionando en Santa Fe 3951 sin que fuera posible la construcción de un edificio propio.

Ahora bien, Carranza no sólo no desistió de sus propósitos orientados a lograr la construcción de un edificio propio para el Museo, sino que desde el año 1892 amplió sus expectativas y sus demandas, tanto en términos materiales como simbólicos, al intentar asociar al Museo con uno de los más significativos proyectos desarrollados en el marco de las preocupaciones por la cuestión nacional, a saber la idea de construcción de un panteón nacional. Bertoni ha señalado que la idea del

³⁵⁸ Carta de Adolfo P. Carranza al ministro del Interior, Manuel Quintana, Buenos Aires, 24/7/1894, AH, MHN, FAPC, LN, vol. I, pp. 265-266.

³⁵⁹ Ibid., p. 266.

³⁶⁰ Ibid.

³⁶¹ Benjamín Zorrilla se desempeñó como ministro del Interior entre enero de 1895 y julio de 1896.

³⁶² Memoria presentada por el ministro del Interior, Benjamín Zorrilla, ante el Congreso Nacional de 1895, Buenos Aires, Imprenta de “La Tribuna”, 1896, tomo I, *El Museo Histórico*, p. 202.

³⁶³ Ibid., p. 203.

panteón nacional fue esbozada en diversas oportunidades desde la *Revista Nacional* mientras Carranza se desempeñaba como director de la misma³⁶⁴. Tal como lo hemos destacado en un capítulo anterior, desde las páginas de la *Revista* se llevó a cabo una inmensa tarea destinada a la reivindicación de los hombres públicos del pasado, por medio de la publicación de estudios biográficos y de la organización y promoción de comisiones para la repatriación de restos fúnebres, la construcción de monumentos y la celebración de homenajes.

En ese contexto apareció también la idea de construir un panteón nacional. A mediados de 1891 la *Revista* publicó un extenso artículo destinado a describir y celebrar la ceremonia de repatriación de los restos mortales de Martín Rodríguez, Félix Olazábal, Elías Galbán y Juan José Quesada, que se encontraban en la República Oriental del Uruguay, y cuyo traslado a Buenos Aires fue organizado por una comisión popular presidida por José María Ramos Mejía, de la que formó parte, entre otros, Adolfo P. Carranza. Luego de describir el proceso de repatriación de los restos de los mencionados hombres públicos, su recibimiento en el puerto de Buenos Aires, su traslado al Cementerio de la Recoleta y finalmente, el depósito de las urnas funerarias en el sepulcro de Rivadavia y Lavalle, el cronista señalaba: “En esta última ceremonia el Intendente municipal ofreció ocuparse de la realización del Panteón Nacional, que ya se hace necesario”³⁶⁵.

Lo cierto es que a partir de 1892 el proyecto de construcción de un panteón nacional comenzó a circular ampliamente en el seno de la elite letrada. Ese año surgieron, desde diferentes ámbitos de la sociedad civil, una serie de propuestas diversas para su realización, que a su vez reflejaban distintos posicionamientos políticos e historiográficos en torno al pasado nacional. Bertoni señala que para algunos sectores la idea del panteón no solamente tenía por objetivo rendir homenaje a los hombres públicos de la Revolución de Mayo y las guerras de independencia, sino también poner de relieve el papel histórico del ejército argentino en la construcción de la nación, tanto en el pasado como en el presente. En esta dirección se comprende que en el mes de abril de 1892 una comisión vinculada a la sociedad Guerreros del Paraguay haya solicitado un terreno en el Parque Norte para erigir un panteón nacional. La Guerra del Paraguay (y con ella el ejército argentino), no sólo era exaltada en tanto hito heroico de la historia nacional sino también entroncada –por medio de la postulación de una suerte de continuidad histórica– con las guerras emancipatorias³⁶⁶. Por otra parte, el Club Gimnasia y Esgrima conformó otra comisión para la realización de un panteón nacional que estuvo presidida por Mitre. Entre sus miembros figuraron personalidades muy destacadas del campo

³⁶⁴ Bertoni, *op. cit.*, p. 260.

³⁶⁵ “Repatriación de los restos de Rodríguez, Galbán, Olazábal y Quesada”, en *Revista Nacional*, nota editorial, año IV, tomo XIV, núm. 58, p. 169.

³⁶⁶ Bertoni, *op. cit.*, p. 266.

intelectual, historiográfico y político, tales como Vicente Fidel López, Bernardo de Irigoyen, Julio A. Roca, Ángel J. Carranza y Adolfo Saldías, entre otros³⁶⁷. También Adolfo P. Carranza (quien era socio del Club desde 1887) y varios de los integrantes de la comisión fundacional del Museo formaron parte de esta comisión.

Ahora bien, aunque la idea de construcción de un panteón cosechó amplios apoyos, también fue un terreno donde surgieron profundas diferencias, en particular en torno a la pregunta crucial acerca de quiénes debían ser sus destinatarios. Mientras que algunos sostenían que allí debían depositarse los restos de todos los hombres públicos de la independencia americana, otros querían destinarlo a los considerados fundadores de la República Argentina y un tercer grupo pretendía reservarlo solamente a los “grandes hombres” de la historia nacional³⁶⁸. Estas diferencias, que eran expresión de profundas disputas políticas e historiográficas, revelaban a su vez distintas concepciones acerca del sustrato y el carácter de la nacionalidad argentina.

En cuanto a Adolfo P. Carranza, y aunque las fuentes consultadas no brindan información sobre su postura en esta discusión, consideramos que habría estado de acuerdo con destinar el panteón nacional a todos los hombres públicos vinculados con la Revolución de Mayo y las guerras de independencia, ya que fue al conjunto de estos actores a quienes destinó todos sus “esfuerzos patrióticos”, primero desde la *Revista Nacional* y posteriormente desde el Museo Histórico Nacional. En efecto, Carranza era partidario de una concepción de la memoria nacional que sin dejar de ser selectiva (como lo es, por otra parte, todo ejercicio de construcción de memoria), era a su vez relativamente amplia. Para él no solamente eran objeto de reivindicación las consideradas grandes figuras del pasado, tales como José de San Martín y Manuel Belgrano, sino un vasto conjunto de hombres, letrados y guerreros, muchos de ellos escasamente conocidos.

Este amplio proyecto reivindicativo de los hombres públicos de la historia argentina puede a su vez vincularse con un propósito que podemos definir como de “armonización del pasado”, que Carranza intentó llevar adelante desde su cargo como director del Museo. Un ejemplo muy concreto de esta idea se encuentra en un trabajo suyo titulado *Manuel Dorrego*, escrito en 1878 pero publicado recién en 1885³⁶⁹. El principal motivo que impulsó a Carranza a escribir este breve opúsculo fue promover la realización de una estatua conmemorativa de la figura de Dorrego, propósito que era a su vez respuesta al proyecto de construcción de un monumento en memoria de Juan Lavalle, que se había puesto en marcha por entonces, y que fue finalmente inaugurado en el

³⁶⁷ Ibid., p. 267.

³⁶⁸ Ibid.

³⁶⁹ Adolfo P. Carranza, *Manuel Dorrego*, Buenos Aires, Imprenta de “Le Courier de La Plata”, 1885.

año 1887. “Han pasado más de cincuenta años, y los combatientes de entonces descansan en la tumba –plantea Carranza al comenzar su trabajo–, es hora pues; que se forme el juicio de la historia, y la posteridad levante o deprima a los hombres que han figurado en esas épocas, gloriosas unas veces, otras desgraciadas”⁴⁰².

Para Carranza “el juicio de la historia” consistía en la armonización de la memoria de ambos hombres³⁷⁰. Guiado por esta idea expresaba: “Los pueblos no deben hacerse cómplices de los errores de los hombres, por el contrario, realzar sus buenas cualidades, sus eminentes servicios, tal es lo que compete a los que no recogen más testamento que sus sacrificios”³⁷¹. Asimismo planteaba que las generaciones del presente debían romper con las tradiciones de odios y enfrentamientos del pasado. “Las pasiones y las contiendas de esa época –escribía con un carácter claramente prescriptivo–, están olvidadas para aquellos que buscan al hombre benemérito en sus acciones y rechazan las mezquindades de entonces. Argentinos antes que todo, veneramos la memoria de nuestros pro hombres, y orgullosos de los laureles de nuestra joven patria no venimos con bandera de guerra, ni a discutir personalidades, sino buscando se honre a los que se han distinguido en sus fastos políticos y militares”³⁷².

Creemos que esta “propuesta de armonización del pasado” que aparece en el discurso de Carranza a propósito de las figuras de Lavalle y de Dorrego es expresión, en un nivel más general, de algunas de las características políticas que asumió la llamada cuestión nacional entre 1880 y fines del siglo XIX. Por entonces una de las mayores preocupaciones de las elites era la legitimación de un Estado y de un orden que habían alcanzado un momento significativo de consolidación recién en 1880. En ese marco adquirió una renovada significación la consigna de unidad, planteada como posibilidad y necesidad para poder superar los enfrentamientos del pasado y del presente. De modo que no resulta extraño que la idea de nación fuera pensada, precisamente, como una herramienta de superación e integración de las diversas identidades provinciales, políticas

⁴⁰² Ibid., p. 5.

³⁷⁰ Además de su propósito de “reconciliación” de las figuras de Lavalle y Dorrego, Carranza parecía sentir una particular simpatía por este último. En el texto en cuestión lo presenta como “digno sucesor de Moreno” e incluso argumenta, frente a sus críticos: “... si hay quienes quieran arrojar sombras sobre su conducta porque se apoyó en los caudillos, recordemos que nada se hubiera conseguido sin ellos, que al fin contribuyeron a salvar la democracia, cuando flaqueaban los grandes hombres de la revolución”, *ibid.*, p. 21. Consideramos que una de las posibles razones de la particular simpatía que despertaba la figura de Dorrego en Carranza podría deberse a los vínculos políticos que había mantenido con aquel el abuelo paterno de Adolfo Pedro, Ángel Fernando Carranza. Durante el gobierno de Dorrego en Buenos Aires, el abuelo paterno de Carranza había sido nombrado capitán del Regimiento de Patricios, cargo que abandonó para volver a Santiago del Estero, su provincia natal, luego de la muerte de aquél. Recordemos que los lazos familiares y de pertenencia al patriciado desempeñaban un papel muy importante en el pensamiento del joven Adolfo, *Cutolo, Nuevo Diccionario...*, tomo segundo, Buenos Aires, Elche, 1969, p. 141.

³⁷¹ Adolfo P. Carranza, *Manuel Dorrego*, p. 6.

³⁷² *Ibid.*, p. 7.

y facciosas, independientemente de las visiones encontradas en torno al pasado nacional, sus episodios fundacionales y sus hombres³⁷³.

Pero lo cierto es que, en diversas oportunidades, los propósitos de armonización del pasado solían desmoronarse ante las diferencias que dividían a sus promotores del presente, tal como ocurrió con el proyecto de realización de un panteón nacional. Acerca de esta problemática resulta también interesante un artículo de la historiadora Mona Ozouf dedicado a analizar la historia del panteón nacional en Francia, que precisamente indaga la relación entre las ideas y propósitos de sus promotores –quienes lo concibieron como un espacio de armonización y unidad de la nación francesa–, y las tensiones y problemas surgidos en el transcurso de su desarrollo como tal³⁷⁴. La autora sostiene que en la historia de Francia la necesidad de construcción de un panteón se vincula con la emergencia, luego de la Revolución, de una nueva memoria colectiva, destinada a homenajear a los grandes hombres del pasado por medio del amplio despliegue de una memoria inscrita en múltiples lugares, concebida como armónica, ejemplar y no conflictiva³⁷⁵. En este contexto surgió el proyecto de construcción de un panteón nacional, pensado como un espacio capaz de constituirse en el lugar de “la revolución instalada, eternizada, triunfante”³⁷⁶.

Sin embargo –tal como lo hará posteriormente Bertoni a propósito del caso local–, Ozouf sostiene que a pesar de que la realización del panteón tuvo por propósito (al menos en términos ideales), construir una memoria armónica y capaz de unificar a la nación francesa, lo cierto es que fracasó en sus objetivos debido a que muy pronto comenzó a producir conflictos en torno a la designación de los grandes hombres, las instancias de legitimación de los mismos y, en definitiva, la posibilidad (siempre amenazada por múltiples discusiones y por los propios cambios de rumbo de la Revolución) de lograr unanimidad historiográfica y política³⁷⁷.

La autora plantea la existencia de “un vínculo invisible entre conmemoración y purga” en el que la memoria nacional, lejos de ser un espacio de unanimidad de la nación francesa, se constituyó en un ámbito de exclusiones permanentes y activas, situación ésta que sobrevivió a la Revolución y que se extendió a lo largo del siglo XIX, produciendo sucesivos cambios en el espacio físico del

³⁷³ De todas maneras, el propósito de armonización de los hombres públicos del pasado de Carranza no solamente era selectivo sino que proponía algunas exclusiones muy concretas. Este fue, emblemáticamente, el caso de la figura de Juan Manuel de Rosas, que estuvo muy presente en el espacio del Museo pero como representativa de los tiempos negativos y oscuros del pasado nacional, tal como veremos en un capítulo posterior del presente trabajo.

³⁷⁴ Mona Ozouf, “Le Panthéon. L’Ecole Normale des morts”, en Pierre Nora (dir.), *Les lieux de mémoire*, vol. 1: “La république; la nation”, pp. 155-178.

³⁷⁵ *Ibid.*, p. 156.

³⁷⁶ *Ibid.*, p. 168.

³⁷⁷ *Ibid.*, p. 170.

panteón que son detenidamente analizados en su trabajo³⁷⁸. Si los problemas analizados por Bertoni encuentran claras líneas de continuidad con los planteos de Ozouf, en el caso local debe agregarse que no solamente fracasó la idea del panteón como espacio de unanimidad y de homenaje a la memoria nacional sino más aún, el panteón en sí mismo, ya que nunca se construyó.

Ahora bien, es la relación entre el Museo y el panteón el tema que nos interesa en particular ya que, como ha sido señalado, a partir de la nacionalización del Museo Carranza comenzó a plantear a las autoridades la necesidad de construir un edificio capaz de albergar a ambos. El 15 de febrero de 1892 le escribía al ministro del Interior, José V. Zapata, para solicitarle (tal como lo había hecho en diversas oportunidades ante autoridades anteriores), un predio para la construcción de un edificio para el Museo "... donde existía el antiguo cuartel del Retiro", pero esta vez con una novedad ya que Adolfo Pedro proponía reunir en un solo edificio al Museo Histórico Nacional y al panteón nacional. Su propuesta consistía en que "... la parte baja se destine al 'Panteón Nacional' para guardar las cenizas de nuestros prohombres, idea que hace tiempo se trata de realizar y que se haría fácil dándole colocación en un pasaje histórico y central de esta Metrópoli". Luego agregaba que confiaba encontrar acogida benevolente y eficaz de muchas personas "... que a pesar de su buena voluntad no pueden proceder aisladamente al fomento de esta institución"³⁷⁹. Y señalaba asimismo que si esta idea se llevaba a la práctica "... se dará más estabilidad al establecimiento [...] y estará tan vinculado como debe serlo, con el pueblo"³⁸⁰. Juntos, el Museo y el panteón, constituirían una síntesis muy significativa de las aspiraciones patrióticas de Carranza.

Según su proyecto en la parte superior del edificio, la dedicada al Museo, se guardarían y venerarían las "reliquias" de los hombres públicos del pasado, y en la parte inferior, los restos mortales de esos mismos hombres, es decir, las "reliquias" de sus cuerpos³⁸¹. Es claro que el interés de Carranza en este proyecto se debía a su propósito de sumar importancia a la institución a su cargo y de convertirla en el más emblemático lugar de memoria de la Argentina finisecular. Animado por este objetivo intentó movilizar los apoyos sociales y políticos de quienes estaban ya embarcados en la tarea de construcción del panteón nacional con anterioridad a su proyecto.

En carta del 15 de abril de 1892 Carranza reiteraba ante el ministro Zapata su propósito de construir un edificio para el Museo y el panteón nacional "... donde existía el antiguo cuartel del Retiro"³⁸². Sin embargo, no obtuvo ninguna respuesta concreta por parte de las autoridades del

³⁷⁸ Ibid.

³⁷⁹ Carta de Adolfo P. Carranza a José V. Zapata, Buenos Aires, 15/2/1892, AH, MHN, FAPC, LN, vol. I, p. 132.

³⁸⁰ Ibid.

³⁸¹ Ibid.

³⁸² Carta de Adolfo P. Carranza a José V. Zapata, Buenos Aires, 15/4/ 1892, AH, MHN, FAPC, LN, vol. I, p. 143.

ministerio del Interior. Por tal motivo el 2 de agosto de 1892 se reunió directamente con el entonces presidente de la Nación, Carlos Pellegrini, a quien le manifestó la necesidad de apoyo político y económico para la realización de un panteón nacional y para que el Museo tuviera un edificio propio (recordemos que por entonces aún ocupaba la planta baja de Moreno 330, un edificio que pertenecía a la Municipalidad de Buenos Aires). Luego de la reunión con Pellegrini, Carranza reconstruyó en un manuscrito personal el diálogo mantenido con aquel, expresando algunas ideas que resultan de gran interés para nuestra investigación³⁸³. Vale la pena aclarar que aunque en este documento Carranza menciona los dos temas que nos ocupan, el Museo y el panteón, en ningún momento estos aparecen en su discurso ante el presidente como parte de un mismo proyecto. Tal vez el director del Museo midiera en sus diálogos con las autoridades las posibilidades de realización de los proyectos que tenía en mente y en virtud de ello planteara su máxima aspiración, la construcción de un museo-panteón, o bien objetivos más modestos o parcialmente diferenciados de sus intereses como director del Museo, a saber, la obtención de un edificio para el Museo en el primer caso, y la realización del panteón nacional en el segundo.

De acuerdo a Adolfo Pedro, lo primero que le planteó al presidente fue la inconveniencia de que la idea de construcción del panteón nacional fuera impulsada por el Club de Gimnasia y Esgrima ya que, por su magnitud e importancia, se trataba de un proyecto que debía llevar adelante el gobierno nacional³⁸⁴. De este modo ponía de manifiesto lo que percibía como una conflictiva intromisión de un ámbito privado en lo que a su juicio debía ser un proyecto estatal, tema este que, dicho sea de paso, recorre la historia del Museo Histórico Nacional desde su gestación como proyecto y a lo largo de toda la gestión de Carranza, emblemáticamente en lo que atañe a la formación de sus colecciones. Luego señalaba que Pellegrini, en un gesto que minimizaba la importancia del proyecto, le había preguntado: “-¿Y para qué queremos panteón?”, a lo que aquel respondió: “-Señor, para colocar los restos de los grandes hombres”. Pellegrini entonces le habría respondido: “-Somos muy chicos”, idea que Carranza refutó diciendo: “-No señor, somos muy grandes para ser un pueblo tan joven”³⁸⁵.

³⁸³ Cabe aclarar que el documento en cuestión es un texto manuscrito que pertenece a la sección de documentos privados del Fondo Adolfo Pedro Carranza del Museo Histórico Nacional y que seguramente Carranza jamás dio a conocer. Por tales razones hacemos uso del mismo concientes de que se trata de una reconstrucción subjetiva (en forma de diálogo), del encuentro que aquél mantuvo con Carlos Pellegrini, lo que implica que puede contener palabras atribuidas a este último cuya veracidad no puede ser corroborada. Habiendo realizando esta salvedad, hacemos uso del mismo debido a su peculiar riqueza y elocuencia y a que seguramente refleja las vívidas impresiones que tuvo Carranza acerca del lugar ocupado por el Museo y por las prácticas destinadas a construir una memoria nacional, no solamente en las preocupaciones del presidente de la Nación, sino también en buena parte de las elites de su tiempo.

³⁸⁴ Adolfo P. Carranza, crónica manuscrita de su encuentro con el presidente de la nación, Carlos Pellegrini, Buenos Aires, 2/8/1892, AH, MHN, FAPC, C. 44, C. 13. p. 1.

³⁸⁵ Ibid.

Seguidamente Carranza le había manifestado al presidente la necesidad de un nuevo edificio para el Museo. “-Que me entregue lo más pronto posible la casa de Rosas, si realmente me la dan para el Museo Histórico” –le habría dicho–, solicitándole un espacio que hasta entonces no había aparecido en las anteriores demandas realizadas a las autoridades públicas para obtener un edificio para la institución. Y agregaba: “Estoy incómodo, tengo objetos en mi casa que no me animo a llevarlos y además el ácido sulfúrico de la oficina química está echando a perder los cuadros”. Pellegrini le habría respondido que no podía entregarle dicha casa al menos por el término de un mes y medio de tiempo. Carranza entonces alegó la importancia de tener un espacio donde colocar las banderas que “representan nuestras glorias”. Pero Pellegrini le respondió: “-Mejor que guardarlas, es tomar otras y no dejarlas tomar”, contraponiendo de este modo, con un dejo burlesco, el ejercicio de la memoria a las acciones políticas del presente³⁸⁶. “-Es necesario que me ayude” – insistía el director del Museo–, y agregaba, quejándose de que el dinero del Estado se utilizaba para otros fines que juzgaba menos importantes que el Museo: “-Ahí veo que han pedido 150 mil pesos para una cárcel correccional de menores y más vale ayudar al Museo”³⁸⁷; y enfatizaba: “Señor, mire que son las glorias de nuestro país”, a lo Pellegrini elocuentemente respondía: “-Mejor es pagar lo que debemos”³⁸⁸.

Evidentemente Carranza salió muy molesto y sin haber logrado nada concreto del encuentro con Pellegrini, ya que al finalizar la reconstrucción escrita del diálogo mantenido con aquél agregaba: “Salí fastidiado y triste. Veía al positivismo haciendo camino en mi país, ahogando hasta los sentimientos más nobles del corazón, la gratitud, el respeto, hasta la emulación que es apreciable en un mandatario”. Pero su malestar parecía ahondarse a medida que escribía: “Él, un pigmeo, pretendiendo despreciar a los que se llamaron San Martín o Rivadavia o Rodríguez, Padres de la patria, sus fundadores unos, sus estadistas o sus gobernantes ejemplares otros!. No había fondos!”³⁸⁹. Y finalizaba su indignada reflexión con las siguientes palabras: “Y hoy 3 de agosto dicen los diarios que el Presidente de la República ha solicitado del Congreso 500.000 pesos para pagar las deudas de la Sociedad Rural, compuesta de los hombres más ricos, más indiferentes y menos patriotas del país!”³⁹⁰.

Creemos que este documento es muy valioso por diversas razones. En primer lugar permite reafirmar la idea ya planteada con anterioridad acerca de la relativa marginalidad de los museos

³⁸⁶ Ibid.

³⁸⁷ Ibid.

³⁸⁸ Ibid., p. 2.

³⁸⁹ Ibid.

³⁹⁰ Ibid.

como instituciones públicas en la Argentina finisecular. Las innumerables cartas en las que Carranza se esforzaba por convencer a los funcionarios del Estado acerca de la importancia del Museo por sus fines patrióticos, educativos y hasta científicos y artísticos, no parecen haber encontrado los efectos deseados. Al mismo tiempo, sus reflexiones posteriores al encuentro con Pellegrini invitan a pensar que, independientemente de la escasa relevancia de los museos como instituciones públicas, la cuestión nacional y con ella los diversos proyectos desarrollados en esta etapa destinados a la glorificación del pasado y de sus grandes hombres, no fueron el fruto de los intereses y las acciones del conjunto de las clases dirigentes de la Argentina finisecular.

De acuerdo a nuestra interpretación, la tarea de construcción de los lugares de memoria fue más bien llevada a cabo por un grupo de hombres que formaba parte de dichas clases en virtud de diversos vínculos sociales, políticos, económicos y culturales, pero que pertenecía al ámbito de la elite letrada y patricia. Muchos de ellos, además, ocupaban un espacio relativamente marginal, tanto dentro del aparato del Estado como del campo intelectual e historiográfico en formación. Con una nueva sensibilidad por la cuestión nacional como telón de fondo compartida, con mayor o menor intensidad, por el conjunto de las elites, fueron estos actores concretos los que idearon proyectos en esta dirección, movilizaron redes sociales y apoyos políticos e intentaron dar renovado lustre a sus propias carreras asociándose a ellos, tal como es el caso de Adolfo Pedro Carranza. Las recurrentes quejas de los letrados ante las preocupaciones materialistas de las elites económicas y ante la labilidad del aparato del Estado –expresadas en diversas oportunidades por Carranza y sus allegados–, constituyen una clara expresión de esta problemática.

Ahora bien, la desilusión de Carranza luego de su reunión con Pellegrini no implicó que abandonara su proyecto del museo-panteón. En una carta escrita al ministro del Interior, Tomás S. de Anchorena, fechada el 3 de enero de 1893, volvió a solicitar un predio en el Retiro donde poder construir un edificio para el Museo y el panteón nacional. Esta vez utilizaba como argumento la referencia a una ley nacional del 15 de noviembre de 1892 que, de acuerdo a su artículo Xº, reservaba el mencionado predio para la construcción de un monumento nacional³⁹¹. Según sus palabras el monumento más apropiado sería “el que guarde las cenizas de nuestros grandes hombres y cuanto les recuerde a la posteridad”³⁹². Pero esta vez tampoco obtuvo respuestas, y mientras tanto la idea del panteón nacional se iba desvaneciendo ante los conflictos del presente, las disputas historiográficas y la falta de apoyo estatal para su realización. Sin embargo volvió a resurgir en

³⁹¹ Carta de Adolfo P. Carranza a Tomás S. de Anchorena, Buenos Aires, 3/1/1893, AH, MHN, FAPC, LN, vol. I, p. 186.

³⁹² Ibid.

1894 de la mano de una comisión interesada en erigirlo en el Cementerio del Norte, que comenzó a reunirse en la casa de Dolores Lavalle de Lavalle³⁹³. Dicha comisión estaba presidida por Julio A. Roca e integrada por Mariano de Vedia, José Juan Biedma, Ernesto Quesada, Manuel Mantilla y Adolfo P. Carranza. Pero muy poco tiempo después de su creación surgieron tensiones que llevaron a un nuevo fracaso³⁹⁴. Una vez más el proyecto del panteón se había enturbiado debido a que eran mayores los conflictos que producía que las posibilidades de acuerdo por parte de sus promotores³⁹⁵.

En una carta fechada el 15 de septiembre de 1894 Dolores Lavalle de Lavalle informaba a Carranza que se había reunido con Roca por el tema del panteón nacional y que este le había expresado que se trataba de algo irrealizable, que todos los señores estaban completamente desanimados, que ninguno quería ocupar un cargo para trabajar por ello, que tampoco él haría nada y que si las señoras querían seguir trabajando solas podían hacerlo pero que no contasen con una comisión de caballeros³⁹⁶. Tan sólo unos meses antes, al agradecer su designación como presidente de la comisión creada para la construcción de un panteón nacional, Roca le había expresado a Manuel Mantilla que iba a poner toda su voluntad para la realización del proyecto por considerarlo “un gran movimiento de justicia histórica” y “un homenaje del patriotismo argentino a los fundadores y grandes servidores de la patria”³⁹⁷. A pesar del vuelco ocurrido en el ánimo de Roca, Lavalle de Lavalle le proponía a Carranza que organizara “una reunión con los señores para saber realmente cual es su postura frente al proyecto”³⁹⁸.

Pero la idea del panteón se había apagado y con ella las iniciativas de Carranza en esta dirección. Por otra parte, su intención de construir un único edificio para el Museo y el panteón no parece haber tenido demasiada acogida entre los miembros de la comisión, quienes habían pensado en erigir dicho monumento en el Cementerio del Norte. Pero era el propio Carranza el que parecía haber comprendido la imposibilidad, tanto de erigir un panteón como de asociar a él al Museo Histórico Nacional. En una carta escrita al ministro del Interior, Manuel Quintana, el 24 de julio de 1894, volvía a insistir con la necesidad de un edificio propio para el Museo pero esta vez no hacía

³⁹³ Dolores Lavalle de Lavalle (1831-1926) era hija del general Juan Lavalle y se había casada con un primo suyo, Joaquín Lavalle, Vicente Cutolo, *Nuevo Diccionario Biográfico Argentino*, tomo cuarto, Buenos Aires, Elche, 1975, pp. 129-130.

³⁹⁴ Bertoni., *op. cit.*, p. 286.

³⁹⁵ *Ibid.*, pp. 287-288.

³⁹⁶ Carta de Dolores Lavalle de Lavalle a Adolfo P. Carranza, Buenos Aires, 15/9/1894, AH, MHN, FAPC, C. 44, C. 13.

³⁹⁷ Carta de Julio A. Roca a Manuel F. Mantilla, Buenos Aires, 30/6/1894, AH, MHN, FAPC, C. 44, C. 13.

³⁹⁸ Carta de Dolores Lavalle de Lavalle a Adolfo P. Carranza, Buenos Aires, 15/9/1894, AH, MHN, FAPC, C. 44, C. 13,

referencia alguna al panteón y ni siquiera a “los antiguos cuarteles del Retiro”, donde había proyectado la construcción de un edificio monumental ya desde los inicios de su gestión como director del Museo. Tampoco se refería a “la casa de Rosas” que le había pedido a Pellegrini. Esta vez solicitaba: “... la cesión de un predio de un terreno ubicado en la Avenida de Mayo (como señala el plano que acompaño), para edificar en él la casa que el mismo enseña con bastante claridad para escusar mayores explicaciones sobre ello”³⁹⁹.

Pero por otra parte Carranza era conciente de los límites materiales y políticos de sus aspiraciones, motivo por el cual entre 1892 y 1894, en su correspondencia con los sucesivos ministros del Interior, alternó su demanda de un edificio para la construcción de un museo-panteón con la solicitud más modesta de “un local propio, cómodo y seguro para el Museo”, tal como lo manifestó en diversas oportunidades. Finalmente en 1897, luego de reiterados intentos frustrados por lograr la construcción de un edificio propio para el Museo, presentó al ministro Norberto Quirno Costa una nueva propuesta⁴⁰⁰. En este caso sugería trasladar el Museo a la casona emplazada en el Parque Lezama que se encontraba desocupada. Debido a que tanto el parque como la casa pertenecían al gobierno municipal desde 1894, Carranza solicitaba al ministro la realización de las gestiones necesarias para lograr su cesión: “...ya que por su amplitud puede destinarse a este servicio con cortas reparaciones”⁴⁰¹. De todos modos aclaraba que esta sería una solución provisoria hasta tanto se construyera un edificio adecuado para la instalación definitiva del Museo.

Esta vez sus gestiones no fueron infructuosas. En abril de 1897 se realizó la permuta de la casa del Parque Lezama, que pasó a la jurisdicción nacional, por la casa ocupada hasta entonces por el Museo en la calle Santa Fe 3951, que pasó a estar bajo la órbita de la Dirección de Parques y Jardines Públicos de la Municipalidad de la Ciudad de Buenos Aires. En el mes de julio se realizó la mudanza del establecimiento y del propio Carranza, quien instaló su vivienda particular en la nueva sede del Museo, sita en Defensa 1600. De este modo Carranza parecía haber resuelto –aunque renunciando a sus grandes aspiraciones–, el problema del edificio del Museo (véase Imagen 8, p. 227).

Sin embargo no dejó de demandar, en los siguientes años, la construcción de un edificio para la institución que presidía. En el año 1906, durante la presidencia de José Figueroa Alcorta, el

³⁹⁹ Carta de Adolfo P. Carranza a Manuel Quintana, Buenos Aires, 24/7/1894, en *El Museo Histórico*, Buenos Aires, Kraft, tomo II, entrega 1ª, 1893, pp. 322-323. El plano al que hace referencia Carranza no ha sido hallado junto al documento en cuestión.

⁴⁰⁰ Norberto Quirno Costa se desempeñó como ministro del Interior entre julio de 1896 y agosto de 1897, durante la presidencia de José E. Uriburu.

⁴⁰¹ Carta de Adolfo P. Carranza al ministro del Interior, Norberto Quirno Costa, Buenos Aires, 3/2/1897, AH, MHN, FAPC, LN, vol. I, p. 29.

Congreso Nacional sancionó una ley que disponía la adquisición de un terreno donde sería construido un edificio para el Museo Histórico Nacional, y autorizaba al Poder Ejecutivo Nacional a invertir una suma no superior a los \$ 600.000 m/n para el cumplimiento de la misma. Asimismo, la mencionada ley establecía que el nuevo edificio debía estar concluido antes del 25 de mayo de 1910, es decir, antes de los festejos del Centenario. Pero esta ley no tuvo aplicación real, motivo por el cual el Museo siguió funcionando en su sede de Parque Lezama, donde se encuentra en la actualidad⁴⁰².

c) Un balance de la gestión de Carranza según Ernesto Quesada

Tal vez la mejor síntesis de las dificultades atravesadas por el Museo Histórico Nacional durante la gestión de Adolfo P. Carranza se encuentre en un trabajo titulado *Las colecciones del Museo Histórico Nacional*, escrito por Ernesto Quesada en 1916 con motivo de la asunción del cargo de director del Museo por parte de Juan Pradere en el año 1914 debido a la muerte de Carranza, ocurrida en el mes de agosto de ese mismo año⁴⁰³. Al describir las tareas que tenía por delante el nuevo director del Museo Quesada hacía referencia al desorden en que se encontraban las colecciones de la institución, señalando que la misión de Pradere era: "... desatar, sin titubear, el nudo ciego del más grave de los problemas para una dirección de museo: la clasificación sistemática de las colecciones y su colocación metódica y artística"⁴⁰⁴. Inmediatamente después se refería a los infructuosos esfuerzos realizados por Carranza para conseguir un edificio para el Museo a lo largo de toda su gestión: "Lo único que ambicionó ardientemente, sin lograr obtenerlo, fue construir un edificio especial para el Museo, pues sostenía que en el viejo caserón del Parque Lezama no había lugar para instalar metódicamente las colecciones, desde que el espacio era reducido y obligaba a tener todo en guardia y custodia, como si fuera un simple depósito"⁴⁰⁵. Y proseguía, refiriéndose a la escasa ayuda estatal recibida por Carranza durante su gestión: "... a pesar de su tenacidad infatigable, y de haber logrado la sanción de una ley ordenando la construcción del edificio y asignando los recursos necesarios para ello; no obstante haber procurado, con afán y solicitud demasada, la cesión de diversos locales para esa construcción: constantemente tropezó con inconvenientes insalvables, que no permitieron al gobierno realizar la

⁴⁰² *Registro Nacional de la República Argentina*, 1906, cuarto trimestre (octubre, noviembre y diciembre), Buenos Aires, Talleres Gráficos de la Penitenciaría Nacional, 1906, p. 86.

⁴⁰³ Ernesto Quesada, "Las colecciones del Museo Histórico Nacional", en *Nosotros*, año IX, tomo XIX, núm. 77, Buenos Aires, Sociedad Cooperativa Limitada *Nosotros*, 1915.

⁴⁰⁴ *Ibid.*, p. 3.

⁴⁰⁵ *Ibid.*, p. 4.

obra. Carranza se desesperaba por ello; fue esa una de sus grandes penas antes de morir, pues estaba desencantado ante la inutilidad de sus esfuerzos, después de más de un cuarto de siglo de lucha incesante»⁴⁰⁶.

Las palabras de Quesada relevan un aspecto que es común a la historia de los museos en general, a saber, la importancia de las figuras de los directores en su proyección, realización y funcionamiento. Podgorny y Lopes han señalado esta singular gravitación de los directores de museos como un indicador de la escasa relevancia de estas instituciones para las autoridades estatales, de la importancia clave de las voluntades individuales y de la capacidad de movilizar redes sociales y políticas⁴⁰⁷. Los esfuerzos desarrollados por Carranza para lograr formar las colecciones del Museo, para obtener un edificio propio o para aumentar el presupuesto de la institución sugieren que esta idea puede ser también aplicada al caso que nos ocupa, y ello se refleja en las impresiones volcadas por Quesada en el trabajo citado.

Ahora bien, éste último trazaba un panorama bastante sombrío al referirse a los logros de la gestión de Carranza. Luego de señalar que no había conseguido, a pesar de todos sus esfuerzos, un edificio propio para la institución, expresaba, aunque de un modo tácito, que la concurrencia al Museo Histórico era escasa y que Carranza no había logrado hacer de este espacio una institución relevante para el conjunto de la sociedad: “El grueso público no pudo jamás apreciar la magnitud de la obra de Carranza: solamente unos pocos amigos, enamorados de la investigación histórica y asiduos concurrentes a sus tertulias del domingo en el museo, pudimos darnos cuenta de la variedad de los tesoros que paulatinamente iba reuniendo...”⁴⁰⁸.

A su vez Quesada brindaba una interesante descripción de la personalidad de Carranza. Aunque él mismo estaba también muy atento a la cuestión nacional y a la construcción de una nacionalidad argentina, parecía sorprenderse del peculiar celo de aquel por la historia patria y la memoria nacional. “Carranza –decía– identificó su vida con la del museo, tanto que parecía que ambos hubieran nacido de una misma suerte [...] consideró que su misión, como guardador de esos tesoros, era la de convertirse en paladín del patriotismo y, en tal carácter, se dedicó a iniciar y celebrar todos los centenarios de los próceres de la independencia, moviendo la opinión, incitando el celo de las autoridades, reuniendo a los ciudadanos, pronunciando discursos y publicando artículos y libros”⁴⁰⁹.

Más adelante, y antes de concentrarse en la descripción de los desafíos que tenía por delante la

⁴⁰⁶ Ibid.

⁴⁰⁷ Podgorny y Lopes, *op. cit.*, p. 10.

⁴⁰⁸ Quesada, “Las colecciones...”, p. 4.

⁴⁰⁹ Ibid.

gestión de Pradere, Quesada volvía a enfatizar con particular elocuencia la singularidad de Carranza: “Estaba siempre [...] pensando en la patria, ajeno a la mayor parte de las cuestiones que apasionan a la generalidad, porque sólo vivía entregado al culto de aquella, que era para él como una religión, casi como una manía, una santa manía⁴¹⁰”. Lo interesante de esta caracterización acerca de la personalidad de Carranza es que expresa que –aún en un clima de ideas sensible a la cuestión nacional–, la dedicación de Adolfo Pedro a estas cuestiones sorprendía a sus propios amigos y colegas embaucados en la tarea de construcción de una nacionalidad.

Por último, quisiéramos enfatizar dos ideas planteadas por Quesada en este texto: por una parte, su caracterización del Museo a la muerte de Carranza como algo parecido a un inmenso depósito debido al desorden en que se encontraban sus colecciones y exhibiciones; y estrechamente vinculada a ella, la cuestión de la falta de apoyo estatal padecida por el primer director del Museo a lo largo de sus más de 20 años de gestión. Pronunciadas por un agudo observador del mundo de su tiempo, estas dos ideas parecen resumir muy bien algunos de los problemas que hemos intentado desarrollar en el presente capítulo.

⁴¹⁰ Ibid., p. 6.

CAPÍTULO VI

LAS COLECCIONES DEL MUSEO HISTÓRICO NACIONAL

Mi misión –acostumbraba a decir a sus amigos– ha sido la de idear y fundar el museo, dedicando todos mis esfuerzos a reunir cuanta reliquia histórica podía obtener, rogando a sus dueños que las donaran, insistiendo y pidiendo con la mayor constancia; el material reunido es ya considerable, pero concentraré todo mi anhelo en aumentarlo, abandonando a quien me suceda la tarea de aprovechar de mi obra, a fin de que clasifique lo reunido, lo seleccione y exhiba con el método debido.

Palabras atribuidas a Adolfo P. Carranza
por Ernesto Quesada⁴¹¹

a) Criterios que orientaron su formación

En el presente y último capítulo de nuestro trabajo de investigación analizaremos algunos aspectos del proceso formativo de las colecciones del Museo Histórico Nacional –un tema que ha sido parcialmente tratado en las páginas precedentes–, desde su fundación en 1890 hasta su instalación en la actual sede de Parque Lezama, en 1897. Para comenzar brindaremos algunos datos generales acerca del crecimiento cuantitativo de las mismas durante el período estudiado.

De acuerdo a la información aportada por Adolfo P. Carranza en diversos documentos institucionales, cuando el Museo abrió sus puertas, el 30 de agosto de 1890, contaba con 191 objetos, recibidos tanto de entes públicos como de particulares, algunos en calidad de donaciones y otros como depósitos⁴¹². Poco tiempo después, el 25 de junio de 1891, el Museo contaba con 503 objetos, de modo que se habían sumado a sus colecciones 312 piezas.⁴¹³ Al año siguiente, el 15 de

⁴¹¹ Quesada, “Las colecciones...”, p. 3.

⁴¹² Buenos Aires, 4/3/1896, Memoria enviada por Adolfo P. Carranza a la Comisión del Censo, AH, MHN, FAPC, LN, vol. I, C. 57, C. 1, p. 336 El director del Museo explica que el 15 de febrero de 1891 se inauguró la nueva sede del Museo en Moreno 330 con 284 objetos distribuidos en 6 salas, de modo que en 5 meses se habían sumado a las colecciones 93 piezas nuevas, *ibid.*, p. 337. La categoría “depósito” hacía referencia a los objetos que eran remitidos al Museo como préstamos por una cantidad de tiempo dada, que podía o no ser determinada previamente; a su vez los depositantes podían reclamar los objetos prestados a la institución en cualquier momento. La mayor parte de los casos de depósitos corresponden a préstamos realizados al Museo por particulares. En cambio las entidades estatales generalmente efectuaban donaciones.

⁴¹³ De acuerdo a los datos proporcionados por Carranza 361 objetos (71,77 %) habían ingresado a la institución en calidad de donaciones mientras que otros 142 objetos (28,23 %) lo habían hecho como depósitos, Memoria enviada por

abril de 1892, el Museo poseía 693 objetos en total, lo cual indica que en menos de un año (contando desde el último registro de junio de 1891) había aumentado sus colecciones en 190 objetos, más de la mitad como donaciones y el resto como depósitos⁴¹⁴.

El 11 de marzo de 1893 (fecha de la siguiente Memoria elevada por Carranza a las autoridades), el Museo contaba con 83 nuevos objetos, de modo que poseía en total 776⁴¹⁵. El 6 de enero de 1894 abrió sus puertas en la sede de la calle Santa Fe 3951 con 886 piezas, lo cual da cuenta de que en menos de un año había aumentado sus colecciones en 110 objetos⁴¹⁶. Desde entonces y hasta el 6 de mayo de 1895 se sumaron 149 piezas nuevas, lo que hacía a un total de 1.035; a su vez entre mayo de 1895 y mayo de 1896 el Museo incorporó 205 nuevos objetos, por lo cual en esta última fecha poseía 1.240 piezas⁴¹⁷. Desde entonces y hasta marzo de 1897 sumó 101 objetos, llegando a poseer 1.341⁴¹⁸. De acuerdo a estas cifras, desde su inauguración y hasta pocos meses antes de su instalación definitiva en la sede de Parque Lezama (recordemos que la mudanza del Museo se produce en el mes de agosto de 1897), el Museo pasó de 191 a 1.341 objetos, es decir que durante sus primeros 7 años de existencia la institución septuplicó sus colecciones.

Ahora bien ¿cómo fueron las características del proceso formativo de estas colecciones? Con el objetivo de profundizar la respuesta a este interrogante hemos indagado algunas cuestiones tales como las modalidades en que éstas fueron reunidas, las estrategias implementadas por Carranza para conseguir objetos y obras de arte, las redes sociales activadas para cumplir con tales propósitos, la participación de instituciones públicas, de particulares y de coleccionistas y la respuesta de los donantes ante las demandas del primer director del Museo. A la luz de estas problemáticas presentaremos a continuación algunas ideas generales que, de acuerdo a nuestra interpretación, orientaron a Adolfo P. Carranza en el propósito de reunión de las colecciones del Museo, para luego detenernos en el análisis de las características que adquirió dicho proceso.

Adolfo P. Carranza al intendente de Buenos Aires, Francisco Bollini, Buenos Aires, 25/6/1891, AH, MHN, FAPC, LN, vol. I, C. 57, C. 1, p. 98.

⁴¹⁴ Memoria enviada por Adolfo P. Carranza al ministro del Interior, José V. Zapata, Buenos Aires, 15/4/1892, AH, MHN, FAPC, LN, vol. I, C. 57, C. 1, p. 143.

⁴¹⁵ Memoria enviada por Adolfo P. Carranza al ministro del Interior, Wenceslao Escalante, Buenos Aires, 11/3/1893, AH, MHN, FAPC, LN, vol. I, C. 57, C. 1, p. 193.

⁴¹⁶ Memoria enviada por Adolfo P. Carranza a la Comisión del Censo, Buenos Aires, 4/3/1896, AH, MHN, FAPC, LN, vol. I, C. 57, C. 1, p. 340.

⁴¹⁷ Memoria enviada por Adolfo P. Carranza al ministro del Interior, Benjamín Zorrilla, Buenos Aires, 30/5/1896, AH, MHN, FAPC, LN, vol. I, C. 57, C. 1, p. 365.

⁴¹⁸ Memoria enviada por Adolfo P. Carranza al ministro del Interior, Norberto Quirno Costa, Buenos Aires, 1/3/1897, AH, MHN, FAPC, LN, vol. II, C. 58, C. 1, p. 39.

Memorias anuales del Museo Histórico Nacional	Cantidad de objetos que conformaban las colecciones del Museo según Memorias anuales	Cantidad de objetos incorporados entre Memorias sucesivas
1890 (agosto)	191	
1891(junio)	503	312
1892 (abril)	693	190
1893 (marzo)	776	83
1894 (enero)	886	110
1895 (mayo)	1.035	149
1896 (mayo)	1.240	205
1897 (marzo)	1.341	101

Fuentes: Memorias anuales del Museo Histórico Nacional (1890-1897), AH, FAPC, MHN, LN, vol. I, C. 57, C. 1, y LN, vol. II. 58, C. 1.

Como sabemos, a lo largo de su gestión Carranza se propuso convertir a la institución que presidía en un lugar de memoria de la Argentina finisecular. De acuerdo al decreto fundacional del intendente Seeber que dispuso la formación de una comisión encargada de organizar un museo histórico, este último tendría como propósito mantener “las tradiciones de la Revolución de Mayo y de la guerra de la Independencia”, para lo cual se esperaba que fuera capaz de concentrar, colocar y guardar los objetos vinculados a dicho período histórico, dispersos en todo el territorio nacional⁴¹⁹. Una vez creado el Museo, el joven Adolfo Pedro emprendió una vasta tarea de reunión de objetos que dio lugar a sus colecciones formativas. Sin embargo, muy pronto la dinámica de las donaciones (tanto las procedentes de instituciones públicas como de particulares), así como los propios objetivos de Carranza, excedieron los límites del citado decreto.

Tal como hemos señalado con anterioridad, en sus demandas ante las autoridades públicas destinadas a iniciar un proceso de concentración de los objetos históricos dispersos en diversas entidades estatales en el Museo, Carranza no sólo se ocupó de pedir objetos representativos del período revolucionario sino que también solicitó muchos otros vinculados con el período colonial, al que en principio no tenía ningún interés en rendir homenaje porque no lo consideraba parte de la historia argentina⁴²⁰. Pero también otras etapas del pasado fueron, de acuerdo a su criterio, dignas de ocupar un lugar en las vitrinas del Museo. Nos referimos en particular, pero no solamente, a la

⁴¹⁹ “Resoluciones patrióticas”, en *Revista Nacional*, 1/6/1889, año IV, tomo VIII, núm. 38, Buenos Aires, Imprenta europea, p. 384.

⁴²⁰ Véase cap. III, pp. 72-74.

Guerra del Paraguay (1865-1870), que ocupó un espacio muy significativo en las colecciones y exhibiciones de la institución, tal como veremos más adelante.

Asimismo, su propósito de rendir homenaje a los hombres públicos considerados merecedores de las honras de la posteridad, no le impidió otorgar un importante espacio en los salones del Museo a los personajes del pasado más polémicos o más cuestionados por buena parte de las elites dirigentes de la Argentina de fin del siglo. Nos referimos en particular a la importante presencia que adquirió la figura de Juan Manuel de Rosas, a pesar de la nula admiración que el otrora gobernador de Buenos Aires despertaba en Carranza, quien en consonancia con la tendencia predominante en el incipiente campo historiográfico de su época, caracterizaba a sus gobiernos como “tiranía” o “dictadura”. Así, el 25 de octubre de 1896 Carranza escribía al Gral. Suspisiche con el objetivo de solicitarle, en calidad de donación “... el retrato al óleo [...] del “ex dictador de la Confederación Argentina, don Juan Manuel Rosas”⁴²¹. Pero no era Rosas el único “dictador” que encontró un espacio en los salones del Museo. El 18 de junio de 1892 un tal Miguel Insiarte respondió por carta a una solicitud de Carranza, manifestándole que aceptaba donar al Museo un “retrato auténtico del Dictador del Paraguay José Gaspar Francia”, un personaje muy cuestionado por la historiografía liberal⁴²².

En cuanto a la presencia del orden rosista en el Museo, entendemos que se debe a varias razones. No solamente representaba una etapa insoslayable de la historia argentina sino que además estaba muy presente en la memoria de sus vencedores, y fueron estos quienes conformaron el grueso de las fracciones política y letrada de las clases dirigentes después de Caseros. Por otra parte, Carranza sostenía que para que la Argentina del presente pudiera desarrollarse armónicamente debía poder aceptar los errores y acontecimientos negativos del pasado, y con ellos también (o sobre todo) los gobiernos rosistas. El Museo, en este sentido, funcionaba como una suerte de espacio de glorificación de los aciertos pero también de comprensión y de posible “redención” de los errores legados por la historia para la educación política, patriótica y moralizante de la sociedad y de sus clases dirigentes. De acuerdo a Adolfo Pedro, la institución que dirigía debía reflejar “... los tiempos heroicos o días nefastos de la República...”. Si el Museo Histórico tenía una función educativa ella era la de servir “... de ejemplo para los que les suceden o de estudio para los hombres

⁴²¹ Carta de Adolfo P. Carranza al Gral. Suspisiche, Buenos Aires, 25/10/1896, AH, MHN, FAPC, LN, vol. II, C. 58, C. 1, pp. 11-12.

⁴²² Carta de Miguel Insiarte a Adolfo P. Carranza, Buenos Aires, 18/6/1892, AH, MHN, FAPC, DD, tomo III, 1892-1893, folio 117.

de pensamiento y reflexión”⁴²³.

Pero la importancia del período rosista en el Museo, reflejada en muchos de los objetos que componían sus colecciones y exhibiciones, no fue una singularidad de la institución presidida por Carranza. Por el contrario, los restos materiales del rosismo tuvieron una presencia importante con anterioridad a la creación del Museo Histórico, y no solamente en el Museo Nacional de Buenos Aires (donde había diversos objetos vinculados con él), sino también en exhibiciones temporarias realizadas a partir de colecciones privadas. Un ejemplo de ello lo encontramos en la “Exposición de curiosidades y objetos de arte” organizada por la “Sociedad Damas de Caridad” en el Teatro de La Ópera en el mes de octubre de 1878, con el propósito de reunir fondos para la culminación del edificio de la “Escuela Maternal”⁴²⁴. María Isabel Baldasarre ha estudiado el proceso formativo de las primeras colecciones de arte burguesas y de corte moderno en Buenos Aires, que tuvo lugar entre los años 1880 y 1910. La autora señala que debido a que una de las ideas que guiaron la actividad de los coleccionistas en esta etapa fue el deseo de trascendencia, era muy frecuente que sus acervos privados fueran proyectados en el ámbito público, tanto por medio de la participación en exposiciones como de la formación de museos. En este contexto, uno de los mecanismos utilizados por los coleccionistas fue el préstamo temporal de sus colecciones para la organización de exposiciones con fines benéficos, tal como ocurrió en el caso que nos ocupa. Asimismo Baldasarre señala que la crítica periodística solía destacar este tipo de iniciativas ya que estas permitían al público acceder al conocimiento y la contemplación de piezas que en general le estaban vedadas por ser de dominio privado⁴²⁵.

En la mencionada exhibición se expusieron obras de arte y objetos representativos de diversas épocas del pasado, pertenecientes a varios coleccionistas destacados de Buenos Aires, entre ellos Lamas, Montes de Oca, Trelles, Garmendia y Zeballos. Las crónicas de la prensa periódica que dieron cuenta de dicha exposición dedicaron extensas descripciones y comentarios a los objetos y retratos vinculados con el período rosista así como destacaron la particular atracción que estos producían en el público visitante a la exhibición. El periódico *La Libertad* del 7 de octubre de 1878 describía las diversas secciones de la exhibición y señalaba que “la colección de objetos de la época de Rosas, los retratos de este, de doña Encarnación, las divisas o cintillas, las vergas y demás

⁴²³ Carta de Adolfo P. Carranza al intendente de Buenos Aires, Francisco P. Bollini, Buenos Aires, 9/10/1890, AH, MHN, FAPC, LN, vol. I, C. 57, C. 1, pp. 53-54.

⁴²⁴ “Inauguración”, en *La Libertad*, Buenos Aires, 7/10/1878, Archivo General de la Nación (en adelante AGN), Sala VII, Colección Lamas, legajo 62, folio 185 y subsiguientes.

⁴²⁵ Baldasarre, *op. cit.*, p. 235.

utensilios de ese tiempo han llamado la atención de la concurrencia”⁴²⁶. Por su parte el cronista de *El Porteño* calificaba de brillante al “bazar y exposición del Teatro de la Ópera organizado por la Sociedad Damas de Caridad...” y destacaba en particular “la colección de cuadros y curiosidades” de Andrés Lamas⁴²⁷. Asimismo agregaba –tal vez con la intención de dar cuenta de la viva presencia del rosismo en la memoria de la sociedad porteña–, que frente a los objetos representativos de ese período “de los labios de varios concurrentes brotaba una palabra de maldición, al contemplar los restos históricos de la tiranía”⁴²⁸.

Pero la presencia de objetos vinculados con el orden rosista en dicha exhibición fue presentada con la mayor elocuencia por el periódico *La Prensa*. Al describir las “muestras del gran museo del literato D. Andrés Lamas”, el cronista escribía: “Queremos dar una idea a los lectores de *La Prensa* de algunas de aquellas curiosidades, que pocas veces tiene el público ocasión de admirar, porque son el tesoro del celoso coleccionista. ¿Por dónde comenzar? ¿Por los monumentos del arte peruano? ¿Por la galería de pinturas famosas? ¿Por las colecciones paraguayas? No!” –y proseguía: “La vista queda derrepente fija en la pared que limita el salón hacia la calle, una nube de sangre cruza por nuestros ojos, como velo fatídico decorado con visiones de muerte y se siente palpar el corazón con el ardor de la indignación humanitaria y patriótica. Aquella es la exposición especial de la época de Rosas. Todo es rojo, como la sangre con que la mashorca empapaba las calles y los hogares de las víctimas”⁴²⁹. Y seguidamente se concentraba en una minuciosa descripción del “*boceto del Coronel D. Julián González (a) Salomón*”, realizado por el artista Eustaquio Carrandi (1818-1878) inmediatamente después de la muerte del presidente de la Sociedad Popular Restauradora, ocurrida en 1847⁴³⁰.

Pero además *La Prensa* dedicó otros tantos artículos a los objetos vinculados con el orden rosista presentados en dicha exposición, tales como una galería de retratos de Rosas y una serie de divisas y cintillos punzó que formaban parte de la colección privada de Lamas. En uno de estos artículos el cronista planteaba: “¿Quién no tiene o no ha mirado una divisa o un moño punzó del tiempo del tirano? Entre tanto no todos saben su historia, la ignora la juventud especialmente, y no pocos de los que no han vivido en esos tiempos aciagos. Es necesario complementar la instrucción cívica del ciudadano formándole el criterio del hombre libre, enemigo del desorden y de la tiranía; y

⁴²⁶ “Inauguración”, en *La Libertad*, Buenos Aires, 7/10/1878, AGN, Sala VII, Colección Lamas, legajo 62, folio 187.

⁴²⁷ *El Porteño*, Buenos Aires, 8/10/1878, AGN, Sala VII, Colección Lamas, legajo 62, folio 187.

⁴²⁸ *Ibid.*

⁴²⁹ “El boceto del coronel Salomón (exposición artística y de antigüedades en la Opera)”, en *La Prensa*, Buenos Aires, 8/10/1878, AGN, Sala VII, Colección Lamas, legajo 62, folios 188-190.

⁴³⁰ *Ibid.* Un óleo sobre tela que representa a Julián González Salomón perteneciente a la colección Lamas (suponemos que se trata de la misma obra) fue donado al Museo Histórico Nacional por Enrique Fischhof en 1924, donde se encuentra actualmente, véase *Catálogo del Museo Histórico Nacional, op. cit.*, tomo I, p. 418.

a este propósito nos asociamos al escribir la serie de artículos históricos con motivo de la Exposición caritativa que llama la atención pública”⁴³¹. Con estas palabras el cronista parecía otorgar una función educativa a la exhibición de dichos objetos, vinculada al ejercicio de la memoria histórica de la sociedad, una idea que iba a encontrar continuidad en los propósitos de Carranza como director del Museo Histórico Nacional.

Creemos que el conjunto de estos documentos permite comprender que tanto para sus detractores como para sus escasos y polémicos defensores, el orden rosista representaba un período muy relevante del pasado y ocupaba un espacio muy significativo, no solamente en los ejercicios historiográficos de varios de los intelectuales de fin de siglo, sino también en la memoria de las elites de la Argentina finisecular (de las que además formaban parte dichos intelectuales), por lo cual no es extraño que haya ocupado un lugar significativo en los salones del Museo⁴³².

A pesar de la evidente importancia de los objetos representativos del rosismo en el Museo Histórico Nacional, no podemos dejar de tener presente que la institución dirigida por Carranza no se ajustó a un plan y que fue, además, escasamente selectiva en la formación de sus colecciones. Por tal motivo es posible conjeturar que la presencia de un importante caudal de objetos y retratos vinculados con el orden rosista puede haber obedecido también a razones menos intencionales, a saber, la importante circulación de piezas de dicho período entre coleccionistas, historiadores y miembros de la elite patricia, muchas de las cuales encontraron como destino el primer museo histórico fundado en la ciudad de Buenos Aires.

Ahora bien, si por una parte Carranza se proponía otorgarle un espacio en los salones del Museo, no solamente a los hombres públicos del pasado considerados heroicos sino también a aquellos otros vinculados con los períodos más cuestionados del pasado nacional, por otra parte ponía algunos reparos que apuntaban a lograr una deliberada toma de distancia entre el pasado y el presente. Así, de acuerdo a Adolfo Pedro, ni la realidad política ni sus actores, menos aún sus figuras más reconocidas, debían estar presentes en las vitrinas del Museo, aún a pesar de que su virtuosismo las hiciese dignas de ser recordadas públicamente. Esta suerte de neutralidad política que pretendía otorgar a la institución que dirigía se explica por su temor a que la presencia de figuras cuya actuación pública fuese muy cercana en el tiempo pudiera producir conflictos y con

⁴³¹ “Las divisas - El moño punzó (en la exposición artística y de antigüedades)”, en *La Prensa*, Buenos Aires, 16/10/1878, AGN, Sala VII, Colección Lamas, legajo 62, folio 193.

⁴³² De entre las obras escritas entre fines del siglo XIX y comienzos del XX que trataron diferentes aspectos del orden rosista sobresalieron, por sus planteos en cierto modo innovadores sobre dicho fenómeno y por su carácter polémico, los trabajos de Adolfo Saldías, *La Historia de Rosas y su época* (1881-1887) y de Ernesto Quesada, *La época de Rosas* (1898), ambas realizadas a partir de archivos privados de familias rosistas. Estos trabajos destacaron varios aspectos considerados positivos del orden rosista así como plantearon importantes críticas a los unitarios enemigos del régimen.

ello amenazar el propósito de armonización del pasado y de consagración de sus hombres públicos. Asimismo, la necesaria distancia del tratamiento del presente con respecto a los acontecimientos y hombres del pasado puede ser vinculada con algunas de las ideas científicas que circulaban en el espacio historiográfico, ya que la búsqueda de objetividad comenzaba paulatinamente a plantearse como condición de toda labor de conocimiento del pasado⁴³³.

Un ejemplo muy concreto de esta postura de Carranza lo encontramos en una carta enviada en abril de 1894 al mayor de Artillería Juan Bourre, quien había donado al Museo un retrato litográfico de Domingo F. Sarmiento. Luego de agradecerle el mencionado retrato Carranza le advertía a su interlocutor que: "... el será guardado durante algún tiempo, obedeciendo a la norma de conducta trazada de no exhibir nada que se relacione con nuestros hombres públicos sino después que hayan pasado por lo menos diez años desde su fallecimiento, cuyo proceder no dudo merecerá su simpatía"⁴³⁴. Con el mismo criterio poco tiempo más adelante agradecía a Amelia Albarracín de Castañón la donación del árbol genealógico de la familia Albarracín. En esta oportunidad Carranza explicaba a la donante que por el momento aquel no iba a ser exhibido porque "... quizás ello choque con nuestros hábitos democráticos ya que siendo tan moderno, será mejor conservarlo para que más adelante le de carácter su antigüedad"⁴³⁵. Este último documento da cuenta a su vez de que la postulada distancia entre pasado y presente en la exhibición de objetos históricos no obedecía solamente a la necesidad de neutralidad y objetividad con respecto al pasado, sino también a la idea de que el paso del tiempo (o en palabras de Carranza la "antigüedad") era un atributo que agregaba valor a los objetos históricos.

Pero al querer respetar una cierta distancia entre pasado y presente Carranza se topaba, necesariamente, con el problema del tiempo relativamente breve de la historia nacional, más aún si su comienzo era fijado en mayo de 1810. Así es como varias figuras públicas de actuación relativamente reciente en la arena política habían a su vez participado activamente en períodos bastante tempranos de esa historia; este era el caso de varios de los miembros de la generación del 37, tales como Domingo F. Sarmiento. En la misma dirección observamos que algunos ancianos militares que habían tomado parte en diversas acciones de las guerras de independencia donaron

⁴³³ Nos referimos a la paulatina emergencia de un discurso científico en el campo historiográfico en formación de la Argentina de fines del siglo XIX que se caracterizó, en algunos autores, por la producción de obras que buscaron en los métodos y procedimientos de las ciencias herramientas para la comprensión del pasado. Asimismo fue cada vez más frecuente la apelación a la objetividad y el rigor documental como condiciones para la producción de trabajos históricos, véase Gustavo H. Prado, *op. cit.*, pp. 62-66.

⁴³⁴ Carta de Adolfo P. Carranza a Juan Bourre, Buenos Aires, 20/4/1894, AH, MHN, FAPC, LN, vol. I, C. 57, C. 1, p. 253.

⁴³⁵ Carta de Adolfo P. Carranza a Amelia Albarracín de Castañón, Buenos Aires, 20/1/1895, AH, MHN, FAPC, LN, vol. I, C. 57; C. 1, p. 284.

objetos vinculados con sus propias vidas al Museo, pero en estos casos Carranza parecía no percibir ningún problema porque estos hombres casi no tenían participación en la vida política y sobre todo porque sus biografías los consagraban como personajes ilustres y dignos de figurar en las vitrinas de la institución a su cargo⁴³⁶.

Pero Adolfo Pedro no aplicaba solamente su concepción acerca de la necesaria distancia entre el presente y el pasado a su labor como director del Museo Histórico, sino que la misma parecía guiar, también, sus ideas sobre la enseñanza de la historia en las escuelas. Así, en respuesta a Valentín Balbín, quien le escribiera solicitando sus observaciones en calidad de profesor de Geografía acerca del plan de estudios para niños de 10 a 12 años que iba a ser enviado al Ministerio de Justicia, Culto e Instrucción Pública de la Nación, Carranza sugería cerrar el programa de Historia Argentina "... con la renuncia del Presidente Rivadavia en 1827 o la caída de la Dictadura en 1852". Y luego agregaba: "Se opone a la enseñanza de los sucesos posteriores, la proximidad de ellos, y que la pasión o preocupación influya en el ánimo del Profesor para explicar los hechos o el rol de los hombres que han actuado, con error o prevenciones que deslustran el conocimiento exacto y justiciero del pasado"⁴³⁷.

Ahora bien, el propio Carranza contradecía esta búsqueda de distancia con respecto al pasado al exhibir en los salones del Museo una serie de objetos vinculados con períodos relativamente cercanos de la historia nacional, en los que habían tenido una activa y directa participación algunas figuras públicas que formaban parte de las clases dirigentes de su tiempo. Nos referimos en particular a la Guerra de la Triple Alianza, que tal como hemos mencionado fue una de las etapas de la historia del país más presente en las vitrinas del Museo. Por otra parte, Carranza no ofrecía ningún reparo a la exaltación de algunos de los logros económicos y sociales más característicos de la Argentina moderna –la de su propio presente–, simbolizados por la presencia en el Museo de objetos asociados, por ejemplo, al desarrollo industrial, la expansión del ferrocarril y la construcción del puerto de Buenos Aires, o en una sola palabra, al tan mentado progreso, tópico caro a los hombres de la generación del 80. Por cierto, la presencia de este tipo de objetos en el Museo expresaba la relación trazada por la elite letrada entre la afirmación de una conciencia nacional y el proceso de consolidación del Estado que estaba teniendo lugar a fines del siglo

⁴³⁶ Nos referimos en particular a los casos de los generales Clemente Zárraga y Eustaquio Frías, cuyas donaciones al Museo Histórico serán analizadas más adelante.

⁴³⁷ Carta de Valentín Balbín a Adolfo P. Carranza y respuesta de este último, Buenos Aires, 18/1/1895, AH, MHN, FAPC, C. 53, C. 3. El 23 de febrero de 1894 Carranza había sido nombrado profesor de Geografía del Colegio Nacional de la Capital, carta del ministro de Justicia, Culto e Instrucción Pública de la Nación, Marco M. Avellaneda, a Adolfo P. Carranza, Buenos Aires, 23/2/1894, AH, MHN, FAPC, C. 53, C. 3.

Lo expuesto hasta aquí nos ha permitido bosquejar algunas de las ideas y representaciones con las que Carranza pretendió guiar su labor como director del Museo Histórico Nacional. Asimismo hemos intentado presentar algunas de sus contradicciones y ambigüedades, evidenciadas tanto en el proceso de formación de las colecciones como en el montaje de las exhibiciones del Museo. Pero en cualquier caso, la formación del patrimonio inicial de la institución no dependió solamente de los propósitos de su director sino también de las respuestas obtenidas por parte de los donantes de objetos, ya fuesen entidades públicas como particulares, quienes en gran medida configuraron sus características. La complejidad que revistió este proceso requiere del abordaje de una serie de problemas tales como la importancia adquirida por los coleccionistas y los donantes ocasionales de objetos históricos, la existencia de redes de compra y venta de objetos y la cuestión de la autenticidad de los mismos, temas que serán tratados en las siguientes páginas a través del análisis de las donaciones públicas y privadas recibidas por el Museo durante los primeros años de la gestión de Carranza.

Debido a que la mayor parte de las donaciones de dependencias públicas ha sido tratada en el capítulo IV de la presente investigación, a propósito del proceso de nacionalización del Museo, en este apartado solamente nos concentraremos en el análisis de dos grupos importantes de donaciones: las remitidas por el Museo Nacional de Buenos Aires por una parte, y las realizadas por el Ministerio de Guerra y Marina y por diversas dependencias del Ejército Nacional. Estas últimas estuvieron, por lo general aunque no exclusivamente, vinculadas a la Guerra del Paraguay.

⁴³⁸ Encontramos, en los siguientes documentos, algunos ejemplos de la recepción por parte del Museo Histórico de objetos vinculados con los logros de la Argentina moderna: el 16 de mayo de 1891 Carranza escribía al presidente de la Comisión Directiva Argentina de la Exposición Universal de París de 1889, Eduardo Osorio, para agradecerle el envío del estandarte con el cual el Estado nacional se había presentado a la repartición de premios de dicha exposición. En la mencionada misiva el director del Museo expresaba que "... aquella fecha marca una conquista de este país en el campo de la industria tan noblemente obtenida como los triunfos sobre el campo de batalla i él será colocado en los salones de este Establecimiento para perpetuar la labor de que es capaz pueblo tan animoso y viril como el nuestro", carta de Adolfo P. Carranza a Eduardo Osorio, presidente de la Comisión Directiva Argentina de la Exposición Universal de París de 1889, Buenos Aires, 16/5/1891, AH, MHN, FAPC, LN, vol. I, C. 57, C. 1, p. 89. Por otra parte, el 15 de mayo del mismo año escribía al administrador general del Ferrocarril Rosario para agradecerle el envío de una medalla de oro conmemorativa de la inauguración de un ramal de ferrocarril, al que presentaba como símbolo del progreso de la República, carta de Adolfo P. Carranza al administrador general del Ferrocarril Rosario, Buenos Aires, 15/5/1891, AH, MHN, FAPC, LN, vol. I, C. 57, C. 1, p. 88. Algunos años más tarde, el 24 de septiembre de 1896, agradecía por carta a Eduardo y Juan José Madero el envío de tres grabados que recordaban las propuestas para la construcción del puerto de Buenos Aires presentadas por Eduardo Madero, y les prometía que oportunamente iban a ser colocados en el Museo, carta de Adolfo P. Carranza a Eduardo y Juan José Madero, Buenos Aires, 24/9/1896, AH, MHN, FAPC, LN, vol. II, C. 58, C. 1, pp. 7-8. El 31 de mayo de 1897 escribía a la Dirección de Ferrocarriles para solicitar, con destino al Museo, un mapa de la red de ferrocarriles del país, carta de Adolfo P. Carranza a la Dirección de Ferrocarriles, Buenos Aires, 31/5/1897, AH, MHN, FAPC, LN, vol. II, C. 58, C. 2, p. 50, mientras que el 2 de junio de 1897 la Dirección Gral. de Telégrafos le enviaba, en respuesta a su solicitud, un mapa de la red de telégrafos del país, carta de la Dirección Gral. de Telégrafos a Adolfo P. Carranza, Buenos Aires, 2/6/1897, AH, MHN, FAPC, DD, tomo IV, 1895-1897, folio 175.

Posteriormente nos detendremos en el estudio de un conjunto de donaciones privadas, realizadas tanto por donantes ocasionales como por coleccionistas en el período 1890-1897.

b) Las donaciones de dependencias públicas

b.1) Del Museo Nacional al Museo Histórico

Hemos señalado en capítulos anteriores que a partir su nombramiento como director del Museo, Carranza se propuso iniciar un proceso de concentración de objetos históricos desde diversas dependencias públicas hacia la institución que dirigía. Hemos visto también como desde que el Museo fue nacionalizado aquel redobló sus esfuerzos en esta dirección intentando llevar a cabo un proceso de centralización de los objetos históricos dispersos en diversas entidades estatales, no sólo de la capital federal sino del conjunto de las provincias del país, en el ámbito del Museo Histórico Nacional. En el curso de este proceso, que se extendió a lo largo de toda su gestión, Carranza se encontró con algunos apoyos pero también con diversas resistencias, de modo que sólo parcialmente pudo cumplir con su cometido, y algunos de los objetos que más anheló, como la bandera de los Andes o la bandera obsequiada por Manuel Belgrano al Cabildo de Jujuy, aún permanecen en el ámbito de los gobiernos provinciales a los que aquel solicitara una y otra vez su remisión a la institución que dirigía.

El Museo Nacional de Buenos Aires –ex Museo Público de Buenos Aires nacionalizado en 1884 por medio de un decreto del entonces presidente Julio A. Roca–, fue un importante proveedor de objetos históricos y obras de arte al Museo presidido por Carranza. Dicha institución no solamente poseía colecciones de fósiles y minerales sino que también guardaba en sus depósitos una importante cantidad de objetos históricos y artísticos que se habían ido acumulando con el paso del tiempo en virtud de diversas donaciones, tanto de particulares como de dependencias públicas.

Podgorny y Lopes plantean que la gran diversidad de objetos donados al Museo Público a lo largo de su historia da cuenta de que el fenómeno del coleccionismo era una actividad ya instalada en el Río de la Plata a mediados del siglo XIX, y que existía una sólida red social de intercambio y compra-venta de objetos vinculados a la historia natural y a la numismática que también incluía “reliquias” históricas⁴³⁹. Las autoras plantean a su vez que las propias donaciones fueron dando forma a las colecciones del Museo, logrando parcialmente equilibrar, en su patrimonio conjunto, la

⁴³⁹ Podgorny y Lopes, *op. cit.*, p. 82.

historia natural con otras ramas del conocimiento. En este sentido vemos una clara analogía entre esta situación y el proceso de formación de las colecciones del Museo Histórico Nacional, donde también las donaciones fueron protagonistas durante el proceso de configuración de su patrimonio. Cuando Burmeister se hizo cargo de la dirección del Museo Público cuestionó la gran diversidad de objetos que poseía debido a que estos dispersaban su pretendida concentración en la investigación científica. En efecto, los objetos históricos y artísticos eran vistos por aquel como un estorbo que sólo podía rendirle alguna utilidad cuando utilizaba su presencia como herramienta retórica para convencer a las autoridades públicas acerca de la importancia de la institución a su cargo⁴⁴⁰. Sin embargo, a lo largo de su gestión y al menos hasta la creación del Museo Histórico, continuó recibiendo objetos históricos, tanto donados por particulares como por entidades públicas. Para los donantes, al parecer, estuviera o no orientado a la historia, el Museo Nacional se presentaba como el legítimo destinatario de objetos antiguos y obras de arte. A la luz de esta situación no resulta extraño que cuando el Ministerio de Instrucción Pública solicitó a Burmeister la remisión de los objetos históricos que poseía la institución a su cargo al Museo dirigido por Carranza, aquel no haya opuesto ninguna resistencia.

En efecto, a lo largo del año 1890 el Museo Nacional realizó diversas remisiones de objetos al Museo Histórico, siendo tres de ellas muy importantes por la cantidad y las características de los objetos donados. La primera, que tuvo lugar el 19 de mayo del mencionado año, incluía 52 objetos elegidos por el propio Burmeister⁴⁴¹. Se trata de un conjunto de piezas muy heterogéneas y pertenecientes a épocas diversas tales como la conquista de América, el período colonial, las Invasiones Inglesas, la Revolución de Mayo y las guerras de independencia, la Guerra con el Brasil, el período de guerras civiles, el orden rosista⁴⁴², la Guerra del Paraguay e incluso algunos objetos específicamente vinculados con el proceso de modernización del país⁴⁴³. Asimismo se destaca la presencia de diversos objetos personales que habían pertenecido a Juan Lavalle, José María Paz y José de San Martín, entre otros.

No tenemos información acerca de los donantes de cada uno de estos objetos al Museo Nacional, sin embargo quisiéramos destacar en particular a uno de ellos, mencionado en este

⁴⁴⁰ Ibid., pp. 226-227.

⁴⁴¹ Carta de Germán Burmeister al Ministerio de Instrucción Pública de la Nación, Buenos Aires, 19/5/1890. En virtud de una “disposición del Superior Gobierno” el Museo Nacional hacía entrega al Museo Histórico de una serie de objetos “como correspondientes por su carácter a aquel establecimiento”, AH, MHN, FAPC, Actas de recepción de banderas y objetos (en adelante ARBO), tomo I, 1890, folio 2 y subsiguientes.

⁴⁴² De entre estos se destacan, en particular, objetos vinculados con La Mazorca, tales como un “puñal perteneciente a un miembro de la Soc. Popular Restauradora”, *ibid.*

⁴⁴³ Nos referimos a “trozos de los cables telegráficos submarinos” y “trozos de rieles del primer ferrocarril argentino”, *ibid.*

documento. Nos referimos a Bartolomé Mitre, quien en diferentes ocasiones realizó donaciones al Museo. En mayo del 1865 –mientras se desempeñaba como presidente de la Nación y jefe de las fuerzas militares argentinas en la Guerra del Paraguay– donó al Museo “un trozo de poncho y una faja de seda del Gral. Lavalle”⁴⁴⁴. En otras oportunidades remitió a dicha institución objetos que le habían sido obsequiados, considerando que era aquel el mejor destino posible para los mismos. Este fue el caso con “la espada del Gral. Lavalle y dragona regalada por el Gral. O’ Brien al Gral. Lavalle”, que había recibido de parte de un tal Cardoso⁴⁴⁵, y con “la espada que llevó en Caaguazú el Gral. José M. Paz”, donada por las hijas del militar cordobés a Mitre como pruebas de “respeto y gratitud” en el año 1875⁴⁴⁶, y por este último al Museo Nacional en 1889 a propósito de “la inauguración de las estatuas de los generales Lavalle y Paz”⁴⁴⁷. Por otra parte destacamos una donación realizada al Museo Público por el Ministerio de Gobierno en el mes de septiembre de 1874. Se trata de un conjunto de 7 banderas y un estandarte caracterizados como “Banderas Nacionales de los Cuerpos de Milicias de la Provincia que hicieron la Campaña del Paraguay”⁴⁴⁸. Tanto estas insignias como los objetos donados por Mitre fueron remitidos por Burmeister al Museo Histórico en mayo de 1890.

Creemos que estas donaciones refuerzan la hipótesis ya planteada en este trabajo acerca de la idea –presente en al menos una parte de las elites políticas y letradas y con anterioridad a la creación del Museo Histórico–, de que eran los museos los legítimos destinatarios de los objetos vinculados con el pasado nacional⁴⁴⁹. En el caso de la donación realizada por el Ministerio de Guerra destacamos su importancia política ya que se trataba de banderas de cuerpos milicianos que habían sido enarboladas en los campos de batalla de la Guerra del Paraguay. Que el gobierno nacional decidiera su temprana donación al Museo es un hecho significativo y que además encuentra líneas de continuidad con la importante presencia tanto de la mencionada guerra como del ejército argentino en los salones del Museo Histórico Nacional.

Nos interesa a su vez señalar que en el documento que estamos analizando aparece mencionada

⁴⁴⁴ Carta de Bartolomé Mitre a Germán Burmeister, Buenos Aires, 14/6/1865, AH, MHN, FAPC, ARBO, tomo I, 1890, folio 28.

⁴⁴⁵ Carta de Cesar Cardoso a Bartolomé Mitre, Buenos Aires, 14/12/1887, AH, MHN, FAPC, ARBO, tomo I, 1890, folio 43.

⁴⁴⁶ Carta de Ireneo Rebollo a Bartolomé Mitre, Buenos Aires, 15/8/1875, AH, MHN, FAPC, ARBO, tomo I, 1890, folio 29.

⁴⁴⁷ Carta de Bartolomé Mitre a Germán Burmeister, Buenos Aires, 28/12/1889, AH, MHN, FAPC, ARBO, tomo I, 1890, folio 44.

⁴⁴⁸ Carta de A. Alcorta a Germán Burmeister, Buenos Aires, 7/9/1874, AH, MHN, FAPC, ARBO, tomo I, 1890, folio 31.

⁴⁴⁹ Cabe recordar que entre los objetos donados por el Museo Nacional al Museo Histórico en esta oportunidad se encontraban una “espada vieja hallada en la Cordillera” y la llamada “maquina infernal”, donados al Museo Público por Juan Manuel de Rosas durante su segundo gobierno, véase cap. IV, pp. 108-109.

repetidas veces la cuestión de la autenticidad de los objetos. En el listado elaborado por Burmeister así como en algunas notas adjuntas al final del mismo, hay una serie de referencias a algunos de los objetos donados. En general se trata de escuetos datos sobre la procedencia de las piezas en cuestión recopilados por José A. Pillado –quien se desempeñaba como colaborador de Carranza en el Museo Histórico– a partir de la documentación (las más de las veces muy escasa) existente en el Museo Nacional. Por citar un sólo ejemplo, en la ficha elaborada sobre la “bandera del Regimiento de Gallegos” de 1807, Pillado incorporaba la etiqueta que tenía dicho objeto en el Museo Nacional, en la cual se podía leer: “Bandera del Regimiento de Gallegos, que peleó en las calles de Buenos Aires contra los ingleses en la defensa de esta el año de 1807 conservada por la familia del Comandante de otro Regimiento en aquella gloriosa jornada, Dn. Pedro A. Cerviño”. Luego agregaba que esta etiqueta era el “único documento que sirve para indicar su procedencia y autenticidad pues, aparte de la afirmación de los empleados de aquel Establecimiento, no se han obtenido más datos, desde que nada se registra al respecto en sus libros y archivos”⁴⁵⁰. La cuestión de la autenticidad de los objetos históricos aparece como un tema recurrente tanto en los donantes de objetos al Museo Histórico Nacional como en sus autoridades. Sin embargo, la demostración de la misma parecía estar limitada a la nómina de sus sucesivos poseedores, quienes eran de algún modo los responsables de otorgar estatus de autenticidad a las piezas remitidas a los museos.

La siguiente donación importante del Museo Nacional al Museo Histórico, que fue de 22 objetos, tuvo lugar en agosto de 1890 y se originó en una demanda puntual de Carranza, quien elevó una carta al intendente de la Ciudad en la que solicitaba una serie de objetos que se encontraban en el mencionado establecimiento y que no le habían sido entregados en la donación anterior⁴⁵¹. La peculiaridad de esta donación reside en que la mayor parte de los objetos solicitados por Carranza eran retratos de reyes y virreyes del período colonial (entre ellos el de Fernando VII) junto a “dos coraceros de la época de la tiranía”, una serie de “cuadros representativos de la conquista de Méjico”, “un morrión paraguayo”, bustos de Belgrano y de Rivadavia y una copia del estandarte de Pizarro, entre otros⁴⁵². Aquí tenemos otro ejemplo de cómo el propio Carranza se ocupaba de reunir

⁴⁵⁰ Ficha elaborada por José A. Pillado (1845-1914) acerca de la procedencia de la “bandera del Regimiento de Gallegos”, AH, MHN, FAPC, ARBO, tomo I, 1890, folio 21. Pillado fue colaborador de Carranza en el Museo ya desde 1890, y entre 1897 y poco tiempo antes de su muerte ocupó el cargo de subdirector de dicha institución.

⁴⁵¹ Carta de Adolfo P. Carranza al intendente de Buenos Aires, Francisco Bollini, Buenos Aires, 8/7/1890, AH, MHN, FAPC, LN, vol. I, C. 57, C. 1, pp. 31-32; Acta, listado de objetos entregados por la dirección interina del Museo Nacional al Museo Histórico en virtud de una orden del Ministerio de Instrucción Pública del 27/8/1890, Buenos Aires, 28/8/1890, AH, MHN, FAPC, ARBO, tomo I, 1890, folio 1.

⁴⁵² El Estandarte de Pizarro había sido regalado a José de San Martín por el Cabildo de Lima cuando asumió el título de Protector del Perú en 1821, mientras que la copia a la que se hace referencia en el citado documento fue pintada por su hija Mercedes muchos años más adelante y donada al Museo por la nieta de San Martín, Josefa Balcarce y San Martín de Gutiérrez Estrada en el año 1899, véase *Catálogo del Museo Histórico Nacional, op. cit.*, tomo I, p. 292.

objetos en el Museo que excedían los límites impuestos por el decreto fundacional de la institución y por sus propias ideas acerca de los orígenes de la nacionalidad argentina. Al lado de los objetos representativos de la Revolución de Mayo y las guerras de independencia, comenzaban a llenar los salones del Museo otros tantos vinculados con el período colonial, con el orden rosista y con la Guerra del Paraguay.

Unos años más adelante, en el mes de septiembre de 1894, el Museo recibió la última donación importante (dentro del período estudiado) de objetos procedentes del Museo Nacional, dirigido por entonces por Carlos Berg. Unos meses antes Carranza le había escrito una carta a Berg pidiéndole que remitiera al Museo "... los objetos históricos que debieron quedar en el Museo Nacional luego del envío por disposición del gobierno de la mayor parte de ellos"⁴⁵³. En respuesta a dicha solicitud Berg envió al Museo una serie de objetos muy diversos, algunos de ellos vinculados con el período colonial (por ejemplo el "facsímile de un decreto de mano de Felipe II") y otros con el período rosista, entre los cuales había algunos muy curiosos tales como "objetos comestibles usados en tiempo del bloqueo anglo-francés", un "cuadro con un pañuelo tejido y cartas a Manuela de Rozas, escritas con los pies, por la Srta. Mercedes Robere" y un "perro embalsamado que perteneció a doña Manuela de Rozas". Asimismo enviaba un "cuaderno de ordenanzas militares encontrado en el campamento paraguayo", un retrato de San Martín y algunos objetos vinculados con el afianzamiento del Estado y la modernización del país, tales como un "cuadro con el acta de la Exposición Agrícola Argentina" y un "ancla fabricada en el Chaco para el buque explorador 'El Mataco', traída a Buenos Aires por el coronel Cardoso"⁴⁵⁴. Como vemos, las donaciones efectuadas por el Museo Nacional al Museo Histórico fueron importantes no solamente por su magnitud sino también por su diversidad, ya que incluyeron objetos muy heterogéneos y representativos de diversas épocas del pasado nacional.

b.2) *La Guerra del Paraguay y el papel del Ejército Nacional en las vitrinas del Museo*

Uno de los acontecimientos históricos que mayor presencia alcanzó en el Museo durante la gestión de Carranza fue la Guerra del Paraguay. Poco tiempo antes de su inauguración, Adolfo Pedro realizó las primeras gestiones ante el intendente de la Ciudad para reunir en el

⁴⁵³ Carta de Adolfo P. Carranza al director del Museo Nacional, Carlos Berg, Buenos Aires, 12/6/1894, AH, MHN, FAPC, LN, vol. I, C. 57, C. 1, p. 258.

⁴⁵⁴ Carta de Carlos Berg a Adolfo P. Carranza, Buenos Aires, 22/9/1894, en AH, MHN, FAPC, Suplemento Documentos de Donaciones (en adelante SDD), 1890-1916, folio 57.

establecimiento a su cargo “algunos trofeos militares de los que se conservan en el Parque de Artillería obtenidos en la gloriosa campaña del Paraguay y pertenecientes a los cuerpos que en ella tomaron parte”⁴⁵⁵. Pero no eran sólo los “trofeos militares” los que interesaban a Carranza sino también un singular conjunto de obras de arte. Nos referimos a la colección de cuadros pintados por Cándido López a partir de los croquis y apuntes tomados por el mismo durante la mencionada contienda⁴⁵⁶.

Ya en septiembre de 1890 Carranza escribió al intendente con el propósito de que este solicitara al ministro de Guerra y Marina “la colección de cuadros históricos representando batallas, campamentos y episodios de la Guerra del Paraguay del señor Cándido López a fin de que figuren en la sección destinada a esa época en los salones de este Establecimiento”⁴⁵⁷. Pero aún debían pasar varios años para que la colección Cándido López fuera donada al Museo por las autoridades del Ministerio de Guerra, ya que en febrero de 1894 encontramos nuevamente a Carranza explicando en una Memoria elevada al ministro del Interior, Manuel Quintana, sus recurrentes intentos para que las pinturas de López fueran remitidas a la institución que dirigía: “Pedí también en noviembre 27, por el conducto correspondiente la colección de cuadros que representan acciones de la guerra del Paraguay ejecutadas por el pintor Cándido López y adquiridas por el Gobierno, para colocarlos entre trofeos y objetos de esa época gloriosa como una representación gráfica de hechos de que su autor fue testigo presencial y que aún no se ha recibido”⁴⁵⁸. Asimismo, el 30 de septiembre de 1895 insistía ante el ministro de Guerra y Marina, Guillermo Villanueva, arguyendo que “... cuando el Gobierno Nacional la adquirió de su autor fue con intención de entregarla a una institución de esta naturaleza, lo que no pudo realizarse entonces, porque ella se fundó

⁴⁵⁵ Carta de Adolfo P. Carranza al intendente de Buenos Aires, Francisco Bollini, Buenos Aires, 5/7/1890, AH, MHN, FAPC, LN, vol. I, C. 57, C. 1, p. 31.

⁴⁵⁶ Cándido López nació en Buenos Aires en 1840. En 1865 se encontraba en San Nicolás cuando el gobierno nacional declaró la guerra al Paraguay. Allí mismo se incorporó con el grado de teniente 2º al Batallón de Guardias Nacionales que integró el primer cuerpo del ejército al mando del Gral. Paunero. En el transcurso de la contienda tomó apuntes y realizó bocetos de las diferentes escenas de la guerra de las que fue testigo. En el combate de Curupaytí, el 22 de septiembre de 1866, una granada le destrozó la mano derecha, motivo por el cual le fue amputado el brazo. Transferido al cuerpo de Inválidos como teniente 1º educó su mano izquierda para poder seguir desempeñando su labor como pintor y dibujante. Luego de finalizada la contienda pintó 52 óleos a partir de los apuntes y bocetos elaborados durante los años en que estuvo en los campos de batalla y campamentos de la guerra. Posteriormente estos cuadros fueron adquiridos por el Congreso de la Nación y más adelante donados al Museo Histórico, debido a las reiteradas solicitudes de Carranza. López falleció en Buenos Aires en 1902, Cutolo, Osvaldo, *Nuevo Diccionario Biográfico Argentino (1750-1930)*, tomo cuarto, Buenos Aires, Elche, 1975, pp. 218-219.

⁴⁵⁷ Carta de Adolfo P. Carranza al intendente de Buenos Aires, Francisco Bollini, Buenos Aires, 22/9/1890, FAPC, MHN, LN, vol. I, C. 57, C. 1, p. 48.

⁴⁵⁸ Memoria enviada por Adolfo P. Carranza al ministro del Interior, Manuel Quintana, Buenos Aires, 23/2/1894, AH, MHN, FAPC, LN, vol. I, C. 57, C. 1, p. 238.

posteriormente”⁴⁵⁹. Finalmente el 13 de noviembre de 1895 el Ministerio de Guerra y Marina donó la colección López al Museo Histórico Nacional. Tal como le había anticipado Carranza a Villanueva en la carta citada, estos cuadros fueron colocados en una sala dedicada a la Guerra del Paraguay ya existente en el Museo⁴⁶⁰.

Este último dato es particularmente interesante ya que la presentación de los objetos en el espacio del Museo fue en general bastante desordenada y carente de un plan organizativo previo al montaje de cada sala⁴⁶¹. Sin embargo, casi la totalidad de los objetos y obras de arte representativos de la Guerra del Paraguay fueron colocados, prácticamente desde la inauguración del Museo, en una sala separada del resto de las piezas que formaban sus colecciones. Al recorrer los catálogos de exhibiciones correspondientes a los primeros años de la gestión de Carranza llama la atención la reunión temática de estas piezas en un mismo espacio de exposición.

En un catálogo correspondiente al año 1890, los objetos representativos de la Guerra del Paraguay –a saber, banderas, estandartes, tambores, lanzas, machetes, balas, morriones y kepis, entre otros–, aparecen agrupados en la “quinta sala” de la institución⁴⁶². A juzgar por la información brindada por el catálogo esta era la sala que presentaba el mayor orden temático de todo el Museo. En los catálogos de los siguientes años casi no se observan cambios hasta el correspondiente a 1895, año en que el Museo estaba emplazado en la sede de la calle Santa Fe 3951. En este caso casi la totalidad de los objetos vinculados con la Guerra del Paraguay (la mayor parte de los cuales, según se detalla, procedía de donaciones del Museo Nacional, del Parque de Artillería y de Estanislao Zeballos), se encontraban en la “sala sexta”, aunque también había allí unos pocos

⁴⁵⁹ Carta de Adolfo P. Carranza al ministro de Guerra y Marina, Ing. Guillermo Villanueva, Buenos Aires, 30/9/1895, AH, MHN, FAPC, LN, vol. I, C. 57, C. 1, pp. 316-317.

⁴⁶⁰ Ibid, p. 316.

⁴⁶¹ Si bien un tratamiento exhaustivo de la organización espacial de las colecciones en el Museo, a la luz de la documentación disponible, quedará como una tarea pendiente para futuras investigaciones, quisiéramos señalar algunas observaciones realizadas por Ernesto Quesada en su trabajo “Las colecciones del Museo Histórico Nacional”, a propósito de la tarea que tenía por delante Juan A. Pradere, quien sucedió a Carranza como director de la institución en 1914. De acuerdo a Quesada, la tarea de Carranza había sido la de fundar el Museo y reunir sus colecciones formativas mientras que Pradere debió concentrar sus esfuerzos en la organización de esas colecciones, ya que a la muerte de Adolfo Pedro estas se encontraban completamente desordenadas y mal dispuestas, sin ningún tipo de criterio cronológico e histórico: “... se ha encontrado en presencia de una montaña de objetos de toda clase y mérito, todo ello almacenado en forma de utilizar hasta el último hueco del espacio disponible, y esos millares de objetos, en tan forzoso desorden, habrían desorientado al mas animoso [...] todo había que hacer: obtener espacio, primero; seleccionar, después; clasificar sistemáticamente la balumba, más adelante; y, por fin, escoger una pequeña parte de lo clasificado para exhibirlo convenientemente al público, en forma metódica y artística a la vez...”. Las palabras de Quesada presentan al Museo dirigido por Carranza como un espacio absolutamente desordenado y sobrecargado de objetos. Sin embargo, a la luz de los catálogos de la institución disponibles, encontramos en medio de tal desorden algunos tímidos criterios de clasificación, Ernesto Quesada, “Las colecciones...”, pp. 7-8.

⁴⁶² *Catálogo del Museo Histórico*, Buenos Aires, Imprenta Portuguesa, 1890, pp. 10-11.

objetos que no tenían vinculación con la mencionada contienda⁴⁶³. Por último, en los años 1896 y 1897 los objetos de la Guerra del Paraguay continuaban siendo exhibidos en la “sala sexta” pero se había agregado a ese espacio la colección de 29 cuadros de Cándido López donada al Museo por el Ministerio de Guerra y Marina, presentada en el catálogo bajo el subtítulo “colección López”⁴⁶⁴.

Si bien no debe desconocerse que era seguramente más fácil reunir todos los objetos de la Guerra del Paraguay en una sala por tratarse de un acontecimiento concreto que intentar proceder de la misma forma con los objetos relacionados, por ejemplo, con las guerras civiles, el orden rosista o la guerra de la independencia, cuya organización temática era más compleja, es de todos modos elocuente que una de las salas de exposición más claramente organizadas del Museo haya sido la dedicada a dicha contienda⁴⁶⁵. Esta evidencia, sumada a la significativa cantidad de objetos vinculados con ella existentes entre las colecciones formativas de la institución, revelan a nuestro entender, el discurso celebratorio sobre la Guerra del Paraguay construido por las elites dirigentes de la Argentina de fines del siglo XIX (véase Imágenes 9, 10 y 11, pp. 228-230).

Con respecto a la obra de López donada al Museo por el Ministerio de Guerra y Marina, Roberto Amigo sostiene que tuvo una recepción ambigua por parte de la crítica. Si bien por una parte esta fue demoledora en cuanto a lo que juzgaba como falta de valor artístico, por otra parte rescataba su importancia como cuadros históricos que habían tratado de reproducir los escenarios y las acciones de la Guerra⁴⁶⁶. Esta idea acerca de la funcionalidad de la obra de López sumada a la construcción de un discurso militarista y nacionalista por parte de buena parte de las clases dirigentes de fin de siglo –discurso que exaltaba el triunfo de los aliados en esta cruenta y devastadora contienda–, permiten explicar la compra de los cuadros de López por parte del Estado Nacional, que de acuerdo al autor fue un caso excepcional en la historia del arte argentino del siglo XIX. Amigo plantea que en la construcción de este discurso triunfalista sobre la Guerra desempeñó un papel importante la obra de José Ignacio Garmendia. A través del conjunto de imágenes y textos publicados en el *Álbum de la Guerra del Paraguay*, éste militar devenido en narrador y acuarelista

⁴⁶³ *Catálogo del Museo Histórico Nacional*, Buenos Aires, Imprenta Europea, 1895, pp. 22-25; *Catálogo del Museo Histórico Nacional*, Buenos Aires, Kraft, 1897, pp. 25-28.

⁴⁶⁴ *Catálogo del Museo Histórico Nacional*, Buenos Aires, G. Kraft, 1896, pp. 19-22.

⁴⁶⁵ De acuerdo a la información aportada por estos catálogos, otras dos salas que presentan un cierto orden temático, aunque no tan claro como el señalado a propósito de la Guerra del Paraguay, son las dedicadas por una parte al orden colonial y a las Invasiones Inglesas, y por otra a la figura de José de San Martín y al Ejército de los Andes, véase *Catálogos del Museo Histórico Nacional*, años 1891, 1894, 1895, 1896 y 1897; en el catálogo correspondiente al año 1890 los objetos relacionados con el orden colonial y las Invasiones Inglesas aparecen agrupados en la “séptima sala”, mas aún no se observa un orden similar para aquellos otros relacionados con José de San Martín y el Ejército de los Andes, véase *Catálogo del Museo Histórico*, 1890, *op. cit.*, pp. 14-16.

⁴⁶⁶ Roberto Amigo, “Imágenes en guerra...”, pp. 4-5.

contribuyó a fijar dicho enfrentamiento bélico como momento fundacional del Ejército Nacional⁴⁶⁷. Las ideas de Garmendia (recordemos que fue uno de los miembros de la comisión fundacional del Museo), están en directa consonancia con el discurso desarrollado por Carranza a propósito de la Guerra de la Triple Alianza, a la que presentaba como una época heroica y digna de figurar en los salones del Museo Histórico.

La relevancia que adquirió la Guerra del Paraguay en los salones del Museo se observa también en el trabajo de Quesada “Las colecciones del Museo Histórico Nacional”, que ya ha sido citado. El autor de *Rosas y su tiempo* se refería a su destacada presencia en el Museo durante la gestión de Juan Pradere, respondiendo a su vez a una aparente polémica acerca del legítimo destino de los objetos vinculados con dicha contienda. Así, casi con un dejo de pasión, apuntaba: “En los inmensos salones del planterreno está la parte relativa a la guerra del Paraguay. Se encuentran, entre los objetos expuestos, parte de los trofeos adquiridos en la larga guerra, y ellos representan una gloria patria, de aquellas de que nación alguna se desprendería, porque la historia no se borra según el paladar de algunos jóvenes entusiastas que creen factible cambiarla con la devolución de los trofeos guerreros: estos no son mengua alguna para los países respectivos, pues se refieren al pasado, que unos y otros deben respetar. Ninguna nación, por ende, devuelve jamás los trofeos militares, porque representan una página de su historia y están regados con la sangre de sus ciudadanos; lo que no impide una sincera amistad posterior entre los que otrora se combatieron en los campos de batalla”. Aunque no hemos podido averiguar cuándo tuvo lugar esta discusión ni quienes pueden haber sido los “jóvenes entusiastas” a los que se refiere Quesada –quienes al parecer pretendían devolver al Paraguay los objetos vinculados con la Guerra–, nos parece interesante la aparente existencia de una polémica que habría girado en torno a la pregunta por el legítimo destino de estas piezas históricas, muchas de ellas de origen paraguayo y usurpadas por los argentinos en los campos de batalla de la contienda⁴⁶⁸.

La destacada presencia de la Guerra del Paraguay en el Museo no fue entonces un mero capricho de Carranza ni la expresión de una idea singular del pensamiento de Quesada, sino más bien un reflejo de la importancia de este acontecimiento para las clases dirigentes de la Argentina finisecular, no solamente porque contribuyó a afianzar la presencia y la identidad del Ejército

⁴⁶⁷ Ibid., p. 6.

⁴⁶⁸ Quesada, “Las colecciones...”, pp. 22-23. Cabe mencionar que buena parte de los objetos paraguayos vinculados con la Guerra de la Triple Alianza que se encontraban en el Museo Histórico Nacional fueron devueltos a la nación vecina como consecuencia de la Ley N° 14.299 titulada “Devolución de trofeos al Paraguay” y sancionada el 6/5/1954, durante el segundo gobierno de Juan Domingo Perón. El artículo 1° de esta ley disponía: “Devuélvanse a la República del Paraguay las armas e insignias obtenidas en la guerra que enlutó a ambos pueblos hermanos”, *Boletín Oficial de la República Argentina*, Buenos Aires, 20/5/1954. Por entonces se desempeñaba como director del Museo Histórico Nacional José Luis Trenti Rocamora.

Nacional sino también porque muchos hombres pertenecientes a las elites, que habían participado activamente en dicha guerra, conformaban hacia fin de siglo el núcleo de la dirigencia política de la Argentina. Tal como plantea Bezerra de Meneses, en los museos históricos del siglo XIX, vinculados con los procesos de construcción de las nacionalidades, los objetos históricos se relacionaban, por su propia naturaleza, con las clases dominantes, de modo que constituían símbolos de poder y su carácter intrínseco era de orden ideológico⁴⁶⁹. Por tal motivo, los vínculos más significativos establecidos por estas piezas, no eran con el pasado al que representaban, sino con el presente donde eran seleccionados y exhibidos⁴⁷⁰.

Pero la presencia del Ejército Nacional en el Museo no se limitó a la exaltación de la participación argentina en la Guerra de la Triple Alianza. Aunque esta última haya sido su más clara expresión, aquella tuvo otras manifestaciones menos contundentes pero no por eso menos significativas. Como sabemos, en sus intentos por concentrar en el Museo los objetos históricos dispersos en las diversas provincias del país –desarrollados a partir de la nacionalización de la institución en septiembre de 1891– Carranza había otorgado una importancia singular a las banderas, en particular a aquellas que habían sido enarboladas en las diversas contiendas de las guerras de independencia. Sin embargo, ya durante el período en que perteneció a la Municipalidad de Buenos Aires, el Museo recibió algunas banderas en donación vinculadas con episodios diversos de la historia argentina.

Por ejemplo, en noviembre de 1890, como consecuencia de un decreto del Ministerio del Interior del día 8 de ese mismo mes, el Museo recibió de parte del presidente de la República y de su secretario, Eugenio Abella “... 7 banderas con fajas mitad coloradas y mitad azules y una faja blanca en el medio, una bandera con faja blanca en el medio y coloradas a los lados y una bandera azul y blanca como las grales. de la república”. La misiva enviada a Carranza señalaba que “todas ellas fueron tomadas a las tropas rebeldes de D. Ricardo López Jordán en las guerras de 1870 a 1873”⁴⁷¹. Pero la presencia de banderas militares en museos encontraba incluso líneas de continuidad con algunas donaciones recibidas por el Museo Público cuando aún no existía el Museo

⁴⁶⁹ Bezerra de Meneses, “Do teatro da memoria ao laboratório da História...”, pp. 15-20.

⁴⁷⁰ *Ibid.*, p. 19.

⁴⁷¹ Acta firmada entre el presidente de la República, Carlos Pellegrini, su secretario, Eugenio Abella, y el director del Museo Histórico Nacional, Adolfo P. Carranza, en la Secretaría del Presidente de la República Argentina, Buenos Aires, 14/11/1890, AH, MHN, FAPC, ARBO, tomo I, 1890, folio 6. La rebelión de López Jordán contra el gobierno de Entre Ríos tuvo su origen en la oposición del caudillo a la participación argentina en la Guerra del Paraguay, que había recibido el beneplácito de Justo José de Urquiza. A principios de la década de 1870, luego del asesinato de Urquiza perpetrado en su residencia del Palacio San José, se desencadenó la llamada Revolución jordanista, que fue aplastada por tropas del Ejército Nacional enviadas por el entonces presidente Sarmiento. Esta rebelión fue uno de los últimos intentos de resistencia caudillista al Estado nacional, de modo que su derrota fue, seguramente, otro de los episodios que contribuyó a afianzar políticamente al ejército.

Histórico. Recordemos que en septiembre de 1874 el Ministerio de Gobierno había donado a la institución dirigida por Burmeister un conjunto de banderas pertenecientes a diversos cuerpos de milicias que habían participado en la Guerra del Paraguay, banderas que a su vez fueron donadas al Museo Histórico en el año 1890.

Ahora bien, independientemente de estas donaciones “aisladas” de banderas de guerra por parte de diversos organismos del Estado nacional hacia los museos, nos interesa detenernos en particular en una disposición emanada de un decreto del Poder Ejecutivo Nacional del 9 de agosto de 1895, cuyo artículo 7º establecía: "Las actuales Banderas en uso en el Ejército, serán depositadas en el Museo Histórico Nacional, debiendo ser acompañadas de un acta labrada ante el Coronel del Regimiento, que autentique su origen y uso en el cuerpo a que pertenecía"⁴⁷². Desde entonces el Museo recibió una serie de banderas pertenecientes a diversos cuerpos del ejército, que le eran enviadas por el Departamento de Guerra en cumplimiento a lo dispuesto por el mencionado decreto⁴⁷³.

Creemos que el conjunto de estas donaciones refleja la importante presencia del ejército en las vitrinas del Museo ya desde los primeros años de la gestión de Carranza. Es plausible interpretar que la reunión de objetos vinculados a las fuerzas armadas en el Museo se entroncaba de forma muy visible con el proceso de construcción del propio Ejército Nacional, cuyos años más álgidos fueron los transcurridos entre la presidencia de Mitre y comienzos de la década de 1890. A propósito de esta cuestión Bertoni ha señalado que en las décadas de 1880 y 1890 tuvo lugar un proceso de modernización del ejército que fue de la mano con la afirmación del Estado nacional y el proyecto de construcción de una nacionalidad argentina por parte de las elites dirigentes⁴⁷⁴. La autora sostiene que en la década de 1890 el desafío que representaba para las elites dirigentes el fenómeno de movilización social de los inmigrantes conjuntamente con la amenaza potencial de una guerra

⁴⁷² El artículo citado está tomado del manuscrito titulado “Acta acopiada en el Campamento de Artillería el 20/2/1897”, firmada por Emilio M. Ledesma, Eufrazio Valdéz, Julio de Vértiz y Gregorio Vélez, entre otros, AH, MHN, FAPC, ARBO, tomo II, 1891-1897, folio 6. El mencionado documento hace referencia al artículo 7º de un decreto del Poder Ejecutivo Nacional del 9/8/1895, titulado “Bandera Nacional de Guerra” y firmado por el presidente de la Nación, José Evaristo Urriburu. Cabe aclarar que en el *Boletín Oficial de la República Argentina* del 9/8/1895, donde se publicó dicho decreto, la palabra *autentique* de la versión manuscrita aquí citada no existe, y en su lugar aparece la palabra *autorice*. De acuerdo al sentido de la frase en cuestión es claramente más apropiada la palabra *autentique*; por tal motivo consideramos que pudo haber un error en la publicación impresa del *Boletín* respecto de una versión manuscrita o taquigráfica anterior que llevó al reemplazo de la palabra *autentique* por *autorice*.

⁴⁷³ Véase Departamento de Guerra a Adolfo P. Carranza, Buenos Aires, 27/10/1896, AH, MHN, FAPC, SDD, 1890-1916, folio 39; Departamento de Guerra a Adolfo P. Carranza y subsiguientes, Buenos Aires, 29/4/1897, AH, MHN, FAPC, ARBO, tomo II, 1891-1897, sin números de folio.

⁴⁷⁴ Bertoni, *op. cit.*, pp. 214-215. La autora explica que en la década de 1880 se dictaron sucesivas medidas para capacitar, profesionalizar y organizar institucionalmente al Ejército de Línea, y que a su vez se dieron algunos intentos, mucho menos efectivos, para mejorar los sistemas de convocatoria, reclutamiento y entrenamiento de la Guardia Nacional, de modo que el Estado intentó modernizar a ambos cuerpos de las fuerzas militares.

con Chile, profundizaron la actitud patriótica y militarista de algunos grupos de elite, que a sus preocupaciones por la formación de una nacionalidad unieron la idea de que era necesario robustecer las fuerzas militares de la nación. Ello explica a su vez que en este período se haya acentuado la participación del Ejército y de la Guardia Nacional en las celebraciones patrias⁴⁷⁵. Asimismo, la creciente importancia asignada a las fuerzas armadas contribuye a comprender la promulgación de la ley de servicio militar obligatorio en el año 1901 junto a otras reformas radicales, tales como la creación de un nuevo ejército unificado y centralizado en el que desapareció la dualidad entre la Guardia Nacional y el Ejército de Línea. De acuerdo a Bertoni, estas transformaciones otorgaron al nuevo ejército un imperativo de reforma moral de la nación junto a una renovada concepción verticalista y eficientista de las fuerzas armadas⁴⁷⁶.

Los cambios atravesados por las fuerzas armadas en las décadas de 1880 y 1890 y la importancia ideológica y simbólica otorgada a las mismas por algunos sectores de las elites dirigentes contribuyen a comprender su clara presencia visual en las vitrinas del Museo Histórico. Esa presencia no solamente apuntaba a afirmar la idea de un Estado consolidado en sus funciones y por lo tanto poseedor del monopolio de la fuerza, sino que también operaba como preciada herramienta en el forjamiento de una conciencia nacional, objetivo muy caro a la institución presidida por Carranza⁴⁷⁷.

Por último cabe señalar que no solamente en el patrimonio museístico de la institución se reflejaba la importancia del ejército para las autoridades del Museo, sino que al parecer esta también se expresaba en su público. Al respecto es elocuente una Memoria enviada por Carranza a la Comisión del Censo en marzo de 1896 en la cual, al referirse al público visitante, señalaba: “A el concurren los niños de las escuelas en días determinados, por disposición del Superior Consejo de Educación, así como también los soldados de nuestro ejército”⁴⁷⁸. Aunque buena parte de los esfuerzos educativos de Carranza se concentraron en la escuela, también el ejército parece haber sido interpelado en la misma dirección, convirtiéndose ambas instituciones en dos pilares fundamentales de la educación patriótica que aquel buscaba implementar desde el Museo.

Creemos que el análisis realizado en el presente apartado permite afianzar la idea de la existencia de una práctica del coleccionismo de objetos históricos bastante anterior a la creación del Museo. Asimismo brinda herramientas para profundizar la comprensión del fenómeno de

⁴⁷⁵ Ibid., p. 217.

⁴⁷⁶ Ibid., p. 248.

⁴⁷⁷ Oscar Oszlack, *La formación del Estado argentino, orden, progreso y organización nacional*, Buenos Aires, Planeta, 1999, cap. 3: “La conquista del orden y la institucionalización del Estado”, pp. 104-120.

⁴⁷⁸ Memoria enviada por Adolfo P. Carranza a la Comisión del Censo, Buenos Aires, 4/3/1896, AH, MHN, FAPC, LN, vol. I, C. 57, C. 1, p. 343.

circulación de objetos desde diversas entidades públicas hacia el Museo Histórico ya desde los primeros años de la gestión de Carranza, y la particular importancia de esos objetos en la configuración de las colecciones formativas de la institución. El análisis conjunto de estas piezas, variadas y heterogéneas, brinda a su vez un interesante prisma para conocer algunos temas recurrentes de la historia del país plasmados en las vitrinas del Museo y permite acercarse a la comprensión de sus significados políticos y sociales en la Argentina de fines del siglo XIX. En las siguientes páginas intentaremos profundizar el análisis de estas cuestiones a partir del estudio de algunas de las donaciones realizadas por particulares al Museo durante estos mismos años.

c) Las donaciones privadas

c.1) *Estrategias, motivaciones e intereses*

En el proceso formativo de las colecciones del Museo las donaciones de carácter privado desempeñaron un papel fundamental, tanto las que fueron realizadas por donantes ocasionales como por coleccionistas⁴⁷⁹. Como ya hemos señalado, a partir de su nombramiento como director Carranza implementó una serie de estrategias destinadas a reunir cuantos objetos históricos pudiera en los salones y depósitos del Museo Histórico. A través de cientos de cartas enviadas fundamentalmente a hombres y mujeres pertenecientes a la elite patricia, Carranza activó las redes sociales que le permitieron complementar el proceso de reunión de colecciones que tenía su otro pilar fundamental en las donaciones realizadas por diversas dependencias públicas. Solamente entre febrero de 1890 y junio de 1891 envió una misma circular a 334 personas, entre las cuales se encontraban miembros de la comisión fundacional del Museo, colegas de la *Revista Nacional*, coleccionistas, ancianos militares de las guerras de independencia, integrantes de la elite letrada, funcionarios estatales, políticos y empresarios, la mayor parte de los cuales eran, a su vez, descendientes de hombres públicos del pasado⁴⁸⁰. Un análisis global de las donaciones recibidas

⁴⁷⁹ Utilizamos la expresión de donantes ocasionales para diferenciarla de los donantes coleccionistas, en el sentido de que mientras la segunda hace referencia a actores que desarrollaban la actividad del coleccionar como una práctica más o menos sistemática, la primera refiere a personas que sin estar vinculadas al coleccionismo y en virtud de diferentes razones (por lo general lazos familiares) poseían algunos objetos históricos y obras de arte que ofrecieron en donación al Museo Histórico.

⁴⁸⁰ Algunos de los hombres y mujeres destinatarios de la mencionada circular enviada por Carranza para solicitar el envío de objetos históricos al Museo fueron: Bartolomé Mitre, Clemente Zárraga, Vicente F. López, Andrés Lamas, Ángel J. Carranza, Adolfo E. Carranza, Estanislao Zeballos, Manuel Mantilla, Benjamín Victorica, Ramón Cárcano, José Garmendia, Manuel R. Trelles, Torcuato de Alvear, Tomás Anchorena, Eustaquio Frías, Carlos Guido y Spano, Manuel M. Escalada, José Matías Zapiola, Eustaquio Díaz Vélez, Julio A. Roca, Adolfo Saldías, Antonio Zinny, Mariano Paunero, Francisco Quesada, Juan C. Belgrano, E. Santa Coloma, Máximo Terrero, Ramón Lista, Dolores

durante los primeros años de su gestión permite inferir que en la mayoría de los casos los donantes ocasionales (el caso de los coleccionistas presenta otras peculiaridades) eran hijos, nietos, bisnietos, cónyuges o sobrinos de los hombres públicos del pasado, de modo que los objetos ofrecidos al Museo en donación eran, por lo general, recuerdos de familia.

En sus cartas para solicitar donaciones Carranza hacía referencia a la dispersión de los objetos históricos vinculados con la Revolución de Mayo y las guerras de independencia y apelaba a la buena voluntad de sus destinatarios para "... salvar del olvido o de la indiferencia cuanto pueda servir para evidenciar el heroico patriotismo con que lucharon nuestros mayores por la Independencia"⁴⁸¹. Consecuentemente señalaba la trascendente función que estaba llamada a cumplir la nueva institución, al proponerse reunir en un mismo espacio físico abierto a la contemplación del público los "trofeos y recuerdos de nuestra epopeya revolucionaria"⁴⁸². Animado por este objetivo pero sin certezas acerca de las respuestas que recibiría por parte de sus destinatarios, Carranza se ocupaba de aclarar que no sólo podían enviarse objetos al Museo en calidad de donaciones sino también como préstamos: "... tengo el honor de dirigirme a Ud. invocando la buena voluntad y las elevadas miras que le distinguen, a fin de obtener aquellas donaciones que considere de interés hacer con el motivo indicado o, cuando menos, permitir por algún tiempo la exposición en las salas del 'Museo' de los objetos de su propiedad que crea conveniente facilitar"⁴⁸³.

Por otra parte –conciente de las características de las redes sociales a las que intentaba activar por medio de esta demanda–, Carranza prometía reconocimiento público a quienes estuviesen dispuestos a realizar donaciones al Museo, a través de frases tales como: "... me sería satisfactorio poner en conocimiento del público que personas tan distinguidas como Ud., han cimentado por medio de donaciones generosas el establecimiento de una institución como la que he sido llamado a dirigir"⁴⁸⁴. De modo que la apelación a miembros de las elites para conseguir donaciones funcionó por medio del desarrollo de un conjunto de estrategias que apuntaban, fundamentalmente, a persuadir a los potenciales donantes acerca de la trascendente función social que estaban llamados a

Lavalle de Lavalle, Carolina E. de Espejo, Feliciano de Olazábal, Juana M. Gorriti, Eduarda Vela de Alvear, Dolores C. de Urquiza, Mercedes Balcarce y San Martín de Gutiérrez Estrada y Eloísa S. de Andrade, entre muchos otros, Circular enviada por Carranza a diversos destinatarios entre febrero de 1890 y junio de 1891, AH, MHN, FAPC, LN, vol. I, C. 57, C. 1, pp. 11/13/19/20. En lo sucesivo recurriría reiteradas veces a esta misma estrategia con el objetivo de obtener donaciones para conformar las colecciones del Museo.

⁴⁸¹ Circular enviada por Adolfo P. Carranza a los miembros de la comisión fundacional del Museo así como a algunos coleccionistas, Buenos Aires, 10/2/1890, AH, MHN, FAPC, LN, vol. I, C. 57, C. 1, pp. 9-13.

⁴⁸² Ibid., p. 10.

⁴⁸³ Ibid.

⁴⁸⁴ Ibid.

cumplir al desprenderse de los objetos históricos que poseían para que estos engalanaran las vitrinas del Museo. En este sentido, el acto de donar era presentado en el discurso de Carranza, no sólo como una acción concreta capaz de contribuir a la conformación de un patrimonio museístico estatal, sino también y al mismo tiempo, como una clara posibilidad de afirmación y refuerzo de la pertenencia social y cultural de los potenciales donantes.

En su obra sobre el coleccionismo de arte en la Buenos Aires finisecular, Baldasarre se detiene en el análisis de los usos sociales dados por los coleccionistas a sus objetos de arte y a propósito de ello señala que uno de los móviles principales de la práctica del coleccionismo fue la voluntad de trascendencia pública, asociada incluso a la posibilidad de cumplir un “deber patriótico” con la sociedad. De modo que al deleite personal de coleccionar se agregaba la búsqueda de prestigio a nivel colectivo, posibilitada por la posesión de una colección de obras de arte⁴⁸⁵. En consonancia con estas ideas consideramos que la obtención de prestigio social funcionó como motor tanto para los coleccionistas como para los donantes ocasionales de objetos y obras de arte al Museo Histórico. La participación de estos grupos en la formación de las colecciones del Museo Histórico era en sí misma una herramienta que permitía reforzar y explicitar su distinción social, generalmente asociada a su pertenencia patricia⁴⁸⁶. De modo que, cuando en sus cartas a potenciales donantes de objetos Carranza se ocupaba de transmitirles que sus nombres iban a ser recordados y difundidos en caso de que realizaran donaciones, estaba, lo hiciese o no en forma deliberada, activando y al mismo tiempo respondiendo a estos mecanismos sociales.

Ahora bien, las estrategias activadas por Carranza, tanto en el ámbito público como en el privado, para reunir objetos históricos, no eran nuevas. Por el contrario, ellas tenían claras líneas de continuidad con los procesos formativos de las colecciones de los demás museos existentes en Buenos Aires⁴⁸⁷. Tal como sostienen diversos autores, estos procesos se caracterizaron por la activación de una serie de redes y de prácticas sociales de las que participaron coleccionistas, estudiosos, funcionarios estatales y, más en general, hombres públicos pertenecientes al ámbito de las elites⁴⁸⁸. En efecto, la formación de las colecciones de los museos es siempre una tarea colectiva

⁴⁸⁵ Baldasarre, *op. cit.*, pp. 97-100.

⁴⁸⁶ Acerca de las prácticas de distinción en el espacio social véase Pierre Bourdieu, *Sociología y Cultura*, *op. cit.*, “Espacio social y génesis de las ‘clases’”, pp. 281-311.

⁴⁸⁷ Los principales museos estatales existentes en 1890 en Buenos Aires eran el Museo Nacional de Buenos Aires (ex Museo Público de Buenos Aires) nacionalizado en el año 1884, y el Museo General de La Plata, fundado en 1884 en la reciente capital de la Provincia, al que se incorporaron las colecciones del Museo Antropológico y Arqueológico de la Provincia de Buenos Aires. Este último había sido creado en 1877 a partir de las donaciones realizadas por Francisco P. Moreno al gobierno provincial. Moreno fue a su vez el primer director del nuevo museo.

⁴⁸⁸ Véase Podgorny, “La mirada que pasa...”, Baldasarre, *op. cit.*; Podgorny y Lopes, *op. cit.* y Blasco, “Comerciantes...”.

en la que intervienen múltiples intereses y voluntades, y que no se circunscribe a la labor de sus fundadores y directores, aunque estos cumplan funciones clave en su desarrollo y puesta en funcionamiento⁴⁸⁹.

c.2) *Los donantes ocasionales*

En el presente apartado analizaremos algunos casos de donaciones efectuadas al Museo por donantes ocasionales, que por diversas razones resultan particularmente interesantes a los fines de nuestra investigación. Tal como ocurría con las donaciones de dependencias públicas, también en el caso de los donantes particulares era la propia dinámica de las donaciones la que iba otorgando sus características a las colecciones del Museo, en cuanto a tipos de objetos y períodos históricos a los que representaban. En efecto, los objetos donados no se vinculaban solamente con la Revolución de Mayo y las guerras de independencia, sino también con los pueblos indígenas del territorio argentino, el período colonial, las Invasiones Inglesas, el orden rosista e incluso con el proceso de modernización del país, en gran medida contemporáneo a la creación del Museo. Este proceso se vio acentuado por las contradicciones del propio Carranza para definir que períodos históricos quería representar en el Museo, por las dificultades que seguramente se le presentaban al intentar realizar una periodización histórica que le permitiera ceñir cuáles eran los temas y objetos directamente relacionados con el proceso revolucionario e independentista y cuáles no, y por la casi total ausencia de mecanismos selectivos de las donaciones recibidas.

Por el conjunto de estas razones muy pronto la idea de limitar el relato sobre el pasado del Museo a la Revolución de Mayo y las guerras de independencia fue superado por la dinámica de las donaciones, que fueron protagonistas en la definición de los períodos y los temas históricos representados por la institución. El propio Carranza tomó muy pronto conciencia de esta situación. En una Memoria enviada en junio de 1891 al intendente de la ciudad explicaba que ya desde el ingreso de los primeros objetos al Museo había sido necesario ampliar los criterios con respecto a las épocas que debía abarcar "... porque algunos de ellos eran de los tiempos coloniales y otros posteriores a la guerra de la Independencia"⁴⁹⁰.

Si bien es cierto que por lo general los donantes encontraron motivaciones personales para desprenderse de los objetos históricos que poseían en beneficio del Museo, no debe desconocerse

⁴⁸⁹ Podgorny y Lopes, *op. cit.*, p. 82.

⁴⁹⁰ Carta de Adolfo P. Carranza a Francisco Bollini, Buenos Aires, 25/6/1891, AH, MHN, FAPC, LN, vol. I, C. 57, C. 1, pp. 97-98.

que la mayor parte de las donaciones tuvieron su origen en demandas (en ocasiones reiteradas) de Adolfo P. Carranza. Pero estas solían ser muy poco específicas. En algunas ocasiones Carranza solicitaba objetos puntuales pero por lo general pedía simplemente objetos históricos, lo cual da cuenta de la escasez de mecanismos selectivos por parte de las autoridades de la institución en el proceso de reunión de sus colecciones.

Dado que buena parte de las donaciones tenía su origen en demandas de Carranza, es comprensible que muchos donantes hayan puesto determinadas condiciones al remitir objetos al Museo. Fueron varios –en particular durante los primeros años de funcionamiento de la institución– los que se mostraron dispuestos a enviar objetos al Museo pero que al mismo tiempo establecieron la condición de que, en caso de que éste dejase de existir, esos objetos regresaran a sus destinatarios originales. Por ejemplo, en diciembre de 1890 un tal M. Gradin remitió al Museo, a pedido de Carranza, dos cuadros del coronel Muratori representativos de “episodios navales del año 26 entre las escuadras Nacional y Brasileña”; pero en la misma carta se ocupó de transmitirle a Carranza como condición que dichos cuadros le fuesen devueltos “... el día que por una causa u otra, se disuelva dicho Museo”⁴⁹¹. Asimismo, en septiembre de 1890 A. M. Tallafarro, en representación de la Secretaría de la Cámara de Diputados de la Nación, informaba a Adolfo P. Carranza que la Cámara había resuelto en sesión de la fecha la entrega al Museo, en calidad de depósito, de la espada y medallas del Gral. Prudencio Alvarado, donados al Congreso por Antonina V. Alvarado de Moyano en 1881. Al finalizar la misiva agregaba que “... es voluntad de esta H. Cámara, que los expresados objetos sean devueltos a esta Secretaría, si por cualquier causa fuera clausurado el Establecimiento que U. dirige”⁴⁹². A nuestro entender estos ejemplos dan cuenta de la falta de confianza de algunas personas e instituciones respecto a la posibilidad de que el Museo prosperase y se convirtiese en una institución sólida, y pueden relacionarse precisamente con la debilidad de la misma durante sus primeros años de existencia, emblemáticamente expresada en sus dificultades económicas y edilicias para consolidarse como tal.

Otra cuestión que da cuenta de las condiciones puestas por los donantes al Museo se vincula directamente con los retratos de los hombres públicos del pasado, que conformaron una buena parte del total de los objetos remitidos al Museo, tanto en calidad de depósitos como de donaciones. Ocurría que muchos donantes no estaban dispuestos a entregar al Museo los originales de esos retratos por lo cual enviaban copias de los mismos. Este fue el caso con los descendientes de

⁴⁹¹ Carta de M. Gradin a Adolfo P. Carranza, 4/12/1890, AH, MHN, FAPC, DD, tomo I, 1890, folio 55.

⁴⁹² Carta de A. M. Tallafarro a Adolfo P. Carranza, Buenos Aires, 10/9/1890, AH, MHN, FAPC, ARBO, tomo I, 1890, folio 47.

Cornelio Saavedra. Cuando Carranza escribió a su nieto, Cornelio Saavedra, para solicitarle el retrato original de su abuelo, aquel le respondió negativamente aduciendo: "... es para mi i para mis hijos una reliquia de un valor inestimable la posesión de ese retrato..." –y agregó, en un intento por disuadir a Carranza: "... no le será a U. difícil encontrar otras copias en poder de las familias Saavedra de ese país, i si así no fuera sirvase comunicarme para hacer sacar una copia del que poseo i remitirlo a U. a la mayor brevedad.⁴⁹³" Algunos años más adelante, el 25 de mayo de 1893 (inspirado tal vez por la fecha en que redactó su misiva), Cornelio Saavedra volvió a escribirle a Carranza para comunicarle que esta vez le remitía con destino al Museo "... una copia fiel del original al óleo..." tomado un año antes del fallecimiento de quien fuera presidente de la Junta Gubernativa de Gobierno de 1810⁴⁹⁴. También Alfonso Durán mandó a hacer una copia del retrato de su abuelo, el guerrero de la Independencia coronel Juan E. Rodríguez, para enviarlo al Museo y así poder cumplir con una solicitud de Carranza. Durán aducía que el retrato original de aquel era el único "recuerdo de familia" que conservaba debido a que, según le había informado su abuela, "las medallas y condecoraciones se perdieron en el saqueo de Junín por los indios y en el de esta capital el 3 de febrero de 1852⁴⁹⁵.

Por su parte Carolina Melián de Munita se mostró dispuesta a donar al Museo un retrato original de su padre, el coronel Melián. En carta a Carranza del 12 de enero de 1891 expresaba su acuerdo con la idea de que "en un Museo Histórico debe estar el original de los retratos de los Guerreros de la Independencia y no las copias", motivo por el cual aceptaba ceder el mencionado retrato, expresando incluso que lo hacía gustosa "a la Patria y Museo Histórico". Pero antes de efectuar esta donación Melián había encargado para sí una copia del retrato de su padre al artista Bestta, de cuyo gasto se había ocupado el Museo, muy posiblemente como condición puesta por aquella antes de donar el retrato original. "... sacaré de allí el original y la copia pagándole a dicho señor los 100 nacionales que importa su trabajo" –manifestaba a Carranza–, y agregaba: "Lamento Doctor Carranza que mi situación sea en estos momentos tan precaria como se lo manifesté a U. francamente que si no yo abonaría los 100 nacionales ¡pero que haser!"⁴⁹⁶. Por su parte un tal E. Ramírez donó al Museo en el mes de abril de 1892 (en respuesta a una solicitud de Carranza), un retrato original de Godoy Cruz, a la vez que aceptó el ofrecimiento del director del Museo de

⁴⁹³ Carta de Cornelio Saavedra a Adolfo P. Carranza, Santiago de Chile, 6/12/1890, AH, MHN, FAPC, DD, tomo III, 1892-1893, folio 132.

⁴⁹⁴ Carta de Cornelio Saavedra a Adolfo P. Carranza, Buenos Aires, 25/5/1893, AH, MHN, FAPC, DD, tomo III, 1892-1893, folio 132.

⁴⁹⁵ Carta de Alfonso Durán a Adolfo P. Carranza, Buenos Aires, 19/1/1891, AH, MHN, FAPC, DD, tomo III, 1892-1893, folio 99.

⁴⁹⁶ Carta de Carolina Melián de Munita a Adolfo P. Carranza, Buenos Aires, 12/1/1891, AH, MHN, FAPC, DD, tomo II, 1891, folio 59.

enviarle una copia del mismo⁴⁹⁷. Del mismo modo, en el mes de mayo Isaac Quiroga Rodríguez agradeció a Carranza el envío de una copia del retrato original del coronel José A. Burán, que aquel había donado al Museo.⁴⁹⁸

La magnitud de las demandas efectuadas al Museo por diversos donantes para que la institución solventase las copias de los retratos originales remitidos como donaciones (aunque en la mayor parte de los casos se solicitaban copias fotográficas, seguramente más económicas que las copias pictóricas), debió haber sido bastante importante ya que aparece como una preocupación recurrente de Carranza durante su gestión. En una carta escrita al ministro del Interior, José. V. Zapata, en la que se quejaba de la falta de presupuesto del Museo, Carranza señalaba que muchas personas exigían copias fotográficas de los retratos donados al Museo, lo cual suponía un gasto muy grande que la institución a su cargo no era capaz de solventar⁴⁹⁹.

La cuestión de la donación de retratos (originales o copias) de los hombres públicos del pasado nos remite a otra interesante cuestión vinculada con la formación de las colecciones del Museo. Nos referimos a los casos de donaciones realizadas por algunos hombres que habían participado en la guerra de la independencia. El interés de estos casos reside en que los propios donantes integraban, en tanto guerreros y hombres públicos del pasado, el objeto de conmemoración y homenaje del propio Museo. De modo que a través de sus donaciones, al menos en un plano simbólico, aquellos contribuían a immortalizarse a sí mismos en las vitrinas de la institución. Nos referimos puntualmente a los casos de Clemente Zárraga (1808-1890)⁵⁰⁰ y de Eustaquio Frías (1801-1891)⁵⁰¹, dos de los escasos militares de las guerras de independencia de América del Sur que aún vivían a comienzos de la década de 1890.

En febrero de 1890, cuándo aún no estaba inaugurado el Museo, Zárraga escribió a Carranza

⁴⁹⁷ Carta de E. Ramírez a Adolfo P. Carranza, Mendoza, 16/4/1892, AH, MHN, FAPC, DD, tomo III, 1892-93, folio 112.

⁴⁹⁸ Carta de Isaac Quiroga Rodríguez a Adolfo P. Carranza, San Juan, 8/5/1892, AH, MHN, FAPC, DD, tomo III, 1892-93, folio 115.

⁴⁹⁹ Carta de Adolfo P. Carranza a José. V. Zapata, Buenos Aires, 15/4/1892, AH, MHN, FAPC, LN, vol. I (enero 1890-agosto 1896), C. 57, C. 1, LN, vol. I, p. 144.

⁵⁰⁰ Zárraga era un militar octogenario, nacido en Caracas, que se había desempeñado junto a Simón Bolívar en la guerra de la Independencia de Colombia, y que ya ha sido mencionado en el presente trabajo con motivo de su celebrada presencia en la fiesta realizada a propósito del tercer aniversario de la *Revista Nacional*, organizada por Carranza y sus colaboradores en el año 1889, véase cap. II, pp. 56-57.

⁵⁰¹ Eustaquio Frías nació en Salta en 1801. Al comenzar las guerras de independencia se alistó en las fuerzas del Ejército del Norte al mando de Belgrano y luego formó parte del Ejército de los Andes, participando en la campaña del Perú bajo las órdenes de San Martín y posteriormente de Sucre. Luego de la batalla de Ayacucho (1824) regresó a Buenos Aires y tomó parte en la guerra contra el Imperio del Brasil. Durante el período rosista se exilió al Uruguay y participó de la campaña de Lavalle contra Rosas entre 1839 y 1840. Intervino también en las batallas de Caseros y Pavón y en diversas acciones bélicas contra los indígenas en la frontera bonaerense. Falleció en Buenos Aires en marzo de 1891, a los 90 años de edad, Cutolo, *Nuevo Diccionario Biográfico Argentino (1750-1930)*, Buenos Aires, Elche, 1971, tomo tercero, pp. 150-151.

(seguramente en respuesta a una carta suya ya que fue uno de los destinatarios de las circulares enviadas por este último para solicitar donaciones), para comunicarle que iba a ofrecer algunos objetos personales al Museo: "... aseguro a Ud. que por consideraciones generales y patrióticas, y muy especialmente la confianza que me inspira su carácter recto, donaré poco de lo no mucho que poseo, y depositaré algo de más importancia". Y firmaba: "General de División Clemente Zárraga. Guerrero de la Independencia"⁵⁰².

Unos meses más tarde, en el Libro de entrada del Museo, aparece registrada la donación de un chaleco del Gral. Montilla, "Libertador del Magdalena", quien se había desempeñado como "ayudante de campo" de Zárraga y que le fuera obsequiado como "premio" por su familia, de acuerdo a su relato⁵⁰³. Luego el anciano militar agregaba que "...entre los cordones del mismo..." enviaba una nota donde explicaba que dicha prenda, a la que caracterizaba como una reliquia, le había sido donada por las dos hijas de Montilla "... en premio de su lealtad y amistad no desmentida al libertador del Magdalena [...] a quien sirvió en calidad de primer Ayudante de Campo durante épocas colombianas luctuosas y difíciles"⁵⁰⁴.

La donación de Eustaquio Frías al Museo reviste mayor interés, tanto por su magnitud como por las peripecias que la rodearon. El 19 de marzo de 1891 Carranza escribió una carta a Ángela Zabalía de Arias en la que le manifestaba que el Gral. Eustaquio Frías había expresado la voluntad de donar al Museo una serie de objetos personales poco antes de su muerte: "Con fecha 1º de septiembre del año pasado el benemérito y malogrado teniente general Eustoquio Frías contestando una nota que tuve el honor de dirigirle me decía que oportunamente podría recabar de U. el retrato original, uniforme, espada, medallas y cuanto objeto le pertenecieran que podrían servir para ser colocados en el Establecimiento a mi cargo". Seguidamente Carranza solicitaba a Zabalía su envío al Museo "... para que figuren dignamente al lado de los que pertenecieron a sus compañeros de armas, de glorias y de sacrificios"⁵⁰⁵. Al parecer Zabalía envió al Museo los objetos solicitados por Carranza pero poco tiempo después una persona, cuyo nombre Carranza no menciona, inició un reclamo judicial al Museo para recuperarlos. En carta al ministro del Interior, José V. Zapata, del mes de abril de 1892, Carranza explicaba que había recibido de parte de Ángela Zabalía de Arias el uniforme y el retrato del Gral. Frías, pero que poco tiempo después había sido sorprendido por una demanda judicial: "... más tarde fui sorprendido por un exhorto del Sr. Juez, Dr. Pizarro para que

⁵⁰² Carta de Clemente Zárraga a Adolfo P. Carranza, Buenos Aires, 16/2/1890, AH, MHN, FAPC, C. 54, C. 1.

⁵⁰³ Carta de Clemente Zárraga a Adolfo P. Carranza, Buenos Aires, 28/5/1890, AH, MHN, FAPC, DD, tomo I, 1890, folio 8.

⁵⁰⁴ Ibid.

⁵⁰⁵ Carta de Adolfo P. Carranza a Ángela Zabalía de Arias, Buenos Aires, 19/3/1891, AH, MHN, FAPC, LN, vol. I (enero 1890- agosto 1896), C. 57, C. 1, p. 80.

hiciera entrega al alguacil de Justicia de lo que aquí hubiera de propiedad del general Frías. Mostré los objetos al empleado de Justicia y los documentos copiados al Sr. Juez Pizarro, quien me manifestó que podía conservar los que se litigan, pues el documento presentado era concluyente”. Luego agregaba que la devolución de estos objetos a su reclamante “... ocasionaría un grave trastorno en los Registros sin mencionar que el pueblo habituado a verlos en un sitio de preferencia extrañaría también la ausencia de esas reliquias de indisputable mérito histórico”⁵⁰⁶.

A juzgar por estas breves palabras de Carranza el juez a cargo de la causa había favorecido al Museo, sin embargo los datos que aporta son escasos e insuficientes para elaborar conclusiones. Desde luego sería interesante poder acceder a los documentos vinculados con esta demanda judicial pero esta tarea quedará, en caso de poder hallar esos documentos, para una futura investigación. Por ahora baste señalar el peculiar interés que reviste el hecho de que una donación realizada por un particular al Museo haya desencadenado una demanda judicial (posiblemente por parte de algún familiar del Gral. Frías), así como la respuesta del Poder Judicial para la resolución de esta situación. Lo cierto es que, independientemente de este conflicto y del fallo judicial posterior, Frías había donado al Museo, en respuesta a una solicitud de Carranza, los objetos personales que atestiguaban su participación en las guerras de independencia, y esos objetos, una vez ingresados a la institución, se habían convertido en “reliquias” del pasado nacional.

Por último, quisiéramos detenernos especialmente en dos cartas enviadas al director del Museo por dos donantes ocasionales, Guillermo Allende y Sierra y Antuña, debido a que brindan información relevante sobre una serie de temas vinculados con la conformación de colecciones, la trascendencia de las redes sociales de pertenencia en la reunión de objetos históricos, la construcción de los patrimonios museísticos y otras cuestiones de interés para el presente capítulo de nuestra investigación. En primer lugar analizaremos la carta enviada a Carranza por Allende, escrita en Saldán, Provincia de Córdoba (localidad en la cual Carranza poseía un campo), en mayo de 1893. Y en segundo lugar estudiaremos una carta enviada a este último por el uruguayo Sierra y Antuña en 1895.

El propósito principal de la misiva de Allende era transmitirle a Carranza que la última vez que se habían visto en Saldán se había olvidado de preguntarle “... el mérito que para el Museo pueda tener un paquetito que encontré entre los papeles de mi suegro, el Sr. Amelio Piñero, después de su muerte, y que trae este rótulo: (textual) ‘pito del Sr. Coronel Dn. Dorrego y un pedazo del pañuelo con el que se le vendaron los ojos cuando fue fusilado por orden del General Lavalle sin forma

⁵⁰⁶ Buenos Aires, 29/4/1892, carta de Adolfo P. Carranza al ministro del Interior, José V. Zapata, AH, MHN, FAPC, LN, vol. I, C. 57, C. 1, pp. 148-151.

alguna de juicio””, y agregaba: “He conservado esto con el objeto de regalarle a la familia del Dn. Dorrego este recuerdo, mas, siendo el Dn. Dorrego una personalidad nacional, no quiere Ud. que se lo mande para el Museo? Ud. dígame”⁵⁰⁷. Con estas palabras Allende parecía adscribir a una idea que –tal como lo hemos señalado–, ya había comenzado a circular (al menos tímidamente y en algunos sectores de las elites), según la cual los objetos de valor histórico para el país, más aún si estaban relacionados con personalidades muy destacadas del pasado, no tenían que permanecer en manos privadas sino que debían ocupar las vitrinas de una institución pública específicamente destinada a resguardarlos y exhibirlos, es decir, un museo histórico.

Ya en la post-data de la carta, luego de despedirse, Allende le transmitía a su interlocutor que recordaba su intento de hallar “... no sé que obra u oración fúnebre del Deán Funes”, y agregaba, ofreciéndole su ayuda: “Yo, su primo, tengo muchas y buenas amistades con obispos, clérigos y frailes, y ellos pueden servirnos de mucho en este caso. Dígame pues cual es ella para hacer la diligencia de encontrarla”. Tal como puede observarse (tanto por la procedencia de los objetos vinculados con la figura de Dorrego ofrecidos en donación al Museo como por la ayuda brindada a Carranza para hallar un documento del deán Funes), los vínculos familiares y los posibilitados por redes sociales más amplias, eran muy importantes para la consecución y posterior donación al Museo de objetos y documentos históricos, un aspecto clave en el proceso formativo de las colecciones de la institución presidida por Carranza⁵⁰⁸.

La siguiente carta, escrita por Sierra y Antuña en Montevideo en septiembre de 1895, y dirigida a Carranza –con quien aquel se había contactado a través del coronel Díaz–, es interesante por varios motivos, entre otros porque devela que las redes sociales activadas en torno al Museo Histórico sito en Buenos Aires se hacían extensivas también a algunos miembros de las elites de otros países. En las primeras líneas de esta misiva Sierra y Antuña le informa a Carranza el envío de un grabado para el Museo que representa la Batalla del Cerrito, “... acción de guerra en que se cubrieron de gloria las armas argentinas y orientales mandadas por el G. Rondeau junto a los muros de Montevideo”⁵⁰⁹. Sin embargo, sus propósitos no se limitan a enviarle una donación para el Museo ya que seguidamente se refiere a “... la magna empresa que tenemos entre manos”, haciendo referencia a la idea de encargar la realización de varios cuadros de personajes destacados de la historia uruguaya, para lo cual –según sus propias palabras– le faltaban “datos fidedignos”. Y

⁵⁰⁷ Carta de Guillermo F. de Allende a Adolfo P. Carranza, Córdoba, mayo de 1893, AH, MHN, FAPC, C. 29, C. 3, p. 2.

⁵⁰⁸ *Ibid.*, p. 3.

⁵⁰⁹ Montevideo, 14/9/1895, carta de Sierra y Antuña a Adolfo P. Carranza, AH, MHN, FAPC, SDD, 1890-1916, folio 41.

agrega: “Una de las dificultades mayores es el conseguir retratos de los prohombres de la primera época de la revolución”⁵¹⁰. Por tal motivo solicita a Carranza –y aquí reside el principal objetivo de su misiva– la remisión de un conjunto de retratos de “militares argentinos” que habían participado, junto a Artigas, en la guerra de independencia de la Banda Oriental: “Necesitamos con urgencia retratos de Benito Álvarez, Ventura Vázquez y Eusebio Valdenegro, los dos primeros eran oficiales del Regimiento de Patricios, el tercero es el poeta que luego llegó a altos puestos en la milicia; los tres tomaron parte en la Batalla de Las Piedras, librada por el G.al. Artigas, el 18 de mayo de 1811”⁵¹¹.

Sierra y Antuña parecía querer tejer con Carranza una suerte de relaciones de reciprocidad en el intercambio de retratos y obras de arte de carácter histórico, pero a su vez se le presentaba un problema de carácter ideológico e historiográfico que no dudó en explicitar: “Sería para nosotros un gran placer el poder ofrecerle una colección de nuestros cuadros para Ud. personalmente y otra para la Institución que dirige –escribe– y al fin no sería sino una justa reciprocidad por los datos que no dudamos Ud. nos proporcionará”. Y prosigue –dando cuenta de la existencia de un áspero debate entre las historiografías uruguaya y argentina en formación: “Pero chocamos con la dificultad del criterio histórico completamente opuesto de la mayor parte de los escritores argentinos con respecto a la personalidad del Gral. Artigas, a quien nosotros los orientales rendimos culto de admiración y gratitud. Si a pesar de eso Ud. las aceptara gustoso, dígnese hacérselo saber, pues con ello nos causará una verdadera satisfacción”⁵¹². El interés de Sierra y Antuña en la producción de retratos de personajes históricos del Uruguay podría estar dando cuenta del intento, de al menos una fracción de las elites uruguayas, por construir una memoria nacional a través de la creación y el uso de imágenes sobre hombres y acontecimientos del pasado.

Para concluir este análisis sobre los donantes ocasionales del Museo Histórico, quisiéramos resaltar que fueron muchos los hombres y mujeres pertenecientes a las elites que realizaron donaciones al Museo, y que a pesar de la diversidad de situaciones que impulsaron a cada uno de ellos a acercarse a la institución o simplemente a responder a las demandas de Carranza, todos compartieron algunos patrones en común, tales como su pertenencia patricia, sus vínculos (muchas veces familiares) con los objetos donados a la institución y sus deseos de trascendencia pública para ellos y para sus ancestros. Con diferentes motivaciones e intereses, la suma de las donaciones realizadas por cada uno de ellos tuvo un papel significativo en las características asumidas por las

⁵¹⁰ Ibid.

⁵¹¹ Ibid.

⁵¹² Ibid.

colecciones de la institución durante sus años fundacionales.

*c.3) Breves notas sobre la pintura de tema histórico en los proyectos
y salones del Museo Histórico Nacional*

Tal como señalamos a propósito de la carta enviada por Sierra y Antuña a Adolfo P. Carranza, en la que aquel le manifestaba su intención de construir una suerte de galería de imágenes de los hombres públicos del Uruguay, también en las colecciones y propuestas educativas del Museo Histórico Nacional las imágenes representativas del pasado ocuparon un papel muy importante. En relación a esta cuestión, no quisiéramos dejar de hacer referencia a la problemática de la pintura de tema histórico como *pedagogía patriótica* en la Argentina de fines del siglo XIX. La producción de imágenes pictóricas evocativas de episodios o personajes destacados del pasado fue una herramienta importante, ideológica y educativa, en el proceso de construcción de una nacionalidad argentina por parte de las elites dirigentes.

En el Museo Histórico Nacional durante la gestión de Carranza, no solamente la adquisición y exhibición de imágenes sobre el pasado nacional formó parte del proceso de construcción de su patrimonio museístico, sino que diversas pinturas de tema histórico fueron realizadas por artistas plásticos por encargo del propio Carranza (en algunos casos con instrucciones muy precisas), para ser incorporadas a las colecciones del Museo. Atento a la necesidad de inculcar un sentimiento de nacionalidad en el público visitante al Museo, y en particular en los escolares, Carranza sostenía que era muy importante que los niños concurrieran a la institución a su cargo a visitar y conocer los retratos y objetos del pasado argentino, sobre todo porque estaban "... en la edad en que las impresiones se graban tan profundamente en la imaginación"⁵¹³. En la misma dirección, no resulta extraño que apostara a la funcionalidad pedagógica de la pintura de tema histórico, con sus contundentes representaciones de los grandes episodios y los hombres públicos del pasado nacional.

Si bien el estudio de la pintura de tema histórico en el Museo excede los alcances de la presente investigación, no quisiéramos dejar de hacer referencia, aunque sea brevemente, a algunos de los trabajos que se han producido sobre esta temática, debido a la particular importancia y significación ideológica y museística que reviste la práctica de comprar y/o encargar obras de estas características, desarrollada ya durante los primeros años de existencia de la institución. Sobre esta temática destacamos, por una parte, dos artículos escritos por el historiador del arte Roberto Amigo.

⁵¹³ Memoria enviada por Adolfo P. Carranza al ministro del Interior, Benjamín Zorrilla, Buenos Aires, 6/5/1895, AH, MHN, FAPC, LN, vol. I, C. 57, C. 1, p. 298.

En uno de estos trabajos Amigo estudia la cuestión de la pintura de tema histórico en la Argentina en algunas obras del pintor uruguayo Juan Manuel Blanes (1830-1901)⁵¹⁴. En el otro analiza un contrato para la realización de una pintura firmado entre Adolfo P. Carranza y el artista plástico español José Bouchet (1853-1919)⁵¹⁵. Por otra parte incluimos un trabajo del historiador Miguel Ruffo, quien analiza un conjunto de obras encargadas por Carranza a diversos artistas plásticos en el contexto del Centenario de la Revolución de Mayo⁵¹⁶.

En el artículo sobre la pintura de tema histórico en la obra de Blanes, Amigo analiza la función que cupo a este género artístico como creador de valores simbólicos en el marco de los mecanismos activados por la clase dirigente de la Argentina para la formación y consolidación del Estado nacional moderno. Con ese objetivo se concentra en el estudio de dos obras de Blanes, “Un episodio de la fiebre amarilla en Buenos Aires” (1871) y “Ocupación militar del Río Negro por el Ejército Nacional, el 25 de mayo de 1879” (1896), en tanto ejemplos de la funcionalidad del trabajo estético como portador de un contenido político y moral, a saber, el de instalar en el imaginario colectivo a los “héroes” y “hechos gloriosos de la nación”⁵¹⁷.

No es nuestra intención reproducir el análisis iconográfico que realiza el autor sobre ambas obras, para lo cual remitimos al lector al artículo en cuestión. Lo que nos interesa señalar es que el cuadro “Ocupación militar...” –que retrata un episodio de la llamada “Conquista del desierto”, nada menos que la celebración del 25 de mayo de 1879 por parte del Ejército Nacional bajo el mando de Roca en los márgenes del Río Negro–, fue realizado por Blanes en virtud de un encargo del Ministerio de Guerra y Marina de la Nación para conmemorar el décimo aniversario de dicho episodio. De acuerdo al autor, el encargo de dicha obra (posiblemente debido a una iniciativa de Pellegrini) refleja una clara actitud autocelebratoria del aparato político roquista, que se apoyó en la exaltación de un hecho considerado fundacional de la Argentina moderna por sus elites dirigentes⁵¹⁸. Pero lo que más nos interesa resaltar es que este cuadro, concluido por Blanes en el año 1896, fue adquirido por el gobierno nacional dos años más tarde, por medio de un decreto del entonces presidente José Evaristo Uriburu (1831-1914), quien a su vez dispuso su inmediata

⁵¹⁴ Roberto Amigo, “Imágenes para una nación: Juan Manuel Blanes y la pintura de tema histórico en la Argentina”, en *Arte, Historia e Identidad en América. Visiones comparativas*, XVII Coloquio Internacional de Historia del Arte, México, UNAM, 1994, tomo II, pp. 315-321.

⁵¹⁵ Roberto Amigo, “Un contrato del pintor José Bouchet”, en *Estudios e investigaciones*, revista del Instituto de Teoría e Historia del Arte Julio E. Payró, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, núm. 5, 1994, pp. 113-116.

⁵¹⁶ Miguel Ruffo, “Iconografía de la Revolución de Mayo”, en *Museo Histórico Nacional*, segunda época, año 1, núm. 1, junio de 1998, pp. 23-60.

⁵¹⁷ Amigo, “Imágenes para una nación...”, pp. 315-316.

⁵¹⁸ *Ibid.*, pp. 325-326.

remisión al Museo Histórico Nacional, donde se encuentra actualmente.

Resulta significativo, y al mismo tiempo absolutamente coherente con las funciones asumidas por el Museo Histórico Nacional ya desde sus años fundacionales, que esta obra de Blanes fuera a ocupar un lugar en los salones de dicha institución. En efecto, su presencia en el Museo es un elocuente ejemplo de los propósitos educativos y moralizantes que Adolfo P. Carranza asignaba al establecimiento a su cargo, así como también refleja, una vez más, la destacada presencia del Ejército Nacional en el espacio del Museo. En efecto, tal como sostiene Amigo, el cuadro retrata la celebración de una fiesta patria que tiene como protagonista a ese ejército, proyectando así una suerte de continuidad entre, por una parte, la “Conquista del desierto” y la legitimación del régimen roquista bajo un Estado centralizado, y por la otra, el pasado histórico patrio, que encontraba su mito de orígenes en mayo de 1810⁵¹⁹ (véase Imágenes 12 y 13, pp. 231-232).

Pero si en este caso el Museo Histórico fue el destinatario de un cuadro encargado a Blanes por el Ministerio de Guerra y Marina, en otros fue el propio Carranza quien realizó encargos concretos de obras pictóricas representativas de diversos episodios vinculados con la Revolución de Mayo y las guerras de independencia, para ser colocadas en los salones del Museo. A propósito de esta cuestión Amigo ha analizado un caso concreto, a saber, el contrato firmado en el año 1903 entre Adolfo P. Carranza, como director del Museo Histórico Nacional, y el artista José Bouchet, para la realización de un cuadro representativo del episodio conocido como “Abrazo de Maipú”, que hace referencia al encuentro de los generales San Martín y O’ Higgins posterior a la Batalla de Maipú⁵²⁰.

Dicho contrato constituye un ejemplo muy elocuente de las características de la pintura de tema histórico en el período en cuestión, ya que no solamente establecía el tema que debía desarrollar el artista, su remuneración y tiempos de entrega de la obra, sino que brindaba algunas especificaciones muy definidas acerca de la escena histórica que debía representar⁵²¹. En la clausura segunda del contrato se estipulaba que el pintor tenía libertad para la composición y el dibujo pero que debía ajustarse a la verdad histórica; en este caso la autoridad sobre el episodio en cuestión la habría proporcionado la *Historia de San Martín y la Emancipación Sudamericana* de Bartolomé Mitre. De acuerdo a Amigo, en la obra de Mitre el episodio del “Abrazo de Maipú” tenía los ribetes literarios necesarios para la realización de un cuadro histórico y por ello fue la fuente elegida por Carranza para la composición del artista. Asimismo el autor señala que el director del Museo Histórico había

⁵¹⁹ Ibid., p. 330.

⁵²⁰ Roberto Amigo, “Un contrato...”, pp. 113-116.

⁵²¹ Ibid., pp. 113-115.

contribuido a la difusión de dicha obra por medio del envío de ejemplares a diversas personalidades e instituciones latinoamericanas⁵²².

Por su parte el historiador Miguel Ruffo ha escrito un artículo en el que analiza los encargos de obras de arte realizados por Carranza a diversos artistas plásticos en el contexto del Centenario de la Revolución de Mayo⁵²³. Dos de esas obras, a saber, “El Cabildo Abierto del 22 de Mayo de 1810” y “Mariano Moreno en su mesa de trabajo”, fueron producidas por el artista chileno Pedro Subercaseaux (1880-1956) en el transcurso del año 1908 y adquiridas por compra por el Museo Histórico. En ambos casos fue el propio Carranza quien dio ideas y consejos a Subercaseaux así como le proporcionó bibliografía en la que basar dichas pinturas⁵²⁴. Asimismo –siguiendo a Ruffo– Carranza fue el impulsor y consejero del artista veneciano Guillermo Da Re (1867-1910) para la realización de tres obras de tema histórico. Por una parte una aguada sobre cartón titulada “La noche del 20 de Mayo de 1810 en casa de Nicolás Rodríguez Peña”, que presenta la casa de Rodríguez Peña como ámbito de reunión de los revolucionarios que luchaban por el derrocamiento del virrey Baltasar Hidalgo de Cisneros⁵²⁵. Y por otra parte una aguada sobre cartón y un óleo titulados “El juramento de la Junta Gubernativa del 25 de Mayo de 1810”⁵²⁶. Por último Ruffo incluye en su análisis del repertorio iconográfico producido por encargo de Carranza el óleo “Últimos momentos de Mariano Moreno”, realizado por el pintor italiano Egidio Querciola (1871-1949) en 1911, en ocasión del centenario del fallecimiento de Mariano Moreno⁵²⁷.

A la luz de estos trabajos de Amigo y de Ruffo se evidencia que la pintura de tema histórico desempeñó un papel fundamental como dispositivo ilustrativo-didáctico en el proceso de construcción de una nacionalidad argentina y su fijación a través de soportes visuales, ocupando un lugar muy destacado en el Museo Histórico Nacional. Debido al interés de Carranza en que el arte plástico se ocupara de representar los episodios del pasado que enaltecían la historia argentina, no

⁵²² Ibid. En el Museo se conserva un boceto de la obra encargada a Bouchet, que fue ingresado como donación del autor. De acuerdo a Amigo no se trataría del boceto final sino de un trabajo sobre las figuras principales de la obra, San Martín y O’Higgins. Su ingreso como donación sugiere al autor que no fue pagado por la dirección del Museo, *ibid.*, p. 115.

⁵²³ Miguel Ruffo, *op. cit.*, pp. 23-60.

⁵²⁴ El autor plantea que para la representación del episodio del cabildo del 22 de mayo de 1810 Subercaseaux, por consejo de Carranza, se basó en la historia argentina de Vicente Fidel López. Para un análisis de este planteo véase Ruffo, *op. cit.*, pp. 32-39. En cuanto al cuadro que representa a Moreno en su mesa de trabajo, cabe señalar que Carranza solicitó a Subercaseaux que incluyera algunos objetos que formaban parte del patrimonio del Museo, tales como su tintero de plata y su mesa de trabajo, seguramente para darle mayor veracidad al retrato, p. 43.

⁵²⁵ *Ibid.*, pp. 46-49. De acuerdo al autor la fuente documental utilizada por el artista para representar la noche del 20 de mayo de 1810 en casa de Rodríguez Peña, siempre por consejo de Carranza, fue la memoria escrita por Martín Rodríguez acerca de los sucesos revolucionarios, *ibid.*, pp. 46-49.

⁵²⁶ En este caso la fuente del artista habría sido el acta del Cabildo del 25 de mayo, *ibid.*, p. 50.

⁵²⁷ Según Ruffo, la base documental de este óleo fue la obra *Vida y memorias* de Mariano Moreno, escrita por su hermano Manuel Moreno en 1812, *ibid.*, pp. 53-56.

es extraño que en diversas oportunidades haya destacado ante las autoridades públicas de las que dependía el Museo la concurrencia de artistas que se acercaban a la institución a “... sacar copia de los objetos depositados, con el propósito de emprender trabajos de historia, en pintura o escultura”, una actividad a la que presentaba como representativa de la utilidad del establecimiento así como de la importancia que despertaba en el público⁵²⁸. En ese espacio conmemorativo que era el Museo Histórico Nacional, las imágenes evocativas del pasado ofrecían representaciones visuales de las ideas que circulaban en el campo historiográfico en formación a propósito de los hombres y los acontecimientos más destacados del pasado nacional, y funcionaban como singulares herramientas didácticas.

Las pinturas encargadas por Carranza son, además, excelentes ejemplos de los procesos de construcción de objetos históricos que tuvieron lugar en el ámbito del Museo. En este sentido, las obras pictóricas de tema histórico estaban llamadas a ocupar un espacio muy significativo en las colecciones de la institución. Junto a este tipo de imágenes y los diversos objetos donados por entidades públicas y por donantes ocasionales se encontraban también las donaciones realizadas al Museo durante sus años fundacionales por coleccionistas, tema este al que dedicaremos las siguientes páginas del presente capítulo.

c.4) Los donantes coleccionistas

Del conjunto de documentos analizados a propósito de las donaciones procedentes del ámbito privado realizadas al Museo durante los primeros años de la gestión de Carranza, solamente algunos pocos corresponden a coleccionistas reconocidos como tales en la Argentina finisecular. Estos se caracterizaban por la posesión de colecciones privadas de cierta magnitud, de objetos, documentos y/o de obras de arte, y muchas veces de las más diversas ramas del conocimiento. En la mayor parte de los casos se trataba de hombres públicos pertenecientes a familias patricias, intelectuales, políticos y/o funcionarios estatales, que a menudo habían participado de la formación de exposiciones y museos con anterioridad a la creación del Museo Histórico. En algunos casos tenían también vínculos directos con el Museo por haber formado parte de su comisión fundacional o por desempeñarse como colaboradores de Adolfo P. Carranza en la dirección del mismo.

En el presente apartado nos proponemos explorar, al menos como una primera aproximación a un tema que requerirá en el futuro de un estudio más amplio, algunas problemáticas tales como las

⁵²⁸ Memoria enviada por Adolfo P. Carranza al ministro del Interior, Benjamín Zorrilla, Buenos Aires, 6/5/1895, AH, MHN, FAPC, LN, vol. I, C. 57, C. 1, p. 297.

motivaciones que impulsaron a los coleccionistas a realizar donaciones al Museo, las características de los objetos donados y de los temas históricos asociados a ellos, la problemática de la autenticidad de dichos objetos, el papel desempeñado por las redes de compra y venta de piezas históricas y la relación entre mercado, colecciones y museos. Para ello nos vamos a concentrar en particular en dos coleccionistas, debido a la singular riqueza documental que presentan las cartas que enviaron a Carranza a propósito de la donación de objetos históricos al Museo. Por un lado analizaremos un documento que da cuenta de una donación efectuada por Estanislao S. Zeballos el 9 de julio de 1890, y por el otro dos cartas enviadas por Migoya García a Carranza, de febrero de 1892 y de julio de 1898, en las que aquel se presenta como una suerte de intermediario para la reunión de objetos históricos enviados al Museo en calidad de donaciones⁵²⁹. Asimismo hemos trabajado algunas pocas fuentes vinculadas a coleccionistas destacados pero de menor importancia documental, así como una serie de documentos que aportan información significativa sobre algunos de los temas centrales que trataremos en este apartado aunque sin estar vinculados a coleccionistas⁵³⁰.

Como ya hemos señalado en un capítulo anterior, Zeballos era un destacado hombre público de la Argentina de fines del siglo XIX, que no sólo ocupó importantes cargos en el aparato del Estado sino que era, además, una reconocida figura dentro del ámbito del coleccionismo y los museos. Vinculado desde muy joven a la conformación de un campo científico en el país, participó como fundador de la Sociedad Científica Argentina. Desde dicha institución promovió, en 1875, la creación de un Museo cuyo primer director fue Francisco P. Moreno, que reunió colecciones de

⁵²⁹ Lamentablemente no hemos podido hallar información biográfica sobre Migoya García, con excepción de la mención del mismo que realiza Blasco en su artículo acerca de los orígenes del Museo Histórico Nacional. La autora se refiere a Julio Migoya como uno de los hombres convocados por Andrés Lamas, junto a otros destacados coleccionistas, para organizar una exposición de objetos de historia nacional en el año 1881, véase Blasco, “Comerciantes...”, p. 5.

⁵³⁰ Algunos otros actores vinculados al coleccionismo o bien al campo historiográfico o científico en formación, que realizaron donaciones o préstamos de objetos al Museo, fueron José A. Pillado y Juan Bautista Ambrosetti (1865-1917). En mayo de 1890, unos meses antes de la inauguración del Museo, Pillado prestó al Museo una serie de objetos y documentos históricos caracterizados como “recuerdos familiares” y vinculados con la figura de Dorrego, tales como la “mesa sobre la cual el General don Juan Lavalle firmó el día 13 de diciembre de 1838 su célebre parte comunicando al gobierno delegado de Buenos Aires que acababa de mandar pasar por las armas al Coronel don Manuel Dorrego...” y las “cartas enviadas por Dorrego a su esposa y a sus hijas desde la prisión momentos antes de ser fusilado”. En carta a Carranza Pillado le expresaba –dejando traslucir su espíritu de coleccionista: “... le confieso que no me resignaría a renunciar al placer íntimo que experimento en poseerlos por el interés verdadero y cariñosa simpatía que me inspiran”. Por tal motivo prestaba los mencionados objetos al Museo para que fueran exhibidos durante el tiempo que fuese conveniente, pero se reservaba su propiedad, carta de José A. Pillado a Adolfo P. Carranza, Buenos Aires, 16/5/1890, AH, FAPC, MHN, DD, tomo I, 1890, folio 7. Por su parte Juan Bautista Ambrosetti, un naturalista y arqueólogo vinculado al campo científico en formación y primer director del Museo Etnográfico fundado en 1905, donó al Museo en abril de 1896 “treinta y una estampas, retratos y fotografías relativas al Paraguay y a hombres notables del pasado argentino”. En una carta de agradecimiento por su donación Carranza le expresaba “... el deseo de que su ejemplo sea seguido por otras personas que conservan reliquias antiguas”, carta de Adolfo P. Carranza a Juan B. Ambrosetti, Buenos Aires, 26/4/1896, AH, MHN, FAPC, LN, vol. I, C. 57, C. 1, LN, vol. I, p. 354.

minerales, maderas, calcáreos, objetos de historia natural y otras materias primas⁵³¹. Por otra parte ya en 1876 Zeballos participó de una exposición científica e industrial promovida por la Sociedad con importantes colecciones personales de las más variadas ramas de las ciencias. Entre estos objetos también había algunos de carácter histórico presentados con el carácter de “reliquias” e incluidos en la sección de “Antropología”. A lo largo de su vida Zeballos fue aumentando el volumen e importancia de sus colecciones particulares o “museo”, como el mismo solía llamarlo⁵³². Asimismo, antes de la creación del Museo Histórico había colaborado con Andrés Lamas en el desarrollo de exposiciones así como en el proyecto de formación de un museo histórico y posteriormente formó parte de la comisión fundacional del Museo presidido por Carranza. Sin embargo, independientemente de las donaciones realizadas al Museo, casi no tuvo participación en la organización y puesta en marcha de esta institución.

El 9 de julio de 1890 –año en el que fue nombrado director de Correos y Telégrafos–, Zeballos realizó una importante donación al Museo Histórico que incluía 61 objetos vinculados a diversas épocas de la historia del país, a saber: el período colonial, las Invasiones Inglesas, la revolución y las guerras de independencia, el orden rosista, la Guerra con el Brasil, la Guerra del Paraguay y las sociedades indígenas, entre otros temas⁵³³. Las razones aducidas por Zeballos ante Carranza para justificar la donación realizada al Museo Histórico de una cantidad de objetos pertenecientes a su colección histórica tienen un particular interés. Zeballos comienza su carta diciendo que había ofrecido estos objetos poco tiempo antes al intendente Seeber en carácter de miembro de la comisión fundacional del Museo y que los mismos habían sido adquiridos “por compra la mayor parte i el resto por ofrecimiento de mis amigos”⁵³⁴. De este modo reconocía su participación en el mercado de compra y venta de objetos históricos, aunque seguidamente intentaba justificarla al otorgar una función moral y patriótica a su actividad como coleccionista: “El único propósito que perseguía al afrontar los gastos i molestias que ocasiona la formación i conservación de un Museo, fue conservar estos preciosos objetos, evitando su venta para colecciones extranjeras” –y agregaba: “Quedan satisfechos mis deseos desde que se presenta la oportunidad de que los reciba el país, a que pertenecen i en cuyos museos deben ser guardados i exhibidos”⁵³⁵.

⁵³¹ Podgorny y Lopes, *op. cit.*, p. 128.

⁵³² *Ibid.*, pp. 131-133.

⁵³³ Carta de E. Zeballos a Adolfo P. Carranza, Buenos Aires, 9/7/1890, AH, FAPC, MHN, SDD, 1890-1916, folio 6.

⁵³⁴ *Ibid.*

⁵³⁵ *Ibid.* En su estudio sobre los museos dedicados a la historia natural en la Argentina, Podgorny y Lopes han señalado la temprana existencia de una red social local e internacional de intercambio y compra-venta de objetos de historia natural fundamentalmente, pero que también incluía monetarios, rarezas y diversas “reliquias históricas”. Si bien participaban del mercado coleccionistas, aficionados y profesionales del campo de las ciencias, existía, de acuerdo a las autoras, cierta tensión irresuelta entre reconocimiento científico y participación en el mercado del coleccionismo. En

Las razones aducidas por Zeballos para formar una colección privada y donarla luego a un museo público nos remiten nuevamente a algunas de las ideas planteadas por Baldasarre a propósito de las motivaciones y las prácticas de los coleccionistas de arte, ya que uno de sus móviles principales fue la voluntad de trascendencia pública vinculada al cumplimiento de un “deber patriótico” para con la sociedad⁵³⁶. Citando a Walter Benjamín, Baldasarre sostiene que para los coleccionistas era muy importante poder difuminar la relación mercantil establecida con las obras compradas y una forma muy clara de lograr este propósito era a través del cambio de estatus de las colecciones, cuando estas pasaban del mundo privado al dominio público⁵³⁷.

En la misma dirección la autora señala que en la Buenos Aires de fines del siglo XIX, ese destino trascendente otorgado por los coleccionistas a sus colecciones se ligó directamente con la génesis y el crecimiento de las instituciones artísticas, y fundamentalmente con el desarrollo del Museo Nacional de Bellas Artes. Al donar las obras de su propiedad a los museos, los coleccionistas estaban participando activamente de las luchas por el capital simbólico y por los procesos de legitimación caracterizados por Pierre Bourdieu como constitutivos del campo del arte⁵³⁸. Inclusive la autora señala que varios de los coleccionistas que donaron obras de arte al Museo de Bellas Artes pusieron a sus autoridades algunas condiciones tales como la exhibición permanente de sus piezas en salas especiales y la denominación de esos espacios con los nombres de los donantes⁵³⁹.

este sentido las autoras plantean que a pesar de que la venta o el intercambio de objetos de historia natural eran prácticas comunes, el valor científico de las colecciones se adquiría a través de premios en exposiciones, publicaciones y reconocimiento de autoridades en la materia en cuestión. De modo que, aunque intrincado en los procesos de formación y circulación de colecciones, el mercado no era un espacio apropiado para la adquisición de prestigio. Cabe señalar que un asiduo participante de estas redes de compra y venta de objetos de historia natural era Estanislao Zeballos, quien a lo largo de su vida logró formar un “museo” privado, como él mismo solía llamarlo, Podgorny y Lopes, *op. cit.*, pp. 159-160. Acerca de la existencia de mecanismos de compra y venta de objetos de arqueología e historia natural y la conformación de una red internacional de mercantilización de colecciones, resulta de interés un artículo de Pérez Gollán ya citado que analiza un viaje realizado por el norteamericano Henry Augustus Ward, un coleccionista y participe de dicho mercado, a la ciudad de Buenos Aires en 1869. El autor recorre las diferentes transacciones comerciales realizadas por Mr. Ward con coleccionistas, aficionados a las ciencias y autoridades de museos, así como también su desempeño como intermediario de coleccionistas y estudiosos interesados en los objetos de historia natural que podían conseguirse en estas tierras australes de América del Sur, véase José Antonio Pérez Gollán, “Mr. Ward en Buenos Aires. Los museos y el proyecto de nación a fines del siglo XIX”, en *Ciencia Hoy*, vol. 5, núm. 28, 1999, pp. 52-58.

⁵³⁶ Véase cap. VI, p. 170.

⁵³⁷ Baldasarre, *op. cit.*, p. 98.

⁵³⁸ *Ibid.*, p. 100.

⁵³⁹ También en el Museo Histórico Nacional durante la gestión de Carranza algunas salas recibieron nombres de donantes de objetos. En noviembre de 1893 Carranza escribió una carta al ministro del Interior, Manuel Quintana, en la que le informaba que la viuda de Ricardo Trelles había donado una colección de muebles y cuadros al Museo y solicitaba su autorización para denominar con el nombre de aquel, a modo de homenaje, la sala donde iban a ser colocados esos objetos, carta de Adolfo P. Carranza al ministro del Interior, Manuel Quintana, Buenos Aires, 10/11/1893, AH, FAPC, MHN, LN, vol. I, C. 57, C. 1, LN, vol. I, pp. 221-222. Al año siguiente, en febrero de 1894, Carranza envió a Quintana la memoria anual del Museo correspondiente al año 1893. Entre otras cosas, insistía con la idea de llamar a una sala con el nombre de Trelles y a otra con el de Escalada, debido a las importantes colecciones

Siguiendo a la autora, consideramos que fue ese ánimo de trascendencia que animaba a los coleccionistas y que los llevaba a querer superar la mera contemplación privada de sus objetos para aspirar a un estatus público de corte altruista y patriótico –en este caso fundado en la tarea de “rescatar” del mercado piezas históricas valiosas para destinarlas al resguardo y la exhibición en un museo público–, el que quedó deliberadamente expresado en las palabras de Zeballos recientemente citadas a propósito de los móviles que lo impulsaron a donar varios de los objetos de su colección privada al Museo Histórico Nacional.

Pero no fue solamente en el caso del coleccionismo de bienes artísticos o históricos donde surgió esta asociación entre desmercantilización, donación de colecciones privadas y formación de museos. Por sólo citar un ejemplo vinculado con los museos orientados a las disciplinas científicas, cabe señalar que en 1881, a propósito de las discusiones que tuvieron lugar en el Congreso Nacional en torno al proyecto de formación de un museo nacional a partir de las colecciones del Museo Arqueológico Provincial, el entonces diputado Aristóbulo del Valle planteó la necesidad de sacar los fósiles y las antigüedades del circuito de mercancías y propiedad privada y ponerlos bajo la jurisdicción y la tutela estatal⁵⁴⁰. Una idea similar sostuvo Florentino Ameghino en 1882 aunque ambas propuestas terminaron por fracasar, al menos en ese momento⁵⁴¹.

Las preocupaciones por la mercantilización de los objetos históricos y la necesidad de que estos fueran conservados en los museos y protegidos por el Estado estuvieron también muy presentes en Carranza, quien incluso consideraba que uno de sus grandes deberes como director del Museo Histórico era “rescatar” del mercado los objetos históricos e incorporarlos a las colecciones de la institución a su cargo. En cualquier caso, aún impulsado por este propósito, lo cierto es que también Carranza, en tanto director de la institución, participaba de estas mismas prácticas y redes sociales. Ya desde 1891 incorporó a los gastos del Museo la realización de algunos pagos vinculados con la compra de objetos históricos, aunque debido a la estrechez de los recursos económicos que le eran

donadas al Museo por dichas familias: “La importancia de las valiosas donaciones que respectivamente hicieron el Sr. Agustín Llambí y la Sra. Mercedes Llambí de Lloveras, de objetos y muebles pertenecientes a la familia de Escalada, así como la Sra. Elisa S. de Trelles de muebles y cuadros que pertenecieron a la importante colección de su finado esposo, me sugirieron el pensamiento de pedir la aprobación de V. E., para designar con el nombre de Escalada la Sala 2ª y con el de Trelles la Sala 5ª donde dispuse colocar respectivamente las cosas que donaron que son un rico plantel y estímulo a sus continuadores”, Adolfo P. Carranza al ministro del Interior, Manuel Quintana, Buenos Aires, 23/2/1894, AH, MHN, FAPC, LN, vol. I, C. 57, C. 1, LN, vol. I, pp. 240-241. Finalmente las gestiones de Carranza tuvieron éxito ya que en los catálogos de exhibiciones del Museo de los años 1895, 1896 y 1897 hay dos salas que llevan los nombres de Escalada y de Trelles, en las que se exhiben las piezas históricas donadas por cada una de estas familias, véase *Catálogos del Museo Histórico Nacional*, años 1895, 1896 y 1897, *op. cit.* En la misma dirección cabe señalar que al inicio del catálogo correspondiente al año 1890 se pedía disculpas a todos los donantes y depositantes de objetos por no haberse podido incluir, debido a razones de tiempo, los nombres de todos ellos al lado de cada uno de los objetos remitidos a la institución, véase *Catálogo del Museo Histórico*, 1890, *op. cit.*, p. 1.

⁵⁴⁰ Podgorny y Lopes, *op. cit.*, p. 191.

⁵⁴¹ *Ibid.*, p. 198.

asignados por los poderes públicos, no pudo sumar un ítem de compras al presupuesto mensual de la institución, tal como era su intención. El 20 de mayo de ese año compró un retrato del coronel Melián por el precio de \$ 100⁵⁴² y el 3 de junio escribió al intendente con el propósito de solicitarle autorización para pagar “un reloj que formó parte del mueblaje de la casa de Escalada”, cuyo valor era de \$ 140 y que acababa de adquirir para el Museo⁵⁴³.

Posteriormente, en una Memoria elevada al ministro del Interior Wenceslao Escalante el 11 de marzo de 1893, Carranza le manifestaba que el presupuesto del Museo era insuficiente y que el objetivo para el que había sido creado el establecimiento “...estaría completado si se votase una suma con la cual pudiera adquirirse de los Estados Americanos todo cuanto allí existe, y que serviría a los fines para que fue creado”⁵⁴⁴. De este modo su proyecto de formación de colecciones históricas se tornaba más ambicioso, al proponerse incorporar al patrimonio del Museo objetos dispersos en otros países por medio de su compra. Posteriormente, en una Memoria institucional enviada en marzo de 1896 a la Comisión del Censo, Carranza señalaba: “A pesar de nuestra corta vida como nación independiente, fue plausible la idea de crear un establecimiento en que se conservaran los trofeos gloriosos de los tiempos heroicos o de los días nefastos de la República, arrancando al olvido y a la indiferencia tantos objetos como andaban diseminados en el país, enriqueciendo las colecciones particulares o perdiéndose en el mezquino comercio de anticuarios explotadores”, y agregaba, en un intento por destacar la singular importancia de su función: “Y lo fue tanto más, aparte el noble sentimiento de patriotismo que presidió tales hechos, cuanto que desde aquel día los que acaparaban, a bajo precio, como cosa despreciable, las más ricas prendas de nuestro luminoso pasado, han debido detenerse ante la justicia con que reclamaba el gobierno, en nombre de todo lo que pertenecía a la patria”⁵⁴⁵. Por otra parte, en el mes de abril, Carranza volvía a plantear a las autoridades del Ministerio del Interior la importancia de adquirir para el Museo algunos objetos históricos que se encontraban fuera del país, para lo cual solicitaba que se le entregasen \$ 1.000 de saldo de asignaciones incluidas en el presupuesto de la institución⁵⁴⁶.

Poco tiempo más adelante, en el mes de mayo de ese mismo año, insistía con el mismo tema ante el ministro Benjamín Zorrilla, a quien manifestaba que “... la oportunidad de hacer

⁵⁴² Buenos Aires, 20/5/1891, AH, MHN, FAPC, LN, vol. I, C. 57, C. 1, p. 90.

⁵⁴³ Carta de Adolfo P. Carranza a Francisco Bollini, Buenos Aires, 3/6/1891, AH, MHN, FAPC, LN, vol. I, C. 57, C. 1, p. 91.

⁵⁴⁴ Carta de Adolfo P. Carranza a Wenceslao Escalante, Buenos Aires, 11/3/1893, AH, MHN, FAPC, LN, vol. I, C. 57, C. 1, p. 194.

⁵⁴⁵ Carta de Adolfo P. Carranza a la Comisión del Censo, Buenos Aires, 4/3/1896, AH, MHN, FAPC, LN, vol. I, C. 57, C. 1, p. 333.

⁵⁴⁶ Carta de Adolfo P. Carranza a Benjamín Zorrilla, Buenos Aires, 25/4/1896, AH, MHN, FAPC, LN, vol. I, C. 57, C. 1, p. 354.

adquisiciones se presenta en el momento menos previsto; una puja de remate o un viaje rápido al interior de la República exigen igualmente dinero en mano, pues la presentación de la nota y su despacho harían perder una operación ventajosa”⁵⁴⁷. Asimismo volvía a expresar su preocupación por los objetos históricos vinculados a la historia argentina que se encontraban dispersos en diversas partes del mundo: “...todavía existen piezas importantes en poder de particulares y fuera del país muchas que recoger, reclamar o comprar, que irán ingresando gradualmente, aparte de las colecciones privadas, para cuya adquisición se requiere mayores desembolsos que los que pueden hacerse con la suma votada por el Congreso, a estos fines”⁵⁴⁸. A la luz de estos documentos observamos que los móviles aducidos por Zeballos en la carta citada a propósito de su participación en las redes de compra y venta de objetos históricos eran compartidos, no solamente por varios coleccionistas, sino también por hombres vinculados de diferentes maneras al ámbito científico e historiográfico así como a la formación de museos.

Varios años más tarde la preocupación de algunos destacados coleccionistas e intelectuales por la inclusión de colecciones privadas en museos públicos seguía estando igualmente vigente. En “Las colecciones del Museo Histórico Nacional” (1915), Quesada señalaba y proponía –refiriéndose a las diversas colecciones históricas dispersas en manos privadas–, lo siguiente: “Hoy todo eso ha sido diseminado en las diversas salas, utilizándolo como mero elemento decorativo; pero es evidente que más adelante, así que se disponga de local para ello, deberá ser agrupado en salas especiales, como en los otros museos de ese género, para permitir al visitante que se forme idea de cómo se vivía en determinado momento. Para ello la nueva dirección debería solicitar de los poderes públicos, previos los arreglos del caso entre éstos, la transferencia, en propiedad o depósito, de todas las colecciones u objetos de ese género, diseminados hoy en diversos lugares”⁵⁴⁹. Luego mencionaba una serie de colecciones particulares que a su juicio debían estar en el Museo Histórico Nacional, tales como “... la colección Zemborain, legada a la Municipalidad, y otras de carácter privado como la de Fernández Blanco, el general Garmendia y la del médico Wolff en Córdoba”⁵⁵⁰. Finalmente Quesada sostenía que los poderes públicos debían ocuparse de comprar dichas colecciones y destinarlas a los museos: “... el gobierno debería negociar su adquisición [...]. De esa manera se reúnen en un solo lugar una serie de colecciones hoy diseminadas, incompletas todas

⁵⁴⁷ Carta de Adolfo P. Carranza a Benjamín Zorrilla, Buenos Aires, 3/5/1896, AH, MHN, FAPC, LN, vol. I, C. 57, C. 1, p. 366.

⁵⁴⁸ *Ibid.*, p. 366.

⁵⁴⁹ Quesada, “Las colecciones...”, p. 26.

⁵⁵⁰ *Ibid.*

aisladamente, pero que, reunidas, formarían un conjunto inapreciable”⁵⁵¹. A partir del conjunto de estos documentos observamos que en algunos grupos pertenecientes a la elite letrada de la Buenos Aires finisecular parecía surgir la idea de que, de una u otra forma, el Estado nacional debía asumir responsabilidades en la conformación de un patrimonio público que permitiera llevar las colecciones privadas a las vitrinas de los museos.

Volviendo a la variopinta donación de Zeballos, nos detendremos a continuación en el análisis de algunos objetos que, por diferentes razones, revisten un interés particular a los fines de nuestra investigación. Hay varias donaciones directamente vinculadas con las sociedades indígenas de la región pampa-patagonia, violentamente aplastadas en la “Conquista del desierto” del año 1879. Precisamente fue durante los viajes de exploración realizados al sur del Río Negro entre 1878 y 1879, cuando Zeballos recogió una serie de vestigios de cuerpos, en particular cráneos, y objetos que habían pertenecido a los indígenas asesinados durante las campañas militares, pensados como material de estudio científico y como materia prima para sus ejercicios literarios sobre “el país de los araucanos”⁵⁵². Esos vestigios engrosaron sus colecciones privadas aunque posteriormente muchos fueron donados al Museo de La Plata⁵⁵³ y algunos al Museo Histórico, tal como se desprende del documento en cuestión. Cabe señalar que la presencia de cráneos en las colecciones privadas y en los museos era frecuente debido a la utilidad otorgada a los mismos por los estudiosos de la antropología de la época.

En este sentido no resulta casual que en la “Conquista del desierto” el Estado Mayor General fuera acompañado por una comisión científica, ya que el avance de la frontera implicaba también la posibilidad de clasificar y relevar topográficamente el territorio para permitir la inversión de capitales y para realizar exploraciones de interés científico. En efecto, muchos de los cráneos encontrados e incluso diversos sobrevivientes indígenas de la campaña militar fueron llevados para su estudio a los gabinetes de Buenos Aires. Al respecto diría Zeballos: “Si la civilización ha querido que ustedes (refiriéndose al ejército) ganen entorchados persiguiendo la raza y conquistando sus tierras, la ciencia exige que yo la sirva llevando los cráneos de los indios a los museos y laboratorios. La barbarie está maldita y no quedarán en el desierto ni los despojos de sus muertos”⁵⁵⁴.

Algunos de los objetos y cráneos indígenas donados al Museo en julio de 1890 fueron presentados por Zeballos de la siguiente manera: “Espada del cacique Calloucurá. Regalada al

⁵⁵¹ Ibid., p. 26.

⁵⁵² Podgorny y Lopes, *op. cit.*, pp. 172-173.

⁵⁵³ Ibid., p. 172.

⁵⁵⁴ Citado en Podgorny y Lopes, *ibid.*, p. 171.

mismo por el Gobierno Nacional, bajo la Presidencia del General Sarmiento i exhumada con el cadáver del cacique, por el Coronel D. Nicolás Levalle en una expedición de 1879. Regalo del mismo Coronel, hoi Ministro de Guerra i Marina”⁵⁵⁵; “sable del Cacique Pincen, tomado en su toldería de las Tunas, sorprendida en 1879 por la división del Coronel Hilario Lagos. Tiene el nombre del Cacique grabado en el lomo. Regalo del Ayudante Mayor D. Rudecindo Roca”⁵⁵⁶; “sello Mayor del Cacique General Don Juan Calfucurá, grabado en bronce por D. Santiago Calcia del Rosario i regalo del mismo, según inscripción del canto. Regalo del Coronel (hoy General) D. Nicolás Levalle, que los tomó en una expedición en 1878. Lo he dibujado i descrito en mi libro ‘Viaje al país de los Araucanos’”⁵⁵⁷; “cráneo del Cacique General i famoso diplomático i guerrero araucano Calfucurá, exhumado en Chilihué i regalado por el Coronel Dn. N. Levalle”⁵⁵⁸ y “cráneo del famoso guerrero i cacique ranquel Mariano Rozas, exhumado en Leuvucó i regalado por el Coronel D. Eduardo Racedo”⁵⁵⁹. Como podemos observar la “conquista” de los vestigios de objetos materiales y corpóreos de los indígenas se entronca en el relato de Zeballos con la presencia del ejército triunfante en el territorio indígena y por ende con el avance del Estado nacional sobre “el desierto”, pensados indefectiblemente como marcas de modernidad. Creemos que esta idea permite explicar el sentido de que este tipo de objetos fueran donados, no solamente a los museos de historia natural, donde su mayor utilidad era la de servir a los fines de su estudio científico, sino también a un museo histórico que tenía por principal objetivo celebrar las “glorias” de la nación.

Pero el grupo de objetos más importante de esta donación es el relacionado con la Guerra del Paraguay, lo cual es del todo coherente con la importancia asignada a dicha contienda en tanto hito glorioso de la historia argentina por parte de buena parte de las clases dirigentes de la Argentina finisecular, tal como hemos tenido ocasión de señalar con anterioridad. Ahora bien, la colección de Zeballos no era importante solamente por su cantidad o por las características de los objetos donados, sino también porque muchas de estas piezas habían sido recogidas por el propio donante en los campos de batalla de la contienda. Tal como explica Roberto Amigo, Estanislao Zeballos trabajó en la elaboración de una obra sobre la Guerra que no llegó a publicarse y entre los años 1872 y 1873 recorrió junto al dibujante y paisajista suizo Adolf Methfessel (1836-1909) –quien elaboró diversas vistas, croquis de batallas, tropas y paisajes de la guerra– los escenarios del

⁵⁵⁵ Carta de Estanislao Zeballos a Adolfo P. Carranza, Buenos Aires, 9/7/1890, *ibid.*, objeto núm. 3.

⁵⁵⁶ *Ibid.*, obj. núm. 16.

⁵⁵⁷ *Ibid.*, obj. núm. 40.

⁵⁵⁸ *Ibid.*, obj. núm. 41.

⁵⁵⁹ Carta de Estanislao Zeballos a Adolfo P. Carranza, Buenos Aires, 9/7/1890, AH, MHN, FAPC, SDD, 1890-1916, folio 6.

conflicto bélico⁵⁶⁰. Es posible entonces que varios de los objetos donados en esta ocasión al Museo, acompañados por la aclaración de haber sido recogidos por el propio donante, hayan sido producto de ese viaje exploratorio de Zeballos del que al parecer (y tal como hemos visto con sus exploraciones a la región de pampa-patagonia) no volvió con las manos vacías. Sin embargo obtuvo algunos objetos por medio de compras mientras que recibió otros tantos como obsequios de amigos y allegados, a juzgar por sus palabras y por las anotaciones sobre la procedencia de varias de las piezas donadas, realizadas conjuntamente con la descripción de las mismas.

Algunos de los objetos vinculados con la Guerra del Paraguay que Zeballos donó al Museo fueron: “Fragmento de la cadena que obstruía el paso de Humaitá durante la guerra de 1865-1868: comprada a la sucesión del Coronel de Marina D. Álvaro J. de Alzogaray (con documentos)⁵⁶¹”, “santo tallado en madera” y “cruz de Urundey, con incrustaciones de nácar, trabajo del siglo XVII”, ambos recogidos de las ruinas de Humaitá por el donante en 1869⁵⁶²; “tambor de infantería paraguaya, con las inscripciones del escudo nacional de la República, regalo del Coronel Garmendia⁵⁶³”, “sable de abordaje de la escuadra paraguaya, recojido por el donante en Humaitá, oxidado. Cabo de hueso⁵⁶⁴”; “plato del servicio de mesa del vapor brasileño Marqués de Olinda, apresado por los paraguayos i echado a pique después por la escuadra imperial. Reliquia recojida en el lugar del naufragio por D. Tomás Mazzanti, coleccionista de Goya, a quien la compró el donante. Loza blanca. Filetes y nombre del vapor azules⁵⁶⁵” y “rifle que perteneció a la señora Elisa Lynch, durante la Guerra del Paraguay. Regalo del Sr. Ataliva Roca⁵⁶⁶”, entre otros:

Por último, otro significativo grupo de objetos es el que incluye diversas partes del cuerpo de personajes del pasado, algunos de los cuales son caracterizados por el donante como reliquias. Cabe mencionar además que algunas de estas piezas estaban vinculadas a hombres que habían muerto trágicamente, asesinados como consecuencia de conflictos políticos⁵⁶⁷. Nos referimos a: “Pelo del General D. Juan Lavalle, cortado de su cadáver caliente por el General D. Juan Apóstol Martínez i

⁵⁶⁰ Amigo, “Imágenes en guerra...”, p. 5.

⁵⁶¹ Carta de Estanislao Zeballos a Adolfo P. Carranza, Buenos Aires, 9/7/1890, *ibid.*, obj. núm. 2.

⁵⁶² *Ibid.*, objs. núms. 5 y 6.

⁵⁶³ *Ibid.*, obj. núm. 10.

⁵⁶⁴ *Ibid.*, obj. núm. 18.

⁵⁶⁵ *Ibid.*, obj. núm. 22.

⁵⁶⁶ *Ibid.*, obj. núm. 31.

⁵⁶⁷ Como ya hemos señalado en un capítulo anterior, la palabra reliquia se asociaba a partes de cuerpos u objetos materiales pertenecientes a individuos considerados sagrados. A su vez, con el paso del tiempo, esta denominación se hizo extensiva a figuras destacadas de la historia por diversas razones, no necesariamente sacras. También hemos visto que –siguiendo esta tradición– los objetos históricos que formaban parte de los museos y exposiciones eran caracterizados como reliquias, y que Carranza y sus contemporáneos denominaban de esa manera al conjunto de objetos que conformaban las colecciones del Museo Histórico. En el caso de la donación de Zeballos observamos que se trata de personajes muy heterogéneos, no necesariamente reivindicados, ya que se incluyen partes del cuerpo de Gaspar Rodríguez de Francia, quien era caracterizado por el propio donante como un “dictador”.

envuelto en un pedazo de una carta que el Héroe escribía, en momentos en que fue sorprendido por la partida enemiga. El fragmento trae su firma. Regalo del Sr. Ventura Martínez (1878)⁵⁶⁸”; “reliquia del Capitán General Dn. Justo José de Urquiza. Placas de sangre coagulada, recojidas por el donante en 1882, de la habitación en que fue asesinado i donde desangró su cadáver (Acta firmada por hijos, nietos i otros parientes del General, por el Sr. Mariano Unzué i el donante, todos los cuales asistieron al acto de levantar estas reliquias. El acta trae el sello de la Estancia San José que usaba el Capitán General)⁵⁶⁹” y por último “reliquia (parte del cráneo, sacrum, etc. i suela del zapato) del dictador Francia, exhumadas por el Triunviro del Paraguay D. Carlos Loizaga i regaladas al Dr. D. Honorio Leguizamón, quien las cedió al donante. Expediente firmado por el donante en Abril de 1888 ante el Consulado General de la República Argentina en el Paraguay sobre la autenticidad de estas reliquias, con la declaración i firma del triunviro señor Loizaga (queda depositado en mi colección de papeles del Paraguay)”⁵⁷⁰.

Tal como podemos observar, tanto en estos como en otros objetos del listado de Zeballos, aparece como una preocupación muy presente la cuestión de la autenticidad de las piezas que formaban parte de su colección. La presentación de documentos adjuntos a las piezas donadas aparece mencionada en varias oportunidades a lo largo del listado remitido al Museo y da cuenta de la importancia de la autenticidad de los objetos históricos, no solamente en esta donación sino más en general en el ámbito de los coleccionistas y otros individuos vinculados a los museos, tema que ya hemos visto a propósito de diversas donaciones realizadas por entidades públicas a la institución dirigida por Carranza⁵⁷¹. Asimismo, adjunto al documento de donación presentado por Zeballos (al igual que en el caso de las donaciones efectuadas por el Museo Nacional al Museo Histórico), hay un conjunto de cartas y notas que brindan información (en algunos casos muy escueta y en otros más abundante) acerca de la procedencia y los modos de obtención de algunos de estos objetos.

Las descripciones acerca de los sucesivos poseedores de los objetos en cuestión como una prueba de autenticidad de los mismos parece haber sido un procedimiento frecuente entre los coleccionistas a juzgar por la existencia de estas notas. Un ejemplo elocuente de la existencia de

⁵⁶⁸ Carta de E. Zeballos a Adolfo P. Carranza, Buenos Aires, 9/7/1890, *ibid.*, obj. núm. 27.

⁵⁶⁹ *Ibid.*, obj. núm. 30.

⁵⁷⁰ *Ibid.*, obj. núm. 21.

⁵⁷¹ Otros ejemplos de objetos donados por Zeballos al Museo en los que aparecen referencias de diversa índole a su autenticidad son: “pistola del General D. Manuel Belgrano con su nombre, construida en Buenos Aires, una de las dos que le regaló el Cabildo. [...] depositada en mi Museo con el documento correspondiente”, “fuente de loza inglesa que sirvió al General D. José de San Martín en Mendoza [...] traída por el señor Cristiano Junior, con los documentos del caso i depositada por el mismo en mi colección, hasta que se formara Museo Histórico” y “granada i bala sólida arrojadas por el torpedero Fulminante sobre la estación Tigre al hacer explosión (1878) recogida, personalmente por el donante, que se halló en el lugar del siniestro”, Buenos Aires, 9/7/1890, carta de Estanislao Zeballos a Adolfo P. Carranza, AH, FAPC, MHN, SDD, 1890-1916, folio 6.

esta práctica lo encontramos en una carta enviada por M. Bilbao a Zeballos, donde le explica que le remite una casaca de Pedro Cerviño (quien fuera comandante del cuerpo de Gallegos durante las Invasiones Inglesas al Río de la Plata de 1806 y 1807), y luego de contarle la historia de cómo llegó a sus manos dicha prenda le dice: “Esto sirve para constatar la autenticidad que tanto gusta a los amigos de inventarios y curiosidades”⁵⁷².

A propósito de esta problemática nos parece interesante una idea de Pomian según la cual, precisamente porque los objetos históricos son considerados reliquias y porque se vinculan con personas que (por diversas razones) ocupan espacios destacados en la memoria, siempre deben estar acompañados por certificaciones de autenticidad que confirmen su procedencia ya que el valor de los mismos reside precisamente en esa singularidad que los hace irremplazables⁵⁷³. Siguiendo al autor Bezerra de Meneses sostiene que, en tanto mediadores y garantes de la conexión entre el mundo de lo visible y el mundo de lo invisible, los objetos-reliquia son portadores de un sentido trascendental. Es precisamente esa cualidad intrínseca de los objetos históricos lo que explica, para sus custodios, la necesidad de garantizar su autenticidad y evitar que sean sustituido por copias u objetos de atributos equivalentes, los que no tendrían ningún valor debido a su incapacidad para reemplazar a los originales en sus funciones simbólicas⁵⁷⁴.

Por otra parte tomamos de Roland Bonnain la idea de *pedigrí*, asociada a la búsqueda de garantías de autenticidad en los objetos por parte de los poseedores de colecciones. El autor explica que los coleccionistas de artes primarias utilizan la palabra *pedigrí* para referirse a la historia de los sucesivos propietarios de objetos de colección, o dicho de otro modo, al recorrido de los mismos a través de colecciones privadas y públicas con su correspondiente documentación⁵⁷⁵. Aunque Bonnain se está refiriendo a un coleccionismo de objetos arqueológicos y de características mucho más profesionalizadas y modernas que no son aplicables al caso que nos ocupa, nos interesa esta idea del rastreo del recorrido “biográfico” de los objetos como prueba de autenticidad.

En el caso que nos ocupa, tanto entre coleccionistas como entre donantes ocasionales de objetos, muchas veces se apelaba a la historia de sus sucesivos poseedores (que generalmente no era más que un registro oral) o a la opinión de algún coleccionista o historiador respetado, para confirmar su autenticidad. Algunos casos de este tipo de prácticas los encontramos en los siguientes ejemplos: en noviembre de 1890 Hamilton Otálora donó al Museo un anteojito de propiedad familiar y explicó a

⁵⁷² Buenos Aires, 18/3/1875, carta de M. Bilbao a Estanislao Zeballos, AH, FAPC, MHN, ARBO, tomo I, 1890, folio 9.

⁵⁷³ Pomian, op. cit., p. 33.

⁵⁷⁴ Bezerra de Meneses, “Do teatro da memória ao laboratório da História...”, p. 18.

⁵⁷⁵ Rolande Bonnain, *L'empire des masques. Les collectionneurs d'arts premiers aujourd'hui*, Stock, París, 2001, “Troisième partie: le ‘bon’ objet”, p. 243.

Carranza que dicho objeto había pertenecido a su bisabuelo y que éste a su vez lo había recibido de un oficial inglés a quien había alojado en su casa por disposición de Liniers en los años 1806 y 1807. A continuación expresaba que si bien la autenticidad del objeto era indudable, Carranza podría investigar quien había sido el mencionado oficial recurriendo a sus mayores conocimientos históricos⁵⁷⁶. Asimismo, en el mes de julio de de 1891, un tal L. Wall donó al Museo una pistola que había pertenecido a fraile Aldao, alegando que no dudaba de su autenticidad porque se la había donado su propio hijo, Félix Aldao⁵⁷⁷. Por su parte el coleccionista Migoya García escribió una carta a Carranza en julio de 1898 en la que prometía donar al Museo una serie de objetos hallados en el sitio donde había tenido lugar la Batalla de San Lorenzo, entre ellos "... las moharras de lanza que exhumé del campo de batalla". Sin embargo aclaraba que antes de concretar la donación pensaba llevarle dichas piezas a Mitre para pedirle opinión acerca de su autenticidad: "... las he colocado en un cuadro y si después de la opinión del Gral. Mitre, que me dijo que las creía auténticas, el Museo las admite las donaré"⁵⁷⁸.

Pero la cuestión de la autenticidad de los objetos históricos no era un tema que preocupara solamente a los donantes de objetos al Museo, ya fuesen ocasionales o coleccionistas. Este era también un asunto de particular importancia para Carranza, quien ya desde el comienzo de su gestión intentó implementar algunos mecanismos administrativos para garantizar y registrar la autenticidad y procedencia de los objetos que componían las colecciones del Museo, aunque ello no implicara la evaluación de cada una de las piezas recibidas antes de su aceptación ya que, como hemos visto, su política de recepción de donaciones era escasamente selectiva. El 25 de junio de 1891, en una carta al intendente Bollini en la que explica detalladamente la organización administrativa de la institución, Carranza señala que el Museo posee "... un juego de libros que documentan cada objeto recibido... ", entre ellos "un registro de entradas", "un libro de donaciones", "dos libros de depósitos, entradas y salidas" y "un libro de compras". A su vez refiere que dentro del "libro de donaciones" existe "una columna especial" donde se registra "el número del boleto talonario en que conste la autenticidad de lo donado y la indicación de la carpeta que guarda los documentos comprobantes"⁵⁷⁹ (véase Imágenes 14 a 17, pp. 233-236).

Asimismo, al referirse al "libro de compras" Carranza explica que allí se consignan las compras realizadas con las mismas condiciones que una donación, es decir, "... firmando el vendedor un

⁵⁷⁶ Carta de Hamilton Otálora a Adolfo P. Carranza, Buenos Aires, 6/11/1890, AH, FAPC, MHN, DD, tomo I, 1890, folio 53.

⁵⁷⁷ Carta de L. Wall a Adolfo P. Carranza, Buenos Aires, 1/7/1891, AH, FAPC, MHN, DD, tomo II, 1891.

⁵⁷⁸ Carta de Migoya García a Adolfo P. Carranza, Buenos Aires, 12/7/1898, AH, MHN, FAPC, C. 28, C. 1, p. 8.

⁵⁷⁹ Carta de Adolfo P. Carranza a Francisco Bollini, Buenos Aires, 25/6/1891, AH, MHN, FAPC, LN, tomo I, C. 57, C. 1, p. 100.

documento de autenticidad y recogiendo su recibo del objeto vendido”. Por otra parte apunta que “para la autenticidad de los objetos recibidos se llevan [...] libros talonarios con referencia a las anotaciones de los registros ya citados y documentos de comprobación archivados en que cada donante o depositante declara bajo su firma la procedencia de lo que entrega y demás circunstancias del caso, recogiendo a su vez un recibo o boleto con designación del número del libro respectivo”⁵⁸⁰. Independientemente del funcionamiento y la eficacia de estas medidas administrativas en la práctica, es interesante su implementación ya que revela la importancia asignada por el director del Museo a la supervisión de la autenticidad de los objetos ingresados a las colecciones de la institución, ya fuese por medio de compras, donaciones o depósitos.

Al comienzo del presente apartado señalamos que en este capítulo nos concentraríamos en los casos de dos coleccionistas que realizaron donaciones al Museo, por una parte Estanislao Zeballos y por otra Migoya García, quien donó algunos objetos de su propiedad pero fundamentalmente actuó como intermediario para la reunión de objetos históricos con destino a la institución presidida por Carranza. Las dos cartas de García al director del Museo que analizaremos a continuación son muy ricas, ya que no solamente dan cuenta de la vinculación entre coleccionismo, mercado y museos en la Argentina finisecular, sino que también atraviesan la cuestión de la demanda de formación de un patrimonio material y artístico por parte de al menos algunos miembros de la elite letrada, y a su vez constituyen un buen ejemplo del funcionamiento de las redes sociales activadas en el proceso de formación de las colecciones del Museo Histórico sobre la base de donaciones de entes públicos y particulares.

La primera de estas cartas fue dirigida por García a Carranza en febrero de 1892, pocos meses después de la nacionalización del Museo. Allí Migoya refería que se encontraba atravesando una crisis económica que lo había obligado a vender sus colecciones a Enrique Peña (1848-1924), sin duda un coleccionista de mayor envergadura y además co-fundador de la Junta de Historia y Numismática Americana en el año 1893. García instaba a Carranza a que solicitara a Peña la donación de uno de los documentos que aquel le había vendido para ser incorporado a las colecciones del Museo Histórico Nacional. “Estimado Carranza –escribía– como he vendido mi colección histórica (efecto de la crisis) al Sr. Enrique Peña, entre los muchos autógrafos que van en ella, está la carta de Güemes dando las gracias a Riglos por el sable que le mandaron de aquí el año 1813. Como ese sable después perteneció al Gral. Alvarado y Ud. lo tiene hoi en su Museo, creo de interés la copia que le adjunto, y no dudo que si Ud. le pide el original a Peña el se lo dará para el

⁵⁸⁰ Ibid., pp. 100-101.

Museo”⁵⁸¹. Al mismo tiempo que le planteaba esta posibilidad de conseguir en donación un documento histórico que él mismo había vendido, le solicitaba colaboración para poder vender los objetos que aún poseía: “De mi colección solo me queda un monetario en un mueble que tiene como cincuenta cajones, hai como mil piezas y vea Ud. de recomendarme algún aficionado, a fin de poder realizarla pronto, también me quedan algunos muebles antiguos”⁵⁸².

Resulta interesante que Migoya se dirigiera al director de un museo que precisamente se proponía reunir en la institución a su cargo cuantos objetos históricos pudiera y que, atento a ese propósito, incluso se había manifestado en contra de la mercantilización de este tipo de bienes materiales, para pedirle que lo vinculara con algún posible interesado en comprarle objetos históricos de su colección privada. Aunque para mitigar su decisión de vender los objetos de su colección y casi a modo de pedido de disculpas, Migoya expresaba a Carranza: “Créame que si no fuera por el mal estado de mis negocios no habría vendido mi colección, pero que quiere a efectos de estos tiempos”, una frase que podría estar dando cuenta de la conciencia de García acerca de la existencia de una valoración negativa sobre la práctica de mercantilización de objetos históricos⁵⁸³.

Pero al mismo tiempo resulta evidente (tanto a la luz de este documento como de otros analizados anteriormente) que existía en la Argentina finisecular un intrincado vínculo entre coleccionismo, mercado y museos del que formaban parte los mismos actores y las mismas redes sociales. Posteriormente Migoya ofrecía a Adolfo Pedro “una granada encontrada por el Sr. Otamendi en la playa de Quilmes”, que según suponía databa de la invasión de Beresford a Buenos Aires en el año 1806, mientras que al finalizar escribía una frase que de algún modo expresaba el espíritu general de su misiva, a saber: “Los fósiles los vendí al Museo de Burmeister”⁵⁸⁴.

La siguiente carta de García a Carranza es del mes de julio de 1898. Para entonces el Museo ya se encontraba en su actual sede de Parque Lezama, y Carranza estaba concentrado en la refacción y acondicionamiento de los espacios de la vieja casona para transformarlos en salas de exposición más funcionales a las necesidades de la institución. En esta nueva misiva García se presenta ante Carranza como un auténtico intermediario, comprometido en la tarea de reunión de objetos históricos procedentes tanto de entidades públicas como de particulares, de Buenos Aires y del interior del país, con destino al Museo Histórico.

La figura del corresponsal o proveedor sistemático de piezas para los Museos, que actuaba por medio de intrincadas redes sociales de las que participaban estudiosos de las ciencias, aficionados y

⁵⁸¹ Carta de Migoya García a Adolfo P. Carranza, Buenos Aires, 17/2/1892, AH, MHN, FAPC, C. 54, C. 3, p. 1.

⁵⁸² Ibid.

⁵⁸³ Ibid., p. 2.

⁵⁸⁴ Ibid.

coleccionistas, era muy frecuente en los museos orientados a las disciplinas científicas. En el caso del Museo Histórico no hemos hallado una figura de tales características y además el caso de Migoya no es representativo (al menos en el período estudiado) ya que tenemos apenas un documento que lo presenta como intermediario entre diversos poseedores de objetos históricos y el Museo, de modo que más que un proveedor sistemático de piezas parecería ser una suerte de colaborador *ad hoc* de Carranza. De todos modos el papel de intermediario que refleja en este documento no deja de ser interesante a los fines de nuestra investigación.

Lo cierto es que Migoya comienza su misiva transmitiéndole a Carranza que lamenta "...el mal resultado obtenido en las gestiones para obtener los retratos de los doctores Medrano y Solá". Luego agrega que Juan Nepomuceno Solá (1751-1819) se había desempeñado como cura de la Parroquia de Montserrat y que su retrato: "... está en esta iglesia en la pieza del sacristán (se refiere a la mencionada parroquia) y cuando yo lo vi, se lo dije al cura, que como extranjero ignoraba la importancia de este virtuoso sacerdote argentino"⁵⁸⁵.

Seguidamente realiza un breve recorrido por la biografía de Solá para luego concentrarse en una despiadada crítica al clero extranjero, atravesado por algunos tintes nacionalistas, debido a lo que considera una actitud de descuido hacia el patrimonio histórico así como de carencia de criterios estéticos. Refiriéndose a la tumba de Solá sostiene que "... estaba hasta hace muy pocos años en el pórtico de esta iglesia la que ha desaparecido por el espíritu de destruir que tienen los curas extranjeros, pretendiendo hacer restauraciones, destruyen lo antiguo [...] para dar entrada al arte moderno. Así ha sucedido con este templo, donde se han sacado verdaderas obras de arte, para dar entrada al estilo *churriguerresco* (sic), lo que Ud. podrá ver si penetra allí, donde están reñidas las reglas de la estética, pues siendo los altares del antiguo estilo barroco, los han restaurado con el orden gótico, y esto sólo le dará una idea de la instrucción del cura Fonticelli y el que relega a la última pieza el retrato de un buen patriota, para colocar en sitio preferente retratos de personas que no han hecho nada por la humanidad y por la patria"⁵⁸⁶.

Migoya continúa refiriéndose a las transformaciones arquitectónicas y estéticas que teme que se produzcan en las iglesias, a través de un discurso donde dichas preocupaciones parecen develar sobre todo el temor frente a los profundos cambios sociales que estaban ocurriendo en el país y que parecían dejar a los integrantes del patriciado porteño –al menos en un plano subjetivo– en una situación de profunda fragilidad cultural: "Ya van desapareciendo de nuestros templos, todo lo bueno, todo lo que nos daba una idea del arte antiguo, y no estará quizá lejano el día que

⁵⁸⁵ Carta de Migoya García a Adolfo P. Carranza, Buenos Aires, 12/7/1898, AH, MHN, FAPC, C. 28, C. 1, p. 1.

⁵⁸⁶ *Ibid.*, pp. 1-2.

desaparezca de la Iglesia de la Recoleta, la famosa estatua de Pedro Alcántara, única obra original que existe en América del reputado escultor Alonso Cano, que fue traída de España a América por los antiguos franciscanos recoletos”⁵⁸⁷.

“El cura de este templo –prosigue un indignado Migoya–, que también está por el arte moderno ha hecho dar una mano de barniz a esta estatua que es de ébano y ha profanado el arte debido a la ignorancia de nuestro clero, casi todo compuesto de napolitanos y gallegos”⁵⁸⁸. Es probable que esta particular animadversión hacia los curas extranjeros que formaba parte de su discurso patricio se debiera en particular a que Migoya estaba emparentado con algunos sacerdotes destacados del pasado ya que, unas líneas más adelante, promete donar a Carranza el retrato al óleo de su tío abuelo, “... el doctor en Teología Mariano Guerra y Mosquera, que fue el maestro del poeta Echeverría...”⁵⁸⁹. Por otra parte es evidente su cercanía con el ámbito eclesiástico ya que la mayor parte de las donaciones ofrecidas a Carranza en esta misiva se vinculan con hombres de Iglesia del pasado.

Luego de esta áspera crítica a los sacerdotes inmigrantes mezclada con lo que podríamos calificar como preocupación por la preservación del patrimonio histórico, Migoya se concentra en el tema central de su carta, a saber, informar a Carranza acerca de una serie de objetos históricos y pinturas que dice haber conseguido para el Museo actuando como intermediario ante terceras personas. Pero antes le transmite su confianza en la mencionada institución como depositaria de los objetos históricos vinculados con el pasado del país y lo invita a perseverar en sus esfuerzos en esta dirección: “Así que espero no se debe arredrar por este fracaso (se refiere a las frustradas gestiones para conseguir el retrato de Solá) y siga adelante, que todos lo vamos a ayudar, porque hoi vemos que el museo histórico ofrece todas las seguridades para guardar bien custodiadas las reliquias de nuestro pasado glorioso y a fuerza de perseverancia todo se conseguirá...”⁵⁹⁰.

Seguidamente le dice: “No quiero darle más avisos sin estar seguro de que se donará al Museo lo que denuncio, a fin de evitarle pérdida de tiempo y contrariedades, así que hoy principio dándole la seguridad de que será entregado todo lo que expreso a continuación”⁵⁹¹. Comienza entonces una lista bastante extensa de los objetos que, de acuerdo a sus palabras, iban a ser donados al Museo en virtud de sus gestiones. En algunos casos Migoya parece haber conseguido efectivamente los objetos prometidos, por ejemplo cuando le expresa: “Mandé un empleado suficientemente

⁵⁸⁷ Ibid., p. 2.

⁵⁸⁸ Ibid., pp. 2-3. Se ha respetado el subrayado del documento original en todos los casos.

⁵⁸⁹ Ibid., p. 8.

⁵⁹⁰ Ibid., p. 3.

⁵⁹¹ Ibid.

autorizado a la casa de la Sra. María L. Letamendi de Otamendi [...] que le entregará [...] un cuadro como de un metro de alto impreso en raso en el año 1782, que perteneció a la colección Segurola, que es según mi libre traducción del latín, una tesis del padre F^{co} Javier Lezica pariente de Segurola, profesor de Teología en esta ciudad de Bs Aires en el siglo pasado” y “un retrato de doña Encarnación Escurra de Rosas, hecho en seda por la antigua artista argentina Carmen Gonzáles”, entre otras cosas⁵⁹²; o cuando le informa que: “Cuando reciba una nota del director del Museo, el S. Vicente Carvalho [...] hará entrega de un cuadro al óleo [...] que representa al Coronel Santa Coloma en el traje de jefe del Regimiento de los Corraleros del Sud (época de Rosas)...”⁵⁹³. Es interesante la descripción que realiza Migoya acerca de la trayectoria de dicha pintura, a modo de ejemplo de los procesos de circulación (familiares y mercantiles) de este tipo de bienes materiales: “Este retrato era de la Sra. De Otamendi, que lo tenía desde el tiempo de Rosas, retrato que fue adquirido por el S. Juan [...] Otamendi, cuando se vendió todo el antiguo mobiliario de la familia de Santa Coloma...”⁵⁹⁴.

Mas en otros casos García formula vagas promesas acerca de la consecución de donaciones para el Museo, o simplemente advierte y aconseja a Carranza acerca de la existencia de determinados objetos históricos y los modos más adecuados de proceder para conseguirlos en donación. Este es el caso cuando le refiere que en la excavación que se estaba realizando “en el antiguo Paseo Colón para el conducto fluvial de desagüe, se ha encontrado un entierro de monedas de la época de la Conquista y argentinas antiguas, medallas y también algunas armas, todo esto está en la oficina del Ingeniero Jefe don Agustín González [...] yo las he visto y me han asegurado que si el director del Museo histórico las pide se las donarán,” –y agrega–: “Diríjase con seguridad por nota al ingeniero Agustín González”⁵⁹⁵. Más adelante señala –refiriéndose a la Cofradía de Ánimas de la Iglesia de Montserrat– que “en la sala donde se guardan los ornamentos de Iglesia pertenecientes a esta hermandad, está el retrato de Rosas que en su tiempo se colocaba en la Iglesia”; seguidamente le aconseja que le envíe una nota a don Francisco Seoane, hermano mayor de la cofradía, pidiéndoselo: “... no olvide esto de las notas porque la mayoría de las gentes son muy apegadas a las formas”⁵⁹⁶.

Finalmente también le ofrece algunos objetos obtenidos por él mismo, en cuya descripción aparece como un aspecto importante la autenticidad de dichas piezas: “A mi regreso de San

⁵⁹² Ibid. El sacerdote al que hace referencia Migoya García es Francisco Javier Lezica, nacido en Buenos Aires en 1762.

⁵⁹³ Ibid., p. 4.

⁵⁹⁴ Ibid., pp. 4-5.

⁵⁹⁵ Ibid., p. 6.

⁵⁹⁶ Ibid.

Lorenzo, traje de regalo para el Gral. Mitre, un trozo del histórico pino de ese Monasterio, debajo de cuyas ramas firmó el Coronel San Martín el parte de la victoria del combate del día 3 de febrero de 1813 [...] Tengo en mi poder otro trozo del mismo pino, autenticado con la firma del guardián del Convento y los sellos del antiguo Monasterio de San Carlos, si Ud. cree que puede ocupar un puesto en el Museo, lo donaré inmediatamente”⁵⁹⁷. A propósito de esta peculiar oferta realizada por Migoya a Carranza resulta interesante un artículo reciente de Blasco que analiza el proceso de construcción de los ‘árboles históricos’ como reliquias y piezas de Museo. La autora estudia el proyecto llevado a cabo por Enrique Udaondo como director del Museo Histórico y Colonial de la Provincia de Buenos Aires, que encontró expresión en su libro *Árboles históricos de la República Argentina*, editado en 1916⁵⁹⁸. En este caso observamos una temprana referencia a un trozo de árbol al que se otorga el *status* de pieza digna de figurar en los salones del Museo Histórico Nacional por haber sido extraído del célebre pino de San Lorenzo. Asimismo, entre los objetos ingresados al Museo durante la gestión de Carranza se encuentran “dos fragmentos de espinillo a cuya sombra murió el general” (en referencia a Martín Miguel de Güemes), donados en noviembre de 1910 por Adolfo y Luis Güemes al Museo presidido por Carranza⁵⁹⁹.

Pero además de manifestarle sus temores acerca de las transformaciones arquitectónicas y estéticas de las iglesias y de ofrecerle, con mayor o menor seguridad, un conjunto de objetos para el Museo, Migoya plantea a Carranza una inquietud directamente relacionada con uno de los más anhelados proyectos de este último. Así, le refiere que debido a una serie de reformas realizadas en el Cementerio de la Recoleta muchas de las tumbas de los próceres de la independencia “... ya no existen donde estaban y se van aglomerando las lápidas en un solo sitio, sin exhumar los huesos [...], cuando se construya el Panteón Nacional —expresa Migoya en una suerte de intento de persuasión para que Adolfo Pedro tomara cartas en el asunto—, no se van a encontrar los restos de estos varones ilustres, y sucederá como cuando se buscaron los restos del Crel. Brandzen faltaba el cráneo y parte del cuerpo; así que creo es tiempo ya, de que Ud. tome la intervención que le corresponde, como custodio que debe ser de todo lo que concierne a nuestra historia nacional”⁶⁰⁰. Por último, al finalizar su carta García da cuenta de algo que puede resultar sorprendente de su parte, a saber, que no conocía el Museo Histórico, o al menos su reciente sede de Parque Lezama: “... como ya no tengo más papel, solo reservo este último espacio para que me diga cuales son los

⁵⁹⁷ Ibid., p. 6.

⁵⁹⁸ María Élica Blasco, “Un panteón de naturaleza nacional: la transformación de los árboles en ‘reliquias históricas argentinas’, 1910 y 1920” (1880-1962), en *L'Ordinaire Latinoamericain*, Toulouse, Francia, 2010 (en prensa).

⁵⁹⁹ *Catálogo del Museo Histórico Nacional*, 1951, op. cit., p. 383.

⁶⁰⁰ Carta de Migoya García a Adolfo P. Carranza, Buenos Aires, 12/7/1898, AH, MHN, FAPC, C. 28, C. 1, p. 7.

días de visita al museo, las horas y el número de la casa que todavía no lo sé. Migoya García”⁶⁰¹.

Tal como hemos visto, estas dos cartas de Migoya a Carranza dan cuenta de un conjunto de problemas propios de las características y funcionamiento de las redes sociales vinculadas al coleccionismo, la cuestión de la autenticidad de los objetos históricos que se encontraban en colecciones particulares y museos, la existencia de redes de compra y venta de objetos históricos asociadas a la formación de colecciones particulares y el proceso formativo de las colecciones del Museo Histórico Nacional. Con respecto a este último tema es importante señalar que no solamente participaban del mercado de objetos históricos los coleccionistas sino también (aunque con mucha menor asiduidad) personas que, sin estar directamente vinculadas con la práctica del coleccionismo, tenían entre sus bienes algunos objetos históricos, recibidos por lo general por herencia familiar, y que por diversas circunstancias ofrecían en venta.

Entre el conjunto de documentos adjuntos a la donación de 52 objetos realizada por el Museo Nacional al Museo Histórico en mayo de 1890 que hemos analizado por anterioridad, se encuentra una carta enviada por un tal Elias Godoi a Christiano Junior, fechada en Mendoza en el mes de septiembre de 1881. A través de dicha misiva Godoi le remitía a Junior un escritorio que, según sus palabras, no solamente le resultaba inútil sino también un estorbo, pero que lo había conservado por más de veinte años por haber pertenecido a San Martín. Luego relataba la historia de los sucesivos propietarios del objeto, señalando que de San Martín había pasado a su tío, Thomas Godoi Cruz, y luego a otros familiares, hasta que finalmente llegó a sus manos⁶⁰². En la misma carta le contaba que pensaba enviar a Buenos Aires “otro escritorio más”, recibido de su padre junto al primero, con el propósito de tratar de venderlo “... con los justificativos que acrediten haber sido de aquel ilustre General por ver si puedo sacar algún provecho de algún lors de esos q suelen pagar bien estas cosas”⁶⁰³.

Otro ejemplo en esta dirección lo encontramos en una carta de donación escrita en abril de 1891 por Manuel José de Olazábal a Adolfo P. Carranza en respuesta a una solicitud de este último.

⁶⁰¹ Ibid., p. 8.

⁶⁰² Carta de Elías Godoy a Christiano Junior, Mendoza, 22/9/1881, AH, MHN, FAPC, ARBO, tomo I, 1890, folio 33. Suponemos que dicho escritorio integró en algún momento las colecciones del Museo Nacional y que luego fue remitido al Museo Histórico Nacional en la donación de mayo de 1890, sin embargo no tenemos documentos que nos permitan aseverar dicha hipótesis. Por otra parte, en la lista de objetos remitidos en esa oportunidad al Museo Histórico, elaborada por Burmeister, no aparece mencionado ningún escritorio que perteneciera a San Martín. Al parecer Christiano Junior estaba vinculado al coleccionismo de objetos históricos ya que hemos hallado otra carta dirigida a él por un tal Moyano, quien le transmite que, de acuerdo a lo conversado varias veces, le remite una “palangana de loza antigua” conservada por su familia, que había pertenecido a San Martín y éste había obsequiado a sus abuelos, Juan Antonio Moyano y Teresa Rodríguez de Moyano; asimismo agrega que en breve le enviará “un documento con las firmas i legalización necesaria probando así la verdad de mis aciertos”, Mendoza, 29/12/1881, carta de Moyano a Christiano Junior, AH, MHN, FAPC, ARBO, tomo I, 1890, folio 45.

⁶⁰³ Ibid.

Olazábal donaba al Museo dos retratos de su padre, “el General de la Independencia Americana, Don Félix de Olazábal, uno del Ingeniero Señor Don Carlos Pellegrini [...] y otro en miniatura del General trabajado por el artista Secundino ...” y por último, “... un escudo con que la patria entre otras honoríficas recompensas, premió a los vencedores de Ituzaingó”. En dicha misiva, y apelando a un discurso muy propio de la “sensibilidad patricia”, Olazábal se quejaba por los escasos objetos de su padre que aún poseía y explicaba que ello se debía a que su familia se había visto obligada a vender la mayor parte de ellos para sostenerse económicamente en una situación de adversidad: “Lamentable es decirlo, estas son las únicas prendas de el que recorrió el camino glorioso desde Buenos Aires hasta el Ecuador, porque las demás pagaron el tributo del sustento de una familia expatriada, y fueron a servir de adorno a los escaparates de los mercenarios plateros después de haber brillado en el pecho de los vencedores”⁶⁰⁴.

Como podemos ver a la luz de los documentos consultados, la participación en redes de compra y venta de objetos históricos involucraba –a través de diferentes modalidades y con distintos niveles de intensidad–, a coleccionistas y hombres vinculados al espacio historiográfico y a la formación de museos, pero también a personas ajenas a dichos ámbitos, por lo general integrantes del patriciado, que participaban de estas prácticas sólo circunstancialmente. A su vez los móviles de unos y otros podían ser distintos. Mientras que algunos se preocupaban por destacar la función altruista y patriótica que cumplían al participar de dichas redes de intercambio de objetos, otros expresaban con total claridad que su acercamiento a las mismas obedecía a causas meramente económicas. Sin embargo, en todos los casos son los vínculos con el pasado nacional y la función patriótica que se asigna a esos objetos los que les otorgan valor de cambio.

⁶⁰⁴ Carta de Manuel José de Olazábal a Adolfo P. Carranza, 7/4/1891, AH, MHN, FAPC, DD, tomo II, 1891, folio 64. Entre los documentos consultados hemos hallado también otras dos cartas enviadas a Carranza por personas interesadas en venderle objetos históricos, que aunque exceden el período histórico de nuestra investigación incorporamos aquí como ejemplos de este tipo de prácticas. Nos referimos, por una parte, a una carta de un tal José Arturo Scotto del 10 de abril de 1906, en la que le agradece al director del Museo “... la compra de un cuadro de Manuel Trelles...”, aduciendo que “... vienen muy oportunamente esos pesos” (lamentablemente no queda claro si se trata de un retrato del propio Trelles o de un cuadro que le había pertenecido), carta de José Arturo Scotto a Adolfo P. Carranza, 10/4/1906, AH, MHN, FAPC, C. 9, docs. 501-600. Por otra parte encontramos una carta enviada por un tal José Albino Zapata a Carranza fechada en Mendoza el 28 de diciembre de 1912. En aparente respuesta a una carta de este último, Zapata sostiene que no pretende hacer fortuna con “este mueble histórico” y le dice que “quedaría satisfecho con lo que Ud. viera conveniente a su alto criterio abonar pecuniariamente y bajo las condiciones que estimara del caso...”. A pesar de que su objetivo era vender este mueble, o incluso como estrategia para lograr convencer a Carranza de la conveniencia de comprarlo, le expresaba que el escritorio en cuestión debía tener un fin patriótico y no lucrativo y que en virtud de ello su mejor destino era el Museo Histórico, carta de José Albino Zapata a Carranza, Mendoza, 28/12/1912, AH, MHN, FAPC, C. 29, C. 2.

A lo largo del presente y último capítulo de nuestro trabajo de investigación recorrimos una serie de problemas vinculados con el proceso formativo de las colecciones del Museo Histórico Nacional durante los años 1890 a 1897, es decir desde su fundación hasta su instalación en la actual sede de Parque Lezama. Hemos tratado de analizar algunas cuestiones que consideramos relevantes para comprender cuáles fueron las características que asumió este proceso, quiénes fueron los actores que participaron del mismo (tanto desde entidades públicas como desde espacios privados), y cuáles fueron sus motivaciones e intereses, partiendo de la hipótesis de que la formación de las colecciones de la institución fue un proceso colectivo, y no solamente el fruto de los intereses y estrategias de las autoridades de la institución.

Asimismo, hemos estudiado las diferentes modalidades por medio de las cuales se fue conformando el patrimonio del Museo, a saber, las donaciones, los depósitos y las más escasas compras, y conjuntamente con esta cuestión esbozamos algunos aspectos de las relaciones existentes entre coleccionismo, mercado y formación de museos. Por otra parte, exploramos parcialmente los temas históricos que se vieron reflejados en las colecciones formativas del Museo, intentando con ello analizar los vínculos existentes entre el Museo Histórico, el campo historiográfico en formación y el proyecto de construcción de una nacionalidad argentina, tan caro a los propósitos de Adolfo P. Carranza y a muchos otros hombres de su generación pertenecientes a la élite letrada y patricia de la Argentina finisecular.

CONCLUSIONES

En julio de 1897, cuando el Museo Histórico Nacional se instaló en la casona del Parque Lezama que habría de convertirse en su sede definitiva, Adolfo Pedro Carranza había logrado reunir una significativa cantidad de objetos históricos y obras de arte que conformaron el patrimonio inicial de la institución. Sin embargo, salvo escasas excepciones –como las colecciones vinculadas con la Guerra del Paraguay y parcialmente con la Campaña de Los Andes–, la mayor parte de los objetos del Museo se encontraban expuestos desordenadamente y eran incapaces de brindar al visitante un relato histórico coherente acerca de los períodos y fenómenos del pasado que pretendían representar. Durante muchos años, tal como lo señalará Ernesto Quesada, la mayor parte de esos objetos permanecerían guardados en depósitos, algunos incluso alquilados por fuera del Museo, debido a la falta de espacio en sus salones, un problema recurrente para Carranza tal como lo hemos visto en el transcurso de nuestra investigación.

Por otra parte, Adolfo Pedro había trasladado su vivienda particular a la nueva sede de la institución, de modo que en adelante sus actividades públicas y privadas compartirían un mismo espacio, todo un símbolo acerca del significado que otorgó a su labor como director del Museo durante sus más de 20 años de gestión. Desde entonces continuó ocupándose de acrecentar sus colecciones, de organizar actividades conmemorativas y de editar diversas publicaciones. Asimismo siguió volcando grandes esfuerzos a la construcción de un edificio para el Museo (reuniéndose con autoridades, realizando propuestas concretas, incluso presentando planos), pero sus esfuerzos en esta dirección serían infructuosos. Inmerso en el ejercicio de estas tareas lo encontraría la muerte, un 15 de agosto de 1914.

En el curso del presente trabajo nos propusimos estudiar un conjunto de problemas vinculados con la historia del Museo Histórico Nacional durante sus años fundacionales. La realización de esta tarea nos llevó necesariamente a ocuparnos de una serie de temas tales como los vínculos del proyecto de creación de un museo histórico con el auge de la cuestión nacional entre las elites de la Argentina finisecular, la articulación entre el Museo y el campo historiográfico en formación, el papel del Estado en el proceso fundacional de la institución, las redes sociales y prácticas vinculadas al coleccionismo, las relaciones entre los ámbitos públicos y privados en su desarrollo, las diversas líneas de continuidad existentes entre el Museo Histórico y otros museos preexistentes, así como las representaciones del pasado que encontraron expresión en sus exposiciones.

Hemos visto que los actores vinculados al proyecto de creación de un museo histórico en los albores de la década de 1890 conformaban un grupo heterogéneo de hombres públicos pertenecientes de diversas maneras a las clases dirigentes del país. Todos ellos estaban relacionados con el coleccionismo, el aparato del Estado y/o el campo historiográfico, y compartían en particular una fuerte autoconciencia como un grupo que se veía a sí mismo como de ascendencia patricia. En un clima de ideas donde los proyectos orientados a la construcción de una nacionalidad (que además se pretendía homogénea), estaban en pleno apogeo, estos hombres se propusieron formar un museo donde conmemorar a los hombres públicos y a aquellos episodios que consideraban más significativos del pasado nacional. Pero no podemos afirmar que los actores vinculados a este proyecto hayan sido los primeros en imaginar la idea de organizar un museo histórico. Por el contrario, su creación se entronca con una serie de iniciativas preexistentes en esta dirección de las que participaron varios de estos intelectuales y coleccionistas.

En este sentido sostenemos que la creación del Museo Histórico fue el resultado de un proyecto en cierto modo colectivo. Sin embargo, la voluntad personal de Adolfo P. Carranza –un hombre joven en búsqueda de una inserción sólida en el aparato del Estado y en el ámbito historiográfico, y que además tenía una clara vocación como “propagandista de la nación”– fue decisiva para su concreción, sobre todo como consecuencia del desinterés de muchos de los miembros de una comisión fundacional que en la práctica nunca funcionó, de las dificultades que surgieron durante el proceso gestacional de la institución y del estallido de la crisis del 90, que aunque jugó un papel coyuntural, contribuyó a la concentración de las energías de muchos de estos hombres en actividades políticas juzgadas evidentemente más urgentes que la formación de un museo. Hemos a su vez planteado que el Museo no fue una iniciativa estatal. En efecto, el papel del intendente Seeber parece haber sido más el de facilitador y colaborador de un proyecto creado y madurado en ámbitos privados, que el de impulsor del mismo. Esta relación compleja y de fronteras imprecisas entre ámbitos públicos y privados se convertiría en una característica de la institución durante sus años fundacionales, aún después de su nacionalización.

La complejidad de la historia del Museo se revela también en las largas distancias entre las expectativas de sus promotores y sus posibilidades concretas de desarrollo institucional. En efecto, Carranza y sus colaboradores proyectaron al Museo como un emblemático lugar de memoria de la Argentina finisecular, pero no lograron despertar los consensos suficientes ni en el aparato del Estado ni el campo historiográfico como para cumplir con tal propósito, lo cual se advierte con claridad en las diversas dificultades económicas y edilicias atravesadas por la institución. Sin negar el importante papel que (nuevamente) desempeñó la crisis del 90 en esta situación, sostenemos que

la proliferación de proyectos destinados a la construcción de una nacionalidad en la Argentina finisecular no involucró al conjunto de las clases dirigentes. Con el auge de la cuestión nacional como telón de fondo, la suerte de estas iniciativas dependió en gran medida de la voluntad de hombres (y también de algunas mujeres) pertenecientes a las fracciones letradas y patricias de las elites. Con el desarrollo de un conjunto de iniciativas de corte conmemorativo y patriótico, muchos de estos actores pretendieron posicionarse como guías sociales y morales ante la sociedad de su presente, tal como hemos tenido oportunidad de observar a propósito de la *Revista Nacional* y posteriormente del Museo Histórico Nacional.

Por otra parte (independientemente de la voluntad de sus promotores), al haber surgido en un contexto de explosión de iniciativas conmemorativas, el Museo Histórico fue en todo caso un proyecto de lugar de memoria entre otros, al que inclusive podemos pensar “en competencia” con otras iniciativas orientadas en la misma dirección, para la obtención de recursos y de apoyo político por parte del aparato del Estado. Como ejemplo de este problema pensemos en el proyecto tan anhelado por Carranza de reunir en un único espacio físico al Museo Histórico junto al panteón nacional. No solamente este último no se construyó sino que paralelamente a los intentos de Adolfo Pedro por llevar adelante esta propuesta, se desarrollaron otras iniciativas para la construcción de un panteón completamente ajenas al Museo.

En la presente investigación hemos planteado que los apoyos más sólidos de Carranza, aquellos que contribuyeron a otorgarle legitimidad a la institución que presidía, provinieron de unos pocos intelectuales y coleccionistas destacados (como es el caso de Ernesto Quesada), y sobre todo de un conjunto de hombres y mujeres pertenecientes a familias patricias pero que carecían de una inserción política y/o económica sólida en la sociedad argentina de fin de siglo. Para estos actores la institución presidida por Carranza no era solamente un espacio conmemorativo de sus antepasados, sino también un lugar donde ellos mismos aspiraban a ser reconocidos como pertenecientes a una elite caracterizada por su distinción social. No es casualidad que hayan desempeñado un papel importante en la formación de las colecciones de la institución. En efecto, los objetos históricos que ocupaban los salones del Museo —convertidos en “reliquias de la nacionalidad”—, eran mucho más significativos como expresión de las aspiraciones, los intereses y el universo social de los donantes que como testimonios de los sucesos o los hombres del pasado con los que estaban a su vez emparentados.

Aún a pesar de contar con ciertos apoyos, Carranza debió desarrollar una serie de estrategias discursivas con el propósito de convencer a las autoridades del Museo así como a diversos actores del ámbito privado (entre ellos potenciales donantes de objetos) de que la institución que presidía

cumplía una trascendente función social y patriótica. Hemos visto que en esta dirección el Museo Histórico Nacional no estaba sólo. Por el contrario, todos los museos existentes en el país en la segunda mitad del siglo XIX debieron recurrir a este tipo de estrategias para obtener recursos y sobrevivir, lo cual manifiesta la inexistencia de un consenso amplio acerca de la necesidad de estas instituciones. Pero en el caso del Museo Histórico las dificultades eran aún mayores ya que, lejos de poder ofrecer ventajas económicas y científicas al Estado —como ocurría con los museos orientados a las ciencias—, era un espacio cuya utilidad podía residir, a lo sumo, en sus funciones educativas. Esta problemática nos llevó a indagar las complejas articulaciones que se produjeron entre ámbitos públicos y privados en el desarrollo de la institución. No nos referimos solamente al proceso formativo de sus colecciones, sino también a las diversas prácticas implementadas por Carranza para obtener recursos que le permitieran complementar sus siempre exiguos recursos presupuestarios.

El sentido trascendente que Carranza pretendió otorgarle a la institución a su cargo así como al conjunto de actividades conmemorativas del pasado que completaban su agenda cotidiana, se manifiesta claramente en el entusiasmo que le produjo el pasaje jurisdiccional del Museo de la Ciudad a la Nación. Desde entonces inició una serie de acciones destinadas a concentrar en el Museo los objetos históricos dispersos en entidades públicas de diversas provincias del interior del país, encontrándose frente a este propósito con resultados dispares. Pero además intentó convertir a la institución que presidía en una suerte de “epicentro de la nacionalidad”. En efecto, no solamente trató de iniciar un movimiento de concentración de objetos históricos en el espacio del Museo sino que se tomó la atribución de proponer actividades conmemorativas diversas a los gobiernos provinciales, actuando como una suerte de propagandista de la nación a tiempo completo (inclusive intentó sortear las fronteras de la Argentina por medio de la realización de diversas propuestas conmemorativas a los cónsules locales que se desempeñaban en países limítrofes). Estas tareas excedían por cierto sus atribuciones como director del Museo pero Carranza las anotaba prolijamente en los libros administrativos de la institución, contribuyendo así a desdibujar las fronteras entre las actividades que desarrollaba dentro y fuera de la misma.

Acerca de la formación de las colecciones de la institución, hemos visto que la propia dinámica de las donaciones excedió muy pronto los objetivos asignados al Museo por su decreto fundacional, a saber la concentración y el resguardo de objetos vinculados con la Revolución de Mayo y las guerras de independencia. Fueron varios los factores que operaron en esta dirección, en particular la escasez de mecanismos selectivos de objetos por parte de Carranza, sus propias contradicciones acerca de los períodos históricos que el Museo debía representar, y sobre todo la

singular importancia de las voluntades de los donantes en la configuración de sus colecciones. En efecto, la formación del patrimonio inicial del Museo fue un proceso colectivo en el que intervinieron múltiples voluntades provenientes de ámbitos públicos y privados. En este sentido encontramos importantes líneas de continuidad entre el Museo Histórico y otros museos ya existentes en el país, donde las acciones de los donantes resultaron decisivas para la formación de sus colecciones. Pero además, la institución presidida por Carranza dialogó con sus pares y antecesores en múltiples aspectos, tales como el funcionamiento de las redes sociales y de las prácticas desplegadas en su desarrollo así como en la realización de una serie de actividades concretas, tales como la confección y edición de catálogos y publicaciones ilustradas, la organización de actividades educativas e inclusive la concepción de los objetos históricos como reliquias del pasado. En virtud de tales razones intentamos demostrar que en el Museo Histórico cristalizaron –ya desde sus primeros años de historia– una serie de experiencias y de prácticas desarrolladas en museos anteriores a su creación.

Hemos distinguido dos tipos de donantes provenientes de ámbitos privados que tuvieron una participación decisiva en la configuración de las colecciones del Museo: los ocasionales (aquellos que donaron algunos objetos históricos que generalmente poseían en virtud de diversos lazos de parentesco con hombres públicos del pasado) y los coleccionistas (quienes participaban más o menos sistemáticamente de redes de reunión, recolección e intercambio de objetos históricos). En la activación del movimiento de donaciones que permitió la formación del patrimonio inicial de la institución observamos dos aspectos clave. Por una parte, las estrategias activadas por Carranza para conseguir objetos por medio de la apelación sistemática a coleccionistas e integrantes de la elite patricia. Y por la otra, los deseos de trascendencia y distinción social que movilizaban a los propios donantes. Ambos movimientos formaban parte de una misma lógica cuya clave residía en la posibilidad de afirmación y refuerzo de la pertenencia social y cultural de los potenciales donantes por medio de la práctica de las donaciones, y por tal motivo se integraron y complementaron, permitiendo así la formación de un considerable patrimonio durante los años fundacionales de la institución.

Acerca de los períodos históricos representados por el patrimonio del Museo, señalamos que ocuparon espacios muy significativos un conjunto de episodios vinculados con la modernización del país y en particular con el proceso de afirmación y consolidación del Estado nacional, tanto a través de objetos históricos como de obras de arte. Resulta en efecto elocuente la viva presencia de la Guerra del Paraguay y del Ejército Nacional en las colecciones y exposiciones de la institución presidida por Carranza, aun a pesar del discurso elaborado por este último acerca de la necesaria

distancia que debía mediar entre el pasado al que representaban los objetos exhibidos en el Museo y su propio presente, como condición de neutralidad y de objetividad para el tratamiento del pasado. Consideramos que la presencia de estos objetos en los salones del Museo no solamente apuntaba a afirmar la idea de un Estado nacional consolidado en sus funciones, sino que también operaba como preciada herramienta para los objetivos de forjamiento de una conciencia nacional y afirmación de las clases dirigentes. Nuevamente afirmamos que los vínculos más significativos establecidos por los objetos históricos no eran con el pasado al que representaban, sino con el presente donde eran seleccionados y exhibidos.

En consonancia con sus objetivos de construcción de una nacionalidad argentina y de afirmación del Estado nacional, Carranza parece haber proyectado al conjunto de actividades conmemorativas desarrolladas desde el Museo como una suerte de instrumento de “armonización del pasado”, funcional a las necesidades de las clases dirigentes. Creemos que este propósito funcionó por medio de dos grandes operaciones. Por una parte, la inclusión en las acciones conmemorativas del Museo, no solamente de los considerados grandes hombres, tales como San Martín y Belgrano, sino también de muchos actores públicos del pasado –por lo general militares de las guerras de independencia–, escasamente recordados o reconocidos en su propio presente. Por otra parte se propuso incluir en el Museo la representación de los hombres y los episodios más cuestionados y polémicos de su presente, emblemáticamente la figura de Juan Manuel de Rosas y de una serie de actores y episodios vinculados con sus gobiernos. En efecto, Carranza sostenía que para que la Argentina pudiera desarrollarse armónicamente debía poder aceptar los errores y desaciertos que formaban parte de la historia nacional. En este sentido otorgaba a la representación visual de los momentos “oscuros” del pasado una función moral y educativa proyectada hacia el futuro de la sociedad.

Por último, haremos una breve referencia a dos problemas que hemos trabajado sólo parcialmente en nuestra tesis, casi a modo de bosquejos de futuros temas de investigación. Nos referimos a la cuestión de la autenticidad de los objetos del pasado así como a la articulación entre Museo, colecciones y mercado. La preocupación por la autenticidad de los objetos históricos que integraban el patrimonio del Museo era un tema recurrente tanto para los donantes (y en particular para los coleccionistas) como para las autoridades de la institución, aunque la misma se estableciera fundamentalmente a través de mecanismos informales y precarios, generalmente vinculados a la historia de los sucesivos propietarios de los objetos en cuestión. En efecto, la autenticidad parece haber funcionado como una garantía de procedencia de objetos cuyo valor residía en las marcas biográficas que les otorgaban el carácter de “reliquias de la nacionalidad”, motivo por el cual

resultaban irremplazables.

En cuanto a la articulación entre Museo, colecciones y mercado hemos podido vislumbrar que en la Buenos Aires de fin de siglo existían actividades de compra y venta de objetos históricos, cuyo valor de cambio estaba dado por los vínculos con el pasado nacional y la función patriótica que les asignaban las elites patricias, y en particular intelectuales y coleccionistas. Asimismo, advertimos las preocupaciones manifestadas por Carranza y por algunos coleccionistas acerca de la mercantilización de objetos históricos. En diversas oportunidades estos actores expresaron que los objetos del pasado debían ser conservados en museos y protegidos por el Estado e incluso presentaron las acciones desarrolladas en esta dirección como dotadas de un sentido altruista y trascendente. Pero por otra parte estos mismos actores, e inclusive el propio Carranza como director del Museo, parecen haber participado de las mismas prácticas y redes sociales que animaban al mercado de objetos históricos, aunque casi siempre ocupándose de dejar en claro que su función era la de “rescatarlos” de los anticuarios. Debido a la complejidad de estos problemas (tanto la cuestión de la autenticidad de los objetos del pasado como la articulación entre Museo, colecciones y mercado de objetos históricos), los hemos presentado apenas como esbozos que seguramente merecen futuras investigaciones.

En efecto, son varios los problemas que han surgido en el transcurso de nuestro trabajo a los que no nos hemos podido dedicar, ya porque excedían las posibilidades de una tesis de licenciatura, ya por falta de fuentes suficientes en los archivos consultados, o por ambas razones. Además hemos trabajado con un marco cronológico acotado a los primeros años de historia del Museo, de modo que en una futura investigación esperamos poder incluir la totalidad del período de gestión de Adolfo P. Carranza. Haremos entonces una breve referencia a algunos de los problemas que han quedado pendientes, y que son por ahora preguntas abiertas a futuras indagaciones. Por una parte nos interesa explorar la cuestión de las prácticas vinculadas con la reunión de objetos históricos en museos existentes con anterioridad a la creación del Museo Histórico Nacional. En esta dirección hemos hallado algunos interesantes ejemplos, como las donaciones de una serie de objetos muy significativos realizadas por Juan Manuel de Rosas durante su segundo gobierno al Museo Público de Buenos Aires. Por otra parte será un tema de estudio a futuro –que apenas ha sido presentado en nuestra tesis– la cuestión de los posibles modelos de museos que funcionaron en la creación del Museo Histórico Nacional, así como las características compartidas por los museos históricos nacionales fundados en diversos países de América Latina durante el último cuarto del siglo XIX y comienzos del siglo XX, un problema que requeriría un trabajo comparativo amplio y exhaustivo.

La cuestión del público del Museo Histórico Nacional constituye también un tema muy rico y

que apenas ha sido explorado en nuestra investigación, a propósito de las estrategias activadas por Carranza para organizar visitas de escolares a la institución a su cargo. Siempre y cuando las fuentes lo permitan, nos resta preguntarnos por las respuestas de las instituciones educativas así como de los escolares que visitaban el Museo ante las propuestas de Carranza, por la concurrencia de otros actores sociales que interesaban particularmente al director del Museo (tales como los soldados del ejército) y desde luego por el público general que visitaba la institución. Teniendo presente que Carranza otorgaba al Museo funciones morales y educativas, nos interesa estudiar la cantidad de público que visitaba la institución, a qué sectores de la sociedad representaba y cuáles eran sus motivaciones, sus representaciones del pasado y sus respuestas ante la propuesta visual y narrativa del Museo. Creemos que el estudio del público resulta fundamental para poder pensar al Museo como una entidad viva y en diálogo con el resto de la sociedad.

Asimismo, nos gustaría profundizar el estudio de una problemática que ha sido parcialmente tratada en nuestra tesis. Nos referimos a las respuestas de los gobiernos y las elites provinciales ante los intentos desplegados por Carranza para concentrar los objetos históricos dispersos en entidades públicas de todo el país en los salones del Museo Histórico Nacional. Hemos analizado las estrategias de Carranza, las respuestas del Estado nacional así como algunas de las acciones concretas desarrolladas por el director del Museo en esta dirección. Sin embargo nos quedan algunos interrogantes, a saber, cuáles fueron las características de funcionamiento y articulación de las redes sociales activadas durante este proceso, si Carranza contó con colaboradores en el interior del país (coleccionistas, parientes, amigos o funcionarios provinciales) para llevar a cabo su propósito y si intentó también movilizar ámbitos privados para conseguir donaciones. Asimismo nos interesa explorar si en las provincias pudieron haber surgido propuestas para la formación de museos locales, capaces de oponer resistencia con acciones concretas al intento de centralización del patrimonio histórico que se proponía llevar adelante Carranza desde el Museo sito en la capital del país.

Por otra parte, nos resta estudiar en profundidad la articulación entre, por un lado, las ideas y representaciones que nutrieron al Museo y su expresión en el proceso formativo de colecciones y exhibiciones, así como en las actividades educativas desarrolladas por Adolfo P. Carranza, y por otro, las ideas y prácticas que nutrían al campo historiográfico en formación de la Argentina de fines del siglo XIX. Nos interesa explorar si existió un diálogo fluido entre la institución presidida por Carranza y las producciones historiográficas del período, y si los debates entre diversas interpretaciones del pasado se reflejaron de algún modo en el Museo (fundamentalmente en exposiciones y publicaciones). Se trata a su vez de indagar la inserción concreta del Museo en el

campo historiográfico del período.

Nos ha quedado asimismo como tarea pendiente el estudio de las exposiciones del Museo Histórico Nacional durante la gestión de Adolfo P. Carranza. Nos hemos referido parcialmente a esta cuestión al explorar el lugar ocupado por algunos temas históricos muy presentes en sus vitrinas, tales como la Guerra del Paraguay y la Campaña de los Andes. Sin embargo, nos resta preguntarnos por los criterios que guiaron el montaje de las exhibiciones, por los mecanismos utilizados para seleccionar qué objetos serían expuestos y cuáles guardados en depósitos, por las acciones vinculadas con la elección y compra de mobiliario para armar las salas de exposición, y por la presencia de una importante cantidad de documentos exhibidos en las salas del Museo junto a los objetos que conformaban su patrimonio, entre otras cuestiones. Dicho sea de paso, este último tema nos invita a reflexionar sobre la disputa que se produjo en el año 1890 entre Adolfo P. Carranza y el por entonces director del Archivo General de la Nación, Carlos Guido y Spano, a propósito de los partes de batalla de las guerras de independencia, que se encontraban en el Archivo y que Carranza pretendía reunir y exhibir en la institución a su cargo. Explorar en profundidad esta discusión sería interesante, ya que la misma parece dar cuenta de dos concepciones diferentes acerca del legítimo destino de los documentos del pasado y especialmente de su función.

Por último, a modo de cierre de estas conclusiones, quisiéramos señalar que una de las impresiones más claras que nos deja el estudio de los temas abordados en esta tesis es que, a pesar de las diversas dificultades que debió atravesar el Museo en sus años fundacionales para poder desarrollarse y consolidarse como tal, hubo un aspecto cuya fuerza parece haber sido suficiente para que perdurara a lo largo de los años y de las gestiones que se sucedieron luego de la muerte de Adolfo P. Carranza, prácticamente hasta nuestro presente. Nos referimos a la concepción de los objetos que conforman su patrimonio como reliquias del pasado y a la representación casi hagiográfica de buena parte de los hombres públicos representados por cientos de objetos y obras de arte resguardados en sus salones y depósitos. En este sentido, el proyecto de Carranza parece haber sido bastante exitoso e invita a pensar nuevamente la inserción social del Museo dentro del marco más amplio de los proyectos destinados a la construcción de una nacionalidad en la Argentina de fines del siglo XIX, así como la importancia clave de la apelación al pasado para la fabricación de una “épica nacional” en este proceso.

BIBLIOGRAFÍA

- Andermann, Jens, "The History Show at the Continental Exhibition of 1882 and the National History Museum at Buenos Aires", artículo sin fechar publicado en formato digital en el sitio web de *Relics & Selves* [www.bbk.ac.uk/ibamuseum].
- Alonso, Paula, "La Tribuna Nacional, Sud-América y la legitimación del poder (1880-1890)", en *Entrepasados. Revista de Historia*, año XII, núms. 24/25, dossier: La crisis de 1890. Política, sociedad y literatura, Buenos Aires, 2003, pp. 29-67.
- Altamirano, Carlos y Sarlo, Beatriz, "La Argentina del Centenario: campo intelectual, vida literaria y temas ideológicos", en *Hispanoamérica*, Buenos Aires, nums. 25/26, 1980.
- Amigo, Roberto, "Imágenes para una nación: Juan Manuel Blanes y la pintura de tema histórico en la Argentina", en *Arte, Historia e Identidad en América. Visiones comparativas, XVII Coloquio Internacional de Historia del Arte*, México, UNAM, 1994, tomo II, pp. 315-321.
- Amigo, Roberto, "Un contrato del pintor José Bouchet", en *Estudios e investigaciones*, revista del Instituto de Teoría e Historia del Arte Julio E. Payró, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, núm. 5, 1994, pp. 113-116.
- Amigo, Roberto, "Imágenes de la historia y discurso político en el Estado de Buenos Aires (1852-1862)", en *Arte Argentino de los siglos XVIII y/o XIX*, Buenos Aires, FIAAR, 1999, pp. 9-57.
- Amigo, Roberto, "Imágenes en guerra: la Guerra del Paraguay y las tradiciones visuales en el Río de la Plata", *Nuevo Mundo Mundos Nuevos*, Coloquios, 2009, versión digital [nuevomundo.revues.org/index49702.html].
- Araújo de Sá, Antonio Fernando, "Filigranas de la memoria. La lucha discursiva en las narrativas del Centenario de la Guerra de Canudos (1993-1997)", versión digital [hpopnet.sites.uol.com.br/congresso.pdf].
- Baldasarre, María Isabel, *Los dueños del arte. Coleccionismo y consumo cultural en Buenos Aires*, Buenos Aires, Edhasa, 2006.
- Bertoni, Lilia Ana, *Patriotas, cosmopolitas y nacionalistas. La construcción de la nacionalidad argentina a fines del siglo XIX*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2001.
- Bezerra de Meneses, Ulpiano, "Do teatro da memória ao laboratório da História: a exposição museológica e o conhecimento histórico", en *Anais do Museu Paulista*, São Paulo, N. Ser. v. 2, jan/dez. 1994, pp. 15-20.
- Bezerra de Meneses, Ulpiano, "Visões, visualizações e usos do passado", en *Anais do Museu Paulista*, São Paulo, vol. 15, núm. 2, jul/dez. 2007, pp. 117-123.
- Bittencourt, José, "Cada coisa em seu lugar. Ensaio de interpretação do discurso de um museu de história", en *Anais do Museu Paulista*, año 2003, vol. 8/9, núm. 9, São Paulo, Brasil, pp. 150-174.
- Blasco, María Élide "Comerciantes, coleccionistas e historiadores en el proceso de gestación y funcionamiento del Museo Histórico Nacional", Buenos Aires, 2008 (en prensa).
- Blasco, María Élide, "Ernesto Quesada y el Museo Histórico Nacional", ponencia presentada en las III Jornadas de Investigación de la División Historia, Luján, 4 y 5 de junio de 2008.
- Blasco, María Élide, "Un panteón de naturaleza nacional: la transformación de los árboles en 'reliquias históricas argentinas', 1910 y 1920 (1880-1962)", en *L'Ordinaire Latinoamericain*, Toulouse, Francia, 2010 (en prensa).
- Bonnain, Rolande, *L'empire des masques. Les collectionneurs d'arts premiers aujourd'hui*, Stock, París, 2001.
- Botana, Natalio, *El orden conservador. La política argentina entre 1880 y 1916*, Buenos Aires, Sudamericana, 1998.

- Bourdieu, Pierre, *Sociología y cultura*, México, Grijalbo, 1990.
- Bourdieu, Pierre, "El campo científico" (1976), en *Redes, Revista de Estudios Sociales de la Ciencia*, Universidad de Quilmes, vol. 1, num. 2, Buenos Aires, diciembre de 1994.
- Buchbinder, Pablo, "Vínculos privados, instituciones públicas y reglas profesionales en los orígenes de la historiografía argentina", en *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana Dr. Emilio Ravignani*, tercera serie, núm. 13, 1^{er} semestre de 1996, pp. 59-82.
- Burzio, Humberto F., "Museo Histórico Nacional", disertación pronunciada en el Instituto Popular de Conferencias del diario "La Prensa" el 7 de octubre de 1960, Ministerio de Educación y Justicia, Dirección General de Cultura, Comisión Nacional de Museos, Monumentos y Lugares Históricos, 1962.
- Cattaruzza, Alejandro, "Por una historia de la historia", en *Políticas de la historia*, Alejandro Cattaruzza y Alejandro Eujanian, Buenos Aires, Alianza, 2003, pp. 185-217.
- Cutolo, Vicente, *Nuevo Diccionario Biográfico Argentino (1750-1930)*, Buenos Aires, Elche, 1985.
- Chastel, André; "La notion de patrimoine", en *Les lieux de mémoire*, Pierre Nora (dir.), vol. 1: "La république; la nation", Quarto Gallimard, Gallimard, Manhecourt, 2004, pp. 1433-1469.
- Devoto, Fernando, "Entre ciencia, pedagogía patriótica y mito de los orígenes. El momento de surgimiento de la historiografía profesional argentina", en Fernando Devoto, Gustavo Prado, Julio Stortini y Nora Pagano, *Estudios de historiografía argentina II*, Buenos Aires, Biblos, 1999, pp. 11-37.
- Eujanian, Alejandro, "El surgimiento de la crítica", en *Políticas de la Historia*, Alejandro Cattaruzza y Alejandro Eujanian, Buenos Aires, Alianza, 2003, pp. 17-43.
- Farro, Máximo, *La formación del Museo de La Plata. Coleccionistas, comerciantes, estudiosos y naturalistas viajeros a fines del siglo XIX*, Buenos Aires, Prohistoria, 2009.
- García, Susana, "Museos escolares, colecciones y la enseñanza elemental de las ciencias naturales en la Argentina de fines del siglo XIX", en *História, Ciências, Saúde – Manguinhos*, vol. 14, núm. 1, 2007, pp. 173-196.
- González-Stephan, Beatriz y Andermann, Jean, "Introducción", en González Stephan, Beatriz y Andermann, Jean (eds.), *Galerías del progreso: Museos, exposiciones y cultura visual en América Latina*, Rosario, Beatriz Viterbo, 2006, pp. 7-25.
- Gutiérrez, Alicia, *Pierre Bourdieu. Las prácticas sociales*, Córdoba, Universidad Nacional de Córdoba, 1995.
- Halperín Donghi, Tulio, *Proyecto y construcción de una nación (1846-1880)*, Buenos Aires, Emecé, 2007.
- Halperin Donghi, Tulio, "¿Para qué la inmigración? Ideología y política inmigratoria en la Argentina (1810-1914)", en *El espejo de la historia*, Sudamericana, 1987, pp. 189-238.
- Halperín Donghi, Tulio, "La historiografía argentina del 80 al Centenario", en *Ensayos de historiografía*, Buenos Aires, El cielo por asalto, 1996.
- Hobsbawm, Eric y Ranger, Terence (eds.), *La invención de la tradición*, Barcelona, Crítica, 2002.
- Ísola, Viviana, "Presentación del Archivo Carranza. Recopilación documental", en *Museo Histórico Nacional*, segunda época, año 8, núm. 7, octubre de 2005, pp. 63-171.
- Laera, Alejandra, "Danza de millones: inflexiones literarias de la crisis de 1890 en la Argentina", en *Entrepasados. Revista de Historia*, año XII, núms. 24/25, dossier: La crisis de 1890. Política, sociedad y literatura, Buenos Aires, 2003, pp. 135-151.
- León, Aurora, *El Museo: teoría, praxis y utopía*, Madrid, Cátedra, 1995.
- Lobato, Mirta, "Estado, gobierno y política en el régimen conservador", en Lobato, Mirta (dir.), *Nueva Historia Argentina, tomo V: El progreso, la modernización y sus límites (1880-1916)*, Buenos Aires, Sudamericana, 2000, cap. IV, pp. 179-209.
- López, Dora, "Historia y Museo: ¿Encuentro o desencuentro?. Los primeros cincuenta años del Museo Histórico Nacional", en *I Jornadas Nuestros Museo. Quinientos años de historia a*

- través de su patrimonio*, Presidencia de la Nación y Municipalidad de la Ciudad de Buenos Aires, 15 y 16 de junio de 1992, Buenos Aires, pp. 65-80.
- López, María Margaret, "Nobles rivales: estudios comparados entre el Museo Nacional de Río de Janeiro y el Museo Público de Buenos Aires", en Montserrat, Marcelo (comp.), *La ciencia en la Argentina entre siglos: textos, contextos e instituciones*, Buenos Aires, Manantial, 2000, pp. 277-297.
- Losada, Leandro, *La alta sociedad en la Buenos Aires de la Belle Époque: sociabilidad, estilo de vida e identidades*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2008.
- Mitre, Bartolomé, *Historia de San Martín y de la emancipación sud-americana*, Buenos Aires, Imprenta de "La Nación", 1887, tomo I.
- Myers, Jorge, "La revolución en las ideas: la generación romántica de 1837 en la cultura y en la política argentinas", en Goldman, Noemí (dir.), *Nueva Historia Argentina*, tomo III, *Revolución, república, confederación (1806-1852)*, Buenos Aires, Sudamericana, cap. X, pp. 381-445.
- Nora, Pierre, "Entre mémoire et histoire. La problématique des lieux", en *Les lieux de mémoire*, Pierre Nora (dir.), vol. 1: "La république; la nation", Quarto Gallimard, Gallimard, Manecourt, Francia, 2004, pp. 23-43.
- Oguic, Sofía, "El Archivo Carranza (segunda parte)", en *Museo Histórico Nacional*, segunda época, año 8, núm. 7, octubre de 2005, pp. 39-53.
- Oliva Gerstner, Laura, "El alojamiento de inmigrantes en el Río de la Plata, siglos XIX y XX: planificación estatal y redes sociales", en *Revista Bibliográfica de Geografía y Ciencias Sociales*, Barcelona, Universidad de Barcelona, vol. XIII, núm. 779, marzo de 2008 [<http://www.ub.es/geocrit/b3w-779.htm>].
- Oszlak, Oscar, *La formación del Estado argentino. Orden, progreso y organización nacional*, Buenos Aires, Planeta, 1999.
- Ozouf, Mona, "Le Panthéon. L'École Normale des morts", en *Les lieux de mémoire*, Pierre Nora (dir.), vol. 1: "La république; la nation", Quarto Gallimard, Gallimard, Manecourt, 1997, pp. 155-178.
- Pegoraro, Andrea, "'Instrucciones' y colecciones en viaje. Redes de recolección entre el Museo Etnográfico y los Territorios Nacionales", en *Anuario de Antropología Social*, CAD-IDES, Buenos Aires, 2005.
- Pérez Gollán, José Antonio, "Mr. Ward en Buenos Aires. Los museos y el proyecto de nación a fines del siglo XIX", en *Ciencia Hoy*, vol. 5, num. 28, 1999, pp. 52-58.
- Podgorny, Irina, "Los gliptodontes en París: la colección de mamíferos pampeanos en los museos europeos del siglo XIX", en Montserrat, Marcelo (comp.), *La ciencia en la Argentina entre siglos: textos, contextos e instituciones*, Buenos Aires, Manantial, 2000, pp. 309-329.
- Podgorny, Irina, "La mirada que pasa: museos, educación pública y visualización de la evidencia científica", en *História, Ciências, Saúde – Manguinhos*, vol. 12 (suplemento), Publication of Casa de Oswaldo Cruz, Fundação Oswaldo Cruz, Río de Janeiro, 2005, pp. 231-264.
- Podgorny, Irina y Lopes, María Margaret, *El desierto en una vitrina. Museos e historia natural en la Argentina, 1810-1890*, México, Limusa, 2008.
- Pomian, Krzysztof, *Collectionneurs, amateurs et curieux, Paris, Venise: XVI^e-XVIII^e siècle*, Paris, Gallimard, 1987.
- Pomian, Krzysztof, *Sur la histoire*, Francia, Gallimard, 1999.
- Pommier, Edouard, "Naissance des musées de province," en *Les lieux de mémoire*, Pierre Nora (dir.), vol. 1: "La république; La nation", Quarto Gallimard, Gallimard, Manecourt, 2004, pp. 1471-1513.
- Prado, Gustavo, "Las condiciones de existencia de la historiografía decimonónica argentina", en Fernando Devoto, Gustavo Prado, Julio Stortini y Nora Pagano, *Estudios de historiografía argentina II*, Buenos Aires, Biblos, 1999, pp. 37-75.

- Pupio, María Alejandra, “Coleccionistas de objetos, históricos, arqueológicos y de ciencias naturales en museos municipales de la provincia de Buenos Aires en la década de 1950”, en *História, Ciências, Saúde – Manguinhos*, vol. 12 (suplemento), Publication of Casa de Oswaldo Cruz, Fundação Oswaldo Cruz, Río de Janeiro, 2005, pp. 205-229.
- Quatrocchi-Woisson, *Los males de la memoria. Historia y política en la Argentina*, Buenos Aires, Emecé, 1995.
- Real de Azúa, Carlos, *El patriciado uruguayo*, Montevideo, Asir, 1961.
- Revel, Jacques, “Microanálisis y construcción de lo social”, en *Anuario IEHS*, núm. 10, Tandil, 1995, pp. 125-143.
- Rodríguez Aguilar, María Inés y Ruffo, Miguel, “Las memorias de Mayo. La construcción de un repertorio iconográfico”, en *Temas de patrimonio cultural*, núm. 27: Lo celebratorio y lo festivo: 1810-1910-2010. La construcción de la nación a través de lo ritual, Buenos Aires, 2009, Ministerio de Cultura y Comisión para la preservación del patrimonio histórico cultural del Gobierno de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires, pp. 205-268.
- Rodríguez Aguilar, María Inés y Ruffo, Miguel, “Virtudes patrióticas y representación: el caso de Adolfo P. Carranza”, en *Primer Seminario Internacional de Arte Público y Espacio Urbano*, Buenos Aires, 2009, publicación en CD.
- Rojas, Ricardo, *La Argentinidad. Ensayo histórico sobre nuestra conciencia nacional en la gesta de la emancipación, 1810-1916*, Librería La Facultad, 1916.
- Rocchi, Fernando, “El péndulo de la riqueza: La economía argentina en el período 1880-1916”, en Lobato, Mirta (dir.), *Nueva Historia Argentina*, tomo v: *El progreso, la modernización y sus límites (1880-1916)*, Buenos Aires, Sudamericana, 2000, cap. I, pp. 15-71.
- Ruffo, Miguel, “Iconografía de la Revolución de Mayo”, en *Museo Histórico Nacional*, segunda época, año 1, núm. 1, junio de 1998, pp. 23-60.
- Sábato, Hilda, “La revolución del 90: ¿prólogo o epílogo?”, en *Punto de Vista*, núm. 39, Buenos Aires, diciembre de 1990.
- Scenna, Miguel Ángel, “La bandera celeste y blanca”, en Félix Luna, *500 años de historia argentina. Primeros gobiernos revolucionarios*, Buenos Aires, Abril, pp. 19-58.
- Terán, Oscar, *Vida intelectual en el Buenos Aires fin-de-siglo (1880-1910). Derivas de la “cultura científica”*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2000.
- Turazzi, María Inez, “Imagens da nação: a Exposição de História do Brasil de 1881 e a construção do patrimônio iconográfico”, en *Galerías del progreso. Museos, exposiciones y cultura visual en América Latina*, González-Stephan, Beatriz y Andermann, Jens (eds.), Buenos Aires, Beatriz Viterbo, 2006, cap. 4, pp. 117-151.
- Vigil, Carlos, *Los monumentos y lugares históricos de la Argentina*, Buenos Aires, Atlántida, 1968.
- Wasserman, Fabio, “La generación de 1837 y el proceso de construcción de la identidad nacional argentina”, en *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana Dr. Emilio Ravignani*, núm. 15, 1997, pp. 7-34.

IMÁGENES

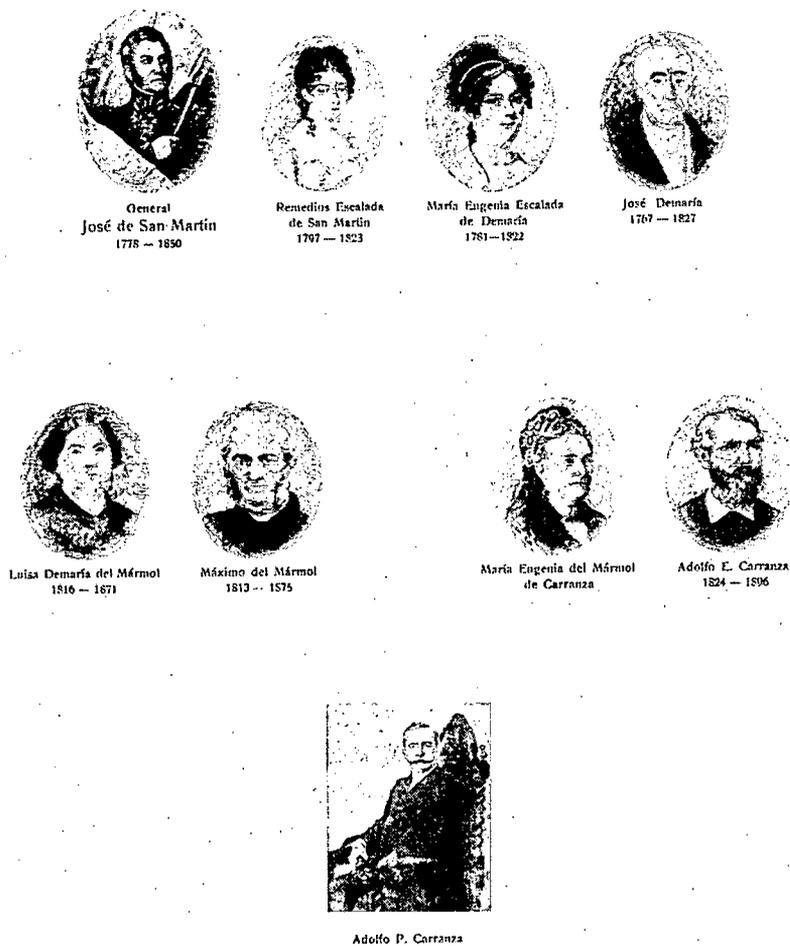


Imagen 1

Lámina que presenta, en notable construcción simbólica,
el árbol genealógico de Adolfo P. Carranza.

La misma habría sido ideada
e impresa durante su gestión como
director del Museo Histórico Nacional
(sin datación y sin datos de edición).

AH, MHN, FAPC, Agrupación
Imagen y Sonido (en adelante AIS).



ADOLFO P. CARRANZA

Director del Museo Histórico Nacional

Imagen 2

Retrato de Adolfo P. Carranza,
postal institucional,
(sin datación), anverso
AH, MHN, FAPC, C. 56.

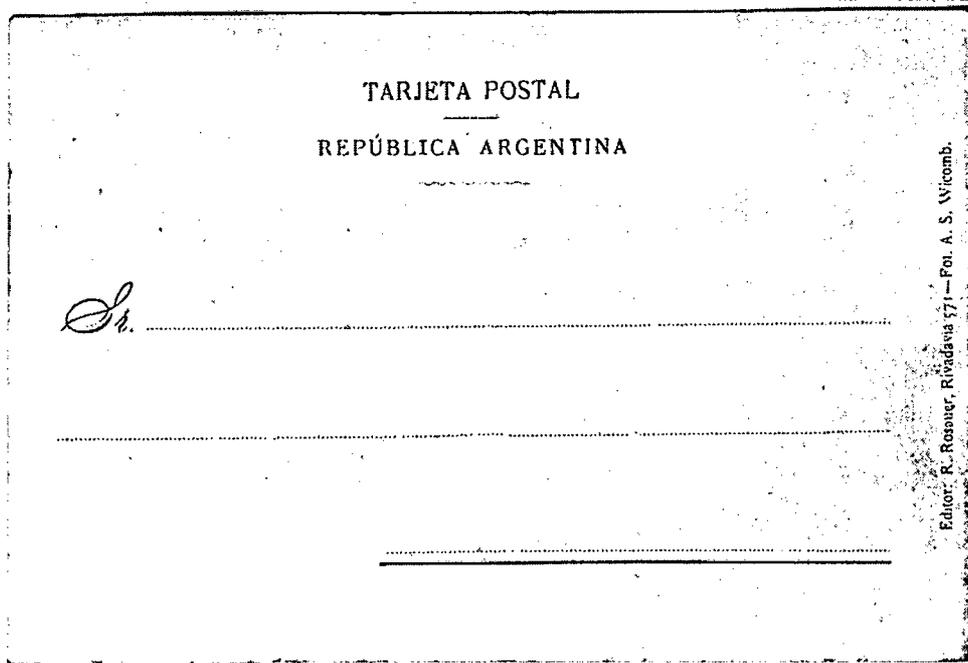


Imagen 3

Reverso de la postal institucional (Imagen 2)
con el retrato de Adolfo P. Carranza

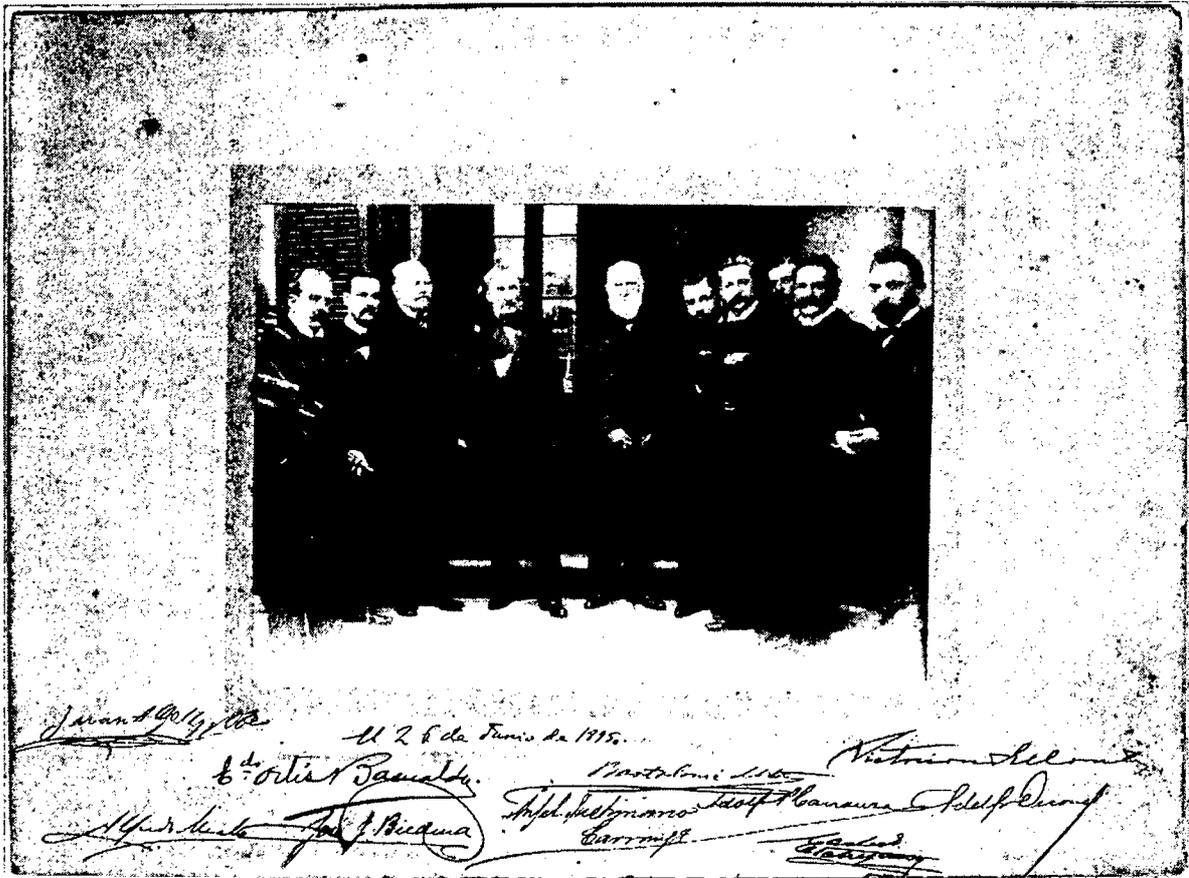


Imagen 4

Fotografía del 26/6/1895 tomada, muy probablemente, en ocasión de una reunión celebrada con motivo del cumpleaños de Bartolomé Mitre (cumplía ese día 74 años)

en su casa de la calle San Martín al 300

(la puerta de fondo guarda semejanza con la actual vista del acceso a los salones laterales desde el patio).

En la imagen se advierte a Adolfo P. Carranza (7^{mo} de izquierda a derecha) junto a un grupo de miembros de la Junta de Historia y

Numismática Americana, colaboradores de la *Revista Nacional*

e integrantes de la comisión fundacional del Museo Histórico; entre otros:

Alfredo Meabe (1^{ro} de izq. a der.), José Juan Biedma (2^{do} de izq. a der.),

Ángel Justiniano Carranza (3^{ro} de izq. a der.),

Bartolomé Mitre (4^{to} de izq. a der.), Juan A. Gelly y Obes (5^{to} de izq. a der.),

Adolfo Decoud (10^{mo} de izq. a der.).

AH, MHN, FAPC, AIS, 03, C. 4.



Imagen 5

Fachada de la sede del
Museo Histórico
en Moreno 330
(sin datación)
AH, MHN, FAPC, AIS,
Planera 04, C. 2



Imagen 6

Fachada de la sede del Museo Histórico Nacional
en Santa Fe 3951 (sin datación, pero anterior a 1894).

La imagen se halla reproducida en el tomo III
de la revista *El Museo Histórico* (1894).

AH, MHN, FAPC, AIS.

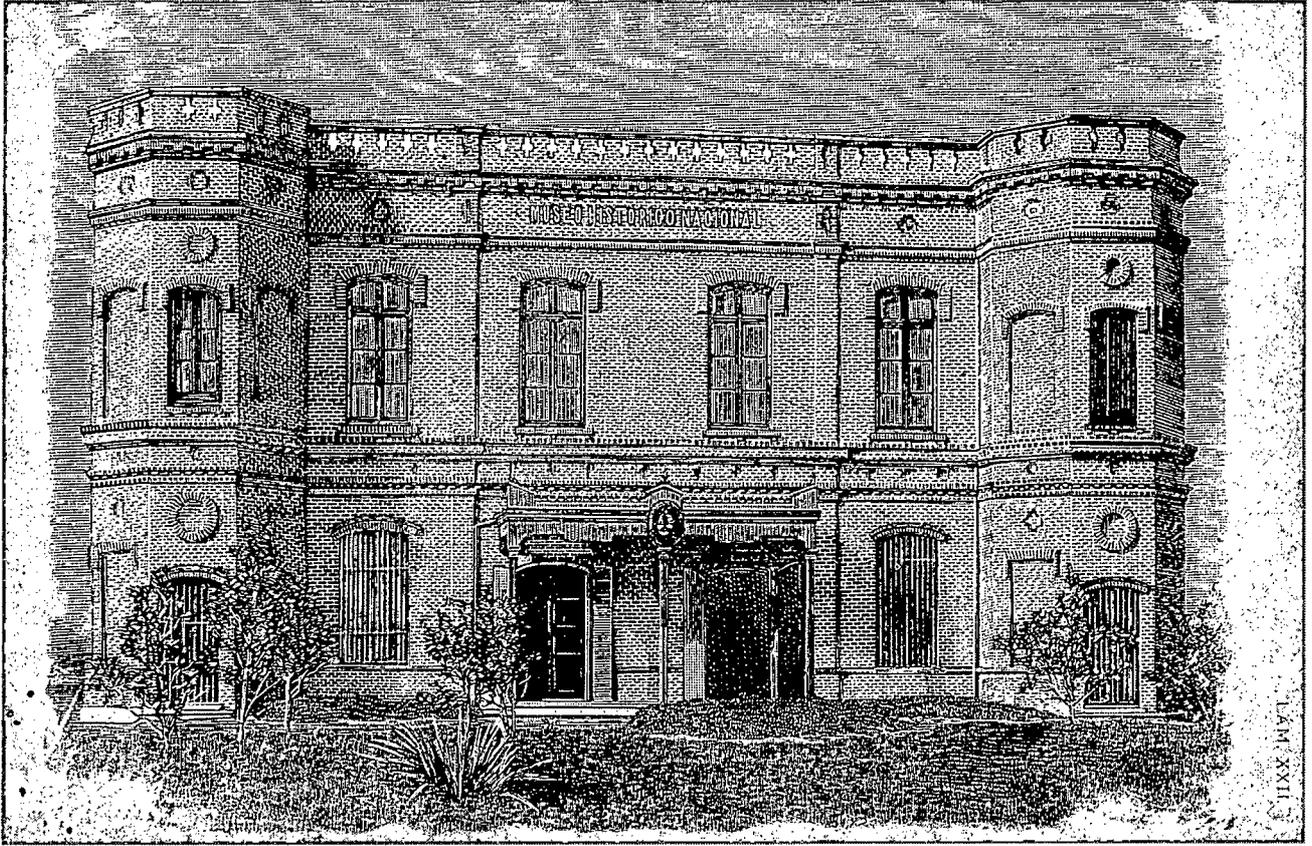


Imagen 7

Reproducción artística de la fotografía de la sede
del Museo Histórico Nacional (Imagen 6),
en la revista *El Museo Histórico*,
tomo III, entrega 1^{ra},
Buenos Aires, G. Kraft, 1894, p. 1

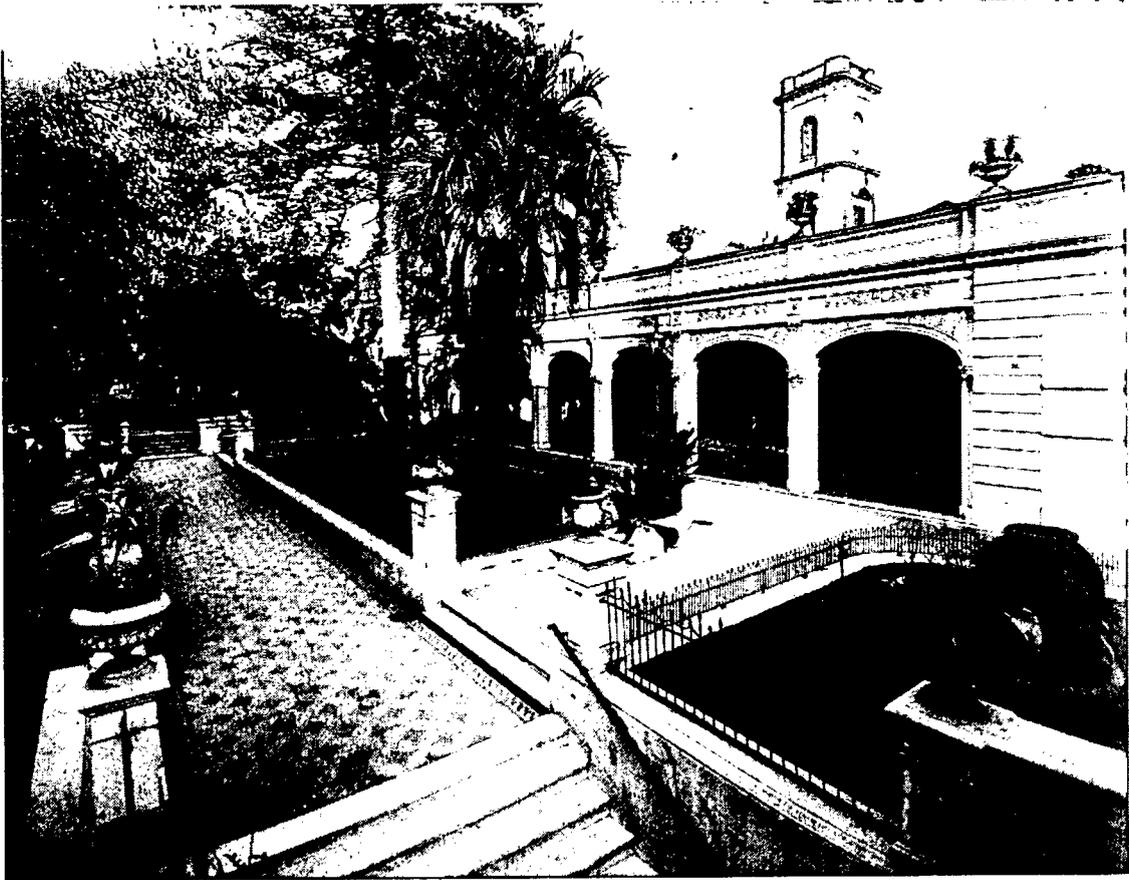


Imagen 8

Fachada de la sede del Museo Histórico Nacional
en Defensa 1600, Parque Lezama

(sin datación)

AH, MHN, FAPC, AIS,
Planera 04, C. 2

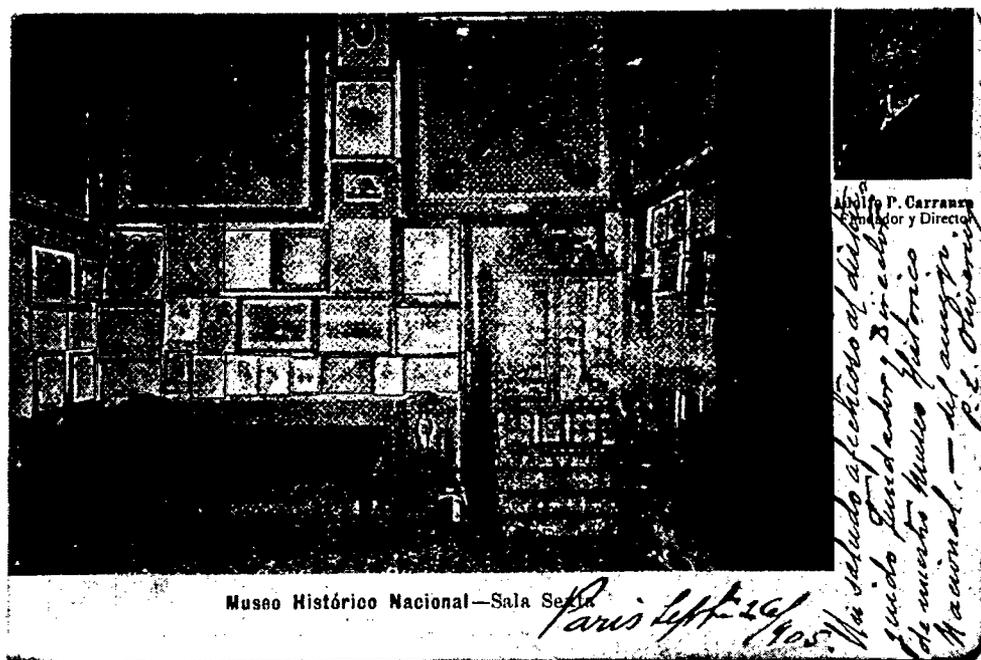


Imagen 9

Tarjeta postal con fotografía de una de las salas del Museo Histórico Nacional durante la gestión de Adolfo P. Carranza, enviada, curiosamente, a este último desde París en el año 1905.

Anverso y reverso, AH, MHN, FAPC, C. 56.

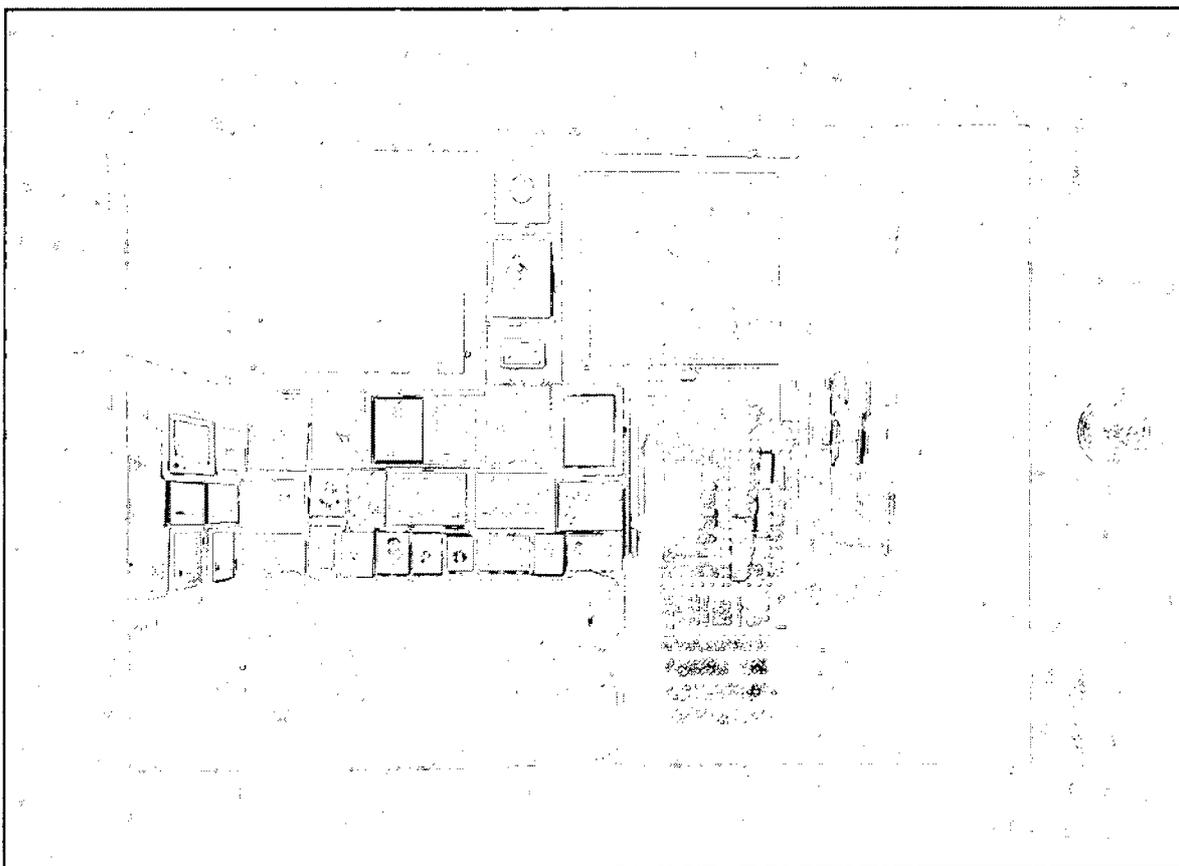


Imagen 10

Fotografía de la misma sala del Museo
que se reproduce en la Imagen 9.
Con firma y sello de Casa A. Witcomb.
AH, MHN, FAPC, AIS
Planera, 04, C. 2.

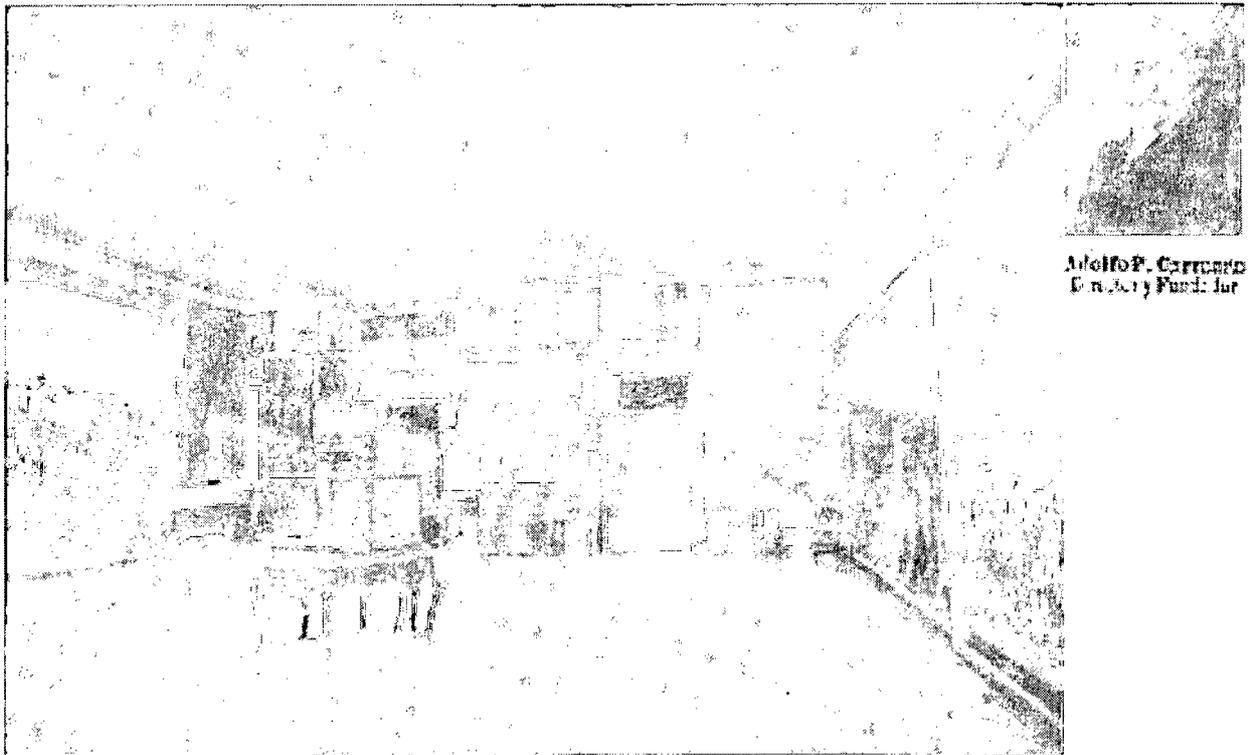


Adolfo P. Carranza.
Fundador y Director

Museo Histórico Nacional—Sala Torcuata

Imagen 11

Tarjeta postal con fotografía
de una de las salas
del Museo Histórico Nacional
durante la gestión de Adolfo P. Carranza
(sin datación)



Museo Histórico Nacional—Sala Quinta

Imagen 12

Tarjeta postal con fotografía
de una de las salas del Museo Histórico Nacional
durante la gestión de Adolfo P. Carranza
(sin datación)

A la izquierda puede apreciarse la obra
de Juan Manuel Blanes
“Ocupación militar del Río Negro
por el Ejército Nacional, el 25 de mayo de 1879”.

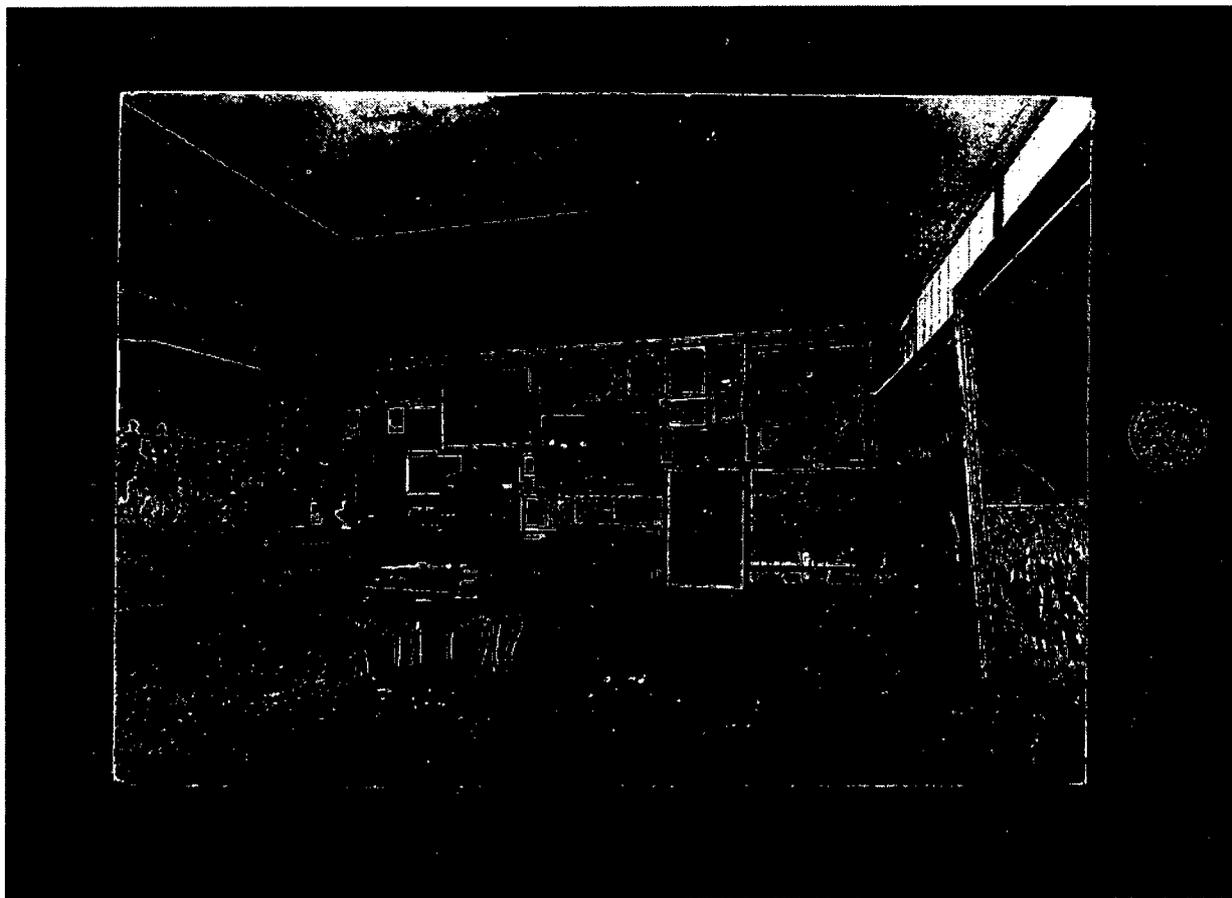


Imagen 13

Fotografía de la misma sala del Museo
reproducida en la Imagen 12.
Con firma y sello de Casa A. Witcomb.
AH, MHN, FAPC, AIS
Planera, 04, C. 2.

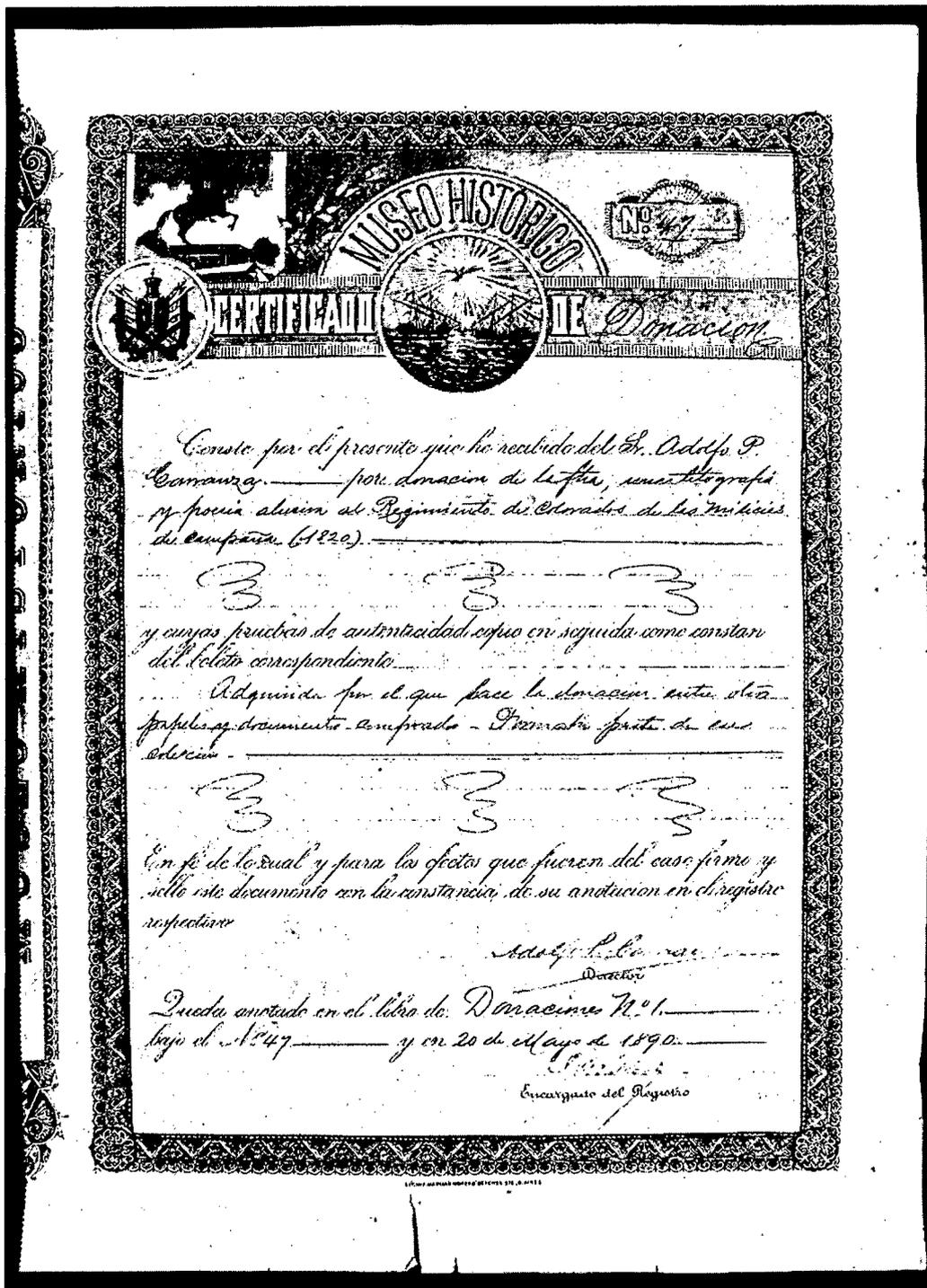


Imagen 14

Certificado de donación
expedido por el Museo Histórico
el 20/5/1890,
AH, MHN, FAPC, C. 54

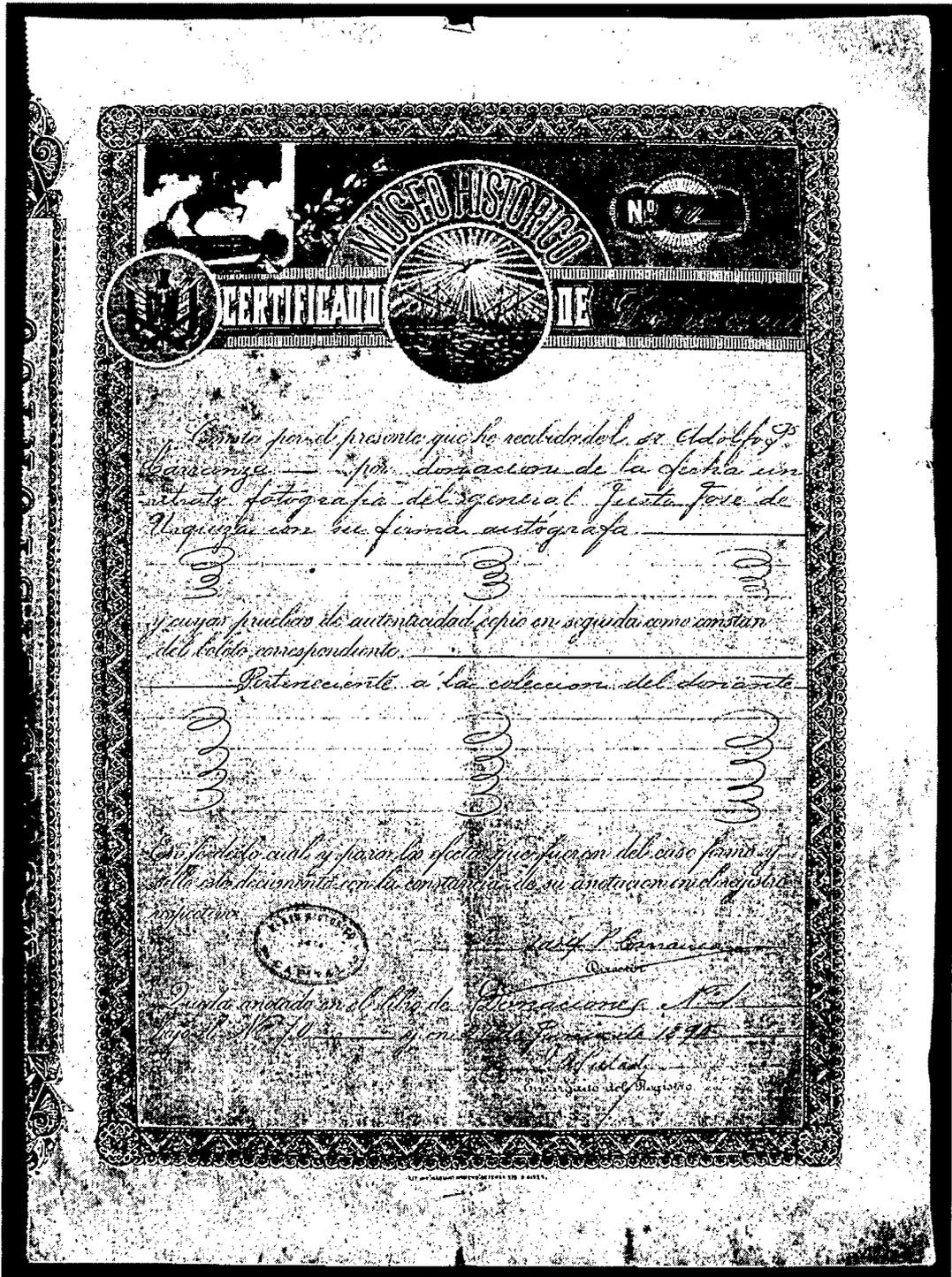


Imagen 15

Certificado de donación
expedido por el Museo Histórico
el 21/6/1890,
AH, MHN, FAPC, C. 54

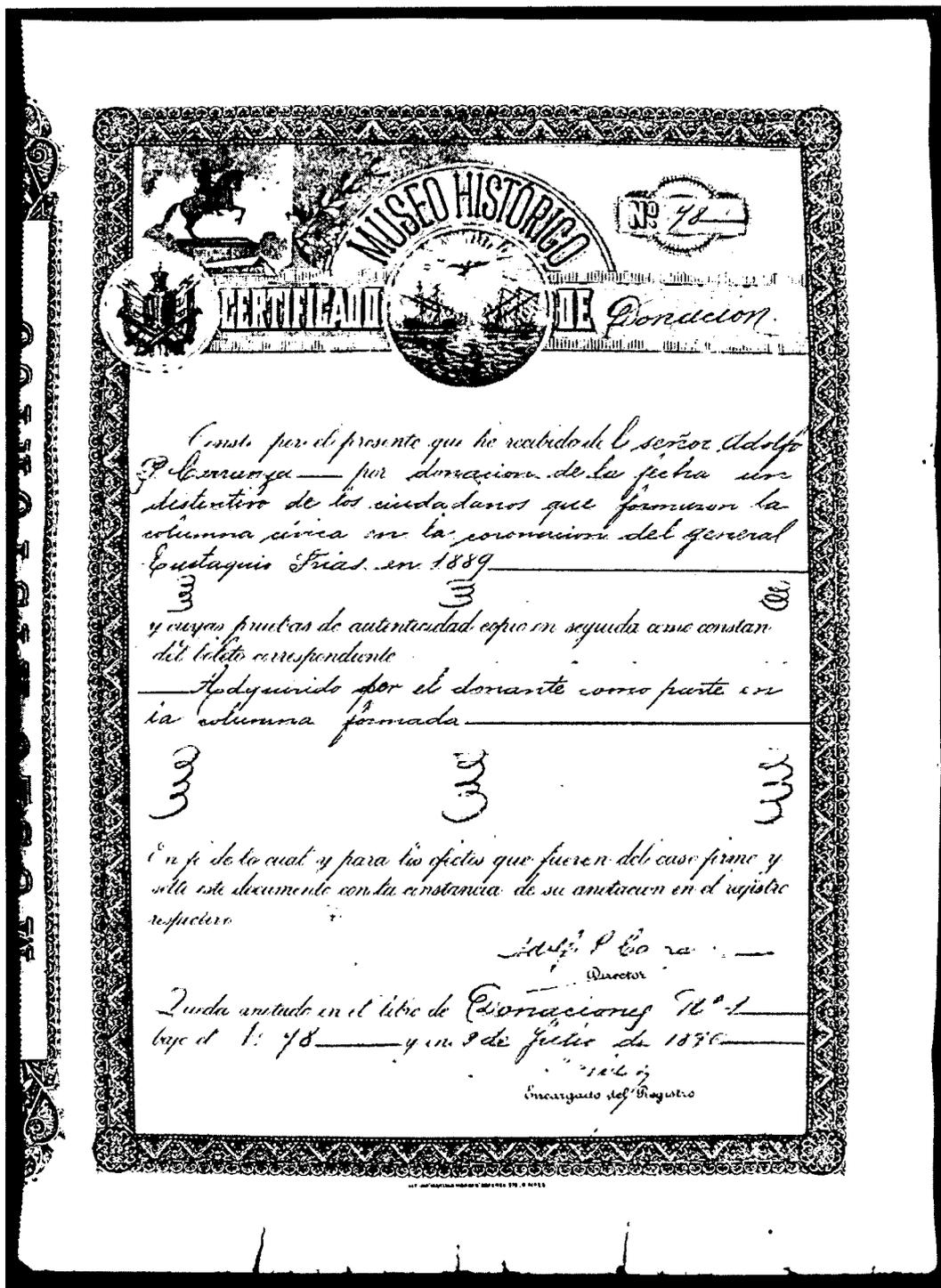


Imagen 16

Certificado de donación
expedido por el Museo Histórico
el 3/7/1890,
AH, MHN, FAPC, C. 54

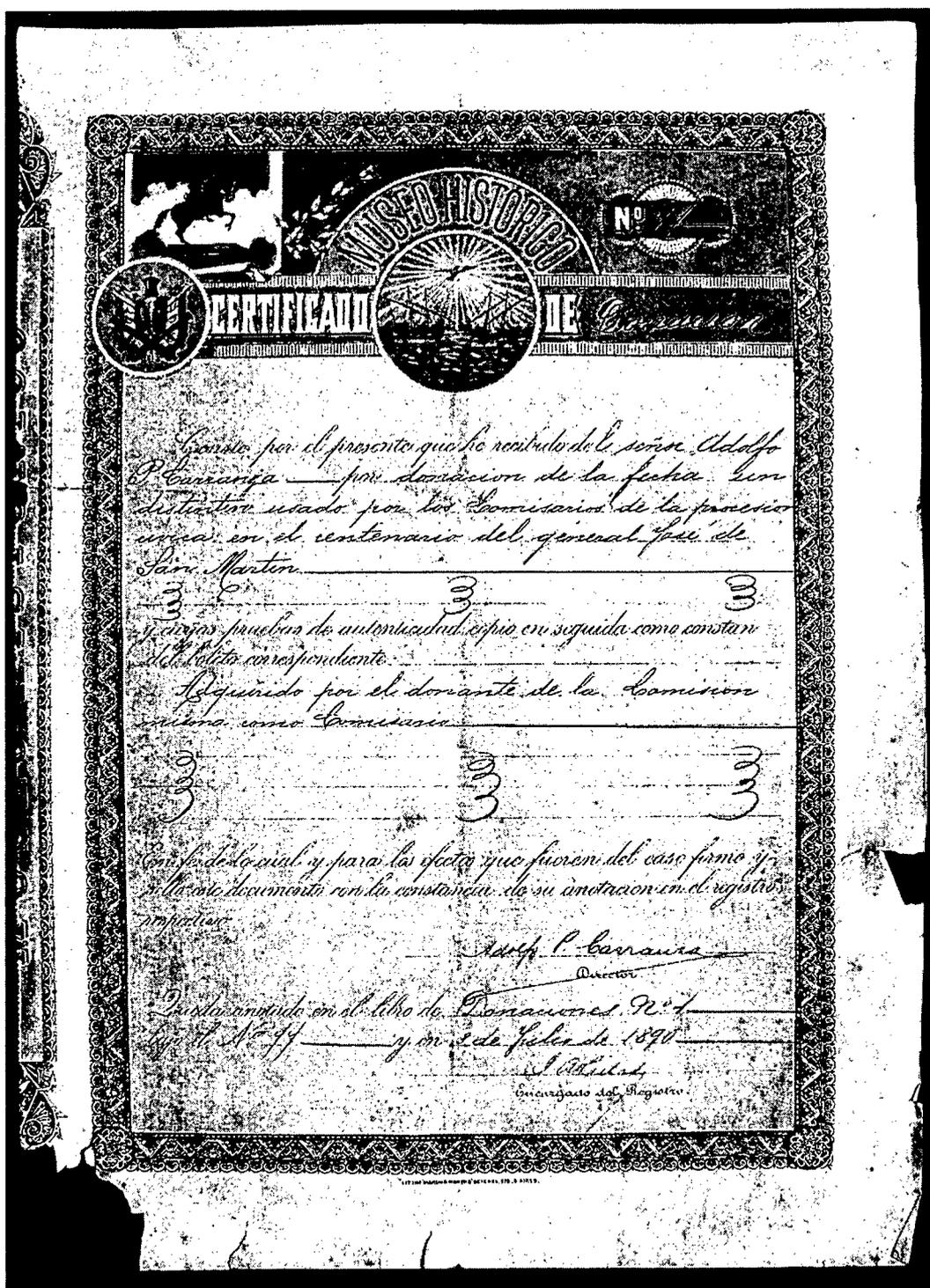


Imagen 17

Certificado de donación
expedido por el Museo Histórico
el 3/7/1890,
AH, MHN, FAPC, C. 54

HISTORIA
MUSEOS
ARGENTINA

94: 069.013 "1889-1897" (043.2)